



Ediciones
Beltrán

LA
Hija
DEL BARÓN

Dama   *Beltrán*

La *hija* *del* BARÓN

Dama  *Beltrán*

©La hija del Barón (Las hijas 2)

© Ediciones Beltrán Limited Company

Autor: Dama Beltrán

Diseño de portada: Erin Dameron—Hill

Maquetación y corrección: Ediciones Beltrán L.C

©Todos los derechos reservados.

Bajo las sanciones establecidas en el ordenamiento jurídico, queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita de los titulares del copyright, la reproducción total o parcial de este libro, su tratamiento informático, transmisión de ninguna forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, por fotocopias, grabación u otro medio, sin el permiso previo del autor por escrito.

Prólogo

I

II

III

IV

V

VI

VII

VIII

IX

X

XI

XII

XIII

XIV

XV

XVI

XVII

XVIII

XIX

XX

XXI

XXII

XXIII

XXIV

XXV

XXVI

XXVII

XXVIII

Epílogo

Próxima novela histórica:

Agradecimientos

Otros títulos

*Con muchísimo amor para Patricia Valenzuela Rubiño.
Espero que el destino nos permita seguir juntas durante muchos
años.*

**«Diez miradas para ver la belleza que se presenta entre un sueño
y una catástrofe».**

Vicente Huidobro.

Prólogo

Londres, 5 de enero de 1885

Lady Hope intentaba calmar su ansiedad cuando vio a Tricia levantarse la falda de su vestido rosa y correr hacia el lago Serpentine, situado en el centro de Hyde Park. Era la décima vez que actuaba impulsivamente desde que salieron de la residencia Rutland. Ahora comprendía el motivo por el que su tía Beatrice le pidió con tanta amabilidad que la cuidara durante la tarde. ¿Cómo iba a comprar todo lo que le pidió su hija mayor con aquel torbellino? Retiró la mirada de su prima y la fijó en la dama de compañía. Le brotó un sentimiento de lástima al descubrir que se hallaba tan agotada que sus mejillas no eran rojas, sino grisáceas. Mientras pensaba en una manera de apaciguar el comportamiento de Tricia hasta que regresaran, metió la mano izquierda en el interior de su bolsito de seda y sacó un dulce. El caramelo no aliviaría la fatiga de la buena mujer, pero el azúcar le aportaría la energía suficiente para continuar aquella tortura un rato más.

—Muchas gracias, *lady* Hope. Es usted un ángel caído del cielo —le dijo al aceptar la golosina.

—Es lo mínimo que puedo hacer, señora Johnson. Por mi culpa, su mañana se ha convertido en un tormento —expresó Hope señalando un banco para que la extenuada mujer pudiera sentarse durante unos minutos.

—Le aseguro que mis días han sido un suplicio desde que nació *lady* Tricia —comentó con una sonrisa en sus labios al tiempo que tomaba asiento—. Pero no lo entienda como una queja. ¡Al contrario! Verla así de sana me hace muy feliz. Aún recuerdo la tristeza que sufrimos cuando el médico que la atendió advirtió a sus excelencias que no podría caminar. Por suerte, ocurrió un milagro y, como puede ver, no solo camina, sino que corre como un galgo.

—Tiene la fortaleza de mi tío —apuntó volviendo la mirada hacia su prima.

—Y las agallas de *lady* Rutland —determinó la dama antes de meter el caramelo en el interior de su boca.

Ambas observaron en silencio a Tricia. Ella caminaba por la orilla del lago, como si buscara el lugar adecuado para saltar al agua. De repente, se volvió hacia el embarcadero y, tras advertir que una pareja había dejado libre una barca, se dirigió hacia esta con prisa. En ese instante, la preocupación de Hope reapareció.

—Si le parece bien, mientras usted recobra las fuerzas, averiguaré qué pretende hacer esta vez.

—Por favor, si insiste en subirse al barquito, no se lo permita. *Lady* Tricia puede coger un resfriado con la humedad del lago —le pidió inquieta.

—No se preocupe, haré todo lo posible para que eso no ocurra —prometió Hope antes de emprender el camino hacia donde se encontraba su prima, quien hablaba de manera acalorada con un trabajador del embarcadero.

Elegante, educada, reservada, distinguida y tímida eran los adjetivos que todo el mundo añadía cuando escuchaban su nombre. Sin embargo, desde el primer minuto en el que comenzó el paseo con Tricia, sus pasos no fueron pequeños y seguros, sino largos e inestables. Tampoco mostró ni un ápice de educación ni elegancia, al revés, había gritado como una vendedora en el mercado para evitar que su prima finalizara sus propósitos. ¿Cómo era posible que sus tíos no frenaran el carácter salvaje de su hija? ¿No temían por su futuro? Ella sí; de hecho, había rezado en un sinfín de ocasiones para no hallar durante el paseo a conocidos. Por el momento, sus plegarias fueron escuchadas. A su edad, no era conveniente que la descubriesen manteniendo una conducta disparatada. ¿Qué hombre tendría el valor de cortejarla cuando se divulgara el rumor de que su mente estaba trastornada? Ninguno con buenas intenciones, por supuesto. Solo se le acercarían aquellos caballeros desesperados por alcanzar el prestigio de su familia y lograr un futuro próspero debido a las amistades de su padre.

—¡Menos mal que has venido! —exclamó Tricia cuando Hope se puso a su lado.

—¿Qué sucede? —preguntó ella mirando al empleado mientras adoptaba una conducta serena y respetable.

—Su hija insiste en alquilar un barco y navegar sola. Le he explicado que eso no es posible, pero como puede observar, no me hace caso —indicó el hombre al tiempo que agarraba con fuerza el cabo del barquito y tiraba de este para que Tricia lo soltara.

—¿Mi... qué? —dijo Hope tan asombrada, que sus mejillas palidieron. ¿Tan vieja parecía? Que ella recordase, cuando salió de su hogar, su rostro mostraba juventud. Sin embargo, parecía que había envejecido tras la tortura que estaba padeciendo con Tricia.

—¡Es mi prima, cabeza de chorlito! —gritó la chiquilla sin soltar la cuerda—. ¡Y diríjase a nosotras con respeto! Está hablando con la hija del barón de Sheiton y con la menor del duque de Rutland.

Hope deseó que la tierra se la tragara cuando escuchó las palabras de la muchacha. ¿A pesar de haber cumplido los dieciséis años no comprendía en qué consistía la discreción? ¿No era consciente de que su actuación podía causar ciertos problemas a ambos padres? Un horrible bochorno se apoderó de ella. Notó calor desde la punta de los dedos de sus pies hasta la frente. La vergüenza y desesperación habían llegado al punto más alto. ¡En su vida había vivido una situación tan humillante!

—Le pido perdón por el comportamiento que ha mostrado mi prima —comentó Hope procurando mantener la calma mientras sacaba unas monedas de su retículo—. Espero que esto sea suficiente para apaciguar el enfado y tormento que le ha causado —añadió mostrando sobre su sedosa palma izquierda lo que había cogido.

Tricia giró muy lentamente la cabeza hacia ella. Su rostro expresaba cólera y sorpresa al no comprender el motivo por el que Hope pagaba a un hombre que había sido tan grosero con ella. Entre tanto, el empleado sonrió satisfecho y aceptó con gusto las monedas, aunque no aflojó el agarre del cabo. Continuaba apretándolo porque la muchacha tampoco lo había soltado.

—Tricia, por favor, marchémonos de aquí ahora mismo. Te prometo que haremos cualquier otra cosa que te apetezca —dijo Hope en voz baja para que las personas que caminaban próximas a ellas no la escuchasen.

—¡De ningún modo! ¿No le has pagado por un servicio? ¡Pues lo quiero en este

mismo momento!

—No soy la persona adecuada para darle un consejo, pero como usted misma puede comprobar, la jovencita necesita un par de azotes para corregir esa horrible conducta. Si en verdad es la hija del duque de Rutland, su excelencia no ha de estar muy satisfecho con el carácter de esta niña.

Hope actuó con rapidez y abrazó a su prima por la cintura, evitando que saltara sobre el hombre. La gente se volvió hacia ellas cuando Tricia comenzó a patear, intentando golpear al empleado. Abochornada y enfadada por el escándalo que estaban creando, apretó los labios, se giró y caminó hacia el banco en el que permanecía la señora Johnson con el rostro pegado a la espalda de su prima.

—¡Suéltame! ¡Necesito golpearlo! ¿Quién se ha creído que es para hablarme de esa forma? ¡Voy a practicar todo lo que me ha enseñado Evah con ese insensato! —chillaba Tricia sin dejar de patear.

—¡Basta! —gritó Hope al bajarla. Luego la giró y le puso las manos sobre los hombros para que la mirase—. ¿Acaso no eres consciente de lo que estás haciendo? ¡Mira a tu alrededor y entiende la situación que has creado! ¿Qué pensarán de nosotras? ¿Qué rumores proclamarán si alguien descubre quiénes somos?

—Me da igual la opinión que tenga esa gente sobre mí. Lo único que me importa es que ese hombre no ha sido educado conmigo y que tú, por vergüenza, le has dado todo el dinero que guardabas —refunfuñó.

—Algunas veces, para salir victoriosa de una situación, se ha de perder. Aunque en estos momentos, si logramos alejarnos de aquí sin causar otro escándalo, lo tomaré como una pérdida insignificante —le explicó en voz baja para que no las escucharan.

—Algunas veces no soy capaz de comprenderte, Hope. ¿Por qué eres tan tímida? ¿A qué le tienes miedo?

—Cuando tengas mi edad, obtendrás las respuestas —dijo antes de cogerla de la muñeca derecha y tirar de ella.

—¡Tienes que cambiar ese carácter! —insistió Tricia en voz alta—. ¡Debes aprender de Josephine! ¿Acaso le importó qué opinaban los demás sobre ella! ¡No! Y al primo Eric, tampoco. Pero... ¿quién se enamorará de una mujer que no es capaz de reírse en público por temor a que su risa sea demasiado escandalosa?

—Eres muy joven para averiguar el motivo por el que actúo de esa forma —refunfuñó Hope sin frenar el paso.

—¡Tengo dieciséis años! ¡Soy lo suficientemente mayor para saber que, si continúas así, te convertirás en una vieja rancia!

—¿Vieja rancia? ¿Cuándo has...? —intentó preguntar Hope, aunque no pudo terminar la pregunta, porque se quedó sin palabras al sentir un fuerte dolor en el brazo izquierdo.

De repente, su cuerpo comenzó a desplazarse hacia la izquierda. El bajo de la falda del vestido se enganchó en las puntas de sus botines debido al inesperado y brusco movimiento. También observó cómo los troncos de los árboles dejaban de estar en línea recta y se inclinaban hacia el lado opuesto al que caía. ¡Hasta el lago tomaba la posición del cielo! ¿Qué sucedía? ¿Qué le había causado dolor? ¿Con qué se había tropezado? Asustada, cerró los ojos y no los

abrió hasta que se quedó tendida sobre algo blando y caliente. En el instante en el que sus pestañas se separaron, descubrió frente a ella el rostro de un hombre. Aquella mirada verde la observaba con tanta cólera, que no fue capaz de reaccionar. ¿Quién era él y qué había pasado para que terminase tumbada sobre un desconocido en mitad de Hyde Park?



—Desde que nos comunicaron que serás el próximo inspector de Scotland Yard, tu carácter se ha vuelto hostil y tus palabras rebosan odio.

—Mi carácter siempre ha sido hostil y mis palabras nunca han sido dulces —respondió Norman O'Brian mirando hacia delante.

Esa tarde, cuando su amigo y compañero Oliver le propuso vigilar y proteger Hyde Park, aceptó inmediatamente. Aquel lugar era ideal para que carteristas y estafadores cometieran hurtos o causaran graves trifulcas. Deseaba que hubiese un centenar de ambos casos durante su vigilancia, porque solo así calmaría el enfado que soportaba desde que le anunciaron que pronto dejaría de ser un agente a pie.

—Si no estás conforme, rechaza el puesto. Estoy seguro de que el señor Hill no tardará en encontrar otro candidato que cumpla sus expectativas —insistió Oliver.

—No voy a rechazarlo. Como bien sabes, ser el próximo inspector es el motivo por el que entré en Scotland Yard —aseveró O'Brian parándose de golpe—. Sin embargo, creo que no es el momento adecuado para aceptarlo.

—¿No lo es? —preguntó mirándolo con asombro.

—No —negó antes de retomar el curso del camino.

—¿Por qué? —perseveró en saber Oliver caminando detrás de él.

—Porque aún no he resuelto el caso en el que estoy trabajando desde hace dos meses —explicó frunciendo el ceño.

—A nadie le extrañará que continúes con la investigación cuando cambies de puesto. Recuerda que no serás el primer jefe que tiene un sillón y que no permanece en él durante cinco minutos seguidos.

Norman colocó las manos por detrás de la espalda mientras recordaba el trabajo de su padre antes de dirigir las empresas de su abuelo. Era cierto que no permanecía en el interior del despacho más de veinte minutos y que había cerrado muchos casos importantes gracias al poder social que le ofrecía el cargo. Pero a él no le agradaba esa parte de su futuro trabajo. Su carácter huraño no era el adecuado para asistir a cenas, reuniones o incluso fiestas. ¡Él prefería enfrentarse a un criminal armado que sonreír y bailar un vals!

—¿Qué has averiguado hasta ahora? —preguntó Oliver tras pasear en silencio durante demasiado tiempo.

—Las únicas pruebas que he hallado no son fiables, porque todo apunta a que los secuestros fueron realizados por una mujer. Pero ¿cómo lo haría para no ser descubierta?

—A mi entender, te enfrentas a dos posibilidades. La primera opción es considerar que las jóvenes conocían a su captor y que se marcharon por voluntad propia. La segunda opción es que ambas fueron sedadas y las raptaron.

—¿Cuál fue el motivo? ¿Qué vínculo hay entre ellas? ¿Lo hizo una mujer o se trata de un hombre disfrazado?

—Hay demasiadas incógnitas —admitió Oliver.

—Ya te lo he dicho, no es un buen momento para ese ascenso —insistió O'Brian.

Durante la misma noche, dos jóvenes de quince años desaparecieron de sus hogares. Nadie sabía nada al respecto. Ni sus propias familias podían hablar sobre qué hicieron las muchachas los días anteriores a las ausencias. Todo lo que tenía sobre la mesa eran hipótesis. Eso le producía mucho estrés y este, a su vez, aumentaba su carácter agrio.

—No te preocupes por nada, Norman, estoy seguro de que al final descubrirás quién se las llevó. Además, no hace falta decir que puedes contar con mi ayuda cuando lo necesites. A pesar de que te convertirás en mi superior, nuestra amistad no desaparecerá —dijo dándole una palmada en la espalda.

—Si desapareciera, te despediría de inmediato —respondió.

—Si no te conociera, pensaría que estás bromeando —comentó Oliver prestando atención a lo que sucedía frente a ellos.

—Sabes que nunca bromeo —aseveró O'Brian mientras observaba la misma situación que su amigo.

Se quedaron quietos, sin apartar la vista de las dos mujeres. Antes de dirigirse hacia ellas, debían confirmar que no se trataba de otra escena melodramática de alguna compañía teatral buscando espectadores para la función de la tarde. No era la primera vez que unos agentes interrumpían a unos actores creyendo que los hechos eran verídicos y sufrían un sinfín de burlas por parte de los compañeros. Pero en el instante que admitieron que la situación era real, ambos corrieron hacia ellas. Norman fue el primero en alcanzarlas y, sin pensárselo dos veces, agarró a la mujer rubia del brazo. Antes de que esta se girara hacia él, tiró con fuerza para que soltara a la muchacha morena. Debido a la brusquedad y al efecto sorpresa, los dos terminaron en el suelo. Norman no se enfadó por quedar de aquella manera tan impúdica. Su rabia fue causada por la confusión e inocencia que ella expresó al abrir los ojos. Indudablemente, no se dejó llevar por esas emociones. ¿Cuántas mujeres fueron arrestadas proclamando su inocencia y luego eran culpables de hechos atroces? Muchas desde que él se incorporó al cuerpo. Por ese motivo, cuando ella apoyó las manos sobre la hierba para poder incorporarse, él le agarró de las muñecas, la alzó y aprovechó el momento para levantarse y dejarla tendida boca abajo en el césped. En ese momento de acción, no reparó en la vestimenta de su prisionera, ni en las iniciales bordadas en oro en los guantes de seda. Solo se centró en sostener con fuerza las manos sobre la espalda y apoyar la rodilla derecha en una buena parte de su glúteo.

—Muchacha, ¿está bien? —preguntó Norman a Tricia tras dejar inmovilizada a la supuesta secuestradora.

—Sí... sí —respondió la joven mirando a Hope con asombro y miedo.

—Ahora puede estar tranquila, porque el peligro ha pasado —insistió O'Brian con tono rudo, pero conciliador.

—Si usted lo dice —contestó la hija del duque que se había quedado con la mente en blanco.

—¡Suélteme! ¿Cómo se atreve a tocarme? —gritó Hope tras recobrar algo de sensatez.

—Quédese quieta si no quiere que le apriete tanto las manos que se queden moradas por la falta de sangre —murmuró Norman después de agachar la cabeza y colocar la boca cerca del oído de su prisionera.

—¡Santo Cielo! —exclamó una persona que se había acercado a ver lo que ocurría—. ¿Es una ladrona? ¿Ha intentado robarle, señorita? —añadió mirando a Tricia.

—Sinceramente, no me ha robado nada. Su único pecado ha sido no dejarme montar en barco y pagar un chantaje. Por lo demás, no tengo ninguna queja.

—Disculpe, señorita —intervino Oliver al acercarse a Tricia—. ¿Esta mujer no pretendía secuestrarla?

—Bueno, en cierto modo, sí. Quería llevarme a otro lugar que no deseo, pero no lo denominaría secuestro, más bien una obligada retirada —explicó muy seria.

—¡Tricia Manners, juro que te mataré! —gritó Hope al oírla.

—No debe hablar ni tampoco moverse. Si no hace lo que le pido, la meteré en una celda durante un largo tiempo por obstrucción a la justicia —le indicó Norman con voz amenazadora.

—¡Libere ahora mismo a *lady* Hope! —chilló la señora Johnson al llegar—. ¡Cómo se le ocurre hacerle esto a la señorita Cooper! ¿No sabe que está tratando con la hija del barón de Sheiton? —añadió golpeando a Norman en la cabeza con una mano—. ¡Quítese de encima! ¡Aléjese de ella, burro!

—¡O'Brian! ¿Lo has oído? —preguntó Oliver después de tragar el nudo de saliva que presionaba su garganta.

—¿Es usted *lady* Hope Cooper? —le preguntó sin soltarla, como si no creyese a nadie.

—¡Por supuesto que lo es! —insistió la señora Johnson.

—Señor agente, le aseguro que soy *lady* Tricia Manners, hija del duque de Rutland y que la mujer que tiene usted tumbada boca abajo es la hija del barón de Sheiton o también conocido como el juez Sheiton —intervino Tricia al observar que había demasiada gente a su alrededor y que su prima no sería capaz de soportar la vergüenza que le generaría aquella situación.

—¡Le he dicho que se aparte de ella! —tronó la dama de compañía al tiempo que lo empujaba.

El murmullo de la gente cada vez era mayor. El canto de los pájaros apenas se escuchaba. Las hojas de las copas de los árboles se movían al compás del suave viento. Los enamorados continuaban navegando en sus barcos en el interior del lago. Parecía un día normal, aunque para aquellos que eran rodeados por los curiosos transeúntes, no podían definirlo como tal. Tricia jamás creyó que viviría una aventura semejante con su aburrida prima. Hope nunca pensó que terminaría con la cara en el suelo por un malentendido. La señora Johnson estaba a punto de sufrir un síncope. O'Brian no daba crédito a lo que ocurría y su compañero solo

pensaba que Norman dejaría de estar enfadado por el ascenso, porque una vez que el juez Sheiton descubriese qué había ocurrido, lo descartaría del puesto.

—Norman, amigo... —dijo Oliver al advertir que su compañero seguía sin poder reaccionar.

—¿Qué está ocurriendo, agentes? —preguntó una de las personas que se habían acercado a observar la escena.

O'Brian retiró la mirada de la espalda de Hope y la fijó en todos los desconocidos que se habían amontonado para cotillear. Su hábil mente comenzó a ofrecerle un centenar de ideas de cómo salvar la situación, aunque no le resultaría fácil ocultar la identidad de la hija de Sheiton, ni evitar un escándalo.

—Siga mis instrucciones, solo así podré ayudarla a salir victoriosa de este desastre —le susurró a Hope.

La mujer no le respondió, parecía que había perdido la consciencia por el bochorno que padecía. Sin embargo, él sabía que estaba lúcida y que lo había escuchado. Sin perder tiempo, soltó las muñecas, apoyó ambas rodillas sobre el suelo y se quitó el gabán. A continuación, le cubrió la cabeza y gran parte del cuerpo. Después, metió su mano derecha bajo el abrigo y buscó la de ella. Cuando ambas manos se agarraron, se levantó y la ayudó a incorporarse. Antes de que todos pudieran ver el rostro de la mujer, O'Brian se lo cubrió, posó un brazo sobre los hombros, como si fuera su protector, y la instó a caminar hacia la salida del parque.

—¡Dirígete hacia la calle y encuentra un carruaje de alquiler! —ordenó a Oliver que caminaba detrás de él junto con Tricia y la señora Johnson.

Su amigo no tardó ni un segundo en obedecerle, porque la situación requería rapidez y eficacia. Mientras los cuatro avanzaban, buscó un par de frases para disculparse. No las dijo. Estaba tan confuso y preocupado, que se había quedado mudo. El estado de desesperación aumentó al notar que ella no dejaba de temblar. ¿Tan obsesionado se hallaba con el caso que dio por hecho que era un secuestro en vez de pararse y preguntar si se trataba de una disputa familiar? ¿Qué consecuencias tendría en un futuro cercano? ¿Qué haría el juez Sheiton cuando descubriese lo que acababa de hacer a su hija?

—Hope, no te preocupes, aquí nadie nos observa —comentó Tricia una vez que dejaron atrás el parque y a la muchedumbre.

—¡Cielo santo! ¡Qué situación tan bochornosa! —decía una y otra vez la señora Johnson.

Norman seguía sin poder hablar. Lo único que hizo fue continuar protegiendo con su cuerpo el de la hija del barón. Ni siquiera respiró aliviado cuando Oliver apareció con un carruaje. Tampoco eliminó su ansiedad después de confirmar que la hija del duque de Rutland y la dama de compañía se subían a este y corrían las cortinas para que la identidad de *lady Hope* permaneciera a salvo.

—Quédese con el gabán —comentó O'Brian cuando ella intentó quitárselo—. Puede tirarlo o quemarlo.

Hope no le respondió. Con la cabeza escondida bajo el abrigo, subió despacio al carruaje. Oliver fue quien cerró la puerta y ordenó al cochero que las llevara hacia la residencia de los Sheiton.

—Espero que este incidente no te cause muchos problemas, aunque mucho me temo que pronto nos encontraremos al juez Sheiton en Scotland Yard preguntando por ti —comentó a Norman, quien seguía mirando el carruaje.

—No me esconderé. Me enfrentaré a él y aceptaré todas las consecuencias —aseveró con firmeza antes de girarse sobre los talones y caminar hacia la central de Policía.

Londres, 15 de enero 1885

Hope se apartó de la ventana y caminó hacia el tocador. Cuando observó el equipaje sobre el suelo, recordó que su madre le advirtió que debía tenerlo preparado antes del desayuno. Estaba listo desde la tarde anterior, pero no dijo nada porque tenía algo importante que hacer durante la mañana. Sin embargo, las horas pasaron y él no apareció. Eso la puso triste. Le hubiera gustado verlo antes de viajar a Haddon Hall. Como era costumbre, las cinco familias dispusieron trasladarse a la residencia de campo para pasar la Navidad y Año Nuevo. En aquel lugar tranquilo, sus tíos y su padre hablarían sobre algunos contratos que pensaban realizar mientras sus esposas e hijas descansaban de la intensa vida londinense. Eso quería decir que no regresaría hasta mediados de enero...

Se sentó en la banqueta y se miró al espejo. Días atrás, su rostro recobró la expresión serena al comprobar que todo estaba en calma. Tal vez la pronta decisión del agente fue crucial para que los noticieros no mencionaran lo ocurrido en Hyde Park. Se llevó las manos a las mejillas al recordar el momento en el que él se echó sobre ella. La confusión que sintió en aquel instante la dejó aturdida. Y la voz que utilizó para amenazarla paralizó su corazón. No le resultó excitante. ¡Para nada! Aquel tono severo y cruel no le agradó. Sin embargo, eliminando aquella sensación desagradable, era consciente de que el agente solo actuó con la osadía de un hombre buscando justicia. ¿Secuestrar a Tricia? Eso sí que le resultó gracioso. Lo único que pretendía era llevársela de allí para no crear un escándalo, aunque ella pudo provocar uno diez veces mayor.

—*Lady Hope*, su madre insiste en que ha de bajar —indicó una doncella tras aparecer en la habitación.

Hope se levantó y fijó la mirada en el armario. Allí dentro seguía el abrigo desde que lo lavaron y secaron. «Puede tirarlo o quemarlo», eso fue lo que dijo. Aunque sus palabras parecían sinceras, no quiso elegir ninguna opción. A pesar de todo el desconcierto, él la ayudó. Otra persona le habría pedido disculpas y se habría marchado abandonándola a su suerte. Aquel agente no lo hizo. Él buscó con rapidez la manera de mantenerla segura y protegida. «Es la función de un buen agente», pensó cada vez que recordaba cómo la cubrió con el abrigo y la acercó a su cuerpo para resguardarla de las miradas curiosas.

—¿Puede bajar el equipaje y decirle que estaré lista en diez minutos? —pidió Hope.

—Por supuesto —le respondió apresurándose a cumplir la orden.

Una vez que se quedó sola, caminó hacia el guardarropa, sacó el largo gabán negro y lo extendió sobre la colcha. Repasó nuevamente que no había ni una sola mancha. Luego, se retiró, se cruzó de brazos y continuó mirándolo. Era una lástima que no pudiera entregárselo en persona. Le habría encantado charlar con él para explicarle qué excusa había dado a sus padres

cuando apareció desaliñada y con la prenda de un hombre sobre ella. Pero la urgencia de su madre por partir se lo impedía. De repente, se le ocurrió una forma de hacerle llegar toda la información. Con rapidez, se dirigió hacia el pequeño escritorio situado cerca de la ventana y cogió papel. Se sentó y, con la pluma en la mano, pensó qué debía escribir. No quería que sus palabras fueran cortantes ni que pudieran ser interpretadas de forma errónea. Solo deseaba expresarle gratitud e insistirle en que no debía preocuparse por su trabajo. Sonrió al recordar el miedo que el segundo agente expresó en su voz tras descubrir quién era ella. Su padre y su fama de juez severo... Eso había sido muy bueno para la familia, puesto que nadie quería causar problemas a los familiares de un hombre tan poderoso. Sin embargo, en esta ocasión, no quería que ninguno de ellos pensara que sus empleos corrían peligro. ¡Al contrario! Después de escucharla, su padre le prometió que buscaría al agente y le daría las gracias. Aunque mucho se temía que cuando le explicaran que el juez buscaba a la persona que se encontró con su hija el lunes por la tarde, pensaría en todas las cosas malas que podrían sucederle en vez de recibir un agradecimiento de su parte.

Sin eliminar la sonrisa de los labios, comenzó a escribir. Esperaba que la decisión de que ambos actuaran como extraños, si se encontraban en el futuro, la aceptara. No solo sería favorable para él, sino también para ella. No era adecuado que hablaran como viejos conocidos delante de otras personas. Esa actitud cercana podría generar malos entendidos y, puesto que en breve aparecería en sociedad buscando un esposo, sería un inconveniente más que añadir a su larga lista.

Una vez que terminó y la firmó, esperó a que la tinta se secara. Luego dobló la hoja en ocho partes. No quería que la doncella, a quien le pediría que se lo entregara si regresaba de nuevo, descubriera qué guardaba en el interior de un bolsillo. Hope se levantó de la silla y corrió hacia el gabán cuando oyó que alguien se dirigía a su alcoba. Con el corazón agitado, como si estuviera cometiendo un pecado, escondió la nota y estiró con las manos la prenda.

—Su madre insiste en que baje.

—Lo haré ahora mismo —respondió volviéndose hacia ella—. Señorita Park, ¿podría hacerme un favor?

—Por supuesto —respondió sin moverse de la puerta.

—Necesito que entregue este abrigo a su dueño. Él me dijo que aparecería hoy, aunque no sabía muy bien a qué hora se presentaría. ¿Puede devolvérselo?

—¿Recuerda el nombre del caballero?

—No. Como comprenderá, después de la horrible caída, no pensé en nada salvo en salir airoso de la situación.

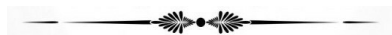
—Entiendo. Pero al menos oyó que hoy aparecería para recogerlo —insistió en confirmar.

—Sí, eso pude escucharlo, porque lo dijo justo antes de subirme al carruaje —respondió sin darle importancia a la perseverancia de la empleada—. Por favor, dígame que se ha lavado y que puede ponérselo en el mismo momento en que lo reciba —añadió justo cuando se colocó frente al tocador y cogió el pequeño bote de bálsamo. Aunque no lo necesitaba, porque los moratones y dolores habían desaparecido, quería llevárselo a Haddon Hall por si debía utilizarlo durante la estancia.

—No se preocupe, estaré atenta a la llegada de ese caballero y se lo devolveré

—contestó con firmeza la doncella.

Hope caminó hacia la salida, pero antes de abandonar la habitación, miró el gabán de nuevo. Esperaba que él apareciera, tal como había hecho desde el incidente, y que hallase con prontitud la nota.



Cuando él entregó el informe del día, el reloj marcó las cinco de la tarde. Estaba agotado después de vigilar y proteger el distrito que le asignaron. Pero antes de retirarse a descansar, debía realizar una última tarea. El primer día que decidió averiguar cómo se encontraba, se presentó en el hogar de los Sheiton con una bolsa de papel en las manos. En el interior guardaba un bote de ungüento que él mismo usaba para aliviar el dolor y eliminar los hematomas que aparecían después de un enfrentamiento con algún maleante. Sin anunciar su llegada, la dejó en la entrada principal y añadió una nota con: «*Lady Hope*», escrito en ella. Quería que lo utilizara para aliviar su dolor. Aquel regalo no era una solicitud de perdón. Desde que averiguó la verdad, estaba dispuesto a asumir la culpa y enfrentarse a la ira de Sheiton. Sin embargo, habían pasado varios días desde el terrible malentendido y este no se había presentado en comisaría pidiendo su cuello, ni tampoco lo llamó a su despacho.

Norman salió de Scotland Yard y se dirigió hacia la residencia de *lady Hope*. Al igual que los días anteriores, su único propósito era poder verla. Aunque dudaba de que esta vez lo consiguiera, porque la mujer no abandonó el hogar desde aquella tarde. Mientras caminaba, repasó la escasa información que obtuvo. No le pareció real, porque la describieron como un ángel caído del cielo. Concluyó que la gente tenía pavor a Sheiton y que no se atrevían a hablar mal sobre la familia. Desesperado, se dirigió hacia la única persona en el mundo que no temía a nada ni a nadie: su abuelo. En el momento que le contó qué había ocurrido en Hyde Park, abrió tanto los ojos, que los cristales de las gafas se quedaron diminutos en su rostro.

—¿A quién diablos dices que has tratado como a una vulgar secuestradora? —le preguntó para confirmar lo que había oído.

—A la hija del barón de Sheiton —repitió—. Aunque, como le he dicho, ha sido un malentendido. Debido al caso en el que estoy trabajando sobre varias desapariciones, creí que *lady Hope* pretendía secuestrar a la muchacha que arrastraba. Por ese motivo, actué sin pensar.

—¿Qué diablos os pasa a los O'Brian con los Cooper? ¿Acaso no sois conscientes de que debéis manteneros alejados?

—Deduzco, por su enfado, que mi padre también ocasionó algún problema al barón.

—¿¡Problema?! ¡Lo retuvo en el calabozo y lo acusó de asesinato! —tronó el anciano. A continuación, debido al nerviosismo, comenzó a toser.

Norman intentó zanjar la conversación, para que su abuelo recobrara la tranquilidad, pero no lo consiguió. Tuvo que escuchar la historia en completo silencio, como si

fuera un niño frente a un estricto profesor. Entonces descubrió que el anterior esposo de su madre podía ser el padre del hijo mayor del barón, que Cooper fue acusado y arrestado por la muerte de su primera esposa. Aunque gracias a la ayuda del marqués de Riderland y al duque de Rutland, encontraron quién fue el verdadero criminal y los motivos por el que lo hizo. Cuando conoció la historia, se encerró en su alcoba y reflexionó sobre su desastroso futuro. Por el momento era un simple guardia a pie, pero en breve se convertiría en inspector y tendría que reunirse con Sheiton con bastante frecuencia. ¿Qué ocurriría a partir de ese día? ¿Haría de su vida un infierno? Que él supiera, el juez siempre fue muy justo, a la vez que severo con las condenas de los presos. La gente lo elogiaba por su rectitud y moralidad. Sin embargo, una vez que descubriera quién era su padre y qué le había hecho él a su única hija, tal vez no actuaría con justicia...

Se quedó parado frente a la valla metálica. Solo el primer día tuvo la osadía de avanzar hasta la puerta principal. Después de eso, siempre permaneció alejado, contemplando las ventanas de la enorme mansión. No sabía si *lady Hope* se asomaría por alguna de ellas, aunque cada vez que observaba movimiento detrás de estas, la buscaba desesperado. Se cruzó de brazos y observó a su alrededor. No le importaba permanecer allí un buen rato si al final lograba su propósito. Su trabajo le aportó la paciencia necesaria para alcanzar aquello que deseaba. De repente, algo captó su atención. En los días anteriores, dos carruajes de los tres que poseía el barón, permanecían estacionados en la parte posterior del hogar. En aquel momento solo halló uno. Su mente comenzó a pensar en todos los motivos por el que lo usaron y se obsesionó con averiguar la verdad. ¿El estado de salud de la mujer empeoró? ¿Acudirían al médico Randall Moore? Él era el encargado de cuidar a la familia desde que el hijo mayor del barón se enamoró de una de las hijas del médico y, desde ese momento, la relación entre ellos era inquebrantable.

Dispuesto a verificar su hipótesis, se giró sobre los talones y buscó con la mirada qué dirección debía tomar para llegar a la residencia del doctor. Sin embargo, antes de dar dos pasos hacia delante, oyó los gritos de una persona. Cuando se volvió, la angustia aumentó al descubrir que procedía del hogar del barón. Ese carácter protector, guardián y dominante que recorría sus venas brotó con rapidez.

—¡Señor! ¡Señor! —gritó una doncella mientras se dirigía hacia él—. ¡Espere!

O'Brian se acercó a ella justo cuando la mujer abrió la puerta de la valla. Se quedó parado, mirándola impaciente. Un centenar de ideas surgieron al verla tan agitada. Mientras recobraba el aliento, él observó que en un brazo llevaba su abrigo, ese que le dio a *lady Hope* para ocultarla. Apartó la mirada de la prenda y la dirigió hacia el hogar de los Sheiton. Este continuaba tranquilo, silencioso.

—Buenas tardes, ¿en qué puedo ayudarla? —preguntó una vez que la doncella enderezó la espalda y lo miró.

—Buenas tardes, señor. Le pido disculpas por haberlo llamado de esta manera tan inapropiada, pero advertí su presencia justo cuando se marchaba —respondió con voz entrecortada debido a la carrera que hizo para alcanzarlo.

—No se preocupe, la entiendo —comentó sin dejar de mirar el abrigo.

—¿Esto le pertenece, verdad? —dijo al levantar la prenda hacia él.

—Supongo.

—*Lady Hope* me ha encomendado la tarea de devolvérselo. Me ha pedido también

que le dé las gracias por habérselo prestado.

—Fue un placer —contestó. Cogió la prenda y se la puso sobre el antebrazo derecho.

—La señorita quería decirle que está limpio y que puede ponérselo inmediatamente —aclaró al apreciar que el hombre no se inquietó por el estado de su abrigo.

Pero a Norman no le preocupaba si todavía seguían las manchas en él. Lo único que le obsesionaba era hallar la manera de preguntar por la hija del barón sin mostrar un comportamiento inapropiado. Puesto que no habían sido presentados formalmente, no tenía el derecho de averiguar dónde se encontraba y qué hizo desde que llegó. Sin embargo, el deseo de conocer las respuestas prevaleció al comportamiento protocolario.

—*Lady Hope*... ¿está bien? —dijo al fin.

—Sí. La señorita se ha recuperado bastante bien del tropiezo. De hecho, hoy se ha levantado con las fuerzas suficientes para viajar a Haddon Hall —explicó la doncella algo más calmada.

Bien, sin realizar mucho esfuerzo, supo que se había recuperado y el lugar en el que se encontraría. Aun así, seguía sin sentirse satisfecho. Tal vez estaba desilusionado porque no la había visto. ¿Qué buscaba? ¿Una charla amigable? ¿Quería preguntarle si usó el ungüento o conocer el motivo por el que la doncella mencionó la palabra tropiezo?

—Cuando regrese, dígame que soy el agente Norman O'Brian y que fue un placer ayudarla. También puede decirle que estaré a su servicio si lo requiere.

—¿Disculpe? —preguntó la doncella con sorpresa—. ¿Por qué necesitaría *lady Hope* su ayuda?

—Perdone, me he explicado mal —rectificó con rapidez—. Estoy tan acostumbrado a añadir esa frase durante las charlas en mi trabajo, que lo he dicho sin pensar.

Pero no había cometido ningún error. Lo dijo con sinceridad, desde lo más profundo de su corazón y con un objetivo: que sus palabras llegaran a ella, aunque fuera una anécdota boba que mencionara la sirvienta una vez que la viese. «Mensaje oculto», lo llamaban en el cuerpo. Y eso mismo pretendió.

—Deduzco que su trabajo es tan...

—Supongo que ha de realizar muchos quehaceres, con lo cual, no la entretengo más —cortó Norman a la mujer en mitad de la frase—. Muchas gracias por devolverme el abrigo y espero que tenga un buen día.

—¡Oh, claro! Le deseo lo mismo —respondió tan confusa y avergonzada que sus mejillas se sonrojaron.

Sin más, O'Brian se giró y caminó hacia su hogar. Durante la caminata, pensó de nuevo en la conversación que mantuvo con la empleada. ¿Por qué se había marchado a Haddon Hall? ¿Deseaba alejarse de Londres por temor a los rumores que pudieron surgir después de aquella tarde? Como no había salido de su hogar, no sabía que nadie hablaba sobre el incidente. Él buscó las noticias importantes de aquel día y, por el momento, no leyó nada sobre el asunto. Entonces, ¿por qué decidió abandonar Londres? ¿Quería alejarse de él? ¿No quería verlo frente a su hogar para evitar cotilleos malintencionados? O quizá se marchó para que la excusa del tropezón se hiciera más real. Posiblemente ese fue el motivo por el que el barón no solicitó su

presencia. Si ella dijo que dio un traspié y que él la ayudó, sus problemas habían desaparecido.

Su mirada se apartó del camino y la fijó en el abrigo. Ordenó que se lo lavaran, para que no quedara ni una sola prueba de lo ocurrido. Pero... ¿por qué insistió en que se lo pusiera al recibirlo? Confuso por la sutil orden, se paró en mitad del trayecto y, tras despojarse del que llevaba, se lo colocó. Una maravillosa fragancia alcanzó su nariz al hacerlo. Como si estuviera hechizado por ese perfume, que recordaba haberlo olido durante el forcejeo, se levantó las solapas y se las apretó sobre su cuello. A continuación, colocó el anterior gabán sobre un antebrazo y metió las manos en los bolsillos, como si estas se hubieran congelado.

—¿Qué diablos? —preguntó en voz baja al notar que los dedos de su mano derecha palparon algo. Con rapidez, sacó el papel que había en el interior y, sin reparar en las miradas de las personas que pasaban por su lado, desdobló la nota y comenzó a leerla.

Estimado señor, (disculpe que no me dirija a usted con el debido respeto, pero no recuerdo ni su nombre ni su apellido).

Quiero decirle que me llegó el ungüento. Muchas gracias por su preocupación, aunque no debió hacerlo. Tampoco creo que sea conveniente que aparezca por los alrededores de mi casa (puede ocasionar malos entendidos entre nosotros). Si lo ha hecho para averiguar si le conté a mi padre sobre lo ocurrido, ha de estar tranquilo. Después de llegar a mi hogar, comprendí que mi actitud en Hyde Park pudo hacerle sospechar que estaba obrando mal. Por ese motivo, les dije a mi familia que había tropezado y que un agente había tenido la amabilidad de ayudarme a salir del apuro.

Como admitiré, solo se trata de un episodio más en nuestras vidas, nada que interceda en el futuro de ambos. Por esa razón, insisto en que usted continúe con su labor y que, si en algún momento el destino quiere que nos volvamos a encontrar, actuemos como dos desconocidos. Espero que acepte mi decisión.

Atentamente, Hope Cooper.

En el momento que Norman terminó de leer la carta, el deseo de averiguar más sobre la hija del barón aumentó.

II

Londres, 14 de febrero 1885

La ceremonia de nombramiento se realizó en el interior de Scotland Yard, porque amaneció con el cielo cubierto de nubes grises y se auguraba lluvia antes de las doce. Bajo la atenta mirada de sus padres, abuelos y compañeros, Hill colocó la nueva insignia sobre el pecho de Norman. Este se mantuvo sereno en todo momento, como si el actual cargo no le importase, aunque estaba muy emocionado y nervioso. Pese a la incertidumbre que padeció desde finales del año anterior, el primer objetivo de su vida acababa de cumplirse. Se llevó la mano derecha hacia la sien para despedir a su superior. Mientras tanto, la otra se mantuvo pegada al bolsillo izquierdo del pantalón, lugar donde guardaba la carta de la señorita Cooper. Desde el día que la encontró en el gabán, la llevaba consigo como si fuera un amuleto.

Después de recibir las felicitaciones por el ascenso, sus padres, sus abuelos y él se dirigieron hacia la iglesia de San Bartolomé el Grande. Allí celebraron una misa en honor a Norman. Fue el único deseo que exigió su abuela Florence y ninguno de ellos se atrevió a negárselo. El próximo destino era el hotel Metropole^[1], situado en la esquina de Northumberland Avenue y Whitehall Place. Un regalo de sus abuelos que no pudo rechazar. Allí ofrecerían un pequeño banquete al resto de familiares y amigos que no pudieron asistir al nombramiento. Durante la marcha en carruaje, su padre, además de mencionar lo orgulloso que se sentía por continuar sus pasos, le dio un sinfín de consejos para soportar el nuevo cargo. Su madre, por otro lado, le recordó que no debía permanecer en el puesto demasiado tiempo, porque deseaba que en un futuro próximo se responsabilizara de la dirección de todas las empresas que poseían los Campbell. Por suerte, sus abuelos intervinieron con rapidez y la conversación se zanjó antes de que se convirtiera en disputa. Adoraba a su madre, pero sus aspiraciones eran muy diferentes a las de ella. No sabía cuánto tiempo permanecería en Scotland Yard, pero estaba seguro de que no se marcharía sin convertirse en una leyenda, al igual que lo había sido su padre.

Cuando el carruaje paró frente a la fachada del hotel, Norman y su padre salieron en primer lugar. Mientras su madre se arreglaba la falda del vestido, él ayudó a sus abuelos a bajar. Sonrió al descubrir que su abuelo fruncía el ceño al tenderle la mano. A pesar de su edad, seguía pensando que tenía la agilidad y la soberbia de un jovenzuelo. Aun así, aceptó el apoyo a regañadientes.

—¿No os parece maravilloso? —preguntó su abuela Florence al contemplar la entrada—. Dicen que será el hotel más importante de Londres y que en el futuro se celebrarán acontecimientos que harán cambiar el destino del mundo.

—¿En qué noticiero has leído esa información, cariño? —respondió el abuelo Norman ofreciéndole el brazo.

—En *The Times*, por supuesto —contestó ella con una espléndida sonrisa.

—Ya lo suponía —declaró el anciano antes de que ambos se dirigieran en primer

lugar hacia la entrada.

En segunda posición caminaban sus padres. Vigilando y protegiendo a la anciana pareja. Pero como siempre, no tuvieron ningún contratiempo y accedieron al vestíbulo mostrando superioridad de su avanzada edad. Esa fuerza y entereza de ambos dejaban a Norman sorprendido. En el hogar, cuando nadie los veía, los dos se quejaban de dolor de huesos o de los estragos de la vejez. Sin embargo, una vez que asistían a cenas familiares, banquetes sociales o reuniones con amigos, esos achaques desaparecían milagrosamente.

—¡Santo Dios! ¡Mirad hacia arriba! —exclamó emocionada Florence.

Los cuatro alzaron el rostro y observaron una enorme cúpula de cristal. Era tan majestuosa que dejaba a los clientes con la boca abierta. Cuando los cinco retiraron los ojos del techo acristalado, observaron el interior y admitieron que el hotel era tan imponente como grandioso. No podían jurar que en el futuro se celebrasen las reuniones que mencionaba *The Times*, pero podían augurar que la alta sociedad haría todo lo posible para reservar los salones y las habitaciones de un lugar tan sublime.

—Buenos días, ¿señor y señora Campbell? —preguntó un hombre vestido con un elegante e impoluto traje negro, al acercarse a ellos.

—Los mismos —respondió el abuelo con una sonrisa de oreja a oreja al escuchar cómo su yerno lo maldecía de nuevo. Desde que su hija se casó con Michael O'Brian, el pasatiempo más importante de su vida era convertir la de él en una tortura.

—La dirección del hotel le agradece que nos haya elegido para celebrar un momento tan importante. Esperamos que todo esté del agrado de los invitados. Si tienen algún problema, indíquenlo a cualquier empleado que hallarán en el salón. Les informo que los invitados han sido recibidos con una copa de bienvenida y que los músicos contratados tocarán después del almuerzo.

—Perfecto —dijo Florence apretando con cariño el brazo de su esposo.

—Si son tan amables de seguirme, les indicaré el camino.

—Avance, joven —ordenó el abuelo Norman con impaciencia.

Caminaron detrás del hombre en silencio, observando a su alrededor. Si les había dejado atónitos el vestíbulo, lo que descubrieron a continuación no les defraudó. Suelos de mármol brillante, sillones de piel oscura, mesas de caoba barnizadas con minuciosidad, inmensas estanterías repletas de libros que enloquecerían a cualquier acérrimo lector, cortinas de terciopelo y seda, lámparas de cristal de *strass* y un increíble olor a nuevo en el ambiente.

Los cinco se pararon cuando el empleado lo hizo. En silencio, este les señaló el pasillo que debían recorrer y la puerta del salón donde les esperaban los invitados. El abuelo Norman metió la mano derecha en el bolsillo de su chaqueta y le dio una buena propina al joven. A continuación, el trabajador le hizo una inclinación y se marchó.

—¿No te parece el lugar perfecto para celebrar un convite de bodas? —soltó Florence tras volverse hacia su nieto para mirarlo de frente.

—No es el momento adecuado para buscar una esposa. Mi hijo ha de preocuparse por su nuevo cargo —respondió con rapidez Michael.

—Sería estupendo —intervino el abuelo Norman—. Y en una de las *suites*, podría engendrar el primer bisnieto Campbell —añadió con astucia.

—Error. En todo caso sería un O'Brian. ¡Este hombre siempre olvida que soy el padre! —masculló Michael. Comentario que recibió como premio un leve pisotón de su esposa.

—Prométeme —insistió Florence a su nieto —, que tu primera hija se llamará Florence. Sería un gran regalo para mí.

—Si es niño, ha de seguir con la tradición de llamarlo Norman —apuntó audaz el abuelo.

—Según la tradición, ha de llamarse Michael, como el abuelo —intervino de nuevo Michael.

—Ese nombre es horrible para mi bisnieto —refunfuñó el anciano Campbell.

—No es momento de mencionar ese tipo de asuntos —accedió April al tener la certeza de que aquella conversación tendría un trágico final—. Todos debemos centrarnos en el presente y actuar al respecto. Os recuerdo que en el salón hay más de sesenta invitados que esperan nuestra llegada —añadió apretando el brazo de su marido.

—Abre bien los ojos, cariño. Tal vez encuentres a tu futura esposa entre ellos —apuntó entusiasmada Florence antes de agarrarse a su marido y hacerle caminar.

Norman volvió a tocar la carta de *lady* Hope mientras andaba detrás de las dos parejas. No sabía si ella acudiría al banquete. No tuvo el valor de preguntarle a su madre si los Cooper aceptaron la invitación. Hasta el momento, cada vez que se realizó una ceremonia dirigida por Scotland Yard, el juez acudió sin problemas. La inquietud se apoderó de él al recordar que el barón no se presentó a su nombramiento. O tal vez lo hizo, pero no se acercó para felicitarlo. ¿Quería mantener a su familia alejada de los O'Brian? Eso explicaría el motivo por el que no la halló desde que regresó de Haddon Hall. A pesar de caminar de nuevo frente a la vivienda del juez, como si fuera un vagabundo sin rumbo, no consiguió verla. ¿El barón le prohibió cualquier contacto con el hijo de quien lo encerró en prisión? ¿Le guardaría rencor? Si era cierta la excusa que ella ofreció, al aparecer de aquella manera y con un abrigo de hombre, lo normal habría sido que el juez buscara a la persona que auxilió a su hija. Sin embargo, habían pasado algo más de dos meses desde el incidente y seguía sin tener ni una sola noticia del barón. ¿Descubriría su identidad y por ese motivo se mantuvo en silencio?

El deseo de averiguar la verdad se hizo tan angustioso que notó una fuerte presión en el pecho. Necesitaba hablar lo antes posible con lord Sheiton y aclarar cualquier malentendido. No podía permitir que el problema de ambos padres les afectase. Quería acercarse a ella, descubrir su verdadera personalidad, indagar sobre qué tenía pensado hacer en el futuro y, si la suerte lo acompañaba, crear una buena amistad para que ambos pudieran olvidar lo sucedido. Tal como dijo su padre, no era el momento de buscar una esposa, sino de centrarse en el trabajo para lograr su próximo objetivo. Sin embargo, pese a la fuerte convicción sobre mantener una relación cordial con *lady* Hope, en cuanto se colocaron en la entrada del salón, sus ojos buscaron con desesperación la silueta de la mujer. Aunque había pasado tiempo y el encuentro fue rápido y desafortunado, recordaba el color de su cabello, las facciones de su rostro, la forma de sus ojos, el contorno de sus labios, la altura y su esbelta figura. Una vez que su mente le ofreció de nuevo aquellos datos, su corazón comenzó a latir acelerado. ¿Cómo era posible que no olvidara ni un solo detalle?

—Espero que hoy no ofrezcamos un escándalo que ocupe la primera página de un periódico —comentó April mirando a su padre y a su esposo en señal de advertencia—. Si no os comportáis, prometo que mi venganza será terrible.

Al escucharla, el único que reaccionó fue Norman. Los otros dos continuaron como si no la hubieran oído. Mientras sus abuelos accedían en primer lugar, Norman respiró hondo, para controlar sus nervios. Sin embargo, cuando sus padres avanzaron, esa inquietud aumentó. Se mantuvo durante unos segundos bajo el dintel de la puerta. No lo hizo por hacer una entrada solemne o adquirir protagonismo, sino porque no podía dejar de mirar a los invitados. La buscaba con más ansiedad de la que debía expresar. ¿Cómo pudo controlar la emoción al sentir la nueva medalla sobre su pecho y le resultaba imposible dominarse al pensar que podía encontrarla? ¿Se había vuelto loco?

—¡Felicidades! —exclamaron los invitados al verlo.

Norman los miró y sonrió. Fue lo único que pudo hacer porque tampoco sabía cómo actuar en momentos semejantes. No se trataba de timidez. Más bien era preocupación. Si todos los que asistieron tenían la esperanza de que él continuara con el legado de su padre, la responsabilidad era muy alta. ¿Podría cumplir las expectativas? Lucharía con todas sus fuerzas para que así fuera.

—¡Enhorabuena, sobrino! —dijo tía Kristel, la esposa de Hill, cuando corrió hacia él para abrazarlo—. Estoy muy orgullosa de ti. Seguro que harás un buen trabajo —añadió antes de retirarse.

Como si pudiera leerle la mente y entender su preocupación, le cogió de las manos y se las apretó.

—Gracias. Espero no defraudarte —contestó mirándola a los ojos.

—Tú no serías capaz de hacer algo así, cariño —prosiguió sin soltarle—. Ahora, agradece a los invitados su presencia y disfruta de tu fiesta.

Después, le dio un beso en la mejilla y se dirigió hacia Florence y April. Las tres comenzaron a saludar a las esposas e hijas de quienes aparecieron, mientras que su padre y abuelo hicieron lo propio con los maridos e hijos. Aquello era una fiesta en su honor, pero no dudaba de que aprovecharían el momento para lograr algún que otro afortunado contrato.

Norman respondió con paciencia a todas las preguntas que le hicieron los invitados que se le acercaban. Algunos mencionaban las hazañas más relevantes durante su época de agente de a pie. Otros le preguntaban cuándo tomaría el control de las empresas de la familia. A los primeros les respondió con una sonrisa y restó importancia a los asuntos que evocaron. No quería que lo trataran como un héroe, porque no lo era. A los segundos, les comunicó que no estaba seguro de cuándo lo haría, pero que sería un diligente más cruel que su padre y les advirtió que, si querían realizar algunos tratos beneficiosos, no debían esperarle. Las terceras charlas, que aparecieron después de finalizar las anteriores, no fueron de su agrado. Si las madres dedujeron que el convite era el mejor momento para que él conociera a un sinnúmero de jóvenes solteras y eligiera una esposa, se equivocaban. Él no estaba interesado en ninguna de ellas.

Mientras esas conversaciones transcurrían, sus ojos continuaban observando a su alrededor. La alegría que debía sentir en un día tan especial no apareció al confirmar que los Cooper no se presentaron. La idea de que el rencor hacia su familia seguía latente, se confirmaba. ¿Cómo podía arreglar aquel desastre? Necesitaba hacerlo, porque no podía pasar más tiempo pensando en *lady Hope* y que todo lo referente a ella fuera un enigma...

—El juez Sheiton ha llegado —comentó alguien a su alrededor.

Con rapidez, se giró hacia la puerta y toda la amargura, que había oscurecido su

corazón, desapareció de manera fulminante al comprobar que el barón venía acompañado de su esposa e hija.

—¡Al fin! —murmuró antes de caminar hacia ellos con decisión.

III

Hope creía que la historia con el agente había quedado zanjada durante su ausencia, pero no fue así. La tarde en que había regresado, descubrió que él paseaba de nuevo frente a su hogar. Sin perder el tiempo, se retiró de la ventana y llamó a la doncella, a quien encargó devolverle el abrigo, para pedirle que le contara otra vez lo ocurrido aquel día. Seguía sin hallar nada extraño, salvo el hecho de que reveló su nombre y apellido, como si quisiera que ella lo recordase. Desesperada, porque la tenacidad de él la alteraba, buscó una forma de librarse de la situación sin que sus padres se preocuparan. No encontró una excusa razonable para marcharse unos días, porque su mente se quedaba en blanco cada vez que lo intentaba. Sin embargo, la suerte se puso de su lado cuando su madre, durante la cena de esa misma noche, comentó que tenía la intención de visitar la residencia del abuelo Polet y averiguar qué reformas debían realizar. Rápidamente, opinó que era una idea estupenda y se ofreció a acompañarla. Como la vivienda sería suya, puesto que Eric tenía pensado residir en el campo después de casarse con Josephine, nadie había rechazado su decisión. Con lo cual, durante las cinco semanas siguientes, se centró tanto en los cambios que necesitaba la enorme casa, que apenas pensó en el agente. Pero esa tranquilidad desapareció cuando sus padres le comunicaron que debían acudir a la fiesta que ofrecían los O'Brian por el ascenso de su hijo. Desde aquel momento, sus nervios le impidieron comer y dormir con normalidad. Parecía que el destino insistía en que sus caminos se cruzasen a pesar de todos los esfuerzos que ella hizo por evitarlo...

Esa mañana, aunque se levantó antes del amanecer, porque fue incapaz de conciliar un sueño profundo, nada de lo que hizo fue de su agrado. Por ese motivo, planeó decirle a su madre que se encontraba indispuesta y que debía permanecer en casa. Reconocía que era un acto muy cobarde, pero no halló una opción mejor para recuperar la calma. Por desgracia, cada vez que pensaba en él, su cuerpo reaccionaba de manera extraña. ¿Estaría asustada por lo que podría ocurrir? A pesar de que nadie había comentado sobre el incidente, hubo muchos testigos y tal vez alguno de ellos estaría en la fiesta. Recordar el suceso la llevó de nuevo al momento en el que oyó la voz del agente cerca de su oído. También sintió la presión de su gran cuerpo sobre el suyo y la repentina obsesión por protegerla. Esas eran las verdaderas razones por las que deseaba mantenerse distante. No entendía el motivo por el que temblaba y se sobresaltaba al evocar aquellos momentos. Hasta esa tarde, ningún hombre le había causado tanta agitación. ¡Al contrario! Siempre había actuado de manera correcta, sensata y precavida, como si su corazón estuviera hecho de hielo.

—Tu padre ha regresado y comenta que la familia O'Brian se dirige al hotel. Como bien sabes, no es educado presentarse a una fiesta después de los anfitriones —dijo Anais a su hija al entrar en la habitación de esta.

—Sinceramente, me gustaría quedarme en casa. Hoy me he levantado bastante destemplada —respondió sentada en la cama.

Anais caminó hacia ella, le puso una mano en la frente y arrugó la nariz al confirmar que no tenía fiebre. Aunque era cierto que sus mejillas estaban rojas, no parecía enferma.

—Te he dicho un millar de veces que debemos acompañar a tu padre a los eventos sociales que requieren de su presencia. Permanecer a su lado evitará que la gente especule sobre nuestra relación familiar. Desde que se convirtió en juez, todo el mundo busca una excusa para criticarlo —indicó tras poner los brazos en jarras y expresar enfado en su rostro.

—En otro momento...

—No —aseveró con firmeza—. Y ni mucho menos hoy. Después de lo ocurrido entre tu padre y el señor O'Brian, debemos asistir para confirmar que desaparecieron las desavenencias entre ambos.

—¿Desavenencias? —repitió Hope mirando a su madre con expectación.

—Errores que no voy a mencionar —contestó moviendo la mano con desdén—. Pero todo se aclaró en su momento y, a día de hoy, son buenos amigos. De hecho, antes de que el joven O'Brian obtuviera su nueva medalla, tu padre habló con el señor Hill para agradecerle la sensata elección. Según parece, el hijo es idéntico al padre y, si esos rumores son ciertos, Londres volverá a tener un excelente inspector.

Aquel descubrimiento alteró todavía más a Hope. ¿Qué había ocurrido entre sus padres? ¿Sería esa la razón por el que se empeñaba en verla? Porque la doncella le contó que él continuó apareciendo mientras ella estaba en la residencia Polet. Fuera el motivo que fuese, mucho se temía que lo averiguaría una vez que pudieran hablar. Con la mirada de su madre puesta en ella, se levantó, alisó la falda de su vestido de muselina malva y caminó erguida hacia el pasillo, como si nada la preocupara. Sin embargo, al situarse en lo alto de la escalera, las piernas le temblaron.

—El tiempo de espera ha merecido la pena. Las dos estáis preciosas —dijo Federith al verlas.

—Siento la tardanza, querido. Pero Hope ha rechazado, después de probárselos, los cinco vestidos que le ha ofrecido la señorita Park. Al final, como puedes observar, ha escogido el que llevaría una institutriz enfadada —expresó Anais frunciendo el ceño.

—Los descarté porque no me parecían adecuados para la ocasión. Si no recuerdo mal, se trata de una fiesta en honor al nuevo inspector y si aparezco con los hombros al descubierto, todo el mundo creará que aprovecho dicho acontecimiento para buscar un marido —se defendió la joven.

—Tranquila, nadie pensará tal cosa cuando te vea —refunfuñó Anais tras inspirar hondo.

No pretendía que Hope hallase un esposo con rapidez. ¡Al contrario! Desde pequeña le enseñó que dicha elección debía tomarla con calma. Pero la tranquilidad que había adoptado su hija enloquecería a cualquier paciente madre. Ni en la primera temporada, ni en la segunda y, mucho se temía, que ni en la tercera, encontraría al hombre que fuera capaz de romper aquel trozo de hielo que tenía por corazón.

—Estoy encantado de que mi pequeña Hope no tenga prisa en comprometerse. Opino que aún es demasiado joven —expresó Federith al tomar la mano de su esposa y mirar a su hija con complicidad.

—Les recuerdo que Eric corteja a Josephine desde hace años y que ninguno de los dos se ha quejado al respecto —dijo Hope al extender la mano izquierda para tomar el abrigo que le ofrecía el mayordomo.

—La historia amorosa de tu hermano es diferente. Él sabe quién será su esposa y lucha por alcanzarla —replicó Anais.

—Bien, en ese caso, prometo que el mismo día que Eric se case, comenzaré la búsqueda de mi esposo —claudicó la joven con sarcasmo, pues Josephine era un hueso duro de roer y tardaría años en aceptarlo.

—No creo que... —intentó decir Federith.

—Me parece una idea estupenda —lo interrumpió su esposa.

Con esa promesa suspendida en el aire, los tres salieron del hogar, subieron al carruaje y pusieron rumbo hacia el hotel.



No se había cumplido el propósito de su madre. Diez minutos antes de llegar, se encontraron un carro de frutas tirado en la calle. Pese a que el vendedor fue auxiliado por varios transeúntes, permanecieron atrapados más tiempo del deseado. Esa tardanza causó un ambiente tenso en el interior del carruaje. Mientras Federith intentaba calmar a Anais, Hope miraba por la ventana para que la desesperación de su madre no aumentara la suya. Cuando llegaron, sus ojos se clavaron en la fachada del enorme edificio. Admiró en silencio aquel lugar y confirmó los rumores sobre el hotel. Habían construido en la esquina de Northumberland Avenue y Whitehall Place un edificio digno de un rey.

—Hope, ¿estás preparada? —le preguntó su padre una vez que bajó su esposa y tendió una mano hacia ella.

—Sí —respondió con calma.

Pero la agitación creció tras ser recibidos por un empleado y dirigidos hacia el salón. Hope ni siquiera admiró lo que había a su alrededor. Estaba concentrada en mantener una actitud serena y discreta. Sin embargo, cuando alguien anunció que habían llegado, toda esa fuerza de voluntad desapareció. Con angustia miró a los invitados y su cuerpo se tensó al descubrir que él se dirigía hacia ellos en primer lugar. Con rapidez, dio un paso hacia atrás, colocándose detrás de sus padres. Seguía manteniendo una actitud cobarde, pero era lo único que podía hacer para aminorar la agitación que la embargaba. ¿Por qué era tan osado? ¿No era capaz de pensar que su actuación era incorrecta? Cerró los ojos y rezó para que aquella situación desapareciera. Al abrirlos, soltó un largo suspiro al descubrir que no estaba solo. Una pareja se le había unido en algún momento. No le resultó difícil descubrir que se trataban de sus padres, puesto que ambos hombres eran prácticamente iguales. Retiró la mirada de ellos y la fijó en su padre. No parecía disgustado, sino feliz de verlos. Como había dicho su madre, las desavenencias entre ellos habían desaparecido en algún momento del pasado.

—Lord Sheiton, *milady*, señorita Cooper —los saludó Michael mientras extendía una mano a Federith.

—Señor O'Brian —respondió Federith al estrechársela.

Anais alargó ambas manos hacia April para saludarla como buenas amigas. Entretanto, Hope y Norman permanecían inmóviles, observando la familiaridad con la que se trataban.

—Gracias por acudir a uno de los días más importantes de mi familia —expresó Michael.

—No nos lo perderíamos por nada en el mundo —dijo el barón mirando a Norman—. Joven O'Brian, deduzco que se halla feliz por su nuevo cargo —añadió ofreciéndole una mano para saludarlo.

—Lo estoy, milord —le respondió sereno y haciendo todo lo posible para no mirar a Hope.

Los tres comenzaron una charla sobre todas las adversidades que hallaría Norman al principio de su carrera. Estaban tan emocionados con el tema, que no repararon en que seguían en la entrada y que no habían presentado adecuadamente a los jóvenes. April miró a Anais y, por la expresión de su rostro, dedujo que pensaba lo mismo que ella. Antes de que comenzaran otra conversación que los abstrajera, la baronesa entrelazó su brazo al de su esposo para llamar su atención. Al conseguirlo, levantó una ceja y señaló a Hope con la mirada.

—No sé si reconocerán a mi hija. La última vez que la vieron acababa de cumplir los quince años —dijo con rapidez al entender la intención de su mujer.

—Se ha convertido en una hermosa joven —expresó April extendiéndole ambas manos para saludarla del mismo modo que a su madre.

—*Lady Hope* —habló Michael al tiempo que hacia una leve inclinación con la cabeza.

—Él es mi hijo Norman O'Brian, el causante de este alboroto —intervino de nuevo April.

—Señorita Cooper —dijo él acercándose a ella.

Hope se mantuvo calmada, como si aquella situación no la perturbara. Sin embargo, cuando le tendió la mano y él se la tomó para besársela, el temblor en sus rodillas regresó. A pesar de que no estaban solos, a pesar de que todas las miradas estaban puestas en ellos, tuvo la osadía de mantener sus labios sobre los nudillos más tiempo de lo correcto. Cuando alzó el rostro y sus ojos se encontraron, ella supo que el peligro que intuía acababa de empezar.

IV

Por fortuna, nadie salvo ella había prestado atención a la forma en la que Norman besó sus nudillos. Tampoco descubrieron que su palma fue acariciada por un descarado dedo pulgar. Esa osadía le causó un escalofrío, que no desapareció hasta que se alejaron de la entrada para charlar con los demás. Hope siguió a su madre y a la señora O'Brian en silencio y con los ojos clavados en las figuras que aparecían frente a ella. Necesitaba olvidarse de él y comportarse como si no existiera. Sin embargo, a pesar de la distancia y de la gente que la rodeaba, no la perdía de vista. Al principio se sintió incómoda, pero según pasaba el tiempo, su actitud cambió. Dejó de importarle que la vigilara y conversó con todas las personas que se le habían acercado sin pensar en lo ocurrido aquel día. Ese comportamiento seguro y distendido, aportó a su madre la confianza suficiente para dejarla sola. No fue una decisión correcta, porque unos minutos después, un caballero se le acercó. Hope aceptó la copa que le ofreció y sonrió con amabilidad. No recordaba quién era, aunque él mencionó varias veces el momento y el lugar en el que se conocieron. Apartó la mirada del obstinado hombre y observó a su alrededor. Buscaba con urgencia a su madre para que la ayudase a salir de la angustiada situación. Al no encontrarla, volvió a centrarse en quien no dejaba de hablar sobre el impacto que le había causado conocerla. Alto, con cabello dorado. Sus ojos eran verdes oscuros. La mandíbula estaba cubierta con una espesa barba. No poseía una figura robusta, aunque tampoco escuálida. El traje negro que lucía se ceñía a su cuerpo a la perfección. Otras mujeres lo describirían como un caballero elegante, pulcro y apuesto. Ella no se incluía en ese posible grupo de admiradoras. Como les había dicho a sus padres antes de salir, no comenzaría la búsqueda de un marido hasta que Eric se casara con Josephine.

La sonrisa amable de sus labios desapareció cuando el hombre dio un paso hacia ella. Su espalda se puso rígida, el vello se le erizó y su corazón dejó de latir. ¿Qué pretendía hacer? Instintivamente, dio un paso hacia atrás para distanciarse. Cuando la suela de su botín derecho se colocó sobre el brillante suelo, notó que algo le impedía avanzar. Con desesperación giró su rostro para averiguar qué ocurría y se quedó sin aliento al descubrir quién estaba detrás de ella. Toda la tensión que padecía desapareció en el instante en que sus ojos se toparon con la mirada penetrante del nuevo inspector. Aquel rostro severo, que ahuyentaría a cualquier persona, la reconfortó.

—Lord Davies, me alegro de verlo —comentó Norman tras retirarse de la espalda de Hope y dar un paso hacia el caballero.

—Igualmente, señor O'Brian —respondió al extender la mano para saludarlo.

—Espero no haber interrumpido una conversación importante —alegó apartando la mirada de Davies y fijándola en Hope al tiempo que reprimía las ganas de colocar su brazo derecho alrededor de su cintura.

—En cierto modo, lo era —contestó con tono severo y amenazador.

A Norman no le importó la advertencia. Tenía un propósito y lo llevaría a cabo en menos de un minuto...

—Lord Davies trataba de hacerme recordar el día que nos conocimos —explicó Hope antes de esbozar una ligera sonrisa y depositar la copa sobre la mesa que halló a su lado.

—¿Lo ha conseguido? —preguntó O'Brian mirándola.

—¿El qué? —soltó ella con sorpresa.

—Que lo recuerde —perseveró Norman ignorando el murmullo desagradable de Davies.

—Estaba a punto de lograrlo —intervino este tras adoptar una postura rígida y desafiante.

—¿Con qué fin? —espetó O'Brian al mirarlo.

—Es un tema privado —dijo con la mandíbula apretada.

—Entiendo... —alegó calmado—. Señorita Cooper, su madre me ha pedido que la lleve hasta ella. Puede quedarse aquí y continuar con ese tema privado o acompañarme —indicó colocando el brazo para que se lo agarrara.

Hope se quedó paralizada al no entender el motivo por el que él se comportaba con tanta grosería. Mientras se sonrojaba, debido a la vergüenza, separó los labios para decir algo, pero los juntó con rapidez al no saber qué expresar para resolver la situación con diplomacia. Miró a lord Davies y captó su enfado, incluso apreció las ganas que sentía de golpear al nuevo inspector. A continuación, observó el rostro de O'Brian y su actitud pasiva la dejó perpleja. ¿Cómo podía permanecer tranquilo frente a la amenaza de un conde? ¿No temía las repercusiones que le acarrearía su conducta descortés? Si el nuevo cargo requería del apoyo de la aristocracia, como dijo su padre en más de una ocasión, ¿qué inconveniente obtendría en el futuro con lord Davies?

—¿Señorita Cooper? —preguntó Norman sacándola de sus pensamientos.

—Sí, por supuesto —respondió aceptando el brazo con timidez—. Le pido mil disculpas, milord. Pero he de cumplir el deseo de mi madre. Le aseguro que ha sido un placer charlar con usted y espero que podamos conversar en otro momento.

—*Lady Hope* —dijo Davies tomando la mano que no apoyaba en Norman para besársela—. Lo esperaré con impaciencia.

O'Brian mantuvo la calma mientras observaba cómo aquellos labios rozaban el guante. Por un segundo, deseó tirar de Hope y que el aliento del hombre no alcanzara la tela, pero se contuvo para no crear un escándalo. Con una falsa sonrisa, se despidió del conde y se marchó con ella.

—Debería seleccionar mejor a sus acompañantes —comentó mientras la dirigía hacia una zona del salón donde apenas había invitados—. Lord Davies no es una buena elección, salvo que desee convertirse en una condesa con cientos de acreedores a su alrededor.

Hope lo miró desconcertada. A continuación, notó un inmenso calor que comenzó por los pies y terminó en las mejillas. Mucho se temía que estas habían tomado un intenso color rojo. Muy despacio, levantó los dedos del brazo de Norman con la intención de apartarse, aunque no logró su propósito, porque él, al advertir qué se proponía, colocó la mano izquierda sobre la suya para evitar que lo hiciera.

—No ha sido una acusación, sino un consejo —dijo con tono amable.

—Le agradezco sus palabras, señor O'Brian. Las tendré en cuenta para otra ocasión y ahora, si no le importa, lléveme hasta donde se encuentra mi madre. No quiero hacerla esperar —habló con impaciencia.

—*Lady Sheiton* no me ha pedido nada. Me inventé la excusa para alejarla de ese sinvergüenza —declaró O'Brian.

—Sinceramente, no debió hacerlo. Antes de su llegada, estaba a punto de finalizar la conversación. Que sea tímida no significa que no posea la capacidad de cuidarme —aseveró firme.

—Deduzco, por cómo me habla, que no le agrada mi presencia, porque sigue molesta conmigo.

—No. Usted sabe que no le guardo rencor. Yo misma se lo aclaré en la carta que guardé en un bolsillo de su abrigo —se aventuró a decir.

—Una carta que me ha acompañado desde el día que la encontré —admitió mirándola—. Señorita Cooper, por si no lo sabe, he visitado su hogar desde que regresó a Londres, pero no he tenido la oportunidad de verla para pedirle de nuevo una disculpa. Siento haberla confundido con una criminal.

—Insisto en aclararle que ese tema está zanjado y no entiendo su perseverancia en verme. Como le escribí, es mejor para ambos actuar como desconocidos.

—Ya no lo somos. Nuestros padres nos han presentado formalmente —dijo con retintín.

—Aun así, no debería tomarse la licencia de actuar como si fuéramos amigos. Por si no se ha dado cuenta, sus invitados nos observan con extrañeza y eso puede conllevar a rumores que pueden perjudicarnos —perseveró en hacerle comprender.

—Lo que piensen los demás sobre mí no me quita el sueño. Por mi trabajo, estoy acostumbrado a lidiar con ese tipo de asuntos —reveló. Aunque retiró su mano de la de Hope para que no continuara incómoda por las miradas de los demás.

—No es mi caso, señor O'Brian. Mi reputación ha de permanecer intacta, no solo por mi bien, sino también por el de mi familia —manifestó enfadada y preocupada.

—No pretendo manchar la reputación que tanto protege. Lo único que deseo es informarle de que no voy a actuar como un desconocido cada vez que nos encontremos. Al contrario, la buscaré, charlaré con usted y alegaré mil excusas que puedan alejarla de caballeros indeseables —dijo Norman con solemnidad.

—¿Por qué? —preguntó ella al pararse y volverse hacia él.

—Porque ha despertado en mí cierto interés —reveló.

—No soy una mujer interesante, señor O'Brian. Salvo que me utilice para buscar el apoyo de mi padre —expresó levantando la barbilla.

—No voy a acercarme a usted para alcanzar el beneplácito de lord Sheiton. Mi único propósito es averiguar el motivo por el que la tengo en mis pensamientos desde el día que la conocí.

Hope parpadeó varias veces seguidas como respuesta a la inesperada confesión. ¿Qué intentaba decirle? ¿En sus pensamientos? ¿Interés? ¡Eso no podía ocurrir! ¿Cómo se

enfrentaría a una cosa semejante? No solo tendría que evitar encontrárselo frente a su hogar, sino también en todos los lugares donde acudieran. Enfadada, respiró hondo, lo miró con el ceño fruncido y, tras armarse de valor, dijo:

—No malgaste su preciado tiempo en tonterías, señor O'Brian. Le recuerdo que el cargo de inspector requiere de toda su atención.

—El día tiene veinticuatro horas, señorita Cooper, y no necesitaré más de veinte para realizar correctamente mi nueva función. Con lo cual, las cuatro restantes puedo emplearlas en hallar la manera de que no huya de mí —comentó divertido, porque le encantó que lo rechazara con palabras tan educadas.

—Su insistencia me abruma —dijo mirándolo fijamente a los ojos.

—En ese caso, mi primer objetivo será transformar su agobio en felicidad.

—No lo conseguiré —lo desafió.

—Si está tan segura, podemos hacer un trato —expresó retomando de nuevo el paso.

—¿Un trato? —respondió con sorpresa.

—Sí.

—¿En qué consistiría? —perseveró Hope en averiguar.

—Si no consigo que usted cambie de opinión hacia mi persona, olvidaré que nos hemos conocido y actuaré como desea —explicó Norman.

—Si no aceptase el trato, ¿qué ocurriría? —preguntó nerviosa.

—Mi actitud no variaría y me comportaría tal como he hecho hace un momento frente a lord Davies —contestó sincero.

Hope se mantuvo en silencio mientras meditaba qué debía elegir para no salir perjudicada. Miró a O'Brian de reojo y descubrió que sus labios dibujaban una leve sonrisa. ¿Era capaz de percibir sus dudas? Moviéndole la cabeza, rechazando la idea. No se conocían lo suficiente para que él intuyera sus pensamientos. A continuación, fijó la vista en su madre, que se encontraba a menos de veinte pasos. No le quedaba tiempo...

—Como sé que cumpliría su palabra, voy a añadir tres cláusulas a nuestro trato verbal —comentó sin retirar la mirada de la baronesa.

—Soy todo oídos —respondió O'Brian controlando la felicidad que sentía en ese momento.

—No volveré a pasear frente a mi hogar, no me hará pasar situaciones embarazosas y no hablará con nadie sobre nuestro pacto. Si incumple alguna, desaparecerá de mi vida inmediatamente —expresó con firmeza.

—Me parecen justas —dijo Norman con calma.

—En ese caso, tenemos un trato —aseveró Hope.

—Gracias.

—¿Por qué? —preguntó volviendo el rostro hacia él.

—Por permitir que la corteje —declaró con una sonrisa tan grande, que ella pudo ver sus perfectos dientes blancos.

—No... Yo... —tartamudeó.

—Ya no puede arrepentirse, mi querida *lady* Hope. Mientras cumpla sus normas, todo lo demás está autorizado —declaró justo antes de que la baronesa caminara hacia ellos.

Londres, 5 de marzo 1885

Sentada frente a una de las tres ventanas del salón matinal, Hope bordaba sus iniciales en los nuevos guantes. Su madre y Beatrice charlaban junto a la chimenea. La conversación entre ellas no había captado su atención hasta que su tía mencionó al nuevo inspector. Hope paró inmediatamente de bordar y las miró con disimulo. Sus sentidos se agudizaban cada vez que en su hogar alguien mencionaba a O'Brian. Desde el día de la fiesta, él había actuado como un fantasma. Parecía que su interés por ella se había desvanecido. ¿No le había hablado de cortejo? Entonces, ¿por qué no tenía noticias suyas? Era cierto que el primer día, cuando no lo vio aparecer por su hogar, se sintió aliviada. Sin embargo, según pasaba el tiempo, esa calma se transformó en agitación y enfado. Ella misma no entendía el motivo por el que había cambiado su comportamiento hacia él. ¿Estaría desilusionada? ¿De verdad quería que la cortejara? ¿Por qué?

—Según me ha comentado William, ese muchacho no ha salido del despacho desde la mañana siguiente de su nombramiento —explicó la duquesa—. Al parecer, su mesa estaba repleta de casos sin resolver y se ha empeñado en solucionarlos lo antes posible.

—No me extraña esa perseverancia. Recuerda que su padre era igual en sus tiempos —expresó Anaís con una sonrisa.

—Sí, lo sé. Por eso no tengo duda de que retornará la seguridad en las calles de Londres —respondió Beatrice con otra.

Hope volvió a mirar el bordado mientras notaba crecer una inmensa paz en su alma. Por alguna extraña razón, le agradaba averiguar que tenía el apoyo de su familia y que trabajaba con tenacidad. Esa personalidad fuerte y persistente la observó en muy pocos caballeros. Tres, a lo sumo. Y el único propósito que estos habían tenido era lograr que ella los aceptara. Inspiró hondo y continuó bordando mientras pensaba en todo el esfuerzo que Norman debía realizar para solventar los problemas del nuevo cargo. Una sonrisa apareció en sus labios al recordar que él le había dicho que solo necesitaba veinte horas del día para desempeñar el trabajo y que las restantes buscaría la forma de conquistarla. Había errado y ella estaba en lo cierto. ¿Admitiría su equivocación cuando se encontrasen de nuevo?

—He visto en la entrada más de diez ramos de flores —dijo Beatrice cambiando de tema—. ¿Son para Hope?

—Sí —contestó Anaís con un largo y angustioso suspiro—. Cada vez que mi hija aparece en un evento, recibimos un sinnúmero de regalos para ella.

—¿No te agrada ninguno? —preguntó la duquesa mirando a la muchacha.

—Ni siquiera averiguo quien los envía —respondió sin apartar los ojos de la aguja—. No me interesa la atención de nadie.

—Al parecer, pretende quedarse soltera —indicó la baronesa con tono de reproche—. Como tiene el beneplácito de Federith, ni se plantea buscar un esposo. Pero llegará un momento en el que su juventud desaparecerá y no hallará un buen hombre. Ahora que puede escoger y lucir belleza, ¡se viste como si tuviera cien años!

—Supongo que solo se trata de desconfianza —expresó Beatrice para aliviar la tensión de su amiga.

—¿Desconfianza? Opino que más bien se trata de holgazanería. Vive muy cómoda bajo la protección de su padre y no necesita la compañía de otro hombre. Pero nosotros no viviremos para siempre y... ¿qué ocurrirá cuando no estemos aquí?

—Si Eric consigue casarse con Josephine, puedo vivir con ellos —apuntó divertida—. Seguro que me aceptarán sin problemas, puesto que necesitarán la ayuda de una tía solterona para cuidar a sus hijos.

—¡Hope! —gritó Anais mirándola con enfado.

—Eso lo dices porque eres muy joven. Pero llegará un día en el que añores tener tu propia familia —intervino con rapidez Beatrice.

—Cuando llegue ese momento, prometo que buscaré los nombres de quienes me han regalado flores —expuso Hope al depositar el bordado sobre el sofá y levantarse.

—¿Huyes de nuevo? —espetó su madre con disgusto.

—Si no quiero convertir una distendida charla entre amigas en una disputa familiar, sí, huyo —dijo caminando hacia la salida—. Adiós, tía Beatrice. Espero que no se le transmita el enfado de mi madre o Tricia estará en peligro —añadió antes de dejarlas solas.

—Tricia siempre tiene problemas porque, desde que se despierta hasta que se duerme, los provoca —contestó la duquesa con un largo suspiro al tiempo que apoyaba una mano sobre una rodilla de Anais para tranquilizarla—. Entiendo tu preocupación como madre —dijo cuando Hope se marchó—, pero también comprendo la de tu hija.

—¿Lo haces? —preguntó la baronesa frunciendo el ceño.

—Sí. Hope rechaza a todos los pretendientes porque sabe que el único objetivo de estos es convertirse en el miembro de una familia respetable y acaudalada. Aunque estoy segura de que cuando aparezca el hombre que solo valore lo que ella es y no lo que posee, cambiará de opinión.

—Eso será difícil —declaró Anais con pesar.

—Difícil, pero no imposible —aseveró la duquesa.



Hope se apartó de la puerta cuando escuchó a su tía hablar sobre la posible razón por la que ella no deseaba buscar un esposo. Estaba en lo cierto. Desde la primera vez que había aparecido en sociedad, ningún caballero se había acercado para expresarle un sincero amor. Solo la consideraban un medio rápido con el que alcanzar la popularidad y el estatus social que

ansiaban tener. En realidad, ser hija de su padre no le había aportado beneficios, sino un sinfín de inconvenientes.

Caminó por el pasillo rumbo a su alcoba. Era el único lugar donde se resguardaba después de una discusión con su madre. Allí dejaba que el tiempo transcurriera para que el tema de disputa se olvidara. Con la cabeza alta, pasó por la entrada, donde las doncellas habían colocado los ramos de flores. Las miró con lástima, porque no le agradaba tener que ignorarlas por culpa de los compradores y los maliciosos motivos por el que lo hicieron. De repente, justo cuando iba a girarse hacia la izquierda para subir la escalera, sus pies se quedaron pegados en el suelo y su cuerpo se giró hacia atrás. ¿Qué había en la bandeja de plata? Se volvió hacia esta y la observó sin pestañear durante unos segundos. Su nombre estaba escrito en él, pero que ella recordase no esperaba correspondencia. Sus familiares y amigos seguían en Londres y, si querían informarle sobre algo, solo tenían que aparecer en su hogar. Curiosa, extendió la mano derecha hacia el sobre, lo cogió y le dio la vuelta para averiguar el nombre del remitente. Sus ojos se abrieron de par en par y su corazón comenzó a latir agitado al leer la consonante y la vocal que halló. Nadie podía intuir quién era el dueño de la carta... salvo ella. ¿Cuándo había llegado? ¿Quién la había entregado? ¿Quién la había recibido? Y ¿por qué no la habían avisado? Su mente no cesó de buscar dichas respuestas, pero al no encontrarlas, decidió leer lo que había en el interior antes de resolver las dudas. Con rapidez, miró a ambos lados para cerciorarse de que no había nadie a su alrededor. Tras asegurarse de que seguía sola, se levantó la falda de su vestido marrón con la mano izquierda y se dirigió hacia su alcoba tan rápido como pudo.

Una vez que entró en la habitación, cerró la puerta y se apoyó en esta. Su respiración estaba alterada por la pequeña carrera y por el deseo de saber qué había escrito O'Brian. Cerró los ojos, colocó la carta sobre el pecho e intentó calmar su inquietud. Aunque no lo consiguió, porque su raro comportamiento la perturbó aún más. ¿Por qué se hallaba tan feliz? ¿Por qué se había sentido eufórica al descubrir que él no la olvidaba? Abrió los ojos y, con enfado, caminó hacia la cama. A continuación, lanzó la carta sobre esta y la miró con el ceño fruncido.

—¿Por qué actúo así? —dijo en voz alta—. ¿Qué espero obtener de ti?

Puso los brazos en jarras y deambuló por la habitación a zancadas. Si en ese instante alguien hubiera entrado, habría pensado que deseaba llegar al piso inferior rompiendo el suelo con las suelas de los botines. Hasta movió la cortina cuando se giró frente a ella. Su enfado hacia ella misma era tal, que las mejillas irradiaban calor. De repente se paró y volvió a mirar la carta. Quiso cogerla y convertirla en mil pedazos. Sin embargo, cuando la tuvo en la mano, cambió de opinión. Se sentó sobre la cama, rompió el sobre con mucho cuidado y sacó las hojas que había en su interior. Frunció el ceño al leer cómo se dirigía O'Brian a ella. ¿En qué momento la relación entre ellos se había hecho tan cercana? Apartó la mirada, la fijó en la pared de enfrente y recordó las últimas palabras que él le dijo antes de que su madre apareciera. La llamó *mi querida lady Hope*. Una expresión que denotaba posesividad e intimidad. Que ella supiera, no podía tener la primera ni la segunda porque apenas se conocían. Entonces, ¿por qué él estaba tan seguro de que al final terminaría siendo suya? Hope suspiró hondo y volvió a centrarse en la carta. Necesitaba averiguar qué otras licencias se tomaba el nuevo inspector...

Mi querida Hope:

Te escribo esta carta porque es la única forma que he encontrado para llegar a ti durante los próximos días. Desde que entré en mi nueva oficina, he tenido que enfrentarme a un sinfín de problemas. No entiendo cómo mi anterior jefe ha dejado tantos casos pendientes.

Supongo que la edad y la experiencia le hizo comprender que nada es urgente, salvo poder retirarse sano y fuera de peligro. Pero yo no soy así. Tengo un carácter fuerte y me gusta afrontar todo tipo de retos, a pesar de lo que estos implican. Aunque en algunos casos pueda denominarlos como ridículos. ¿No sabes a qué me refiero? Entonces, te pondré un ejemplo.

El cuarto caso que he resuelto se trataba de una denuncia por desaparición. No temas, no era una persona, sino una mascota. Un mono, para ser exactos. No sé si conocerás a la vizcondesa de Torrington. La pobre mujer enviudó y quiso suplir la ausencia de su esposo con un animal. Como los perros y los gatos son muy comunes, y ella tiene fama de ser una persona extravagante, decidió comprar un monito a unos feriantes. Bien, pues el caso era el siguiente: después de varios meses, los anteriores dueños del mono han aparecido en Londres y decidieron presentarse por el hogar de la vizcondesa y confirmar que el mono vivía cómodamente. Este, al verlos, abandonó sin pensárselo a su dueña y se marchó con ellos. Supongo que añoraba la libertad que había tenido en el pasado. El hecho es que la viuda no aceptaba la decisión del mono y lo quería de vuelta. Ayer, una vez que descubrimos el paradero de la mascota perdida, aparecieron los feriantes, el simio y lady Torrington. En menos de un minuto, mi despacho se convirtió en un campo de guerra. Por un lado, los feriantes insistían en que Harry (que así llamaron ellos al animal), no habría regresado si estuviese bien cuidado. La vizcondesa insistía en que ella lo trataba como a un hijo y que ellos lo habían secuestrado. El tercero en discordia fue el propio mono. Este saltaba de un lado a otro y tiró al suelo todos los cuadros y objetos que había en las estanterías. Supongo que estaba asustado por los gritos y quería escapar de nuevo. Mientras todo eso ocurría, yo permanecía sentado mirándolos sin pestañear. ¡Con todos los casos importantes que he de solucionar y decido priorizar la desaparición de una mascota! No te rías, sé que lo estás haciendo. Incluso puedo intuir lo que piensas. ¿Qué es? Que soy el culpable del desastre por haberlo elegido. Sin embargo, en mi defensa te digo que no creía que fuera un incidente problemático. Pensé que sería capaz de resolverlo en un día, tiempo en el que enviaría a diez agentes a las calles próximas a la vivienda de la vizcondesa y preguntarían por el mono. ¿Sigues riéndote de mí? Me parece justo, aunque es una lástima que no pueda ver esa sonrisa en tus hermosos labios...

Hope tosió al leer aquella frase. ¿Cómo se atrevía a hablar de sus labios? Y, ¿por qué la tuteaba? En una cara de la hoja, había descubierto más osadías que durante una charla con otro caballero en una fiesta. Mientras que estos se dirigían a ella con honestidad y prudencia, Norman había olvidado que apenas se conocían. Tras resoplar, continuó leyendo. Pese a su forma de hablar, quería saber el final de la graciosa historia.

...Si estás interesada en cómo terminó el caso, he de decirte que no fue fácil hallar una solución que agradara a todos. Tenía tres alternativas: el deseo de la vizcondesa, la insistencia de los feriantes y el revuelo del mono. Después de que todos se calmaran, observé la actitud del animal. Por desgracia, no volvió con la vizcondesa, sino con sus antiguos dueños. Esa era la elección más acertada, aunque la viuda no pensó igual. Tuve que ofrecerle otra alternativa y, en un principio, se negaba a aceptarla. Pero cuando los feriantes prometieron que le pagarían el doble, ella recapacitó. Supongo que el mono no era tan importante como mencionó. Antes de que todos abandonaran mi despacho, la vizcondesa (con el dinero en la mano) se marchó hablando sobre la próxima mascota que adquiriría. Espero de corazón que sea un pájaro, porque no tendríamos que enfrentarnos a otra desaparición o supuesto rapto.

En fin, como puedes entender, las veinte horas que pensé dedicar a mi trabajo se han convertido en treinta. Debes perdonar que haya interrumpido el cortejo que te prometí,

aunque he de aclarar que no lo he olvidado y que, una vez que todo vuelva a la normalidad, no emplearé cuatro horas en conseguir tu amor, sino días, semanas e incluso meses. Sé que eres la mujer con quien quiero pasar el resto de mi vida y he de lograr que tú también lo admitas. Te confieso que al principio mi interés por ti nada tenía de romántico, sin embargo, desde que te vi en mi fiesta, todo ha cambiado.

Sonrío cuando tú lo haces, me siento bien cuando estás cómoda, quiero estar a tu lado cuando algo te irrita y librarte de cualquier pesadez en un instante. Adoro cómo me miras, cómo me hablas y esa frialdad que me muestras. ¿Te parece excesiva mi confesión? A mí no. Ninguna mujer ha sido capaz de hacerme sentir lo mismo que tú. En verdad, no he tenido relaciones anteriores, puedes investigar sobre eso y confirmar que he estado soltero todo este tiempo. Es cierto que, al igual que a ti, cada vez que he aparecido en una fiesta, han querido emparejarme (mi abuela ha hecho todo lo posible para buscarme una buena esposa). Ninguna me interesaba. Quizá porque les faltaba algo de... ¿frialdad? Me encanta esa indiferencia que muestras al mundo y la entiendo. No ha de ser fácil la vida como hija de lord Sheiton. Supongo que ningún hombre ha valorado lo que escondes bajo esa apariencia apática y desinteresada. Insisto en que a mí me vuelve loco por dos motivos. El primero hace referencia a mi orgullo. Como hombre dominante que soy, no me agradaría saber que la mujer que amo es provocadora. Lo mío me pertenece y no soy capaz de compartirlo con nadie más. El segundo motivo (y el menos posesivo) es que no miro de dónde procedes. Lo único que me interesa es quién eres tú, qué desees, qué necesitas y qué te puedo ofrecer. Indudablemente, mi sueldo de inspector no es muy alto, pero jamás te faltaría aquello que requieras. Es cierto que en un futuro (espero que lejano) heredaré las empresas de mi familia. Mi abuelo ya se encarga de recordármelo cada vez que nos vemos. Sin embargo, por el momento, quiero seguir trabajando en mi nuevo puesto. ¿Por qué? Porque el día que me retire, pasearás agarrada de mi brazo y deseo que toda la gente que hable con nosotros insista en que has elegido el mejor esposo.

¿Te has asustado? No es mi intención asustarte, sino informarte de que el hombre que no deja de pensar en ti, quiere darte la vida que te mereces. Y ahora, he de dejarte. Tengo más casos que resolver. Estos serán algo más difíciles que el que te he contado, aunque te prometo que no saldré de aquí hasta que los haya resuelto adecuadamente.

Gracias por leer esta carta, por dejar que llegue a ti, aunque sea a través de letras. Te lo compensaré, te lo prometo.

Tuyo para siempre, Norman O'Brian.

P.D.1: Si quieres responderme, estaré encantado de recibir noticias tuyas. Es más, me aportarán la fuerza que requiero para seguir esta ardua tarea. El mismo chico que te ha llevado mi carta, aparecerá esta tarde sobre las seis frente a la verja de tu hogar. Actuará con cautela y no te pondrá en una situación difícil. Por cierto, hablando de eso, ¿has mirado por la ventana para confirmar que no paseaba por los alrededores? Te prometí que cumpliría tus normas y soy un hombre de palabra.

P.D.2: De verdad que espero que me escribas.

P.D.3: El tiempo será una tortura si no lo haces.

P.D.4: ¿Sabes que mi trabajo es muy peligroso y he de estar concentrado? Necesito tu carta para no correr riesgos. ¿Estarías feliz si me ocurre algo? No quiero presionarte, pero ya estoy esperando tu respuesta...

Los ojos de Hope estaban abiertos de par en par debido al asombro, estupor y

cólera que le causó la segunda parte de la carta. Cogió las hojas y el sobre, se levantó de un salto y caminó hacia la chimenea. Tenía la intención de lanzarlas al fuego y que se convirtieran en cenizas las palabras del audaz. ¿Cómo era posible que comenzara la carta mencionando un absurdo caso y terminara expresándole sus pensamientos y deseos? ¿Cuándo le permitió ella ese comportamiento? Parada frente a la lumbre, extendió la mano derecha para arrojar los papeles. Sin embargo, no fue capaz de hacerlo. En el fondo, y muy a su pesar, le agradaba esa actitud decidida. ¿No había pedido una declaración sincera de amor? Entonces, ¿por qué deseaba librarse de esta? Miedo. Sí, tenía mucho miedo. Jamás se había enfrentado a unas palabras tan serias y atrevidas. Retiró las hojas, cerró los ojos y suspiró. Era la primera vez que se hallaba en una situación semejante: un hombre le hablaba de amor, de un futuro juntos y reiteraba que no buscaba la fama que conllevaba su familia. La verdad era que los O'Brian tenían la propia y, por todo lo que había escuchado, era bastante notable. Hasta su madre y Beatrice opinaban sobre ellos con agrado. Incluso su padre, dos días después de asistir a la fiesta, había charlado acerca del nuevo inspector. Todo lo que dijo fueron cosas buenas e insistió en que el joven O'Brian tendría su apoyo cada vez que lo necesitara.

Hope abrió los ojos y, después de meditar durante unos segundos lo que se proponía a hacer, se dirigió hacia su pequeño escritorio situado en la ventana de la derecha. Tomó asiento, depositó las hojas sobre la mesa, cogió un folio y comenzó a escribir. Le respondería solo para mantener su paz interior. Pero no iba a obtener una respuesta a su insistencia por conquistarla. ¡Al revés! Le dejaría claro que no aceptaba su cortejo y que debía retractarse de todo lo que había escrito en la segunda mitad de su carta.

VI



Una vez que entró en su despacho, Norman se quitó el abrigo, lo colocó sobre el respaldo del sillón, se sentó y movió los hombros en círculo para eliminar la pesadez que soportaban. Necesitaba unos minutos de silencio y tranquilidad antes de comenzar con el próximo caso. Hasta el momento, solo había resuelto diez de los cincuenta que había sobre la mesa. Para cualquier persona era un buen logro en tan poco tiempo, pero no para él. La mirada de la gente estaba fija en lo que hacía y nada sería suficiente para ellos. El fantasma de su padre lo perseguiría hasta que alcanzara el nivel que dejó antes de marcharse. Superarlo o igualarlo sería una tarea difícil, aunque no por ello iba a rendirse. No solo se demostraría que podía superar todas las expectativas, sino también a los demás. Desde que apareció en Scotland Yard como el nuevo inspector, escuchó más críticas que apoyos. Incluso sus antiguos compañeros, con quienes trabajó semanas antes del nombramiento, dudaban de su capacidad y susurraban a sus espaldas.

Dejando a un lado las negativas que había escuchado, sacó el reloj del bolsillo de su chaleco negro y comprobó la hora. Estaban a punto de dar las siete de la tarde y el asunto más importante para él aún no lo había resuelto. Sonrió mientras se recostaba en el asiento y colocaba los antebrazos bajo la cabeza. ¿Había sido demasiado directo? ¿Su sinceridad la habría asustado? Tal vez debió moderar su tono al escribir, pero ¿cómo podía cambiar las frases que nacían desde lo más profundo de su corazón? Necesitaba expresarle su sinceridad para que ella no dudase de sus intenciones. Además, él no era un hombre que utilizara las ambigüedades para lograr un objetivo. Era directo, determinante, tenaz e incluso obsesivo desde principio a fin. También era cierto que, en el transcurso de ese proyecto, lo daba todo y esperaba recibir lo mismo. Sin embargo, no estaba muy seguro de que Hope fuera capaz de ofrecérsele con tanta facilidad y pasión. Debía recordar que no trataba con un criminal, sino con los sentimientos de una mujer. Una a quien deseaba conquistar.

—Pase —dijo al escuchar que alguien tocaba la puerta de la oficina.

—Señor inspector, le traigo aquello que me pidió —comentó un chiquillo, de unos once años, tras quitarse la boina y asomar el rostro.

Norman se sintió tan feliz, que no pudo borrar la sonrisa de sus labios.

—¿A qué se debe tu retraso? ¿No tenías que estar allí a las seis? ¿Qué te ha hecho aparecer una hora más tarde? —preguntó impaciente mientras adoptaba la postura de inspector estricto.

—Le prometo que no soy culpable de este retraso —comenzó a explicar al tiempo que sacaba del bolsillo el sobre—. La señorita Cooper no me dio la carta hasta que respondí a sus preguntas.

—¿Preguntas? —dijo Norman entornando los ojos.

—Sí —afirmó el chiquillo depositando la misiva sobre la mesa. A continuación, dio unos pasos hacia atrás y continuó mirando a Norman.

—¿Cuáles fueron? —insistió en saber al tiempo que cogía la carta y observaba con

sorpresa que ella no había escrito nada en el exterior del sobre.

—Quería saber quién era yo y la relación que tengo con usted —explicó.

—¿Qué le contestaste?

—La verdad, señor.

—Buen chico. Ahora puedes marcharte, pero no te olvides de regresar mañana antes de las once. Precisaré de tu ayuda nuevamente —indicó con calma O'Brian.

—¿Está seguro de que me necesitará? —preguntó mirándolo con asombro.

—¿Por qué no lo haría? Te dije que este trabajo duraría varias semanas.

—Supongo que la señorita Cooper no lo sabe... —murmuró el niño.

—¿Cómo dices? —soltó Norman mirándolo con el ceño fruncido.

—Ella me dijo que, como mi labor había terminado, debía pagarme por el servicio —respondió sacando una moneda del bolsillo—. Me dio una libra.

Norman soltó una sonora carcajada. ¿Qué le habría escrito Hope para dar por concluida su misión de cortejarla? La curiosidad por averiguarlo casi le hizo abrir el sobre delante de la criatura. Pero se contuvo, porque necesitaba intimidad para disfrutar de sus palabras.

—Vuelve mañana a la hora acordada —ordenó muy serio.

—Sí, señor —dijo el muchacho antes de salir del despacho y cerrar la puerta.

O'Brian miró el sobre blanco en silencio y con expectación. En el interior de este se hallaba la primera respuesta de la mujer que amaba. Era cierto que apenas se conocían, y mucho se temía que ella haría alusión a ese pequeño problema. Sin embargo, no le cabía ninguna duda de que, a pesar de lo poco que sabían uno del otro, sus sentimientos eran verdaderos y sinceros. No tenía una manera de explicar esa atracción que había notado al verla en el parque. Tampoco lograba definir con exactitud el motivo por el que se agitó cuando forcejeó con ella. Lo único que podía aclarar era que, desde el momento en el que sus ojos se habían topado con los de Hope, su corazón latió con rapidez y dedujo que había encontrado aquello que siempre había añorado. La posesión, la protección y el deseo de no retirarse de su lado, brotaron en cada palpitación que percibió incluso en la garganta. Luego, una vez que la mantuvo a salvo, su ansiedad por verla se hizo tan fuerte, que actuó de manera discutible. La había investigado hasta que no había quedado información que hallar. Había caminado frente a su hogar como un acosador. Pasaba las noches mirando el techo de su alcoba recordando cada segundo con ella. Después había llegado esa carta que guardaba como un gran tesoro. Hope no podía imaginarse hasta qué punto era importante para él. Pero se lo demostraría, aunque le costara una década conseguirlo.

Mientras abría con cuidado el sobre, pensó en el origen de su carácter. Una sonrisa maliciosa apareció en sus labios al concluir que no solo procedía de su padre, sino también de su abuelo. Tanto uno como el otro, luchaban por aquello que deseaban obtener con determinación y tesón. Incluso no se rindieron ante las negativas de sus futuras esposas. Su madre padeció una tortura sin precedentes cuando su padre decidió convertirla en su mujer. Y su abuela... bueno, ella hasta le lanzó un cubo de agua sucia desde el balcón la octava vez que su abuelo apareció bajo este. Los dos habían logrado, después de muchas adversidades, el amor de las mujeres a quienes amaban. Entonces ¿quién era él para no seguir con esa divertida tradición? La sangre O'Brian y Campbell fluía por sus venas instándole a no rendirse con facilidad.

Una vez que sacó la hoja del sobre, se reclinó de nuevo en el asiento y comenzó a leer.

Lo primero que ella escribió le hizo tanta gracia, que volvió a soltar una ruidosa carcajada. Tal como había supuesto, Hope ponía límites entre ellos...

Señor O'Brian:

Me veo en la obligación de responderle, porque creo que está muy confundido y sería bueno aclararle ciertos términos. Que yo sepa, en ningún momento he accedido a que me corteje. Es cierto que usted lo mencionó, pero eso no significa que esté conforme. Por si no lo recuerda, en el instante en el que pretendí hablar, apareció mi madre, interrumpiendo todo lo que había pensado decirle. Ahora, aquí y en esta carta, puedo contestar con sinceridad que no estoy dispuesta a que me persiga y que haré todo lo posible por evitarlo. No entiendo esa obsesión que siente hacia mí en tan poco tiempo. ¿Ha visitado un médico? Puede que esté enfermo y necesite algún tipo de tratamiento para recuperar la cordura. He escuchado que algunos pacientes con trastorno mental visitan el hospital Bethlem Royal. No sé si mejoraron, pero puede pasar un tiempo allí (el suficiente) hasta que me olvide.

Sin nada más que decir, salvo darle la enhorabuena por resolver el caso del monito, espero que la locura que ha comenzado termine tras leer esta carta.

Atentamente: lady Hope.

Los ojos de Norman brillaban por la emoción y sus labios seguían dibujando una amplia sonrisa. Tal como imaginó, Hope lo rechazaba. Aunque no esperaba que hiciera referencia a un problema tan severo como la locura. Posó el folio sobre la mesa y, aún reclinado sobre el respaldo del asiento, se cruzó de brazos.

—Interesante... —murmuró.

Durante un buen rato se mantuvo en silencio, inmóvil y pensando en cómo debía responderle. Los rumores sobre ella eran ciertos. Su corazón estaba hecho de hielo y poseía un carácter tan huraño como el de un campesino viviendo desde su niñez en lo alto de una montaña. Pero él no se iba a dar por vencido. Necesitaba derretir aquel glaciar y hacer todo lo posible para que pudiera confiar en él. Ese era el verdadero problema. Hope no se fiaba de las personas, porque todas buscaban obtener provecho de ella. Él no pretendía usarla para adquirir beneficios que no requirieran su propio esfuerzo. Su único propósito era ofrecerle todo lo que él poseía. Solo dependía de ella que lo aceptase.

Dobló el folio, lo metió en el sobre y guardó este en un cajón de la mesa. Una vez que regresara a su hogar, le escribiría insistiéndole en que no se había acercado a ella por la notoriedad de su familia. Luego, le hablaría de la suya, con la intención de que los fuera conociendo. A continuación, narraría algunas anécdotas divertidas de su vida para que la lectura fuera tan amena, que leyera la carta hasta el final. Le haría preguntas que necesitarían respuestas. De este modo, se aseguraba recibir otra carta. Daba igual el tiempo que empleara en obtener la confianza de Hope, porque lo importante era conseguirla.

—¿Cuándo has regresado? —preguntó Borshon Hill al entrar en el despacho de O'Brian sin llamar.

—Sobre las siete —respondió mirándolo con recelo—. ¿Por qué? ¿Debo explicarte todo lo que hago para que los demás crean que me tienes controlado?

—No digas tonterías, muchacho —gruñó acercándose a él—. Solo me preocupo por ti.

—Supongo que mi madre y tía Kristel te habrán encomendado la ardua tarea de cuidarme —dijo algo más relajado.

—Tu madre, mi esposa, tu padre, tu abuelo, tu abuela... puedo nombrar durante una hora a todas las personas que han prometido darme una paliza si te ocurre algo —explicó Borshon al pararse frente a la mesa y cruzarse de brazos.

—No te sientas presionado por ellos —indicó con una sonrisa burlona.

—No lo hago. Aunque es cierto que estoy preocupado por ti. Desde que entraste en este despacho, ¿cuántas veces has regresado a tu casa?

—Dos.

—¿Has descansado o has seguido investigando? —perseveró en saber Hill.

—Ambas —respondió Norman levantándose del asiento.

—Mal hecho... —murmuró Borshon negando con la cabeza—. Si te privas del sueño, tu mente no estará lúcida para resolver todo lo que tienes ahí —expresó señalando la pila de carpetas de casos en los que debía trabajar.

—Hablando sobre eso, creo que el siguiente asunto que resolveré será la desaparición de las niñas —declaró mientras cogía el abrigo.

—¿Por qué?

—Porque he conseguido una pista mientras trabajaba en el último caso —aclaró O'Brian.

—¿Tan fiable como las anteriores? —perseveró Hill.

—No. Esta vez es fiable al cien por cien —expresó abrochándose el segundo botón.

—Bien, si eres capaz de resolverlo en menos de tres días, no me opondré. Pero te recuerdo que varios de mis agentes trabajan en esas dichas desapariciones —comentó caminando hacia él.

—Hablaré mañana con ellos. Si es cierta la información que he obtenido, no fue secuestro, sino dos huidas voluntarias.

—¿Huidas voluntarias? —repitió mirándolo con los ojos entornados.

—Sí. Muchos padres piensan que sus hijos pueden hacer lo que les plazca, pero las hijas deben acatar sus normas sin rechistar —dijo Norman con enfado.

—Y la única manera de evitar ese desdichado futuro es huir —concluyó Hill.

—Si están donde sospecho, en primer lugar, hablaré con ellas. Una vez que descubra el motivo que las hizo marchar, sopesaré qué debo hacer —indicó bajo el dintel de la puerta.

—Todavía son menores y están bajo la tutela de los padres —le recordó Borshon.

—Tendrán que cambiar de tutor. Supongo que la persona que las protege puede ocuparse de ellas —insistió Norman.

—Nuestro deber es encontrarlas e informar a las familias. Lo que suceda después, no nos incumbe.

—A mí sí me preocupa qué les pueda pasar. Por ese motivo, hablaré con el juez Sheiton para que intervenga. Esos padres acatarán su fallo y, por suerte, él decidirá el mejor futuro para ellas.

—¿Estás seguro de que quieres hacer eso? —preguntó Borshon con sorpresa.

—Muy seguro —declaró antes de que ambos salieran del despacho y dieran por

finalizado el tema.

VII

Londres, 14 de marzo de 1885

Si acudir a fiestas normales le provocaba urticaria, a la que estaba a punto de asistir no solo le causaba picores por todo el cuerpo, sino también cólera. ¿Cómo habían sido capaces sus padres de aceptar la invitación? ¿Qué deseaban demostrar? Miró a su madre y arrugó la nariz. Por decisión de la anfitriona, en una fiesta dedicada al amor, las mujeres casadas debían ir vestidas de rojo, los caballeros de negro y las señoritas de blanco. Y así lucía. Parecía una nube del cielo, una bola de algodón o, por desgracia, una futura novia. Por suerte, pudo escoger el vestido y, a pesar de que su madre volvió a poner mil inconvenientes por elegir el más austero, terminó aceptando su decisión.

—¿Sigues enfadada? —preguntó Federith a su hija para eliminar el horrible silencio que se había creado en el interior del carruaje desde que habían salido del hogar.

—No te preocupes por ella. Sabes que se le pasará cuando regresemos —respondió Anais con rapidez.

Una madre siempre estaba atenta al comportamiento de sus hijos. Por ese motivo, observó que Hope actuaba de manera extraña después de la última celebración a la que asistieron. Intrigada por averiguar la causa de esa anormalidad, espió a su hija. El primer día no halló la respuesta, esta había aparecido la segunda mañana. Desde lo alto de la escalera, la vio parada frente a la puerta de la entrada durante mucho tiempo. A continuación, salió corriendo al exterior. Cuando regresó, guardaba en las manos una carta. Sin pararse a comprobar si había alguien a su alrededor, se dirigió hacia la biblioteca, se encerró en ella y allí permaneció más de una hora. Luego, actuó como de costumbre: bordaba, charlaba e intentaba actuar con normalidad frente a todos. Sin embargo, al llegar la tarde, regresaba esa inquietud. Se quedó atónita al descubrir que el nerviosismo se debía a que Hope respondía a la persona que le escribía. Indudablemente, estaba muy intrigada en saber quién había captado la atención de su hija. Pero si de algo se vanagloriaba era de la paciencia que tenía para lograr cualquier propósito y, si Dios había escuchado sus plegarias, en la fiesta a la que asistirían hallaría la milagrosa respuesta.

—He de confesaros que aún sigo impresionado —comentó Federith mirando a su esposa, que parecía estar pensando algo divertido por la sonrisa que dibujaban sus labios.

—¿Sobre qué? —preguntó Hope tras retirar la mirada del exterior y centrarse en su padre.

—En la cantidad de enemigos que ha obtenido el joven O'Brian desde que comenzó su labor como inspector —explicó con una mezcla de admiración e inquietud.

—Esa característica tan peculiar ha de ser hereditaria —respondió Anais divertida—. Recuerda que a Michael le ocurrió lo mismo. Hasta que él llegó, la aristocracia gozaba de un sinfín de privilegios. Una vez que él tomó el cargo, pensaron que seguirían

actuando sin ningún tipo de represalias. Todo cambió cuando el primer caballero permaneció en prisión durante un mes.

—En realidad, el primero solo estuvo unas horas —manifestó Cooper antes de soltar una carcajada—. Pero sí, tienes razón. Esa enemistad no debe perjudicar al joven O'Brian porque su padre le enseñara a impartir justicia sin temor a los futuros inconvenientes.

—En los tiempos que vivimos, necesitamos más personas como él —opinó Anais.

—¿Por qué de repente ha mencionado al inspector? —intervino Hope ansiosa por conocer qué había hecho Norman y no le había contado.

Lo que comenzó con irritación y un sinfín de maldiciones, terminó convirtiéndose en lo más divertido de su día. Aunque no quería admitirlo, esperaba la llegada de la carta de Norman con impaciencia. Quería saber qué hacía, reírse de las anécdotas que le contaba sobre su familia e intentar resolver aquellas dudas que él le expresaba. La primera vez que le pidió ayuda, se quedó tan sorprendida, que no supo reaccionar. No solo mostraba que era una persona humilde, pues admitía que no era conocedor absoluto de la verdad, sino que también recurría a ella sin importarle que fuera una mujer. ¿Cuántos hombres, además de los de su familia, pedían opinión de una persona de género femenino? La necesidad de ayudarlo, de poder ofrecerle una solución, se hizo tan poderosa que comenzó a leer los libros de su padre. Se pasaba horas en la biblioteca tomando notas y buscando casos parecidos a los que Norman le contaba. Cuando le respondía, mencionaba dichas resoluciones, para que él confiara en sus palabras. Además de esos temas tan formales, O'Brian le narraba sucesos graciosos de su familia. El día que leyó lo que había hecho su abuela a su abuelo, lloró de tanto reír. «Ella insiste en que le había lanzado agua sucia porque estaba borracho y gritaba. Mi abuelo no está de acuerdo con esa versión. Dice que le recitaba poemas de amor bajo el balcón y que podía jurar que el agua contenía sus aguas menores». Al imaginarse todo lo que habrían hecho aquel matrimonio en su juventud, la sonrisa no se le borraba de los labios.

En resumen, durante los diez días que llevaban escribiéndose, su opinión hacia él había cambiado por completo. No podía jurar que el sentimiento que había crecido en ella fuera amor, pero sí algo parecido a una amistad.

—Hace unos días apareció por mi despacho para pedirme cooperación en un asunto —comenzó a explicar Federith—. Me contó que dos muchachas se escaparon de sus hogares porque los padres querían regalarlas para saldar unas deudas familiares. Estas dos chiquillas fueron acogidas por la tía de una de ellas. Al parecer, dicha mujer sufrió en su niñez algo parecido y deseaba evitar ese futuro para las niñas.

—¿Pudo ayudarlo? ¿Qué ocurrió con ellas? —perseveró en conocer Hope.

—Lógicamente, revisé ambos casos y O'Brian estaba en lo cierto. El destino de ambas jóvenes no era el ideal para unas niñas. No quiero contarte qué habría ocurrido con ellas si al final los padres hubieran conseguido el propósito, pero sí puedo decir que ahora las dos están a salvo.

—¿Cómo lo conseguiste? —preguntó Anais tan intrigada como su hija.

—Los padres se quedaron sin la tutela de las niñas y se la otorgué a la generosa tía. O'Brian se encargó de mantenerlas protegidas hasta que se marcharon. Indudablemente, nadie sabe dónde están por motivos de seguridad.

—¡Santo Dios! —exclamó Anais llevándose las manos al pecho—. ¿Por eso has

mencionado que el muchacho ha conseguido más enemigos que amigos?

—En efecto. Desde el mismo momento en el que dicté sentencia, más de un padre ha comenzado a inquietarse y ansían la muerte de ese joven.

A Hope se le congeló el corazón cuando escuchó que mucha gente deseaba que él muriera.

—Espero que todos aprendan la lección y piensen antes de actuar —aseveró enfadada la baronesa.

—Llegará el día en el que tendréis los mismos derechos que nosotros, pero, mientras tanto, hay que seguir luchando para conseguirlos —dijo Cooper mirando a las dos.

—Como he dicho, esta ciudad necesita más inspectores como ese joven —declaró Anais con firmeza.

La angustia de Hope desapareció al segundo de oír a su madre. El pulso se le aceleró y su rostro expresó satisfacción. Por algo que no lograba comprender, estaba muy orgullosa de que Norman fuera diferente a los demás y que luchara contra las injusticias a pesar de salir bastante perjudicado. Todo el esfuerzo que realizaba, y que ella conocía, obtenía unos resultados inesperados. Porque muy pocas personas podían lograr que su padre los admirase o que su madre opinara de esa forma tan contundente. Sin lugar a dudas, O'Brian acababa de convertirse en alguien muy importante para su familia y, como tal, lo apoyarían y protegerían.

Ese placer desapareció en el mismo momento en el que bajaron del carruaje y caminaron hacia el hogar de *lady* Lennox, la organizadora de la ridícula fiesta sobre el amor. Por su culpa, durante algo más de tres horas, padecería un calvario. ¿Cuántos caballeros se acercarían a ella para halagarla? ¿Cuántos mencionarían su bonito vestido o su maravilloso peinado? Tuvo náuseas solo de pensarlo. Estaba muy cansada de tener que lidiar con ese tipo de inconvenientes. Además de la disputa que tendría al día siguiente con su madre cuando su hogar se llenara de ramos de flores y ella las ignorara.

Una vez que los anunciaron, *lady* Lennox y su esposo corrieron a recibirlos. Mientras se saludaban y los condes agradecían la presencia de sus padres, ella observó a los invitados. Debido al color de sus ropas, se distinguían muy bien los tres grupos. No había sido justo que solo las muchachas solteras fueran vestidas de blanco. Parecía que los anfitriones habían planeado una trampa masiva, porque mientras ellos podían elegir a su conveniencia la muchacha a quien cortejar, ellas serían incapaces de distinguir quién estaba casado o soltero. La rabia que sentía por la horrible discriminación desapareció en el instante que sus ojos se quedaron fijos en una figura masculina que reconocieron sin esfuerzo. Él estaba allí. ¿Por qué sus padres no habían mencionado que O'Brian también acudiría? Con rapidez, repasó las conversaciones que estos habían tenido sobre Norman y confirmó que en ninguna hicieron referencia a ese hecho. Uno que, para ella, era el más importante. Los nervios y la ansiedad la poseyeron al no saber cómo se comportaría cuando se diera la vuelta y se la encontrara. ¿Actuaría como un desconocido? No. Eso ya se lo dejó claro la última vez que conversaron. Pero era cierto que en aquel momento no se conocían. Ahora, después de surgir entre ellos una peculiar amistad, esperaba que hubiera cambiado de opinión.

Ignorando su presencia, porque él tampoco se había girado al escuchar que habían llegado, caminó hacia el grupo de solteras. Las pobres muchachas parecían un rebaño de ovejas pastando en mitad de una pradera. Por desgracia, una vez que se uniera, ella también lo sería.

—Buenas noches —dijo al llegar.

—Señorita Cooper —contestaron varias a la vez. El resto la miró como si acabara de aparecer una bruja.

Aquel era el segundo problema al que debía enfrentarse, pues las jóvenes que deseaban cazar un buen marido, siempre la observaban con desprecio. Podían acudir ochenta solteras dispuestas a charlar y bailar con cualquier caballero, pero estos siempre terminaban eligiéndola a ella primero.

Hope actuó como siempre, sonriendo y asintiendo con la cabeza durante las absurdas conversaciones que mantenían. Porque no le interesaba dónde habían comprado los vestidos, ni la tela de estos. Tampoco le importaba escuchar que algún aristócrata había anunciado el propósito de hallar una esposa. Mientras las demás debatían sobre qué cualidades buscaría en esta, su mente le ofrecía imágenes de un paseo a caballo, de las charlas que mantenía con Eric cuando regresaba de curarse otra herida causada por su amada Josephine, incluso volvía a vivir situaciones divertidas para olvidar dónde estaba. Sin embargo, en esta ocasión, no pudo revivir aquel tipo de situaciones, porque estaba centrada en observar la espalda de un maleducado inspector. ¿Por qué seguía ignorándola? Había pasado algo más de media hora desde que había llegado y él continuaba charlando con un grupo de caballeros, entre los que ya se encontraba su padre. ¿Tan interesante era el tema para no girar la cabeza ni una sola vez y confirmar que ella estaba allí?

—Ese caballero es diferente —dijo una de las muchachas.

—No es un caballero, sino el nieto de un burgués y el hijo del antiguo inspector. Recuerde que las clases sociales existen para diferenciarnos los unos de los otros —respondió otra.

Hope, que miraba hacia el lugar donde Norman se encontraba, volvió la cabeza hacia la muchacha que había hablado de aquella manera tan cruel de O'Brian. Con desprecio, la observó de arriba abajo y frunció el ceño. Era la primera vez que ella actuaría como una harpía, pero la bruja que creían que era, la poseyó.

—Señorita Relish, observo que usted tiene muchos prejuicios hacia los demás —dijo con calma—. Pienso que no debería tenerlos dado que, si no recuerdo mal, su madre es hija de un burgués y su padre le propuso matrimonio porque era un marqués arruinado.

Se había creado un murmullo y unas risitas tras sus palabras. Mientras tanto, la muchacha mencionada hervía de furia. Hope se sentía tan satisfecha, que notó cómo le apretaba el corsé. Debía ser más comedida, pero fue incapaz de hacerlo ante el horrible desprecio hacia Norman.

—Por favor, compórtense. Se acercan varios caballeros —expresó otra joven al notar que la señorita Relish estaba a punto de responder a Hope.

De repente, todas actuaron como si nada hubiera ocurrido. Sus rostros exhibían amplias sonrisas y agachaban la mirada de manera tímida y coqueta. Solo la señorita Relish y Hope se mantuvieron con el rostro alzado, mirándose una a la otra, retándose como dos fieras enemigas.

—Buenas noches, señoritas. Esperamos no haber interrumpido una charla importante —comentó uno de los hombres.

Hope respiró hondo y decidió, antes de comprobar quienes habían aparecido,

retirarse del grupo y dirigirse hacia donde se encontraba su madre. Sin embargo, en el momento en el que pretendió dar la vuelta hacia el lado contrario en el que se encontraban los recién llegados, su pie derecho se torció y perdió el equilibrio. Apenas notó que su cuerpo se movía de manera inusual cuando una enorme mano se apoyó en su cintura y evitó una escena bochornosa. Cuando giró el rostro para averiguar quién la había ayudado, se topó con unos ojos conocidos.

—Señor O'Brian... —susurró—. Muchas gracias —añadió con tono más alto y recomponiéndose con rapidez.

—Tenga cuidado, señorita Cooper, este suelo es muy resbaladizo. Yo mismo me he deslizado dos veces y he estado a punto de lanzar mi copa al caballero con quien charlaba en ese momento —explicó mientras se retiraba de ella y le dirigía una cómplice sonrisa.

—Seguro que lo han pulido esta mañana —respondió conteniendo una carcajada. Porque había entendido con rapidez lo que pretendía decirle. No solo ella había tenido que soportar a una insolente muchacha, sino que él, por el momento, se enfrentó a dos.

—Señorita Cooper, ¿tenía la intención de marcharse? ¿Le incomoda nuestra llegada? —preguntó uno de los jóvenes extendiendo una mano hacia ella para saludarla.

Hope miró a Norman, que observaba con el ceño fruncido la mano de ese caballero...

—Por supuesto que no, Lord Dankworth. Solo deseaba alejarme un poco para permitirles más espacio —contestó aceptando el saludo.

Cuando el joven besó el guante, Hope advirtió que O'Brian se acercó a ella. Sus brazos no se tocaron, pero estaban inadecuadamente cerca. Por un segundo, pensó en alejarse y mantener la distancia correcta, pero cambió de opinión.

—Lord Dankworth, es un placer verlo de nuevo en Londres —dijo la señorita Relish extendiendo una mano para que también la saludara—. Observo que los rumores sobre usted son ciertos.

—Si son buenos, los admito todos. Si no lo son, los negaré hasta la muerte —expresó saludándola.

Hope aguantó otra carcajada. Era la primera vez que podía disfrutar del absurdo flirteo de los demás. Quizá ese disfrute se debía a que no sentía la presión de tener que evadir la persuasión de varios caballeros durante la velada. ¿Por qué se hallaba tan tranquila y segura? Por el comportamiento de O'Brian y la cara de espanto que pusieron los hombres al ver que no se movía de su lado. Por muy extraño que le resultara, le agradó saber que él la cuidaría.

—Señorita Cooper, ¿me hará el inmenso honor de bailar conmigo la siguiente pieza? —perseveró lord Dankworth en captar su atención.

—Lo siento mucho, Dankworth, pero *lady* Hope me reservó el primer baile —dijo con rapidez Norman extendiendo el brazo hacia ella.

Cuando se lo tomó sin dudar, expresando en aquel simple gesto que confiaba en él, se sintió tan feliz, orgulloso y seguro, que no dudó en hacer lo que tenía en mente.

—Entonces, esperaré con impaciencia al segundo —comentó Dankworth sonriendo y mirándola fijamente.

O'Brian se marchó con Hope antes de que ella pudiera responder.



Anais bailaba con Federith. A pesar de los giros que debía dar por la música, intentaba no apartar la vista de su hija. La observó hablar con las muchachas y prestó atención al grupo de hombres que se les acercaron. Soltó un suspiro de alivio al ver que el joven O'Brian sujetaba a Hope para evitar que se cayera frente a todos. Su rápida actuación había impedido que su hija fuera el único tema de conversación durante las próximas semanas y que ella permaneciera oculta en su habitación hasta que nadie recordara el asunto.

—Si no estuvieras casada conmigo, pensaría que estás deseando terminar este baile para correr a los brazos de otro hombre —comentó Federith un poco enfadado por la falta de interés de Anais hacia él.

—¿Lo dices de verdad? —le respondió al mirarlo. Cuando confirmó que su esposo realmente estaba celoso, sonrió—. No busco a otro hombre, solo intento ver qué hace nuestra hija —aclaró al tiempo que acercaba el rostro hacia el de él.

—O'Brian está con ella —afirmó Cooper antes de tener que dar un paso hacia atrás debido al baile.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó Anais sorprendida y confundida por la tranquilidad con la que hablaba su esposo al mencionar al joven inspector.

—Él mismo me ha avisado de que permanecerá al lado de Hope durante la fiesta —declaró cuando volvieron a juntar sus rostros.

—¿Nuestra hija corre peligro? —soltó nerviosa, aunque supo controlarse. Su semblante no podía mostrar una emoción diferente a la felicidad, de lo contrario, quienes los observaban comenzarían a especular sobre la relación entre ellos.

—No, que yo sepa —admitió Cooper, relajando de manera inmediata a su esposa.

—¿Entonces? —perseveró en saber.

—Supongo que quiere protegerla de quienes la consideran un buen objetivo para integrarse en nuestra gran familia.

—Por desgracia, siempre la han considerado de esa manera. Ese es el principal motivo por el que nuestra hija no confía en los hombres ajenos a la familia —masculló Anais.

—Creo que, aunque parezca difícil de admitir, hay uno que sí que se ha ganado la confianza de Hope.

—¿Te refieres a O'Brian? —espetó mirando a Federith.

—No me preguntes cómo lo ha conseguido, pero por la forma en la que han actuado los dos hace un momento, confirmo que Hope se siente segura con él.

Anais miró a su hija y al inspector. Se dirigían hacia una parte del salón en el que esperaban otras jóvenes parejas para bailar la siguiente pieza. Los ojos de Hope expresaban tranquilidad, tal como decía su esposo. Apartó la mirada de ella y la fijó en O'Brian. Aquellos ojos observaban a su hija como si no hubiera nada más importante a su alrededor. De repente, Hope soltó una carcajada por algo que él dijo. Anais esperó a que ella se cubriera la boca para que nadie descubriera que había sido la causante de ese pequeño estruendo. Pero no lo hizo. A

pesar de las miradas que le dirigieron, Hope seguía concentrada en la conversación con el inspector sin importar lo que pensarán de ellos.

—Te encontré —murmuró Anais al comprender que acababa de descubrir quién escribía a su hija.

VIII



Norman reconocía que había actuado erróneamente al llevársela de aquella forma, pero fue incapaz de quedarse impasible frente a tantas miradas mezquinas. Tampoco le agradaba que la halagaran, que la observaran como un trofeo y ni mucho menos que los labios de otro hombre tocaran su mano estando él presente. Por eso, y siendo consciente de que iba a ser regañado, tomó la decisión de apartarla.

Mientras se dirigían hacia la zona del salón donde las parejas esperaban el turno para bailar, la miró de soslayo. El rostro de Hope expresaba indiferencia. Esa frialdad que transmitía le preocupó, porque ella podía mantenerse de aquel modo por dos posibles razones: o no le perdonaría lo que había hecho, obteniendo como resultado una pronta huida, o actuaba de aquella forma para que no especularan sobre el tipo de relación que tenían. Fuera cual fuese la razón, debía averiguarla antes de que bailaran o todos los avances que había conseguido hasta el momento, desaparecerían en un abrir y cerrar de ojos.

—Al parecer, mañana lloverá —dijo Norman de manera casual.

Hope se volvió hacia él y lo miró con escepticismo. ¿Había escuchado bien? ¿Después de lo ocurrido, solo le interesaba el tiempo? Abrió la boca para regañarlo por mantenerse sereno tras el desprecio que la señorita Relish le había dirigido, pero permaneció en silencio al recordar que no estaba presente durante el horrible suceso. Al imaginar qué habría pasado si Norman hubiese escuchado la detestable opinión, sintió piedad y tristeza. No era justo que la gente lo valorara tan mal cuando solo trataba de ayudarlos y protegerlos. ¿Cuántas señoritas Relish encontraría hasta que dejara el cargo? No quiso pensar en la respuesta, porque no era el momento de mostrar enfado, sino comodidad y seguridad. Así, todos descubrirían que la hija del barón de Sheiton, la mujer de hielo, disfrutaba de la compañía del nuevo inspector. De repente, contuvo la respiración al reparar en un hecho que no había considerado. ¿Por qué se preocupaba tanto por él y se olvidaba del escándalo que podían crear después de la abrupta retirada? Ni siquiera le había brindado la oportunidad de rechazar el baile que le pidieron.

—Si llueve, cancelaré las visitas que tengo previstas —respondió con sarcasmo.

—Apuesto un chelín a que harán todo lo posible para que no las rechaces. Incluso te harán llegar una sombrilla de oro con la que resguardarte de la lluvia —comentó más relajado, porque Hope parecía que no le iba a regañar por separarla. Eso le proporcionó más confianza en la relación creada entre ambos.

—¿Solo un chelín? ¿Tan poco valiosa me considera? —preguntó antes de soltar una leve carcajada.

—Para mí, emocionalmente, tu valor es incalculable. Sin embargo, quienes buscan captar tu atención no codician tu corazón, sino la fortuna y el prestigio que obtendrán de tu parte. Por ese motivo, doy por hecho que no serán capaces ni de gastar esa miseria en una apuesta —dijo muy serio.

Hope dejó de reír y lo miró sin poder pestañear ni respirar. No solo se sorprendió de que siguiera tuteándola, sino que también se había quedado perpleja por la forma de hablarle.

No utilizó palabras sacadas de un poema para cautivarla. Él usó la franqueza como único método de expresión, sin importarle las consecuencias que esta podía ocasionar. En ella, por el momento, además de asombro obtuvo cierta tranquilidad. Tal vez porque era la primera persona, sin contar con su familia, que se dirigiría a ella de aquella manera tan directa y sincera. Podía gustarle más o menos lo que expresaba, pero Norman O'Brian no recurriría a la mentira para ganar su confianza.

—Hope, ¿estás preparada para nuestro baile? —comentó para sacarla de sus pensamientos.

—Sí —respondió volviendo al presente.

El brazo al que ella se había agarrado se extendió despacio y su mano se deslizó con suavidad por la tela de la chaqueta. Justo en el instante en el que creyó que ambos dejarían de tocarse, unos fuertes dedos se entrelazaron con los suyos. Hope miró con rapidez hacia esas dos manos unidas y volvió a quedarse sin aliento. ¿O'Brian no era consciente de lo que significaba aquel gesto tan íntimo? Pensando en la elevada posibilidad de que lo hiciera a propósito, caminaron hacia el centro de la sala. Dedujo que la soltaría una vez que se colocaron en un extremo de la fila. ¡Pero nada más lejos de la verdad! Antes de que pudiera parpadear dos veces, su cintura notó la presión de un fuerte brazo rodeándola. Alzó la barbilla y lo miró. Quería recriminarle con la mirada su osada actuación. Sin embargo, al descubrir la serenidad y confianza que transmitían los ojos de Norman, se mantuvo en silencio y disfrutó de esas emociones añoradas en los anteriores bailes.

—La suerte me acompaña, porque el siguiente baile sospecho que será un vals —le susurró tras escuchar los primeros acordes.

A ella no le importó qué bailarían. Tampoco le preocupó la manera en que los observaban, ni el murmullo que apareció a continuación. Se hallaba tan relajada en los brazos de O'Brian, que solo le prestaba atención a él. Adoró la pícara sonrisa que mostró después de hablar, el guiño que le dirigió, la forma en que la agarraba, la mezcla de su perfume con el jabón de afeitar y le fascinó que ambos cuerpos estuvieran indebidamente cercanos. Por primera vez desde que se presentó en sociedad, no pensaba en las repercusiones que tendría su comportamiento. Se sentía tan cómoda, que solo quería disfrutar del momento. La mujer con el corazón de hielo, que evadía la compañía de quienes mencionaban la palabra amor, aceptaba con agrado la presencia del hombre más criticado y odiado de Londres.

Cuando los músicos comenzaron a tocar, siguieron mirándose. Parecía que no había nada importante para ninguno de los dos salvo el uno y el otro. Norman enarcó una ceja al ver que ella sonreía. La única respuesta que obtuvo a esa pregunta silenciosa fue un leve movimiento de nariz. No supo interpretar qué había querido decirle, hasta que iniciaron los giros alrededor del centro del salón. Entonces, sus labios volvieron a extenderse para mostrar una sonrisa traviesa. A Hope no le preocupaba la opinión de la gente, sino el mareo que le causaría el baile. Para que ella se sintiera segura a su lado, y confirmarle que la cuidaría, extendió los dedos de la mano apoyada en su espalda. Las mejillas de ella tomaron un color rojo que a O'Brian le resultó prodigioso. No le importó si ese sonrojo fue causado por la agitación del baile o por cierta timidez ante su osado toque. Solamente disfrutó de aquel hermoso rostro que deseaba encontrárselo cada día al despertar...

Durante el resto de la pieza, continuaron centrados el uno en el otro. A Hope le encantó que él fuera quien la dirigiera. Lo hacía con tanta seguridad y determinación, que no dudó ni un

solo segundo en aceptar ese poder sobre ella. Por muy extraño que le pareciera, quería dejarse llevar y disfrutar de la calma que le aportaba mantenerse protegida de una persona en quien confiaba. Eso mismo hizo. Bailó y se deleitó de ese tiempo sin la presión que siempre soportaba cuando abandonaba su hogar. Era libre en los brazos de O'Brian y ese sentimiento de liberación no la alteró ni preocupó...

—¿Has disfrutado de nuestro primer baile? —le preguntó Norman al finalizar y extender un brazo para que ella pudiera sostenerse en él.

—Mucho —respondió sin borrar la sonrisa de los labios al tiempo que aceptaba su ayuda.

—Ahora, ¿dónde quieres ir? —dijo mirando a los dos guardias que había en la puerta del salón.

—Supongo que sería adecuado que ambos nos dirigiéramos hacia una mesa y tomáramos una bebida —expresó con naturalidad su deseo de tenerlo cerca durante más tiempo.

—Me temo que esta noche no podré cumplir tu deseo —respondió. Al ver que ella lo miraba curiosa, señaló la puerta con la barbilla—. Es muy raro que mis hombres me interrumpen. Supongo que el motivo que les ha traído hasta aquí ha de ser muy importante.

—Entiendo —contestó Hope con un largo suspiro.

—Pero no me retiraré de aquí hasta asegurarme de que estarás a salvo.

—No correré ningún peligro —expresó mirándolo a los ojos.

—Hope... —dijo con tono de advertencia.

—Estaré bien si permanezco al lado de mi madre. Aunque no puedo prometerle que el resto de la velada sea tranquila. Supongo que he de bailar con todos los caballeros que me lo pidan —declaró tuteándolo por primera vez.

La alegría que sintió al escucharla hablar de aquella manera tan íntima, desapareció al recordar que Dankworth aprovecharía su ausencia para cumplir su deseo.

—Puedes fingir que te has torcido un tobillo —declaró mientras se dirigían hacia la baronesa.

—¡Eso sería horrible! —exclamó en voz baja.

—¿Por qué?

—Porque al estar sentada no podría escapar de quienes se acercan para entablar una conversación —explicó—. No es la primera vez que lo he intentado —añadió divertida.

—En ese caso, tendrás que confiar en mí y aceptar lo que voy a proponerte —aseveró antes de quedarse en silencio.

Mientras se dirigían hacia su madre, Hope no cesó de pensar en todas las posibles excusas que Norman podría dar para ayudarla. Eran tantas, que no fue capaz de decantarse por ninguna. Solo él sabía la respuesta y, por la expresión de su rostro, parecía muy seguro que lo conseguiría. Apartó la mirada de O'Brian y la fijó en su madre. La tranquilidad que ella mostraba al verlos juntos, le resultó inusual. ¿Le agradaba que permaneciera con él o solo mostraba aquella expresión relajada para ocultar sus verdaderos sentimientos? Por suerte, resolvería ambas dudas y sabría a qué enfrentarse.

—Lady Sheiton —dijo Norman cuando se colocaron frente a ella.

—Señor O'Brian —respondió Anais mirando primero a él y luego a su hija.

—Siento tener que decirle que, por mi culpa, Hope se encuentra indispuesta y me ha pedido que la lleve a su hogar —explicó sin soltarla.

Anais se quedó sin palabras al oír la familiaridad con la que él trataba a su hija y cómo esta no fruncía el ceño para expresar desacuerdo.

—Supongo que no he sabido bailar correctamente y le he causado un horrible mareo —continuó explicando.

—No se preocupe, se recompondrá después de descansar un poco —insistió la baronesa intentando no manifestar asombro e incredulidad.

—Madre, le aseguro que no podré recuperarme con tanta facilidad. Es mejor que me marche o, de lo contrario, crearé un terrible escándalo —comentó Hope antes de cubrir su boca con la mano derecha, como si quisiera frenar un vómito.

Anais seguía sin entender lo que estaba pasando. ¿Por qué su hija no era capaz de admitir que si se marchaba del brazo del joven O'Brian provocaría un escándalo mayor que el de una simple indisposición? Fingida, por supuesto. Porque unos leves giros no causaban el mareo y las náuseas que ella intentaba mostrar.

—*Lady Sheiton* —intervino de nuevo Norman al observar las dudas de la baronesa—, no es un problema para mí ocuparme de su hija. De todas formas, he de abandonar la fiesta.

—¿Hope? —preguntó mirándola fijamente.

—No se preocupe, él me llevará a casa y podré recuperarme con prontitud —respondió muy segura de lo que pretendía hacer.

—Está bien —claudicó al fin Anais—, puedes marcharte. Señor O'Brian, desde este momento, usted se queda al cargo de la protección de mi hija —añadió con doble sentido. Porque si de verdad se alejaban de la fiesta juntos, los rumores sobre la relación entre ellos durarían semanas, incluso meses y él debía hacerse responsable de ello.

—Le juro que la llevaré a su hogar sana y salva —declaró con solemnidad.

—Gracias, madre —dijo Hope con una amplia sonrisa.

—Buenas noches, *lady Sheiton*.

—Buenas noches, señor O'Brian.

Ambos jóvenes se marcharon sin reparar en las miradas curiosas que provocaron al alejarse. Anais no retiró la suya de la espalda de ellos hasta que abandonaron el salón. Antes de poder soltar un largo suspiro y reflexionar sobre la importante decisión que había tomado Hope, Federith estaba a su lado. Se giró hacia él y, cuando observó su rostro preocupado, le sonrió para tranquilizarlo.

—¿Por qué se marcha Hope? —preguntó inquieto.

—Porque no deseaba quedarse.

—¿Hacia dónde va?

—Se dirige a nuestro hogar.

—¿Por qué la acompaña el joven O'Brian? —perseveró en averiguar Cooper.

—Porque así lo ha decidido ella —declaró tomándolo del brazo.

IX



Agarrada del brazo de Norman, Hope salió del salón y caminó por el pasillo rumbo al *hall*. Ambos permanecían en silencio y tranquilos, como si lo que acababan de hacer no fuera importante, pero lo era. Que se marchase con él indicó a los presentes que había elegido a la persona con quien pasaría el resto de su vida. Reflexionar sobre eso le causó una fuerte presión en el pecho. No había sido consciente del rumor que provocarían y las consecuencias que obtendría su atrevida decisión. En lo único que pensó fue en regresar a su hogar porque no le apetecía seguir allí una vez que él se marchase. Indudablemente no fue la manera más correcta de lograr su objetivo, aunque ya era tarde para rectificar. Hope lo miró de reojo y la expresión serena que exhibía la ayudó a relajarse. A pesar de todo, seguía sintiéndose tan cómoda y segura a su lado, que los comentarios a los que tendría que enfrentarse dejaron de importarle.

—Hope, ¿puedes recoger tu abrigo mientras averiguo el motivo por el que han aparecido dos de mis hombres? —le pidió con tono cariñoso, el mismo que utilizaban unos recién casados.

—¿Quieres que les pida el tuyo?

—El mío no está ahí. Lo dejé en el interior de mi carruaje. No me gusta que gente extraña toque mis pertenencias —aseguró mientras la miraba fijamente.

Hope comprendió no solo el doble sentido de sus palabras, sino también la razón por la que hizo todo lo posible por sacarla de allí: no deseaba que ella permaneciera cerca de otro hombre que no fuera él. Ese sentimiento de posesión la inquietó, porque no era adecuado que él asumiera, después de lo que habían hecho, que se habían convertido en una pareja.

Tras responderle con un leve movimiento de cabeza, porque no tenía la intención de hacer un comentario sobre su afirmación, ella se dirigió hacia los empleados responsables del guardarropa. Mientras esperaba a que se lo entregaran, no apartó la mirada de O'Brian. Era la primera vez que lo observaba actuar como inspector y no quería perderse el momento. Caminó sereno, con la espalda erguida, el mentón alzado y con la mirada fija en ellos. Norman expresaba superioridad sin realizar mucho esfuerzo. Los agentes, al ver que se acercaba, se enderezaron en señal de respeto. Una vez que realizaron un escueto saludo, mantuvieron una conversación en voz baja. Aunque no pudo escuchar nada, dedujo, por la expresión de sus rostros, que el asunto era tan importante que O'Brian no debía perder tiempo. En ese instante se arrepintió de la decisión que había tomado, porque no quería que él se debatiera entre la obligación de llevarla a su hogar y la responsabilidad que requería su trabajo. Cuando le devolvieron el abrigo, no caminó hacia él hasta que los agentes se marcharon.

—Si tienes prisa, no te preocupes por mí. Puedo pedir que preparen un carruaje de los Lennox para regresar —comentó al colocarse a su lado.

—No voy a dejarte sola —dijo extendiendo un brazo—. Necesito confirmar que has llegado a tu hogar para sentirme tranquilo y trabajar correctamente.

—Norman, no quiero convertirme en un obstáculo en tu carrera. Creo que lidias con suficientes como para añadir uno que carece de importancia —insistió mientras se agarraba a

él.

—Nunca serás un inconveniente en mi vida, Hope. Al contrario, si permaneces a mi lado, me sentiré capaz de hacer cualquier cosa por muy difícil que resulte —declaró antes de llevarla al exterior.

Tras escucharlo, su corazón se hizo tan frágil como el vidrio. No estaba acostumbrada a que le hablaran de aquella forma para halagarla. Norman había olvidado, o no quería seguir, los primeros pasos de un cortejo. Esos en los que debía mencionar lo hermosa que se veía con aquel vestido, el magnífico recogido que lucía o lo inteligente que era al oírla conversar sobre algún tema anodino. No, O'Brian no era como los demás. Él le confesaba directamente que se había convertido en una persona muy importante en su vida y que ansiaba tenerla. Eso la asustó, porque ella todavía no estaba segura de qué sentía. Era cierto que su sangre hirvió de furia al oír cómo lo menospreciaban. También admitía que a su lado se hallaba segura, tranquila e incluso feliz. Pero aquello no significaba que estuviese enamorada. Por el momento, solo había descubierto que era el único hombre con quien podía estar sin buscar una manera de evitarlo.

—Sube despacio —le ordenó frente a la puerta del carruaje.

Hope observó la forma en la que él le agarraba la mano. De nuevo, no se la tomaba como haría un desconocido, sino un esposo. Esa manera íntima de tocarla y de tratarla le causaba incertidumbre, pero al mismo tiempo le generaba confianza. ¿Qué opción debía elegir sin temor a equivocarse? Finalmente, decidió no pensar en ello durante el viaje de regreso a su hogar y permitir que la relación entre ellos fluyera con naturalidad. Por ese motivo, no se quejó cuando O'Brian la cogió por la cintura para ayudarla a subir. Tampoco lo hizo cuando se sentó a su lado o cuando lo vio inclinarse hacia delante para alisar la falda de su vestido. No se alejó en el momento que él extendió un brazo sobre sus hombros y la instó a que apoyara la cabeza sobre su pecho. No hizo nada, porque estaba disfrutando tanto de aquel comportamiento tan cercano, que cerró los ojos y se relajó.

—Sé que no debería preguntarte sobre tu trabajo, pero tengo curiosidad por saber qué ha ocurrido —dijo sin apartarse de su lado y sin abrir los ojos.

El carruaje, que había iniciado la marcha minutos antes, se movió bruscamente debido a los socavones de la calzada. El cuerpo de Hope se zarandeó e inconscientemente, ella colocó una mano sobre el pecho de Norman para sujetarse. Al comprender qué había hecho, se ruborizó y quiso retirarla, pero O'Brian le cogió la muñeca y la mantuvo sobre él.

—Mis hombres han venido para informarme sobre un altercado que ha ocurrido esta misma noche en el puerto —comenzó a explicar con tono relajado, como si aquella forma de permanecer junto a Hope fuese tan habitual, que no le producía inquietud.

Si alguien los hubiese encontrado, nunca habría pensado que se trataban de una joven pareja que disfrutaban de su primera vez a solas, sino más bien de un matrimonio unido por amor y que, después de un suceso grave, se abrazaban para consolarse.

—Me necesitan porque la discusión ha terminado peor de lo que se esperaba —prosiguió—. Supongo que mientras llego, aparecerá un médico para confirmar lo obvio.

Hope entendió lo que quiso decir sin tener que pedirle más detalles sobre el asunto. Abrió los ojos y lo miró. Aunque solo pudo contemplar el perfil de su rostro, advirtió que apretaba la mandíbula y mantenía la mirada al frente. Prosiguió con la cabeza sobre su agitado

pecho y cerró los ojos. Durante el silencio que siguió a continuación, pudo escuchar los acelerados latidos del corazón de Norman al tiempo que él le acariciaba el brazo con las yemas de los dedos. ¿Estaba inquieto por lo que encontraría una vez que la dejara en su hogar? ¿Qué podía decir para animarlo? Ella no sabía cómo actuar porque cuando su padre regresaba después de una intensa jornada, solo buscaba el apoyo de su esposa para recuperar la calma.

—Debes relajarte, así podrás resolver el caso con rapidez —dijo Hope al fin.

—No estoy nervioso por mi trabajo —respondió mirándola.

—No tienes la necesidad de mentirme. Por si no te has dado cuenta, tal como estoy, puedo escuchar los fuertes y rápidos latidos de tu corazón —contestó mientras abría los ojos y lo observaba.

—Tú eres el motivo por el que me encuentro tan inquieto. Me gusta tenerte entre mis brazos, que tu cabello acaricie mi cara, oler tu suave perfume, sentir el calor que desprende tu cuerpo y hacerme a la idea de que no será la última vez que estemos así —indicó con tono sereno.

Hope volvió a quedarse sin palabras. La sinceridad de Norman le agradaba, aunque también la aturdió. Tal vez porque ella no podía confirmar sus sentimientos con tanta facilidad y no sabía cómo responder a los suyos. Cerró los ojos y se mantuvo de nuevo en silencio. Actuaba con cobardía, pero no era capaz de hacer otra cosa. Necesitaba pensar antes de tomar una decisión sobre el tipo de relación que ellos podían tener en un futuro.

—Hope, despierta. Hemos llegado a tu hogar —dijo O'Brian cuando el carruaje paró.

No se había quedado dormida. Solo fingió estarlo para zanjar una conversación y una situación a las que no podía enfrentarse por el momento. Muy despacio, para continuar su mentira, abrió los ojos y se incorporó en el asiento. Al retirarse del cuerpo de O'Brian notó añoranza, como si acabara de alejarse de un lugar familiar y cómodo. Ese sentimiento la dejó un tanto desconcertada porque... ¿no se había dicho que todavía no estaba segura de sus emociones? Entonces, ¿por qué reaccionaba de aquella manera?

—Vamos, te ayudaré a bajar —comentó Norman una vez que el cochero abrió la puerta.

Cuando Hope se volvió hacia la salida, O'Brian salió del carruaje, se giró y extendió ambas manos hacia ella. Aquellas manos eran grandes, fuertes, masculinas y estaban dispuestas a sujetarla para que nada le sucediera. Durante un par de segundos, miró el rostro del hombre que la esperaba. No podía decir que tuviera la apariencia de un ángel, sino más bien la de un demonio que la animaba a pecar. Y ella decidió caer en la tentación. Alargó sus manos, las colocó sobre los hombros de Norman y permitió que la cogiera de nuevo por la cintura. Como si fuera una frágil muñeca de porcelana, la ayudó a bajar. En el momento en el que ambos se quedaron uno frente al otro, Hope contuvo la respiración por el inesperado acercamiento. A pesar de que era más alto que ella, sus rostros permanecían demasiado cerca. Aquellos gruesos labios tocaban la punta de su nariz, sus verdes ojos la miraban fijamente y podía sentir en sus mejillas el calor de su agitada respiración. Por mucho que su mente insistía en que sus sentimientos no estaban claros, el resto de su cuerpo opinaba lo contrario. Deseó romper aquel momento tan íntimo, pero no era capaz de retirarse de él. No solo le agradaba la forma de hablarle, sino también la manera de mirarla, de tocarla, de mantenerla cerca y protegida. Inconscientemente, cerró los ojos. Anhelaba el contacto de aquella boca sobre la suya. Quería averiguar qué era un

beso y qué consecuencias tendría en ella.

O'Brian se quedó paralizado al advertir la decisión de Hope. De todos los deseos que había tenido desde que la conoció, el poder besarla se situaba en primera posición. Sin embargo, a pesar de sus ganas, era consciente de que no era el momento, ni el lugar para hacerlo. Aunque el cochero era un hombre de confianza, quería que el primer beso fuera especial para ambos y que no se arrepintieran con el tiempo. Maldiciéndose, retiró la mano izquierda de la cintura de Hope para acariciarle la mejilla. En el instante que la yema de sus dedos la tocaron, ella abrió los ojos y por la forma en que lo miró, cambió rápidamente de opinión. Sin pensarlo dos veces, la mano que acariciaba su rostro se colocó en su nuca. Impidiendo que se alejara y que decidiera rechazarlo. La que mantenía sobre su cintura, actuó de la misma forma. Antes de que aumentara la confusión que ella le transmitió, la besó.

El primer contacto entre ambas bocas fue muy tierno, porque O'Brian quería averiguar si aquellos labios habían sido tocados por otro hombre. Cuando percibió su inocencia, su ego aumentó hasta tal punto que su cuerpo tembló por la excitación. ¿Cómo fue capaz de pensar que la mujer de hielo había besado a otro hombre? Su orgullo creció, al igual que su deseo por ella. Muy despacio, para no asustarla, abrió la boca y la punta de su lengua comenzó a acariciar aquellos eróticos labios. La reacción de Hope apareció al momento. No solo pudo escuchar cómo contuvo la respiración, sino también advirtió su sorpresa. ¿Pensaba que un beso solo consistía en la presión de ambas bocas? O'Brian estaba más que dispuesto a enseñarle cómo debía actuar y revelar las reacciones que ambos obtendrían tras un beso apasionado.

Y lo consiguió. Una vez que Hope se relajó y se dejó llevar, Norman se apoderó del interior de su boca. No hubo ni un solo rincón de esta que no poseyera, incluso saboreó un ligero gusto a champán que ella había tomado antes de marcharse. De los dos, quien debía salir más perjudicado del beso debía de ser la principiante, sin embargo, ocurrió todo lo contrario. Fue O'Brian quien se sintió cautivado y mareado por el éxtasis. Tuvo que agarrarse con más fuerza a Hope porque sus piernas perdieron su fortaleza. Finalmente, debido a la confusión, él mismo decidió finalizar aquel ardiente y desenfrenado beso.

La aprendiz había ganado al maestro...

Cuando ambos rostros se separaron, Norman observó obnubilado la expresión de su amada. Los ojos brillaban como dos lunas llenas, sus mejillas tomaron un color carmesí que adoró. Aquellos labios, hinchados por la intensidad y el furor, eran tan seductores, que deseó besarlos de nuevo. Su respiración agitada, la forma en que lo miraba... Todo le resultó tan espléndido, que se odió por tener que abandonarla tan rápido. Si hubiese tenido más tiempo, le habría besado hasta que ambos hubieran perdido la consciencia.

—Norman —susurró Hope al observar cómo él fruncía el ceño.

—No quiero irme —contestó abrazándola con fuerza, olvidándose de dónde se encontraban y que el cochero podía observarlos.

Aquellas palabras hicieron que el corazón de Hope latiera más deprisa, si eso era posible. Con una sonrisa en sus labios, respondió al abrazo de O'Brian. Quería expresarle su apoyo, su felicidad por estar juntos y, pese a que aún seguía sin comprender sus sentimientos, ansiaba transmitirle con su cercanía que, aunque se marchara, podía regresar a ella al día siguiente.

—Señor... —comentó el cochero sin apartar la mirada del frente.

Norman maldijo en voz baja mientras se retiraba de Hope. Cuando ella levantó la barbilla para mirarlo, deseó parar el tiempo.

—Vamos —le dijo cogiéndola de una mano.

Una vez que los dos se colocaron frente a la entrada, O'Brian tocó la puerta. Mientras esperaban a que la abrieran, pensó en cómo y dónde podían verse al día siguiente. No quería que su deseo de tenerla cerca le causara problemas, puesto que la hija de un aristócrata siempre tenía compromisos que atender.

—Supongo que pasarás toda la noche en el puerto y que mañana necesitarás descansar —expresó Hope al observar que Norman se había abstraído en algún pensamiento que le preocupaba.

—Mañana estaré en mi despacho. Después de un asunto como este, lo primero que he de hacer es estudiar el caso antes de llevarlo ante un juez —explicó.

—Comprendo...

—Sin embargo, me encantaría verte. No importa cuándo o dónde. Tú decides —comentó con rapidez al escuchar pasos.

—Envía al mensajero sobre las diez. Para esa hora, sabré qué planes tiene mi madre —respondió con una sonrisa.

—Lo haré —dijo antes de darle un ligero beso en los labios.

Cuando el mayordomo abrió la puerta, O'Brian le hizo una leve inclinación a Hope y se dirigió hacia el carruaje. No se metió en el interior de este hasta que confirmó que ella entraba en su hogar. Una vez que el cochero emprendió el trayecto hacia el puerto, pensó en lo que acababa de ocurrir. Por suerte para él, la noche había resultado mejor de lo que esperaba. Su única intención al aparecer en la fiesta fue bailar y charlar con ella. Sin embargo, había logrado el mayor triunfo de su vida. Ahora debía buscar la manera de continuar la relación hasta el matrimonio. ¿Qué reacción tendría su abuelo al anunciarle que se había enamorado de la hija del barón de Sheiton y que pretendía casarse con ella? Después de la historia que le contó, mucho se temía que sufriría un síncope.

Después de una noche como aquella, Norman regresaba a su hogar para asearse y llenar su estómago con huevos, beicon, pan tostado y dos tazas de café. Si el ambiente continuaba tranquilo, descansaba unas horas antes de volver a Scotland Yard. Sin embargo, en esa ocasión su rutina fue alterada...

Una vez que finalizó su tarea en el puerto y los carretilleros se llevaron el cuerpo del difunto, el secretario de Sheiton se le acercó para informarle de que el juez pedía verlo en su despacho de *Oxford Street* antes de las nueve de la mañana. El mismo empleado se marchó con una firme respuesta: *allí estaré*. Norman era consciente de que el tema a tratar sería su relación con Hope. Después de marcharse con ella, estaría preocupado por la reputación de su hija y desearía averiguar qué ocurría entre ellos. En cuanto tuviera la posibilidad sería muy claro al respecto y le confesaría sus sentimientos e intenciones. Luego, si Sheiton se negaba a que la cortejara, le aclararía que olvidarla era imposible y que nada ni nadie lo detendría.

Mientras se dirigía hacia la inesperada reunión, pensó en el beso. Antes de emprender el trayecto hacia el puerto, supuso que Hope quiso que la besara porque albergaba sentimientos por él. Pero según pasaban las horas, aparecieron ciertas dudas al respecto. No sospechaba que ella lo hubiese utilizado para vivir un episodio íntimo entre un hombre y una mujer. Aunque tampoco podía jurar que estuviera enamorada. La única verdad era que ambos habían disfrutado de un momento mágico, personal y satisfactorio. Indudablemente, necesitaba aclarar lo que pasó en ese instante para poder continuar con su plan de cortejo. Pero esa tarea la comenzaría después de hablar con el barón y tras conocer qué opinión tenía sobre él y su amor por Hope.

En el momento que el carruaje estacionó frente al edificio, Norman no esperó a que el cochero le abriese la puerta. Estaba tan ansioso que, antes de que el empleado atara las riendas, él ya se hallaba fuera, alisándose la chaqueta.

—No sé cuánto durará la reunión con su señoría —explicó al hombre, que lo miraba con sorpresa—. Si tienes algo urgente que hacer, puedes marcharte y regresar cuando hayas acabado.

—Puedo esperar —respondió el cochero.

—Perfecto —dijo antes de dirigirse hacia la entrada.

Oxford Street estaba repleta de comercios. De hecho, era la calle más concurrida del centro de Londres. Las mujeres de la alta sociedad la recorrían diariamente debido a las tiendas de moda nacional e internacional y los caballeros la visitaban para pagar las facturas de dichas esposas. Tal vez ese fuera el motivo por el que el barón decidió instalar allí su despacho. Debido a la gran afluencia de transeúntes, nadie reparaba en quién entraría en el edificio para solicitar la ayuda del juez. Como siempre, la discreción era un punto clave en la vida de Sheiton.

Tras confirmar que su imagen era aceptable, a pesar de haber trabajado durante toda la noche, accedió al edificio con solemnidad. No tuvo que buscar la placa para averiguar en qué planta se hallaba el despacho del juez, porque no era la primera vez que lo visitaba. Aunque los motivos que lo habían hecho aparecer en el pasado eran muy diferentes. Se situó frente a la puerta y tocó con los nudillos de su mano derecha. A continuación, enderezó la espalda y esperó

a ser recibido.

—Buenos días de nuevo, señor O'Brian —dijo el secretario al abrir la puerta y encontrárselo—. Si es tan amable de seguirme, lo llevaré ante su señoría.

Norman respondió con un leve cabeceo y caminó detrás del empleado en silencio. No estaba nervioso, sino impaciente por hablar con el barón para aclarar la situación. Sin embargo, su corazón comenzó a agitarse al recordar las palabras de su abuelo. ¿Por qué diablos le asaltaba aquel maldito recuerdo? Respiró hondo y se obligó a olvidar que su padre había encarcelado a Sheiton años atrás. No podía suponer que el barón, por venganza, no le pondría las cosas fáciles con Hope. Si fuera el caso, sería capaz de secuestrarla y llevársela a Gretna Green.

—Excelencia, el señor O'Brian ha llegado —anunció el secretario tras abrir la puerta y dejar a Norman justo detrás de él.

—Que pase —respondió Federith depositando sobre la mesa del escritorio los documentos que estaba leyendo.

El empleado se hizo a un lado y Norman dio varios pasos hacia el frente. Sus ojos se toparon con la mirada de Sheiton y la expresión de esta no auguraba nada bueno.

—Buenos días, milord —expresó para romper el silencio que se creó.

—Buenos días, O'Brian —dijo tras levantarse y extender una mano hacia él. Cuando se saludaron, añadió—: Veo que no soy el único que trabaja en domingo.

—No —contestó serio.

—En primer lugar, gracias por acudir a mi llamada después de una dura noche de trabajo. ¿Le apetece un café?

—Se lo agradezco —respondió Norman algo más sereno.

—Wans, sírvenos dos tazas de café, por favor.

—Sí, excelencia —dijo el empleado antes de marcharse.

—Tome asiento —le ordenó Federith—. El asunto por el que le he pedido venir nos llevará bastante tiempo —agregó al tiempo que se sentaba.

—Deduzco cuál será dicho asunto —expresó Norman al acomodarse en la silla.

—¿Y? —preguntó Sheiton enarcando una ceja.

—Y opino que, como bien dice, nuestra charla será larga —admitió sin dejar de mirarlo fijamente.

Federith lo observó con los ojos entornados. Le agradaba que el joven tuviera tanta seguridad y confianza. Era muy importante que mantuviera esas cualidades para el trabajo que realizaba. Sin embargo, no estaba allí para felicitarlo después de resolver otro caso criminal, sino para averiguar la extraña amistad que había surgido entre su amada hija y él. Durante la noche, fue incapaz de conciliar el sueño pensando en la decisión que había tomado Hope. Si no le fallaba la memoria, días antes discutió con Anais al recordarle que había alcanzado la edad suficiente para buscar un marido. Y, de repente, se marchaba con aquel joven por propia voluntad y siendo consciente de lo que pasaría a continuación. ¿Qué ocurría? ¿Cuándo se habían conocido? Y, ¿por qué su esposa no se extrañó de verlos juntos?

—¿Milord? —dijo Wans con las tazas en las manos y tras esperar en la puerta más de un minuto sin captar la atención del juez.

—Adelante —contestó Sheiton reclinándose en el respaldo.

El secretario colocó los cafés sobre la mesa, hizo una leve inclinación con la cabeza al barón, se retiró y cerró la puerta.

—Como comprenderá, después de su actitud, necesito que me resuelva ciertas dudas —inició al fin la esperada charla—. En primer lugar, admito que no tenía conocimiento sobre una relación entre vosotros. En segundo lugar, me sorprendió que aceptara bailar con usted puesto que ella rechaza todas las peticiones. En tercer lugar, me dejó perplejo que ella tomara la decisión de regresar a nuestro hogar bajo su protección. Aunque ambos son muy jóvenes, conocen qué repercusiones pueden generarse después de eso. Por el momento no puedo confirmar si mi hija obró bien o mal. Necesito averiguar más sobre el tema para elegir una u otra opción. Por ese motivo lo he llamado.

—¿Desea que empiece mi explicación por el día en que nos conocimos? —preguntó Norman con tranquilidad.

—Es lo más apropiado —admitió Sheiton cogiendo la taza para dar el primer sorbo a la bebida.

Durante la siguiente media hora, O'Brian le contó todo desde el principio hasta lo ocurrido la noche anterior, eludiendo el hecho de que ambos se besaron. Mientras recordaba la historia con Hope, se sintió más seguro de sus sentimientos. Aunque la expresión que mostraba el rostro del barón no presagiaba apoyo, sino todo lo contrario. Norman dudaba de que Sheiton fuera capaz de entender que su amor era sincero, a pesar de que ambos no habían permanecido juntos el tiempo suficiente para que las emociones entre ellos fluyeran de manera habitual.

—En resumen, usted se ha obsesionado con mi hija —determinó Federith cruzándose de brazos muy lentamente.

—Si quiere definir mi amor de esa manera, lo admito. Estoy tan obsesionado con Hope que haré cualquier cosa para que sea mía —confesó sin apartar la mirada de los ojos de quien debía convertirse en su futuro suegro.

Federith se movió incómodo en el asiento tras escucharlo. ¿Mía? ¿Quería casarse con su hija? Ante la determinación del joven, buscó una frase que lo ayudara a apaciguar la inquietud que le había producido la confesión. Pero no halló ninguna, porque su mente se había quedado en blanco. ¿Qué aptitud adoptó William cuando recibió al enamorado de Amelie? Porque de los tres, solo él había casado a una de sus hijas. Roger ni siquiera se planteaba que Evah hallase un hombre que fuera capaz de soportar su carácter y él... Bueno, él siempre había pensado que Eric contraería matrimonio en primer lugar y que Hope se quedaría con ellos varios años más. Sin embargo, las solemnes palabras del joven O'Brian le indicaban que, si no ponía remedio, su hijo sería el último en abandonar la residencia familiar.

—He de admitir que el sentimiento que posee hacia mi hija me ha dejado bastante aturdido —dijo descruzándose de brazos.

—Espero que esa confusión se haya producido por la veracidad de mis palabras —insistió en saber Norman.

—Oh, sí. Por eso mismo —contestó con aparente tranquilidad.

—Milord, soy consciente de que usted albergaba la esperanza de casar a su hija con un aristócrata. Siento mucho decepcionarlo, pero le aseguro que Hope tendrá una buena vida a mi lado. Como bien sabe, mi familia es más poderosa que muchos de ellos.

—Nunca he tenido tal aspiración —comentó levantándose del asiento—. Lo único que he deseado para el futuro de mis hijos es que estos encuentren a una persona que los ame y respete —añadió al ponerse las manos en la espalda y dirigirse hacia O'Brian.

—Le juro por mi honor que cumplo ambos requisitos —aseguró al tiempo que se ponía de pie.

—No dudo de su palabra, O'Brian —dijo al colocarse frente al joven—. Sin embargo, tras conocer sus sentimientos y pretensiones hacia mi hija, he de descubrir qué piensa ella al respecto. ¿Le ha confesado su amor? ¿Qué le ha respondido?

Norman volvió a pensar en el beso y en cómo Hope le respondió. Si su instinto no le fallaba, podía responder al barón que lo aceptaba. Aunque no podía estar completamente seguro de ello. Necesitaba más tiempo para averiguar si los sentimientos de ella eran tan intensos como los suyos.

—Por el momento, solo puedo decirle que no me evita. Tal como usted presenció ayer en la fiesta, se marchó agarrada de mi brazo.

—Esa decisión se puede definir como confianza —perseveró Federith.

—La confianza es un buen principio para una relación —contraatacó Norman, aguantando las ganas de explicarle qué ocurrió antes de que ambos se despidieran.

—No lo pongo en duda —insistió Sheiton—. Pero como comprenderá, no puedo ofrecerle la mano de mi hija solo porque confía en usted.

—Milord, le aseguro que no busco su consentimiento para casarme con Hope. Entiendo que es demasiado pronto para hablar de ello. Sin embargo, después de confesarle mis sentimientos hacia ella, espero que me permita cortejarla formalmente.

—Dada la situación que ambos crearon ayer, no puedo oponerme. Aunque tengo un requisito al respecto.

—¿Cuál? —preguntó ansioso Norman.

—Deseo que Hope esté segura de su decisión y que no se sienta obligada a casarse con usted por el mero hecho de acallar los rumores —indicó Federith.

—Estoy de acuerdo, milord.

—Ella ha de conocer qué tipo de vida puede ofrecerle y ser libre para decidir si acepta convertirse en la esposa de un inspector. Porque vivir a su lado implica no solo confianza, sino también paciencia e inseguridad.

—¿Inseguridad? —espetó O'Brian con el ceño fruncido—. Soy un hombre fiel y jamás habrá otra mujer calentando mi lecho.

—No me refiero a eso, muchacho. Le recuerdo que ha de enfrentarse a mil situaciones peligrosas y que puede morir en acto de servicio —explicó Sheiton con calma.

—Entiendo...

—Me alegra saber que lo comprende. Por ese motivo, le ruego que no engañe a mi hija y que le deje muy claro qué tipo de vida tendrá a su lado —aseveró extendiendo una mano hacia Norman para sellar el acuerdo y dar por finalizada la conversación.

—No le mentaré —dijo estrechándole la mano.

—Dado que ambos estamos conformes, solo espero que cumpla su palabra.

—La cumpliré.

—Estaré atento a sus últimas noticias, supongo que no tardarán —expresó cuando ambas manos se retiraron.

—En efecto —aseguró Norman.

A continuación, el joven hizo un leve movimiento de cabeza y se marchó. Una vez que Federith se quedó solo, relajó todos los músculos y tendones de su cuerpo. Había dado el primer paso para evitar que su hija se casara antes que Eric, pero solo había hecho eso: retrasar lo evidente. Porque mucho se temía que el hijo de Michael O'Brian se convertiría en el esposo de Hope y en su yerno. ¿Podía el destino ofrecerle otra burla semejante? Después de lo ocurrido entre ellos, jamás creyó que volverían a tratarse y ni mucho menos que ambas familias se unieran. No le parecía mal, él no le guardaba rencor porque Michael hizo su trabajo. Sin embargo, era paradójico que aquello ocurriera. ¿Qué pensarían Roger y William al respecto?

—¡Wans! —gritó al acordarse de sus amigos.

—¿Sí, excelencia? —preguntó el secretario al aparecer en el despacho.

—Necesito que busques al marqués de Riderland y al duque de Rutland. A estas horas ambos permanecerán en sus residencias —explicó mientras regresaba a su asiento.

—¿Qué desea comunicarles, milord?

—Dícales que los espero a las ocho en mi hogar porque debemos tratar un asunto muy importante —dijo al sentarse.

—¿Necesita algo más?

—No.

XI



Hope no había podido dormir. Se había pasado casi toda la noche mirando el techo y recordando cada momento de la velada. Antes de levantarse, concluyó que no se arrepentía de haber abandonado la fiesta agarrada del brazo de Norman, ni tampoco de besarlo. ¡Al contrario! Esa parte de su historia la hacía feliz, porque era la primera vez que no le importaba qué pensaban los demás sobre ella ni las repercusiones que hallaría en el futuro. Lo único que la mantenía inquieta era la opinión de su padre. ¿Qué pensaría al respecto? ¿Se enfadaría al descubrir que estaba interesada en O'Brian? Seguía sin poder denominarlo amor, aunque era cierto que le agradaba todo lo que él hacía. Sonrió frente al espejo al revivir el momento en el que se habían besado. Cuando notó sus labios presionando los de Norman y sus fuertes brazos sobre ella, percibió un inquietante cosquilleo en el estómago. ¿Cada vez que se besaran ocurriría lo mismo? Se llevó las manos hacia las mejillas al ver cómo estas enrojecían. Se estaba comportando tan infantil como Tricia. Solo le faltaba levantarse de la banqueta y dar saltitos de felicidad.

—Señorita Cooper, ¿está despierta? ¿Puedo entrar? —preguntó la doncella al llamar a la puerta.

—Sí —contestó volviéndose hacia la entrada de su alcoba para recibirla.

—Buenos días, quería... ¿se ha arreglado usted sola? —dijo sorprendida al verla sentada frente al tocador luciendo un vestido de mañana y con el cabello perfectamente recogido.

—Me desperté muy temprano y no quise molestarla —explicó al tiempo que se levantaba.

—Usted no me molesta. Le recuerdo que es mi deber atenderla desde que se levanta hasta que se acuesta —comentó la señorita Park con una mezcla de asombro e inquietud.

—Le prometo que no volverá a suceder —indicó Hope mostrando una tierna sonrisa.

—Se lo agradezco —respondió mientras se dirigía hacia el lecho para airear las sábanas.

Mientras tanto, Hope se colocó frente a la ventana y miró al exterior. Necesitaba averiguar qué hora del día era. La noche anterior le había pedido a Norman que enviara un mensajero sobre las diez y quería recibirlo ella misma. Sin embargo, antes de la aparición de este, le urgía conocer qué planes tenía su madre durante la mañana. Una vez que los descubriese, le enviaría una dirección y una hora aproximada donde poder encontrarse. Al pensar en verlo de nuevo, se preocupó. ¿Cómo había pasado la noche? ¿Habría descansado o permanecería en el puerto durante toda la velada? ¿Podría encontrarse con ella o seguiría ocupado?

—Señorita Park, ¿sabe usted si mi madre se ha despertado? —espetó volviéndose hacia ella.

—La baronesa y el barón desayunaron juntos a las ocho. Luego, su excelencia se marchó y *milady* se dirigió hacia la cocina. Quería decirle a la señora Blanchet que no debía preocuparse por el almuerzo, puesto que no habrá nadie en casa —explicó mientras estiraba la

colcha y colocaba los almohadones después de sacudirlos.

—¿Estaremos fuera todo el día? —preguntó caminando hacia el centro de la alcoba.

—Eso parece —admitió la doncella al finalizar su tarea.

—¡Tengo que saber qué ha ocurrido! —dijo desesperada—. No puedo alejarme de aquí durante tanto tiempo —añadió antes de salir del dormitorio.

Con la firme idea de averiguar qué había pasado para que su madre tomara aquella decisión sin consultarle, bajó las escaleras como si huyera de un peligro. No reparó en que el mayordomo permanecía en la entrada, hablando con el cochero que las llevaría al destino que pidió la baronesa. Tampoco prestó atención a la sorpresa que expresaron varias doncellas al verla correr de aquella manera. Ella solo se centró en dirigirse hacia la cocina para hablar lo antes posible con su madre. Sin embargo, al acceder a esta solo halló a la cocinera de espaldas.

—Buenos días, señora Blanchet, ¿sabe usted dónde puedo encontrar a mi madre? —preguntó con la respiración entrecortada.

—¡Señorita Cooper! —expresó la cocinera al verla tan agitada—. ¿Le ocurre algo?

—No —contestó moviendo la mano derecha para afirmar su respuesta—. Solo necesito verla.

—Creo que la encontrará en el salón diurno.

—Gracias —dijo antes de girarse y correr hacia dicho lugar de la vivienda.

—¡Tenga cuidado! —gritó la cocinera, pero Hope no la escuchó.

Aunque el recorrido fue corto, pues solo debía llegar al final del pasillo, le pareció que transcurría una eternidad. Una vez que alcanzó la puerta del salón, respiró hondo e intentó mantener la calma. No podía mostrar desesperación frente a su madre o esta se centraría en averiguar qué la inquietaba antes de explicarle qué había pensado hacer. Cuando logró controlar su respiración, y el corazón latió con normalidad, posó la mano en la manivela y la giró.

—Buenos días, madre —dijo al entrar y encontrarla sentada en el sofá leyendo un periódico.

—Buenos días, Hope. Estaba esperándote —respondió al mirarla—. ¿Cómo te encuentras? ¿Has dormido bien?

—Estoy bien, aunque no he descansado lo suficiente —confesó dirigiéndose hacia ella.

—Lo sospechaba —indicó Anais con una gran sonrisa mientras plegaba el periódico.

—Madre, quería preguntarle algo —dijo al sentarse a su lado.

—Yo también tengo varias preguntas que hacerte después de la decisión que tomaste ayer —declaró girándose hacia ella.

—Supongo que se sorprendió.

—No fui la única que lo hizo. Por si no lo recuerdas, hubo más de cincuenta invitados, entre los que se encontraba tu padre, que observaron tu partida.

Hope agachó la cabeza para que su madre no observase el sonrojo en sus mejillas.

Estaba avergonzada por haber creado un escándalo en su familia, aunque seguía sin arrepentirse de su decisión. Tal como había concluido durante su insomnio, Norman le aportaba todo aquello que otros caballeros jamás le ofrecieron. Continuaba sin denominarlo amor, pero era cierto que sus sentimientos hacia él habían cambiado después de aquel beso.

—No tomes mis palabras como un reproche —dijo Anais tras coger las manos de su hija para calmarla—. No es mi intención regañarte o criticarte. Solo quiero saber qué ha ocurrido entre vosotros para que no dudarás en marcharte con ese muchacho.

Tal como estaba haciendo Norman con Federith en ese preciso momento, Hope le contó a su madre toda la historia. Insistió en dejarle claro que, al principio, ella rehusó a saber más de él, pero que, poco a poco, su interés fue cambiando. También le explicó cómo se sentía cuando le escribía las cartas pidiéndole opinión o información sobre algún caso. Le confesó que su corazón se aceleraba cada vez que tenía noticias de él y que, durante la fiesta, se enfadó al escuchar cómo lo menospreciaban. Charló tan cómodamente, pues era la primera vez en mucho tiempo que hablaban sin discutir, que terminó su exposición mencionando el beso. Cuando lo hizo, se quedó observando la expresión de su rostro. Esperaba que aquella confesión la sorprendiera más que su marcha con O'Brian, pero no fue así. Su madre se mantuvo tan serena, que la preocupó. ¿Su deseo por verla casada era tan grande que no iba a reñirla?

—¿Qué sentiste cuando te besó? —preguntó Anais al percibir que su hija necesitaba saber qué opinaba al respecto. Pero no podía hacer ninguna declaración sin conocer las emociones de ella.

—Agrado e inquietud —contestó con firmeza—. Supongo que me sentí nerviosa porque era la primera vez que tuve un momento íntimo con un hombre y el agrado se debió a que fue Norman quien lo produjo —añadió.

—Admito que eres más parecida a tu padre que a mí al describir tus sentimientos —comentó Anais con una sonrisa de oreja a oreja al tiempo que se levantaba del asiento.

—¿Por qué lo dice? —preguntó alzándose también.

—Porque tenéis una forma muy peculiar de definir el amor —explicó cogiéndola del brazo e instándola a caminar hacia la salida.

—Madre, no estoy segura de que me haya enamorado —replicó mirándola con el ceño fruncido.

—Yo diría que sí. Aunque durante la mañana podrás aceptar mi opinión o rechazarla.

—¿Por qué lo dice? ¿Qué está tramando? —insistió en averiguar.

—Tenía pensado visitar a tus tías antes de las diez y hablarles sobre lo sucedido ayer. Supongo que la noticia se ha extendido y estarán de los nervios por conocer todos los detalles. Sin embargo, dado que estás esperando al mensajero, retrasaremos esa visita —explicó mientras salieron al corredor.

—¿Cree que tendré tiempo para reunirme con Norman durante la tarde? Es lo que habíamos planeado hacer —comentó inquieta.

—Te recomiendo que le escribas diciéndole que no es conveniente esa cita.

—¡Madre! —exclamó Hope con los ojos abiertos como platos.

—No me estoy negando a que lo hagas. Solo te indico que es más acertado

retrasarla hasta mañana. Si ha trabajado durante la noche, ha de descansar. Además, debemos de averiguar qué rumor se ha creado para hacerle frente.

—No me interesan los chismes que haya creado. Solo necesito conocer la opinión de mi familia y obtener su apoyo —masculló.

—¿Ves? ¡Estás enamorada! —exclamó Anais antes de soltar una carcajada.



Había hecho bien en aceptar el consejo de su madre, porque el día se complicó bastante. Una vez que les contó a sus tías toda la historia con Norman, sin mencionar el momento del beso, ellas decidieron salir a pasear durante la tarde. El objetivo de dicho paseo era mostrar a la sociedad que estaban conformes con la elección de Hope. Indudablemente, las madres con hijas casaderas estaban radiantes de alegría por la primicia, porque la cifra de aristócratas solteros seguía intacta. Sin embargo, no todo el mundo estaba feliz por la noticia. Cuando decidieron descansar en uno de los bancos de Hyde Park, escucharon a varios caballeros difamar a la familia O'Brian. Beatrice, Anais, Evelyn y Hope ignoraron dicha charla, puesto que sabían que ellos se habían colocado cerca para que pudieran oírlos y crear resquemor.

—Para ganar una guerra no necesitas armas —le dijo Beatrice a Hope cuando reanudaron el paso.

—Las mujeres sabemos alcanzar nuestros objetivos sin tener que inmiscuirnos en conversaciones tan absurdas como esas —añadió Evelyn.

—No prestes atención a ese tipo de comentarios, lo único que pretenden es hacerte daño porque han perdido la oportunidad de convertirse en un miembro de nuestra familia —expresó su madre.

Las tres estaban en lo cierto. Por ese motivo, no sintió dolor en su corazón, sino orgullo por haber encontrado a un buen hombre. ¿Qué diría la familia de Norman cuando descubrieran su relación? No había reparado en ello hasta que el carruaje estacionó frente a su hogar sobre las nueve de la noche. Había estado tan ocupada con su madre y sus tías, que no se paró a pensar en la opinión de los O'Brian.

—Supongo que estás callada porque deseas saber si el joven O'Brian ha respondido a tu carta —comentó Anais cuando ambas bajaron del carruaje.

—Ni siquiera he pensado en ello —contestó mostrando preocupación en su rostro.

—¿Qué te preocupa? —dijo la baronesa cogiendo a su hija del brazo nuevamente.

—La familia de Norman —desveló tras un largo suspiro—. No sé si les agradará saber que deseamos conocernos mejor.

—¿Ahora lo llamas *conocernos*? —preguntó divertida su madre—. Te dije que cambiarías de opinión con respecto al joven O'Brian. Como puedes apreciar, no solo has admitido que te gusta, sino que olvidaste esa relación de agrado e inquietud que mencionaste esta mañana.

—¡Madre! —exclamó enfadada—. No se burle de mí en un momento tan serio.

—Lo siento, hija mía, pero me divierte descubrir que la joven con el corazón de hielo se muestra tan insegura —expresó apretándole con cariño el brazo—. Debes relajarte, Hope. Seguro que todo marchará bien. Conozco a los O'Brian desde hace muchos años y te prometo que estarán encantados de tenerte en la familia —añadió mientras accedían al interior del hogar.

—Supongo que Norman habrá hablado de este asunto con ellos y no se habrán sorprendido —indicó Hope al tiempo que le ofrecía a Blanchet su abrigo.

—Estoy segura de que lo ha hecho —dijo la baronesa observando al mayordomo, pues este mostraba una expresión extraña—. Señor Blanchet, ¿ocurre algo? —decidió preguntar.

—*Milady*, he de informarle que el barón se encuentra en la biblioteca.

—¿Y?

—Y no está solo. El marqués de Riderland y el duque de Rutland lo acompañan.

—¿Y? —repitió con el ceño fruncido.

—Y me han pedido la tercera botella de *whisky* en menos de dos horas —comentó agachando la cabeza.

—¡Que nadie del servicio entre en esa habitación y la bebida está confiscada! —exclamó Anais antes de dirigirse hacia la biblioteca junto con Hope.

Ambas se habían centrado en saber qué opinaba la sociedad sobre lo ocurrido, pero se habían olvidado de conocer la de Federith. ¿Por qué habían aparecido William y Roger? ¿Estarían hablando de los jóvenes o se trataría de otro acuerdo mercantil? ¿Por qué habían bebido tanto?

—Madre... —murmuró Hope cuando ambas se colocaron frente a la puerta.

—No voy a abrir —le susurró—. Solo quiero escuchar qué están diciendo esos tres —añadió antes de pegar la oreja a la puerta.

Hope, ansiosa por averiguar qué estaba ocurriendo, imitó a su madre.

—¡Me das mucha pena, querido amigo! —exclamó William, alargando el tono de las palabras debido a su embriaguez.

—¿Con los O'Brian? ¿Acaso has enfadado al diablo y busca tu muerte? —dijo Roger antes de soltar una carcajada.

—Ese muchacho no ha de saber qué ocurrió en el pasado —respondió Federith tan ebrio como William—. ¿Me meterá en el calabozo si me niego a que corteje a mi hija?

—Si se casan... ¡tus nietos correrán por Scotland Yard como si fuera el jardín de una casa! —gritó el marqués.

—Mi querido amigo, tienes una sola hija y... ¿ha de casarse con el nieto de Norman Campbell? ¿No recuerdas qué nos hizo aquella vez? ¿Qué castigo tendrá ese joven cuando le confiese a su abuelo que se ha enamorado de la hija del barón de Sheiton? —intervino William con tono burlón.

—Seguro que sufriremos una larga y angustiosa venganza —comentó Roger mirando su copa vacía.

—Eso me temo —comentó Federith reclinándose de manera despreocupada en el sofá.

De repente, todo permaneció en silencio. Hope miró a Anais, preguntándole con un leve arqueado de cejas si ella tenía una idea de qué podía pasar. La respuesta que obtuvo fue un ligero movimiento de cabeza para negarlo.

—Debemos informar a tus tías de lo que está sucediendo aquí —murmuró la baronesa al retirarse de la puerta—. No sé si el señor Campbell se vengará de ellos en el futuro, pero estoy segura de que tus tías y yo lo haremos de manera inmediata.

—No sea tan dura con mi padre. Supongo que no ha asumido muy bien la noticia —dijo bastante preocupada por lo que podría suceder antes del amanecer.

—Pues la asumiré por las buenas o por las malas —declaró Anais caminando hacia Blanchet.

Tenía la intención de pedirle al mayordomo que enviara un mensajero a cada amiga. Estos portarían una carta donde les explicaría qué había encontrado al llegar a su hogar y les pediría que buscaran una manera de hacerles pagar aquel comportamiento tan infantil.

XII



Norman sacó del cajón la carta que había recibido de Hope y la guardó en el bolsillo derecho de su chaqueta. Luego, cogió la pequeña cesta de mimbre que tenía sobre la mesa y caminó hacia la salida. Seguía sin poder borrar la sonrisa de sus labios y se temía que, como siguiera así, terminaría padeciendo un terrible dolor de mandíbula. Pero no podía dejar de hacerlo después de recibir aquel regalo. Aunque no le agradó descubrir que ella anulaba la cita porque los planes de su madre la entretendrían durante todo el día, la cesta con comida alivió su tristeza. No era la primera vez que alguien aparecía llevándole alimento. Su madre y su abuela se encargaban de hacerle llegar a diario un tentempié. Sin embargo, no se esperaba que Hope también se preocupara de su salud. Ese gesto hizo que desaparecieran todas sus dudas sobre los sentimientos de ella.

—¿Tienes pensado dirigirte al bosque para recolectar trufas? —le preguntó Borshon al encontrárselo con la cesta de mimbre en la mano derecha.

—No —contestó con una gran sonrisa—. Esto es un maravilloso presente que he recibido hoy de la mujer que amo —añadió.

—Sinceramente, quería hablarte sobre ese tema, pero has estado tan ocupado que no he visto conveniente interrumpirte para confirmar el rumor que se ha extendido por la ciudad —dijo el director al tiempo que caminaba al lado de O'Brian hacia la salida.

—Si ese rumor menciona un posible amor entre la hija del juez Sheiton y yo, lo confirmo. Estoy enamorado de ella —declaró con orgullo.

—También dice que os conocisteis en la fiesta de los Lennox y que fue amor a primera vista —explicó Borshon.

—Eso no es verdad. Nos conocimos en diciembre durante la investigación que realizaba sobre la desaparición de las niñas. ¿Recuerdas el caso?

—Sí.

—En aquel momento, estaba tan obsesionado en encontrar al culpable de dichos secuestros, que todo el mundo me parecía sospechoso. La tarde del quince de ese mes, Oliver y yo decidimos vigilar Hyde Park y fue ese día cuando conocí a Hope. Ella pretendía marcharse del parque con una joven que había tenido problemas con un trabajador del embarcadero. Como intentó llevársela por la fuerza, creí que era la secuestradora actuando de nuevo —explicó feliz al recordar aquel día.

—¿Ella fue la joven a quien revolcaste por el suelo? —espetó Borshon con sorpresa.

—La misma —contestó con otra gran sonrisa.

—Nunca habría imaginado que una mujer pudiera enamorarse de la persona que le hizo pasar el peor momento de su vida —dijo con sarcasmo Hill.

—¡Oh, no! Hope no se enamoró de mí ese día. Fui yo quien se quedó prendado al

verla. Por ese motivo, he estado persiguiéndola hasta que al final he logrado alcanzar su corazón.

—En ese caso, felicidades —comentó Borshon extendiendo la mano hacia el muchacho.

—Gracias —respondió aceptando el gesto.

—Supongo que tu familia estará muy feliz por el futuro compromiso —añadió cuando ambos estuvieron en el exterior.

—Para serte sincero, todavía no he podido hablar con ellos. Sospecho que han descubierto la noticia hoy mismo.

—¿Lo dices en serio? —preguntó estupefacto.

—Sí. Supongo que he de hablar con ellos en cuanto tenga una oportunidad. Pero he estado tan ocupado con el trabajo y buscando la manera de conquistar a Hope, que no he tenido tiempo para explicarles qué estaba sucediendo.

—Te recomiendo que no lo pospongas. Si no recuerdo mal, los O'Brian y los Cooper tienen un pasado bastante peculiar —explicó divertido.

—Si te refieres al tiempo en el que mi padre encerró al barón tras creer que había matado a su primera esposa, sí, conozco la historia. Mi abuelo me la contó cuando le mencioné el incidente en Hyde Park.

—¿No te pidió que te mantuvieras alejado de ella? —espetó curioso.

—Sí, pero como puedes comprobar, no seguí su consejo —respondió burlón.

—En ese caso, te sugiero que hables con ellos lo antes posible. Un buen inspector no ha de tener problemas familiares. Como bien sabes, todo eso influye en el trabajo —le aconsejó.

—Pienso hacerlo este sábado, durante la comida familiar —explicó O'Brian mirando el carruaje que acababa de estacionar frente a ellos. Cuando observó el emblema grabado en este, frunció el ceño.

—Deduzco que tu abuelo no quiere esperar al sábado —dijo con sarcasmo Borshon.

—Eso creo... —respondió observando al cochero bajar y caminar hacia ellos.

—Buenas noches, señor O'Brian. Señor Borshon —saludó el empleado al colocarse enfrente. Luego, miró a Norman y añadió—: He venido para recogerlo. Su familia lo está esperando en la residencia Campbell.

—Muchacho, la reunión familiar del sábado se ha adelantado. Espero que puedas resolver la situación adecuadamente —comentó Hill tras darle una palmada en la espalda. A continuación, los dejó solos.

—¿Cómo sabía mi abuelo la hora que dejaría Scotland Yard? —le preguntó mientras caminaban hacia el carruaje.

—No lo sabía. He estado esperándole desde las cinco de la tarde —explicó el empleado.

—Parece que tiene prisa... —murmuró—. Por cierto, ¿he escuchado bien? ¿Has dicho familia? —perseveró en averiguar al tiempo que abría la puerta del carruaje.

—Sí.

—¿Te refieres a que mis padres también están en la residencia? —insistió.

—Sí —respondió el cochero al cerrar y asegurarse de que no se escaparía, tal como le había pedido el abuelo Campbell.

Mientras se dirigía a su destino, no cesaba de pensar en la forma más conveniente de mencionar su historia con Hope para que se tomaran el asunto con calma. Que él recordase, durante la fiesta que ofrecieron en su nombramiento, sus padres recibieron a los Sheiton con amabilidad. También charlaron como buenos amigos. Esa actitud amistosa entre ellos lo ayudaría a enfrentarse a la cólera de su abuelo, quien desearía asesinarlo por no haber seguido su consejo. ¿Lo amenazaría con desheredarlo? Aunque lo hiciese, él no aceptaría su petición de olvidarla. ¡Al contrario! Le dejaría muy claro que estaba dispuesto a perder todo menos a Hope.

Como la vez anterior, salió del interior del carruaje antes de que el empleado bajase para abrirle la puerta. La urgencia por enfrentarse a la situación era tan inmensa, que ni siquiera alisó su chaqueta para que su madre y abuela no se preocuparan por su aspecto. Caminó hacia la entrada de la vivienda, llamó y, cuando fue recibido, lo único que preguntó fue dónde se habían reunido. Cuando el mayordomo le indicó que se hallaban en el comedor, cruzó el *hall* y se colocó frente a la puerta de dicho lugar en menos de veinte zancadas.

—Buenas noches a todos —dijo al aparecer.

Cuatro pares de ojos se clavaron en él en cuanto escucharon su voz. Norman observó la expresión de cada rostro antes de avanzar hacia ellos. Su madre y su abuela Florence mostraban felicidad. Por el momento, contaba con dos buenos apoyos. Los ojos verdes de su padre revelaban incertidumbre. Era lógico que se sintiera así después de la sorpresa que le causaría la noticia. Durante las conversaciones que mantuvieron nunca mencionó el deseo de casarse y ni mucho menos de hacerlo con la hija del juez más respetado de Londres. Con lo cual, estaba esperando una explicación para darle su apoyo o rechazo. Por último, reparó en los ojos de su abuelo... Norman no tenía muy claro si el fuego que observaba en ellos se debía al enfado o solo era el reflejo de las llamas de la chimenea.

—Pasa y siéntate. Tenemos que hablar —expresó Michael.

Con paso firme, Norman caminó hacia la mesa donde todos permanecían sentados alrededor de esta menos su abuelo, que continuaba de pie frente a la chimenea. Cuando pasó por su lado, lo observó apretar el mango del bastón como si pretendiera levantarlo para golpearle. En el pasado, cada vez que hacía una travesura, corría hacia él buscando protección. En aquel momento, la situación era opuesta: debía apoyarse en los demás para evitar un golpe de su abuelo.

—No he de explicarte el motivo por el que te hemos llamado, ¿verdad? —prosiguió Michael una vez que su hijo se colocó en el extremo izquierdo de la mesa y posó ambas manos sobre el peinazo superior de una silla.

—No —contestó mirándolo.

—¿Qué vas a decir al respecto? —perseveró O'Brian.

—No he escuchado los rumores que se han extendido sobre Hope y yo. Con lo cual, no tengo muy claro qué he de desmentir o afirmar.

—¿Hope? —masculó el abuelo—. ¿Tanta confianza tenéis como para

mencionarla por su nombre?

—Sí —respondió muy serio.

—No estamos aquí para juzgar tu decisión, sino para saber qué ha ocurrido y poder actuar correctamente —intervino April pretendiendo tranquilizar a su hijo.

—El resumen de la historia es que estamos enamorados y queremos iniciar una relación. Por el momento, nuestro único objetivo es seguir conociéndonos. Lo que ocurra en el futuro, dependerá de nosotros —explicó mirando a todos.

—¿Cuándo la conociste? —preguntó su madre.

—A mediados de diciembre.

—Durante este tiempo, ¿os habéis visto en secreto? —accedió la abuela Florence bastante sorprendida.

—No.

—Entonces, ¿cómo puedes hablar de amor si no habéis tenido ocasión de estar juntos? No pretenderás casarte con ella porque es la hija del juez, ¿verdad? —perseveró en averiguar Michael.

—Nunca me ha importado la familia de Hope, sino ella. Desde el día que la conocí, tuve la certeza de que se convertiría en mi esposa y he hecho todo lo posible para lograrlo —declaró Norman con rotundidad.

—¿Cómo se puede alguien enamorar sin tener contacto? —espetó perpleja Florence.

—Tengo mis propios métodos —respondió su nieto con una enorme sonrisa.

—Cuéntanoslos —ordenó su padre—. Estamos ansiosos por averiguar cómo es posible que toda la ciudad hable del compromiso de mi hijo, cuando nosotros ni siquiera sabíamos que pretendías a alguien.

Por segunda vez en el mismo día, Norman contó su historia con Hope. Mientras lo hacía, observaba de nuevo la expresión de los rostros de su familia. Su abuelo continuaba enfadado, su madre y su abuela sonreían de felicidad y su padre pasó del desconcierto a la tranquilidad.

—¡Me opongo a ese compromiso! —tronó Campbell cuando Norman mencionó su reunión con el barón y lo que acordaron—. ¡No puedes casarte con ella!

—¡Cariño! —exclamó Florence.

—¡Padre! —dijo April.

—Nada ni nadie me hará cambiar de opinión —aseguró el joven.

—¿Estás decidido? —preguntó Michael.

—Lo estoy —afirmó sin dudar.

—¿Ninguno de vosotros va a hacer nada para impedir esta locura? —volvió a gritar Campbell.

—A mí me parece una joven muy apropiada para mi nieto —comentó la abuela sin mirar a su esposo.

—¿Apropiada? —repitió el abuelo caminando hacia la mesa. Una vez que se colocó al lado de esta, metió la mano izquierda en un bolsillo y sacó una hoja. A continuación, la lanzó y añadió—: ¡Aquí he escrito el nombre de más de cincuenta jóvenes que sí son apropiadas para él! Si lo que quiere es casarse y formar una familia, ¡qué escoja a una de ellas!

La paciencia de Norman O'Brian desapareció en el instante que lo escuchó. Enfadado, cogió el folio, lo arrugó, se dirigió hacia la chimenea y lo lanzó.

—¡Hope será mi esposa! —advirtió al volverse hacia ellos.

—¡Tendrás que asumir las consecuencias de esa decisión! —clamó el abuelo.

—Las asumiré con mucho gusto —respondió desafiándole con la mirada.

—¿Qué decisión tomará el barón cuando descubra que el pretendiente de su hija ha sido desheredado? —perseveró Campbell.

—¡Mi nieto no padecerá ese tipo de desamparo! —clamó Florence levantándose del asiento—. ¿Me has oído, Norman Campbell? ¡Antes de que hagas eso, solicito el divorcio!

—Padre, madre, relajémonos. Si seguimos así, al final terminaremos la reunión familiar con más rencor que afecto —pidió April.

—¿De verdad vais a permitir que sigan adelante con esta insensatez? ¿Habéis olvidado lo que ocurrió en el pasado? ¿Ninguno de vosotros es capaz de pensar en las consecuencias que tendrán si regresa aquel asunto? —espetó el anciano mirando a todos.

—Si se trata del encarcelamiento, tanto Hope como yo sabemos qué ocurrió y no nos importa. Todo el mundo comete errores. Además, por la forma en que mis padres y los suyos charlaron y se comportaron durante la fiesta que ofrecimos, entiendo que esa equivocación había quedado olvidada —dijo Norman mirando a su abuelo.

—No se trata solo de eso —comentó el Campbell frunciendo el ceño—. Hay otro secreto que aún no sabes y que puede hacerte cambiar de parecer.

—¡Padre! —tronó April levantándose del asiento y volviéndose hacia él—. ¡Ni se le ocurra hablar de eso! Nadie ha confirmado que fuese cierto.

—No hace falta que se corrobore con palabras. ¿Acaso no has visto al joven? ¿A quién te recuerda? —comentó con sarcasmo.

—Padre, ¿qué ocurre? —preguntó Norman a Michael.

—Nadie puede afirmar que lo sea —dijo O'Brian mirando al abuelo—. Y creo que tampoco es un tema a discutir en este momento. En primer lugar, porque no nos incumbe. En segundo, porque a ellos no les afectaría.

—¿Que no les afectaría? —repitió el abuelo—. ¡Tonterías! No solo les perjudicaría a ellos, sino también a April.

—¿Pueden decirme de qué hablan? —intervino el joven O'Brian con una mezcla de impaciencia, desesperación y enfado.

April miró a su marido al tiempo que volvía a tomar asiento. Florence clavó sus ojos en su esposo como si quisiera matarlo con la mirada. El abuelo seguía con el ceño fruncido y apretaba el mango del bastón. Michael cogió la copa de *whisky* y se bebió lo que había en el interior de un trago. Mientras tanto, Norman los observaba esperando una respuesta.

—¿Nadie se atreve a contarle esa historia? —espetó Campbell.

—No es el momento —masculló Michael.

—¿Que no es el momento? Entonces, ¿cuándo sería adecuado? ¿Mañana? ¿El día en el que se casen? —perseveró el abuelo.

—¿Alguien puede decirme de una vez por todas qué ocurre? —espetó Norman colocando ambas manos sobre la mesa—. Necesito saber a qué he de enfrentarme.

—¿Enfrentarte? ¡Ja! ¡Como si pudieras arreglar el pasado! —dijo Campbell con ironía.

—¿Padre? ¿Madre? —preguntó mirando a ambos.

Durante unos segundos, el salón permaneció en silencio. El abuelo los miraba enfadado. Michael pensaba en si su suegro podía tener razón. Florence buscaba la manera de vengarse de su esposo y April intentaba mantener la calma para mencionar aquel terrible pasado.

—Todo comenzó con un rumor —habló la esposa de Michael después de respirar profundamente—. Aunque, con el tiempo, esa historia parece que fue verdad.

—¿El qué? —insistió el joven.

—Cariño... —murmuró Florence agarrando las manos de su hija.

—Tal como dice padre, ha de conocer esa parte del pasado para luchar por su futuro. También creo que es mejor que lo sepa por nosotros a que lo descubra por personas que intentarán hacerle daño —expresó April.

—¿A qué se refiere? ¿Qué me ocultan? —insistió Norman.

—Toma asiento y escucha. Una vez que averigües lo que desea contar tu madre, tendrás que decidir si continúas la relación con la hija de Sheiton o te olvidas de ella —declaró Michael tras reclinarsse en el respaldo de su silla.

—Repito que nada ni nadie hará que me aleje de Hope. Cualquier problema que surja, lo solucionaremos juntos —aseguró.

—Ya lo veremos —masculló el abuelo sentándose junto a su esposa, quien seguía mirándolo con ganas de hacerlo desaparecer del mundo de los vivos.

Durante la siguiente hora, April le contó a su hijo el romance clandestino entre la difunta esposa del barón y lord Gremont, su primer marido. No solo le habló del engaño o de dichas muertes, sino también de que había la posibilidad de que Eric, el hijo de Sheiton, fuera en realidad el vástago de Gremont.

—No es una posibilidad —intervino Campbell—, sino una realidad. El muchacho es igualito a ese desgraciado. Dicen que hasta tiene la mancha en el pecho del malnacido.

—No es seguro —habló de nuevo April—, aunque, como bien dice tu abuelo, cada vez que lo vemos, parece que estamos frente a Gremont.

—No es el primer hijo ilegítimo en un matrimonio —comentó Norman con alivio, pues aquel secreto le seguía pareciendo irrelevante para romper la relación con Hope.

—¡Estamos hablando de un amorío entre el primer marido de tu madre y la primera esposa del barón! —clamó el abuelo.

—Le aseguro que lo he entendido a la primera, porque no es difícil de comprender. Pero no consigo darle la importancia que usted intenta exponer. Tanto Hope como yo no tenemos

nada que ver con eso. Fueron dos personas ajenas a nuestra familia las que, supuestamente, engendraron un hijo. Uno que fue reconocido por el barón como propio.

—¡Maldito crío! —tronó Campbell golpeando el suelo con la punta de su bastón—. ¿Sigues sin ver el problema?

—No lo hay. Aunque la historia fuera real, mi madre no tiene nada que ver con Eric. Ni tampoco el barón. Con lo cual, no hay mezcla de sangre entre nosotros —comentó tranquilo.

—¿No eres capaz de reparar en el escándalo que se creará? ¿Podrás asumir las consecuencias? —perseveró el abuelo.

—Tanto mi madre como el barón son inocentes. El posible desastre fue causado por otros y, por suerte para ellos, están muertos —insistió Norman.

—¿No piensas en qué le ocurrirá a tu madre? ¿Eres tan egoísta? —comentó Campbell.

—Ella no tiene por qué sufrir. La difunta *lady* Sheiton murió en manos de Gremont y este se suicidó, ¿cierto? Entonces, ¿qué problema encontrará ella? Solo se convirtió en la víctima de un desastre. Y, ¿desde cuándo se culpa al inocente? —reiteró.

El abuelo intentó no mirar a su esposa. ¿Problema? ¡Claro que lo había! Aunque habían pasado más de dos décadas del suceso, él debía proteger a la verdadera culpable de la muerte de Gremont.

—¿Hay otro secreto que he de conocer? —preguntó Norman levantándose del asiento.

—No —contestó Michael—. Esa es toda la historia.

—En ese caso, os informo que sigo adelante con mi propósito de casarme con Hope y que lucharé contra quien se oponga —dijo mirando a su abuelo.

—¡Estás loco! —clamó este golpeando de nuevo el suelo con el bastón.

—En efecto, estoy loco de amor por ella. ¿No se enamoró usted de mi abuela e hizo todo lo posible por alcanzarla?

—Sí —respondió Florence para apoyar a su nieto.

—Por ese motivo, no impida que obre de la misma forma para conseguir a la mujer que amo. Y ahora, si no hay nada más que contar, quiero regresar a mi residencia. Necesito descansar para comenzar mañana el cortejo. Buenas noches y les deseo felices sueños —añadió antes de despedirse con un leve cabeceo y dirigirse hacia la salida.

—¡Tú eres el culpable de esto! —señaló Campbell a Michael—. ¡Ha heredado tu impetuosidad, cabezonería, irracionalidad, inmoralidad y locura!

—Soy su padre, ¿qué otra cosa puedo esperar de mi hijo? —expresó con orgullo O'Brian.

Londres, 16 de marzo

Hope descansó plácidamente durante toda la noche y cuando se despertó, llamó a su doncella tal como le había prometido. Una vez que estuvo preparada, salió de la alcoba y se dirigió hacia la planta inferior. Mientras caminaba por el pasillo, pensaba en la sensación de paz que estaba viviendo. Nunca se hubiera imaginado que liberarse de aquel secreto le causara tanta satisfacción. Concluyó también que la aceptación de sus padres fue muy importante para ese bienestar, puesto que siempre había creído que su madre pretendía casarla con un hombre de su misma posición social. Estaba equivocada, porque el único objetivo de la baronesa era ver a su hija con un hombre que la hiciera feliz. Con Norman lo sería, aunque sospechaba que su relación con él jamás podría asemejarse a la de otras parejas. Con una sonrisa en sus labios, alcanzó el *hall*. Antes de poder llamar a Blanchet, este apareció frente a ella para explicarle que sus padres aún no se habían levantado. La noticia no le sorprendió, puesto que la venganza de su madre duraría hasta altas horas de la madrugada. Sin embargo, sí que se quedó atónita cuando el mayordomo le dijo que había recibido una carta. Le aclaró que no aparecía el nombre del remitente y que el mensajero insistió en que era para ella. Hope no tuvo la menor duda de quién se la había enviado. Por ese motivo, antes de que su fiel empleado le preguntase si deseaba desayunar, corrió hacia la bandeja de plata donde colocaban la correspondencia. En cuanto la tuvo en las manos, se dirigió hacia el comedor con rapidez. Le urgía saber qué le había ocurrido a O'Brian para que quisiera comunicarse con ella tan temprano. Mientras tomaba asiento y una doncella le servía el café, su mente comenzó a imaginar mil situaciones peligrosas a las que debió enfrentarse. Pero ese estado de ansiedad desapareció al descubrir el contenido de la misma. Norman le daba las gracias por haberle llevado comida y le preguntaba si podían verse esa tarde en Hyde Park. También mencionaba la reunión que mantuvo con su padre y que, después de responder a todas sus preguntas, le confesó que tenía la intención de cortejarla. «Ya no tienes escapatoria. Hasta tu propio padre ha aceptado mi amor por ti». Aquella declaración tan directa, que más bien parecía una advertencia, la hizo sonreír. Sin lugar a dudas, O'Brian tenía una manera muy peculiar de dirigirse a ella.

—Buenos días, hermanita —saludó Eric al aparecer.

—Buenos días —respondió doblando la carta y guardándola sobre su regazo—. ¿Qué haces aquí? —preguntó observándolo caminar hacia ella.

Como era habitual en Eric, lucía un elegante traje. En esta ocasión había elegido uno de color vino. Camisa blanca, al igual que el pañuelo del bolsillo de su chaqueta. Siempre llevaba puesto una o varias prendas de dicho color en honor al tono del cabello de su amada.

—Vivo aquí, ¿recuerdas? —respondió al acercarse. A continuación, le dio un beso en la mejilla y se sentó a su lado.

—Sabes que no me refiero a eso —contestó mirándolo fijamente—. Desde hace

tiempo, no desayunas en casa. ¿Los Moore te han pedido un descanso?

—A mis futuros suegros les agrada tanto mi presencia que me añorarán —contestó con una sonrisa pícar—. Pero es cierto que hoy no quería abandonar nuestro hogar sin antes preguntarte por un tema que te incumbe —admitió mientras una doncella le servía una taza de café.

—Puedo imaginar de qué se trata —masculló Hope antes de coger un trozo de pan tostado y untarlo de melaza.

—¿Y? —espetó curioso.

—Es cierto que he comenzado una relación afectiva con Norman O'Brian —declaró tranquila.

—¿Relación afectiva? —repitió Eric divertido—. Solo una mujer con el corazón de hielo puede describir un compromiso matrimonial de esa forma tan áspera.

—El amor puede definirse de mil maneras —se defendió—. Cada persona puede entenderlo como le apetezca.

—Cierto, pero la cuestión es si estás realmente enamorada de él. Si no lo estás, o si lo has escogido para que no te acosen esos inadecuados pretendientes que te han rodeado cada vez que apareces en un evento social, te aconsejo que rompas ese compromiso lo antes posible. No existe dolor más inhumano en el mundo que un desamor.

—No voy a romper con Norman —declaró posando la tostada sobre el plato. Sin darse cuenta, frunció el ceño y apretó los puños.

—Comprendo entonces que tienes sentimientos hacia él —dijo cogiendo la taza de café.

—¿Qué pretendes averiguar preguntándome ese tipo de cosas? —comentó volviéndose hacia su hermano—. ¿Qué estás tramando?

—Nada —respondió después de tragarse el café de su boca—. Solo quería confirmar que los rumores eran ciertos. Hasta el momento, no has tenido predilección por ningún hombre y admito que me sentía muy curioso.

—Tu curiosidad nunca es simple —masculló mirándolo fijamente—. Siempre tienes un motivo oculto en todo lo que haces.

—Piensas demasiado —dijo con una amplia sonrisa.

Hope observó las manos de su hermano. Golpeaba con dos dedos su taza. Aunque no quería admitir que tenía un propósito, aquel tic nervioso desvelaba lo contrario. ¿Se trataría de lo que ella estaba pensando? Sonrió y se reclinó en el asiento. Obtendría la respuesta inmediatamente.

—Supongo que estás preocupado al descubrir que tu hermanita anuncia públicamente que tiene una relación —empezó a decir.

—¿Por qué debería preocuparme? Tienes edad suficiente para casarte —respondió serio.

—Cierto, la tengo. Sin embargo, tal como van los hechos, mucho me temo que abandonaré el hogar familiar antes que tú —lo chinchó—. ¿Cuántos años llevas cortejando a Josephine? ¿Ha avanzado tu relación con ella? ¿Habéis hablado de matrimonio?

—Mi amada es muy especial —comentó cruzándose de brazos.

—¿Especial? Bueno, sí. En cierto modo es especial, porque ha respondido a tus sentimientos de una manera muy característica. ¿Cuándo fue la última vez que intentó matarte? —insistió mordaz.

—¡Hope! —exclamó enfadado—. ¡No hables así de ella!

—Solo describo una verdad —continuó con sarcasmo—. Aunque, como bien dices, soy una mujer muy frívola y tengo una percepción del romanticismo muy distinta al resto de la gente.

—No he venido para discutir contigo —aseveró manteniendo la calma, pues era la primera vez que su hermana actuaba de aquella forma tan agresiva. ¿Estaba protegiendo al inspector? Si ella creía que él iba a intentar romper aquella relación, se equivocaba. Lo único que pretendía era averiguar si todo lo que había escuchado era cierto para poder hablar con su futuro cuñado de un asunto vital para él.

—Entonces, ¿cuál ha sido tu verdadero propósito, hermano? —dijo con calma.

—Solo quería confirmar que tus sentimientos eran reales y que no habías elegido al inspector como tabla de salvación —declaró levantándose del asiento.

—¿Tabla de salvación? ¿Cómo puedes definir a Norman de esa manera? ¡Es un hombre excelente y jamás lo usaría de esa forma tan cruel!

—Vaya, me acabas de dejar sin palabras.

—¿Por qué? —preguntó con los ojos entornados.

—Porque hasta el momento solo has defendido a la familia de esta manera. Eso me lleva a una firme conclusión —explicó tras apoyar las manos sobre la mesa y mirarla fijamente.

—¿Cuál? —perseveró Hope.

—Estás locamente enamorada del inspector. Aunque sospecho que todavía no eres consciente de eso porque nunca te has enamorado.

—¿Estás seguro de tus palabras? —espetó con los ojos de par en par debido a la sorpresa. ¿Cómo era posible que su hermano concluyera aquello si ella todavía no estaba segura?

—Sí —afirmó retirando las manos de la mesa y dando un paso hacia atrás—. De lo contrario, no lo preservarías con tanta agresividad. Aunque lo entiendo. Cuando una persona ama a otra, en lo único que piensa es en protegerlo con uñas y dientes.

—No lo he defendido. Solo he querido recordarte que...

—Me alegra saber que al fin has conseguido un hombre al que puedas amar, a pesar de que ni tú misma eres consciente de ello. Lo único que te pido es que no te cases antes que yo. Mi orgullo se vería herido —dijo sin borrar la sonrisa de su boca.

—Pues date prisa, hermano, o asistirás a mi boda sin tu amada cogida del brazo.

—Eso no sucederá —admitió abrochándose los botones de su chaqueta—. Por cierto, tengo la intención de visitar a tu prometido. Necesito hablar con él sobre un asunto. ¿Quieres que le diga algo de tu parte?

—¿Un asunto? —preguntó levantándose del asiento, dejando caer la carta—. No

pretenderás amenazarlo, ¿verdad? Te prometo que no me casaré antes que tú.

—No pretendo hablar sobre ese tema —dijo mostrando una sonrisa burlona al ver a su hermana tan preocupada—. Solo he de pedirle un favor. Como se convertirá en un miembro de la familia, seguro que estará dispuesto a complacerme.

—Eric, te lo advierto, como pongas a Norman en una situación comprometida, te lo haré pagar.

—Es la primera vez que me amenazas —continuó con tono burlón.

—Te prometo que, si no dejas a Norman tranquilo, habrá muchas más.

—No te daré el placer de que busques miles de formas para torturarme. Te aseguro que con las que encuentra Josephine tengo más que suficiente —declaró antes de marcharse.

Hope se quedó mirando la puerta. No sabía cómo interpretar la conversación con Eric. Hasta el momento, nunca había obrado mal. De hecho, se parecía tanto a su padre que se cortaría la mano antes de hacer algo inapropiado. Entonces, ¿qué favor podía pedirle a O'Brian? ¿Se trataría de trabajo? Suspiró hondo e intentó relajarse al pensar que, durante la tarde, ella le preguntaría a Norman sobre el favor que le había pedido su hermano. O'Brian le diría la verdad, como había hecho desde que lo conoció. Al meditar sobre eso, miró hacia el suelo, donde estaba la carta. ¿A qué hora la había citado? Cuando comprobó que eran las cinco de la tarde, soltó un bufido. Quedaban más de siete horas para el encuentro y, hasta que llegase dicho momento, sufriría una horrible tortura.



Norman había llegado a Scotland Yard antes de las ocho de la mañana. La conversación que mantuvo con su familia sobre lord Gremont lo mantuvo tan inquieto que apenas había dormido tres horas. Algo en su interior le gritaba que debía repasar el caso de la difunta *lady* Sheiton y el conde si quería averiguar el motivo por el que su abuelo se oponía a su relación con Hope. Por ese motivo, después de escribirle a su amada una carta para explicarle todo lo que había hecho el día anterior y concretar una cita, se dirigió hacia el armario donde guardaba los casos antiguos y buscó los que necesitaba. Durante una hora leyó todas las anotaciones que su padre escribió en ambos sucesos. No halló nada extraño ni alarmante. Era lógico que el primer acusado fuera lord Sheiton, puesto que su esposa había sido asesinada. Aunque el verdadero criminal apareció después de la intervención del duque de Rutland y el marqués de Riderland. Ambos también fueron testigos de la muerte de lord Gremont. Su padre aclaraba que antes de dicho fallecimiento él había llevado a la viuda del conde a su alcoba, pues se había desmayado tras la información. ¿Qué clase de sufrimiento padeció su madre en aquel momento? No solo descubrió que su esposo tenía un amante, sino que la había asesinado para evitar que ella se alejase de él y perder toda su fortuna y estatus social. «El mismo lord Gremont, al comprender que había sido descubierto, se envenenó». Esa conclusión lo dejó pensativo. Que él supiera, debido a la experiencia, ningún asesino decidía suicidarse de aquella manera tan simple. Tal vez porque necesitaba una gran cantidad de veneno para tener una pronta muerte y evitar las consecuencias diarias que padecería por la sustancia.

Norman apoyó el dossier sobre la mesa, se reclinó sobre el respaldo de su asiento y se cruzó de brazos. Esa parte de la historia no le resultaba creíble. Lo normal habría sido que el asesino huyera a otro país para no enfrentarse a la justicia. Pero este decidió morir. Con la mirada clavada en el último párrafo de dicho caso, frunció el ceño. Era cierto que Gremont no poseía medios económicos para huir, porque vivía gracias a las riquezas de su suegro. ¿Tomaría aquella decisión al entender que no podría escapar de las garras de Norman Campbell? Pero... ¿Por qué utilizó veneno? Y, ¿qué tipo de veneno tomaría para morir en una noche? Eso también confundió a Norman, porque había estudiado muchos casos sobre sustancias tóxicas y en todas se admitía que no había una sola dosis letal. Para conseguir una muerte se debía administrar durante mucho tiempo. Si ese era el caso, ¿lord Gremont había planeado su muerte con antelación? Intrigado, apartó el caso del conde y cogió de nuevo el de *lady* Sheiton. Tal vez encontrase en este la respuesta que buscaba. Sus ojos se quedaron clavados en la anotación de «embarazada de cinco meses». Su abuelo había mencionado que el hermano de Hope podía ser hijo de Gremont. Aquel bebé no nacido ¿también lo sería? ¿Por qué Caroline se casó con el barón en vez de convertirse en la esposa del conde? ¿Este solo le ofreció la condición de amante? ¿Rechazaría también el segundo vástago? Enfadado, cerró la carpeta y la posó sobre la otra. Era la primera vez que hallaba tantas dudas sobre un caso cerrado. Uno que su padre había determinado después de semanas de investigación. ¿Por qué? ¿Él no tuvo sospechas al respecto? Se frotó el rostro al pasarle una idea por la mente. Si estaba en lo cierto, ese sería el motivo por el que su padre no indagó más. Pero ¿sería su madre la culpable de esa muerte? ¿Lo envenenaría tras descubrir que tenía un idilio?

—Señor, lord Brudenell desea verlo —comentó un agente tras colocarse bajo el umbral de la puerta del despacho.

—¿Lord Brudenell? —repitió Norman posando con rapidez un folio en blanco sobre los archivos.

—Sí, el mismo.

—¿Ha mencionado el motivo de su presencia? —quiso saber.

—No, solamente ha dicho que desea verlo. ¿Puede recibirlo o le digo que vuelva en otro momento?

—Dile que pase —afirmó al tiempo que se levantaba para saludarlo.

Mientras esperaba la llegada de su futuro cuñado, Norman pensó en los posibles motivos por el que aparecía. Dado que no se conocían personalmente, descartó la idea de que le pidiese un favor y se inclinó por la opción de que intentase impedir el compromiso, como había hecho su abuelo. ¿Mencionaría la muerte de su madre o la injusta retención de su padre como pretexto? Si ese era su objetivo, le dejaría claro que nada ni nadie le haría cambiar de opinión. También añadiría que, si alguien más aparecía para obstaculizar su cortejo, raptaría a Hope y se casaría con ella antes de finalizar la semana.

—Buenos días, O'Brian —saludó Eric al entrar y mostrando una amplia sonrisa.

—Lord Brudenell —dijo extendiendo la mano para saludarlo.

—Por favor, no nos tratemos con tanto formalismo. Si no estoy confundido, pronto seremos familia —declaró estrechando la mano con fuerza.

Norman se sintió aliviado al descubrir que la alternativa de impedir su relación con Hope quedaba descartada. Entonces, ¿cuál era el motivo de su presencia?

—Toma asiento —le tuteó tal como le había pedido.

—Gracias —dijo Eric mientras se desabrochaba los tres botones de su chaqueta—. Supongo que te preguntarás el motivo por el que he venido —añadió al sentarse.

—Sinceramente, sí —respondió acomodándose en su sillón.

—En primer lugar, quiero darte la enhorabuena por el compromiso con mi hermana. Por si no lo sabes, Hope no ha aceptado la propuesta de ningún pretendiente y estábamos preocupados por su futuro.

—Conozco esa parte de su vida y comprendo también su decisión a negar los afectos de otros hombres. Pero yo no soy como ellos —admitió sereno—. No me acerqué a su hermana con el propósito de alcanzar prestigio social. No lo necesito. Y sobre el tema de su futuro, ayer mismo le prometí al barón que no debía preocuparse. Estoy dispuesto a darle la vida que se merece.

—Me alegra saber que eres un hombre de principios —declaró con una amplia sonrisa.

—Lo soy —aseguró.

—El segundo motivo por el que he aparecido no tiene nada que ver con Hope —dijo mirándolo a los ojos—. Pero sí está relacionado con los sentimientos hacia una mujer. Como deduzco que estás enamorado de mi hermana, entenderás que un hombre haría cualquier cosa para proteger a la mujer que ama.

—¿Hope está en peligro? —soltó rápidamente.

—¡Para nada! Ya te he dicho que no tiene nada que ver con ella —respondió divertido.

—Entonces, ¿quién necesita protección? —perseveró en averiguar.

—En realidad, ella no requiere una custodia. Tiene agallas para defenderse muy bien sola. Sin embargo, quiero asegurarme de que todo lo que hace no le ocasionará un grave problema en el futuro —explicó Eric con tranquilidad.

—Deduzco que has venido para pedirme un favor —expresó Norman con una mezcla de diversión y sosiego.

—Sé que puedo parecerte un hombre deshonesto, dado que no hemos hablado hasta hoy y que mi propósito para verte ha sido pedirte un favor, pero como te he dicho, estoy dispuesto a hacer cualquier cosa por mi amada —comentó inclinándose hacia la mesa.

—¿Quién es?

—Josephine Moore —respondió mirándolo fijamente.

—¿La cuarta hija del médico? —preguntó sorprendido.

—La misma —aseveró echándose hacia atrás—. ¿La conoces?

—No solo yo, sino todos los agentes de Scotland Yard —admitió Norman mientras intentaba averiguar las razones por las que su futuro cuñado se había enamorado de una mujer tan problemática.

—Mi Josh es bastante famosa —comentó divertido y orgulloso.

—Una buena cantante de ópera puede catalogarse de famosa, sin embargo, no

describiría a la señorita Moore de esa manera tan sencilla. ¿Sabes todo lo que ha hecho?

—No recuerdo todas —admitió vanidoso—. Pero estoy seguro de que han sido grandes logros para ella.

Norman estaba pasmado. ¿Tanto podía amar Brudenell a la joven para no ser consciente del peligro que podía ocasionarle aquella mujer? ¿Qué debía hacer? ¿Podía hablarle con franqueza dado que se convertirían en familia? Con la firme idea de ayudarlo, se levantó del asiento y se dirigió hacia el archivador que tenía a su espalda. Abrió un cajón y sacó una carpeta. Luego, regresó a su asiento y colocó esta sobre la mesa. Por el barón y por su futura esposa, debía explicarle todo lo que sabía para que cambiara de opinión.

—¿Qué es? —preguntó Eric mirando el dossier que había puesto O'Brian frente a él.

—Es la información que mis agentes han recopilado de la señorita Moore. Creo que debes leerlos para que reconsideres tu amor por la joven.

Sin borrar la sonrisa de su rostro, Eric leyó los informes. No hubo nada que lo sorprendiera, puesto que estaba al tanto de todas las cosas ilegales que había hecho.

—Todo es cierto —admitió con calma al terminar.

—Disputas, carreras ilegales, lanzamientos de armas punzantes, detenciones inapropiadas... ¿Te parecen correctas esas hazañas para una esposa?

—Cuando mi Josh tiene razón, discute para que su oponente entienda que está equivocado. Creo que es una manera muy inteligente de enseñar a las personas. Que yo recuerde, los amaneceres son el momento ideal para ejercitar los caballos. Si estás galopando y aparecen otros jinetes que instan a sus corceles, es lógico que al final te encuentres en una carrera. Pero todo se debe a la casualidad. Sobre esas detenciones inapropiadas... No las denominaría de esa forma puesto que Josh solo pretendía retener a aquellas personas que realizaron un acto delictivo. Como puedes observar, mi futura esposa tiene muy claro que un delincuente ha de ser juzgado.

—¿Y los lanzamientos de cuchillos? —preguntó O'Brian asombrado al ver cómo transformaba aquel hombre todos los actos punibles de la joven Moore.

—Hay mujeres a las que les gusta bordar, otras sienten predilección por la pintura y otras por la jardinería. Mi amada quiere confirmar la teoría del físico Isaac Newton, ¿sabes a la que me refiero?

—¡Por el amor de Dios! —exclamó Norman—. ¿Lo dices en serio?

—Sí —afirmó sonriente.

Norman se frotó el rostro. Luego, se quedó mirándolo mientras pensaba en qué tipo de hechizo tendría para no ser consciente del peligro que acarrearía una mujer como Josephine Moore.

—Es el amor de mi vida —dijo Eric para romper el incómodo silencio que se había creado—. Y haré cualquier cosa para protegerla.

—Concluyo que has venido para que haga desaparecer este archivo —comentó O'Brian señalando la carpeta.

—Jamás solicitaría una cosa semejante. Solo quería pedirte que, si Josephine se halla involucrada en otro caso delictivo, me llames en primer lugar —confesó.

—¿Solo necesitas eso? —espetó atónito.

—Sí.

—¿Estás seguro? —perseveró Norman.

—Amo a Josephine con todas sus virtudes y sus defectos. Nunca intentaré hacerla cambiar, porque la quiero tal como es. Lo único que deseo en esta vida es cuidarla y sé que será una tarea bastante difícil. No solo por su carácter, sino también por cómo la trata la sociedad. Hasta que logre casarme con ella, no obtendrá el respeto que se merece. Una vez que sea mi esposa, seré yo quien cometa actos criminales hacia las personas que deseen dañarla —comentó con firmeza.

Al escucharlo, Norman entendió que el amor de su futuro cuñado era tan grande, que nada lo haría cambiar de opinión. ¿Josephine tenía conocimiento de ese afecto? ¿Le correspondería?

—No te preocupes, te llamaré cada vez que la señorita Moore aparezca por este edificio —declaró Norman extendiendo la mano para sellar el pacto.

—Gracias —respondió aceptando el gesto.

XIV

Norman terminó todo lo que había planeado hacer antes de las cuatro. A partir de ese momento, su única misión fue marcharse a Hyde Park y encontrarse con Hope. Le urgía verla, estar a su lado, escuchar su voz... Esa dependencia hacia ella no le preocupó; de hecho, el sentimiento que albergaba era justo el contrario: estaba fascinado por hallar una persona tan importante en su vida. A pesar de cómo se habían conocido y del poco tiempo que habían interactuado, no le cabía la menor duda de que era su mujer y estaba dispuesto a hacer todo lo posible para que nada ni nadie los separara. Respiró hondo al recordar cómo actuó cuando Eric Cooper se marchó. En el instante que se quedó solo, cogió los archivos que había repasado y los guardó. No le interesaba averiguar la verdad. Solo deseaba tener un buen porvenir con la mujer que amaba y, si para lograr aquel objetivo debía olvidar el pasado, lo haría.

Parado bajo la sombra de un árbol del parque, escuchó las campanas del Big Ben anunciar las cinco de la tarde. Fijó la mirada en el lugar por donde ella debía acceder al tiempo que su corazón comenzó a latir acelerado. El ansia de verla aumentó al igual que el deseo de tenerla cerca. ¿Todos los enamorados padecerían aquel tipo de mal? Porque tenía la sensación de que se había convertido en un enfermo adicto a una medicación para sobrevivir. Sonrió ante tal ocurrencia. Parecía que su mente adoptaba un comportamiento erudito al describir cualquier cosa sobre Hope. Tras guardar el reloj en un bolsillo, colocó las manos en la espalda y observó a su alrededor. Como hacía buen tiempo, era muy normal que hubiera tanta gente dispuesta a pasar una tarde fuera de sus hogares. El sol, tan escaso en aquel tiempo, proporcionaba un desahogo que todos ansiaban tener. Dando gracias a Dios por evitar que una repentina lluvia entorpeciera aquel encuentro con su amada, observó tres grupos de niños que jugaban alrededor de unas mantas tiradas en el suelo. Ellos eran los que más se divertían en un día semejante. Mientras sus progenitores disfrutaban de un agradable paseo, los pequeños eran vigilados por sus cuidadoras. Sonrió de nuevo al pensar en el día que él y Hope fueran padres. ¿Cuántos hijos tendrían? Albergaba la esperanza de que pudieran concebir al menos tres. No le importaba el sexo de estos. Lo único que deseaba era regresar a su hogar y escuchar varias voces llamándole *papá*.

Apartó la mirada de los niños y la fijó en la entrada del parque cuando oyó a la gente murmurar. Su corazón latió con fuerza y su respiración se agitó al verla dirigirse hacia él. Su amor acababa de llegar y su presencia interrumpía la tranquilidad de los transeúntes. Caminando hacia ella a grandes zancadas para recibirla, la observó sin apenas pestañear. Llevaba puesto un precioso vestido de muselina azul, aunque solo podía contemplar la parte delantera de este, porque la capa negra la cubría casi por completo. Sobre el hermoso cabello dorado lucía un bonete color plata, a juego con los guantes. La elegancia que mostraba al andar, su esbelta figura, el suave vaivén de sus caderas y mil cosas más, provocaron que su pecho se ensanchara por la satisfacción de saber que la mujer a quien todos miraban era suya. En el caso de que alguien de los presentes no conociese la noticia de su compromiso, lo dejaría claro durante el paseo.

—Buenas tardes, Hope —la saludó incluso antes de que estuvieran uno frente al otro.

—Buenas tardes, señor O'Brian —le respondió.

Al ver cómo Norman enarcaba una ceja, ella le hizo un gesto con la cabeza para hacerle entender que le hablaba de aquella forma porque no estaban solos. Una dama de compañía permanecía detrás y no era conveniente que lo tratara con familiaridad.

—Gracias por venir —le dijo al cogerle una mano para besársela.

—¿Lleva mucho tiempo esperándome? —contestó Hope sin dejar de mirar cómo aquellos labios, que habían besado su boca, tocaban los nudillos de su mano derecha.

—La espera ha merecido la pena —respondió con una enorme sonrisa—. ¿Preparada para nuestro primer paseo oficial?

—¿Oficial? —espetó desconcertada.

—Por supuesto —alegó extendiéndole el brazo—. Hoy quedará constancia de nuestra relación y todos tus antiguos pretendientes desaparecerán.

—¿Ese era su objetivo al invitarme a venir? —dijo tras aceptar su ofrecimiento.

—Uno de ellos —afirmó mientras inclinaba su cabeza hacia la de Hope para poderle susurrar al oído—. El principal motivo era porque te extraño.

En ese momento la dama de compañía tosió para que Norman se retirara de su señora. Muy a su pesar, lo hizo, pero no para acatar la orden de la doncella, sino porque no deseaba que Hope se sintiera incómoda. Durante unos minutos, caminaron en silencio por el parque. Saludaron cortésmente a todas las personas que pasaban cerca y los miraban con curiosidad. El primer objetivo de Norman se estaba cumpliendo, al igual que los otros. Sus labios volvieron a mostrar una sonrisa ridículamente complaciente. Estaba pletórico a su lado. Como si caminara sobre nubes en vez de pisar césped o tierra. Era la primera vez que se sentía de aquel modo y le gustó tanto la placentera sensación que estaba ansioso por repetirlo. De repente, pensó en los pretendientes que Hope había tenido hasta que él apareció y en la decepción de estos. ¿Qué pensarían al conocer la noticia? Sin duda, que habían perdido la oportunidad de lograr una buena esposa y una envidiable posición social. A él le importaba un bledo esa situación en la sociedad, ya se lo había dejado claro a ella. Lo único que deseaba era complacerla y amarla hasta el final de sus días. Al reparar en su primer deseo, miró a Hope de reojo. Estudió su rostro y no le agradó que la expresión de este revelara preocupación. ¿Qué le ocurría?

—¿Te sientes incómoda? ¿Quieres que nos marchemos? —le preguntó al deducir que esa intranquilidad podía deberse al silencio que habían mantenido.

—No —respondió volviéndose hacia él.

—Entonces, ¿qué te ocurre? —insistió en averiguar—. Te prometo que puedes hablar conmigo de cualquier cosa. Si tienes un problema que tú misma no alcanzas solucionar, confía en mí para resolverlo.

Los labios de Hope dibujaron una amplia sonrisa. Escucharlo decir que podía confiar en él para solventarle cualquier contratiempo, le agradó. Hasta el momento, las únicas personas que se ofrecían para tal protección era su familia. Una emoción de felicidad inundó su corazón y alma cuando su mirada se clavó en los grandes ojos de Norman. Estos declaraban su sinceridad, su preocupación, su deseo por ayudarla. Ese soporte la hizo sentir dichosa porque ¿cuántas parejas sufrían la falta de interés por parte de alguno de los dos? Esa desgracia, que muchos catalogaban como algo carente de importancia, destrozaba la vida de quien era ignorada. Por suerte, eso no les sucedería a ellos. No solo Norman se preocupaba por ella, sino que el sentimiento era recíproco.

—¿Hope? —dijo O'Brian al no escuchar una respuesta.

—Hay algo que me tiene inquieta, pero no me atrevo a preguntarte por el bochorno que puede crearme —declaró al tiempo que lo instaba a retomar el paseo.

—Si quieres saber algo referente a mi vida privada, puedes hacer todas las cuestiones que desees. Nunca te voy a mentir sobre cómo me comporté antes de conocerte —respondió con determinación al suponer que estaba interesada en averiguar cuántas mujeres, a las que podían saludar durante el camino, habían sido importantes para él.

La respuesta sería *ninguna*, porque desde que se convirtió en agente su único objetivo fue llegar a inspector y para lograrlo no debía distraerse con asuntos amorosos.

—¿Has tenido algún problema durante esta mañana? —preguntó Hope mirando hacia delante.

—¿Problema? ¿Te refieres a si ha llegado a mi despacho algún caso difícil de resolver? —contestó más intrigado, si eso fuera posible.

—Me... —dudó—. Me gustaría saber si has hablado con alguien que no esperabas encontrar —terminó al fin.

Norman sonrió al tiempo que desaparecieron sus inquietudes.

—Supongo que deseas averiguar si tu hermano ha venido a Scotland Yard para hablar conmigo —resolvió.

—¿Lo ha hecho? —soltó volviéndose hacia él.

—Sí y te prometo que ha sido una conversación de lo más interesante —determinó.

Hope giró la cara para fijar su mirada al frente. Intentaba esconder la ansiedad que mostraría su rostro al confirmar que Eric había estado con él. Debido a su nerviosismo, apretó los labios justo en el instante que Norman movió la cabeza para mirarla. Al observar aquel gesto ansioso, deseó calmarla dándole un beso. Pero reprimió el impulso.

—Sinceramente, ha sido una visita inesperada. Por si no lo sabes, a pesar de haber coincidido en varios eventos sociales, es la primera vez que hablo con tu hermano. Cuando anunciaron su presencia, pensé que su intención era hacer todo lo posible para romper nuestro compromiso. Pero me equivoqué —explicó al tiempo que caminaba hacia un banco del parque para poder conversar con tranquilidad.

—Eric no haría nada que me perjudicara —aclaró justo cuando se giró para tomar asiento.

—¿Romper nuestro compromiso te perjudicaría? —preguntó con una mezcla de burla y felicidad.

—Yo... quería... —tartamudeó mientras levantaba el rostro para mirarlo, aunque no pudo verlo con claridad porque los rayos del sol le deslumbraban.

En el instante que ella colocó una mano sobre su frente para hacerse sombra, la enorme figura de O'Brian se situó delante, evitando que esa fuerte luz cálida la molestara. Como había hecho hasta la fecha, seguía protegiéndola hasta de algo tan simple como la luz solar.

—Quería pedirme un favor —determinó mirándola.

—¡Sinvergüenza! —exclamó horrorizada—. No se lo habrás prometido, ¿verdad?

Le dejé muy claro que no debía aprovecharse de ti.

—La única persona que puede tener esa opción eres tú —comentó tras inclinar la cabeza hacia ella hasta que sus rostros quedaron demasiado cerca.

La dama de compañía, que se había situado detrás del banco y a una distancia prudente, tosió de nuevo. ¿Cuántas infracciones cometería hasta que Hope se marchara? Cuando ambos se casaran, no permitiría que su esposa se encontrara con él acompañada de otra persona. ¡Para nada! ¡Tenían que estar solos para poderla besar y acariciar a su antojo! A regañadientes, volvió a separarse de ella.

—Eric habló de Josephine Moore —confesó—. Como sabrás, tu futura cuñada no es una mujer dócil ni posee un comportamiento social aceptable. De hecho, cada vez que un agente escucha que la señorita Moore está involucrada en un altercado, hacen todo lo posible por evadirse del caso.

Hope soltó una sonora carcajada. Toda la preocupación se esfumó de manera inmediata. Indudablemente, Eric solo quería proteger a Josephine y qué mejor forma de lograrlo que pedirle ayuda a su futuro cuñado. «La familia debe apoyarse siempre». Ese era el lema que todos aprendían al tener conciencia. Sin embargo, a pesar de conocer que no le había pedido que se casara después de él, seguía molesta. No llevaban ni una semana comprometidos y O'Brian tenía que lidiar con problemas que no le incumbían.

—No hagas nada que pueda lastimarte —dijo al tiempo que colocaba las manos sobre la falda de su vestido.

—Llamar a tu hermano cada vez que la señorita Moore esté en problemas no me dañará. Al contrario, me vendrá bien la compañía de un futuro abogado para lidiar con ella —indicó una vez que confirmó que el solo no deslumbraba de nuevo a Hope, porque habían aparecido unas enormes nubes en el cielo. Sin saber si iba a ser regañado de nuevo por la doncella, se sentó al lado de su amada—. ¿Tienes alguna preocupación más? —añadió tras reclinarsse en el banco y girarse hacia ella.

—No —admitió volviéndose tímidamente hacia él.

—Pensé que estarías nerviosa al pasear conmigo y silenciar los rumores sobre nuestra relación. Soy consciente de que apenas nos conocemos y que el compromiso ha sido demasiado rápido para ti. Pero te aseguro que mis sentimientos son verdaderos. Desde que te vi por primera vez, te adueñaste de mi corazón.

—Norman... —dijo estupefacta.

—No tengo prisa en casarme. De hecho, me gustaría que nos lo tomáramos con tranquilidad. Quiero fomentar una buena relación entre nosotros y entre nuestras familias. Aunque en un futuro solo conviviremos los dos, soy de la opinión de que todos los parientes han de llevarse bien para que no afecte al entendimiento conyugal.

«Sobre todo debemos conquistar a mi abuelo», pensó él.

—Nuestra relación no me preocupa. Si lo hiciera, no estaría aquí —respondió Hope mirándolo a los ojos—. Yo también soy consciente de que no nos conocemos, pero al igual que tú, considero que seremos una pareja cordial.

—¿Cordial? —repitió O'Brian un tanto confuso—. No pretendo que nuestra relación sea cordial, sino apasionada, devota, segura y sobre todo debemos de crear una

confianza inquebrantable. Tampoco quiero una esposa que ejerza el papel de un simple florero. Necesito una mujer luchadora para que ambos nos podamos enfrentar a todas las adversidades que encontraremos el día de mañana.

—¿No exiges demasiado? —preguntó burlona.

—No creo que sea un deseo excesivo. Desde mi niñez he visto cómo se tratan mis padres y busco una relación semejante —determinó.

—Mis padres también tienen un buen matrimonio —aclaró—, y yo también busco eso.

—Bueno, pues después de esos puntos que hemos acordado, puedo resumir que los cimientos de nuestra casa acaban de colocarse —comentó con una sonrisa vanagloriosa.

—¿Comparas nuestra relación con la construcción de un hogar? —continuó divertida.

—Nuestra relación no, nuestro amor —declaró antes de levantarse. A continuación, extendió la mano para ayudarla a incorporarse. De manera inmediata, Hope se la aceptó y, después de agarrarse a su brazo, volvieron a pasear.

Como ocurrió al principio, saludaron a quienes los saludaban y escucharon el murmullo de aquellos que, tras alejarse, hablaban sobre el extraño y repentino compromiso. En más de una ocasión, las damas miraban con disimulo el estómago de Hope, para confirmar si aquella rápida relación se debía a un embarazo. La primera vez que lo hicieron, ella se sintió cohibida. Sin embargo, al notar cómo Norman apoyaba la mano derecha sobre la de ella y se la apretaba con dulzura, se calmó. ¡Si ellos supieran que solo se habían besado una sola vez, dejarían de observarla de aquella manera tan inoportuna!

—¿Cómo van los preparativos para la cena benéfica que se celebrará el viernes? —preguntó O'Brian para que Hope dejara de prestar atención a las miradas que le dirigían o los susurros.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó abriendo los ojos de par en par.

—¿Has olvidado dónde trabajo? —le respondió tocándole suavemente la punta de la nariz con un nudillo de su mano izquierda.

La dama de compañía no tosió en esta ocasión. Después de observar el comportamiento de la gente hacia la pareja, decidió caminar en silencio detrás de ellos y dejar que mostraran gestos cariñosos para que más de una esposa se muriera de celos.

—Supongo que mi tía Beatrice te ha pedido ayuda para proteger a los asistentes a dicha cena —comentó intentando relajar los latidos de su corazón, pues aquel contacto tierno e incluso infantil, le causó una alteración muy inapropiada para mostrar en un lugar público.

—Sí. La duquesa de Rutland ha solicitado la presencia de varios agentes. Aunque el objetivo de estos no será la protección de los invitados, sino custodiar los objetos que se van a subastar —explicó.

—¿Alguien quiere robarlos? —soltó perpleja.

—Muchas donaciones se hacen por obligación. Como bien sabes, la reputación social es muy importante en esta ciudad. Muchos aristócratas e incluso burgueses están en decadencia, pero no quieren mostrar su ruina económica. Por ese motivo, se ven en el deber de donar joyas, cuadros u otros enseres que son valiosos.

—Y buscan la manera de recuperarlos mediante el robo en esos eventos —determinó Hope.

—Sí. Con lo cual, no solo recuperan esos objetos, también ofrecen una actuación dramática frente a los demás. Indudablemente, quienes conocen a las supuestas víctimas se sentirán piadosos y no dudarán en ayudarlos a cualquier costo.

—Así mantienen su economía y su posición social —concluyó ella—. Me parece horrible que haya personas que actúen de esa forma.

—Hay gente muy mala y están dispuestos a hacer cualquier cosa para lograr sus planes.

—¿De verdad que existe tanta maldad? —preguntó con una mezcla de sorpresa e inocencia.

—¿Tu padre no te habla de los casos que llegan a su oficina? —espetó con recelo.

—No. Él siempre se encierra en el despacho y conversa con mi madre. Ese tipo de asuntos no se suele discutir delante de nosotros. La verdad —dijo mirándolo—, has sido la primera persona que ha hablado conmigo sobre ese tipo de sucesos.

—¿Y te agrada que lo haga? —soltó curioso.

—Mucho. Cada vez que recibía una carta y en esta me pedías ayuda para resolver un caso, me he sentido viva —confesó exhibiendo una sonrisa cálida.

—¿Quieres que continúe? —preguntó con la esperanza de que aquel vínculo entre ellos perdurara.

—¡Por supuesto! Me encanta adoptar el papel de detective en las sombras —respondió antes de soltar una carcajada.

—Pues seguiremos haciéndolo hasta el final de nuestros días. Aunque te advierto que cuando nos casemos no te escribiré cartas. Discutiremos sobre dichos asuntos durante el desayuno o el almuerzo.

—¿No hay opción de hacerlo durante nuestras cenas? —espetó entornando los ojos.

—No. Durante estas necesito crear un ambiente apropiado para lo que haremos en la cama —le susurró al oído.

De repente, las mejillas de Hope se incendiaron, al igual que el resto de su cuerpo. Desprendía tanto calor, que le estorbaba la capa, los guantes e incluso el bonete que llevaba sobre la cabeza. ¿Por qué se ruborizaba ante tal insinuación? ¿No le había dicho que deseaba un matrimonio apasionado? Intentó mantener la compostura, pero le resultó imposible al imaginar a Norman besar cada centímetro de su piel de la misma forma que besó sus labios.

—¿Qué vas a donar? —le preguntó para que desapareciera el estado de aturdimiento en el que ella se encontraba.

—¿Qué has dicho? —le respondió al volver a la realidad.

—Quería saber qué vas a donar tú en la cena benéfica —aclaró sin poder eliminar el orgullo que padecía tras hacerla sentir de aquella manera.

—Un tapete bordado por mí —atinó a decir—. Llevo meses trabajando en él y creo que el paisaje ha quedado muy bonito.

—¿Te gusta bordar?

—Sí, es un *hobby* que tengo desde niña —dijo más calmada.

—Entonces, ¿las iniciales que lucen tus guantes lo has hecho tú? —se interesó en saber.

—Se trata de una manía. De hecho, no solo bordo mis iniciales en los guantes, sino también en mi ropa interior —comentó de manera despreocupada.

Sin embargo, cuando Norman la hizo parar y la miró, entendió que había dicho algo que no era adecuado.

—Estoy ansioso por ver esas iniciales en tu ropa interior —comentó con la voz cargada de deseo y lujuria.

—¡Olvida lo que he dicho! —exclamó azorada al tiempo que lo obligaba a reemprender el paseo.

—¡Imposible! —dijo antes de soltar una carcajada.

A continuación, se dirigieron hacia la salida del parque. Muy a su pesar, Hope debía regresar. Él se ofreció a acompañarla, pero ella rechazó su ofrecimiento alegando que antes de llegar a su hogar necesitaba comprar algo que le había pedido su madre. Norman no insistió porque no quería hacerla sentir incómoda. Después de haberle confesado aquella intimidad, que a él le resultó maravillosa, el sofoco no había desaparecido de sus mejillas. Tras darle un casto beso en los nudillos de ambas manos, y de escuchar un leve gruñido de la doncella, se alejó de su lado. ¿Cuántas veces observaría la espalda de Hope distanciándose de él? ¿Cuánto tiempo sería capaz de soportar su ausencia? Le había prometido que no tenía prisa en casarse, pero su necesidad de tenerla todo el tiempo cada vez era mayor.

—¡Señor! —gritó un agente al acercarse a él—. ¡Menos mal que lo encuentro! —añadió con ahogo debido a la carrera que había hecho.

—¿Qué sucede? —preguntó adoptando de nuevo la actitud de implacable inspector.

—Malas noticias —respondió tras llevarse ambas manos al pecho como si eso le ayudara a respirar mejor.

—¿Sobre qué? —dijo entornando los ojos.

—Sobre lord Davies.

—¿Lord Davies? —repitió mirando al agente con el ceño fruncido—. ¿Qué ha hecho esta vez?

—Son solo rumores sobre él, pero el señor Hill quiere que le informe de ello porque... le incumbe —declaró.

—¿De qué se trata? —insistió en saber al tiempo que caminaba hacia la calle a grandes zancadas.

—Señor, como le digo, son solo rumores —perseveró el agente.

—¡Qué diablos ocurre! —clamó deteniéndose para mirarlo con una mezcla de enfado, impaciencia y cierto temor.

—Al parecer, en los últimos días ha estado visitando el hogar de los Jeffers

—explicó inquieto.

—¿Y?

—Y el miembro más joven de esos criminales, apareció ayer por la noche en un burdel. Tras emborracharse, le confesó a una prostituta que iba a ganar mucho dinero gracias al trabajo que le había encomendado lord Davies.

—¿Qué clase de trabajo? —espetó notando cómo todo su ser se ponía en situación de peligro.

—Quieren secuestrar a la señorita Cooper —declaró al fin.

En ese instante, el pecho de O'Brian se oprimió tanto que le costó respirar. Era la primera vez en su vida que sentía pánico, y eso que había vivido situaciones que harían gritar al hombre más fiero. Miró con rapidez hacia el lugar en el que se había dirigido Hope y un escalofrío le recorrió el cuerpo.

—¡Quiero a ocho agentes vigilando la residencia de lord Sheiton y que alguien se dirija al despacho del juez para informarle de la situación! —clamó antes de correr hacia la dirección donde su amada y la doncella se habían marchado.

—¡Sí, señor!



Londres, 20 de marzo de 1885

Mantenerla ajena a todo lo que ocurría, le destrozaba el alma. Pero era la única forma que habían encontrado para que no sintiera temor. Después de hablar con lord Sheiton y Hill, en una reunión secreta que realizaron la misma tarde que descubrieron las intenciones de Davies, acordaron que lo mejor para Hope era que no supiera nada al respecto. De este modo, su vida discurriría con normalidad. Indudablemente, estuvo vigilada en todo momento. Cada vez que había salido de su hogar para visitar a sus tías o para comprar, era seguida y custodiada por tres de sus hombres. Mientras tanto, ellos continuaron con la investigación sobre lord Davies y los hermanos Jeffers. No hubo novedades. Ni siquiera pudieron averiguar cómo, cuándo o dónde tenían previsto el secuestro. Si la prostituta no hubiera jurado por su vida que el más joven de los Jeffers se lo confesó antes de realizar el servicio, habrían pensado que solo se trataba de una invención de esta para que el juez Sheiton le otorgase ciertos beneficios en un futuro.

Sin dejar de pensar en las intenciones de Davies, acompañó a su familia a la cena benéfica. Había sido una odisea convencer al abuelo de que asistiera. Debido a su malhumor, porque seguía insistiendo en romper el compromiso con Hope, todo aquello que hacía lo realizaba con desgana. ¡Incluso hizo todo lo posible para no subir los cuatro peldaños del carruaje! Desde que se alejaron del hogar, solo escuchó quejas e improperios salir por su boca. Nada le satisfacía y Norman estuvo a punto de perder la paciencia.

—No te preocupes por él, ya me encargaré yo de tenerlo controlado —le dijo su abuela para relajarlo.

Él le respondió con una sonrisa. Era lo máximo que podía hacer puesto que todo su ser, sus sentidos y pensamientos estaban centrados en Hope. Necesitaba verla y confirmar que lord Sheiton había sido capaz de llevarla sana y salva. No dudaba de su capacidad para protegerla, pero la inseguridad de no poder estar él mismo a su lado era mayor que cualquier razonamiento lógico.

Cuando todos bajaron del carruaje, miró a su alrededor y confirmó que los agentes estaban en sus posiciones. Durante aquella noche, el hotel Corinthia sería el lugar más seguro de Londres. En el exterior de este se hallaban cincuenta de sus hombres. Nadie podía entrar o salir sin la supervisión de estos. En el interior, decidieron colocar por planta diez vigilantes vestidos de paisano, de este modo, no alteraba la tranquilidad de los clientes del hotel y podían actuar con más eficacia, si ocurría la terrible desgracia.

Confirmando que la entrada del salón donde se celebraba la cena estaba vigilada correctamente, entró en este con su familia. Una vez que traspasaron la puerta fueron recibidos cálidamente por la duquesa de Rutland, quien se encargaba de dar la bienvenida a los asistentes. Norman no supo leer en el rostro si la amabilidad que les ofrecía se debía a que pronto se convertirían en familia o porque les agradecía su presencia. Fuera cual fuese el motivo, su madre,

su padre, su abuela e incluso su abuelo charlaron de manera distendida con Beatrice.

—Señor O'Brian —comentó el duque de Rutland al acercarse a Michael—. Es un placer verlo de nuevo.

—Lo mismo digo, milord —respondió aceptando el saludo que William realizó con la mano que podía mover.

—Joven O'Brian —se dirigió hacia Norman.

Cuando ambos se saludaron, notó cómo le presionaba con más fuerza la mano. Levantó la mirada y la fijó en los ojos del duque. Estos eran más expresivos que los de su esposa y pudo ver, a través de ellos, que le daba la enhorabuena, pero también una advertencia silenciosa. No, él jamás haría daño a Hope. Todo lo contrario, la protegería hasta con su propia vida.

—Señor Campbell, es un placer verlo aparecer en un evento social. Según tenía entendido, le producía urticaria encontrarse con tantos viejos conocidos —comentó William con sarcasmo al tiempo que dirigía su mano hacia el anciano.

—¡Cómo iba a perdermelo! —exclamó Norman aceptando a regañadientes el saludo—. No solo tengo como objetivo vaciar mis bolsillos. También deseo presenciar la proeza de un duque que se vale de una sola mano para dominar el mundo.

—¡Abuelo! —gritó horrorizado Norman.

—Advierto que esta noche está de buen humor y que su mente se encuentra tan lúcida como antaño —dijo William con una sonrisa de oreja a oreja.

—Salvo el día que irrumpieron en mi hogar, el resto del tiempo he gozado de buena salud y de agilidad mental —declaró Campbell con soberbia.

—Supongo que jamás nos perdonará —comentó el duque con fingido pesar.

—Ni siquiera la muerte permitirá que lo haga. Le aseguro que vagaré por el infierno odiándoles y esperando vuestra llegada —aseveró.

En ese instante, Florence cogió por la fuerza a su esposo y lo dirigió hacia la mesa en la que debía sentarse la familia. Por cómo la mujer se inclinaba hacia él y por la forma de andar de ambos, pudieron deducir que las palabras de la señora Campbell no fueron agradables para el anciano. Los tres hombres soltaron una pequeña risotada al contemplar la escena. Eso hizo que Norman se sintiera más tranquilo, aunque seguiría en estado de alerta hasta que colocara a su abuelo frente a la puerta de su hogar.

—No te preocupes —expresó William al descubrir que el rostro del joven expresaba angustia y vergüenza—. Tu abuelo y yo somos viejos conocidos y tenemos la confianza suficiente para hablarnos sin reservas. Por si no te lo ha contado, tanto lord Riderland y yo, irrumpimos en su hogar y alteramos su calma. Eso le da derecho a tratarnos tal como lo hace —añadió con una sonrisa—. Si se dirigiera a nosotros de otra manera, supongo que ambos estaríamos en peligro.

—Mi suegro no olvida aquellos días —intervino Michael—. Yo también sufro su ira de vez en cuando. Solo fue amable conmigo cuando nació mi hijo.

—Es un hombre con un temperamento fuerte y de ideas fijas. De hecho, he de admitir que gracias a esa personalidad ha conseguido los mejores contratos mercantiles de Londres.

—Cierto —afirmó Michael.

—Pero a veces su intransigencia no es buena para la convivencia familiar —repuso Norman.

—Deduzco que no le ha agradado la noticia de tu compromiso con Hope, ¿me equivoco? —expresó William curioso.

—No erra, milord, y creo que alberga la esperanza de que cambie de opinión —confesó Norman.

—¿Lo harás? —espetó el duque mirándolo a los ojos.

—Nunca —aseveró firme.

—Bien —respondió.

Justo cuando pretendía enumerarle unas mil razones por las que jamás dejaría a Hope, April apareció, irrumpiendo en la conversación. Después de saludar a William, se cogió del brazo de Michael y lo obligó a dirigirse hacia la mesa donde estaban sus padres. Norman los siguió, tras despedirse del duque con un leve cabeceo. Durante la siguiente media hora, aparecieron muchos conocidos de su familia. Estos entablaron unas breves charlas, pues el ajetreo que se formó en el salón fue tan inmenso, que apenas se escuchaban. Parecía que la cena benéfica era el mayor evento social que se había celebrado en años. Las esposas de los aristócratas lucían sus mejores joyas y vestidos. Los maridos de estas caminaban con aire altivo, como si intentaran advertir que ellos serían los benefactores más poderosos de la cena. Los burgueses, tanto esposas como cónyuges, actuaban de la misma manera, aunque conscientes del lugar que ocupaban en la sociedad.

Los ojos de Norman dejaron de observar la pomposidad de los asistentes y buscaron la figura de Davies. No se encontraba en la sala. Averiguar el motivo por el que no estaba en un evento tan importante en Londres le causó ansiedad. ¿No había sido invitado o había rechazado la invitación? Si la duquesa conocía qué estaba planeando hacer, tal vez se negó a tenerlo allí. Aunque también cabía la posibilidad de que él mismo se negara a asistir, porque su situación económica era tan lamentable que habría sido el centro de toda clase de burlas. La angustia creció al enumerar mentalmente todas las explicaciones posibles de su ausencia, pero esta desapareció al descubrir que Hope accedía al salón acompañada de sus padres y del matrimonio Riderland. La algarabía que los rodeaba se desvaneció con rapidez. O'Brian la observó fijamente. Cuando ella encontró su mirada y le sonrió, notó cómo su pecho masculino se ensanchaba de orgullo. A pesar de que llevaba un vestido de color turquesa de lo más prudente, exhibía una belleza y una elegancia que ninguna mujer podía asemejar. Su cabello permanecía recogido en un moño bajo y dos preciosos mechones rubios caían en cascada a ambos lados de su rostro. Ni diamantes, ni esmeraldas ni nada que se le pareciera colgaba de su cuello. Hope había decidido llevar una fina y discreta gargantilla de oro blanco. Norman retiró con desgana sus ojos de ella y los fijó en Federith. Cuando la mirada del barón se topó con la suya, este hizo un leve gesto con la cabeza para informarle de que todo estaba tranquilo.

Por el momento...

—Tal vez nuestro nieto regrese a su hogar totalmente ciego —comentó Campbell a su esposa al descubrir hacia dónde miraba Norman—. Tendremos que acudir a un médico para que le arregle los ojos —añadió con inquina.

—Estaré encantado de pagar la fortuna que heredaré cuando muera para

recuperarlos —respondió Norman con el mismo tono que usó su abuelo y mostrando una sonrisa de oreja a oreja.

—Tú siempre me has mirado así y, ¿has tenido algún problema en ellos?
—intervino Florence tras golpear el hombro izquierdo de su esposo con el abanico cerrado.

—Deje tranquilo al muchacho —se entrometió Michael.

Padre e hijo se miraron y, sin necesidad de hablar, ambos supieron qué querían decirse. Indudablemente, Michael también estaba al tanto del probable secuestro de Hope y le había ofrecido toda la ayuda que le fue posible. De hecho, fue él quien diseñó cómo debía custodiar el hotel para que no quedara ni un solo rincón sin vigilar.

—Es una muchacha muy elegante y discreta —describió April a Hope—. Creo que Norman ha tenido mucha suerte al encontrarla.

—Sí, sí. Mucha suerte —masculló Campbell tras apoyar la espalda en el asiento y cruzarse de brazos.

Norman reprimió como pudo el impulso de correr hacia ella porque no era correcto hacerlo hasta que tomaran asiento. Esa espera lo iba a volver loco. Quería hablar con Hope, notarla cerca, protegerla... Los días anteriores no había podido concertar otra cita con su prometida por el maldito trabajo. Aunque sabía que estaba bien, porque ambos no dejaron de escribirse, cada vez que los agentes le informaban que había abandonado su hogar, el corazón dejaba de latir y el cuerpo le temblaba de miedo. Era una sensación tan horrible, que en más de una ocasión golpeó la mesa de su despacho. Si no hubiera estado Hill a su lado, calmando aquella rabia, habría visitado a lord Davies y le habría dado la mayor paliza de su vida. Pero su director, con tranquilidad y sensatez, le recordó que todo lo que tenían eran simples conjeturas y que solo podían actuar cuando el hecho se hiciera real.

Justo cuando decidió aceptar su deseo de verla y encaminarse hacia la mesa en la que se hallaba, todos los asistentes comenzaron a aplaudir porque la duquesa de Rutland se subió al pequeño escenario acompañada de la marquesa de Riderland y la baronesa de Sheiton.

—Momento equivocado —dijo el abuelo con una sonrisa tan amplia, que su rostro mostró más arrugas de las habituales.

—Mala suerte —masculló Norman tomando asiento de nuevo.

Una vez que los aplausos cesaron, la duquesa comenzó un breve discurso. En primer lugar, agradeció al director del hotel por haber cedido el salón de manera solidaria. Luego, hizo referencia a los asistentes, agradeciéndoles su presencia y la donación que ofrecerían a continuación. Después de hacer los reconocimientos pertinentes, informó sobre dónde irían destinados los fondos obtenidos. Aprovechó el momento para hacer hincapié en que muchos niños no solo querían llenar sus estómagos, sino que añoraban un hogar donde sentirse amados y protegidos.

—Si no hubiera nacido April, habríamos adoptado un niño —comentó Florence a su esposo. Este la miró con ternura y le apretó una mano. Gracias a un milagro de Dios, tenían una hija sana y, a pesar de su malestar, se había casado con un buen hombre.

Beatrice finalizó su discurso y Evelyn se encargó de explicar cómo se realizaría la muestra de objetos y la forma en la que se procedería con las pujas. Anais dio por concluida la actuación de las tres tras llamar a dos jóvenes. Una se dispondría a explicar el origen de la pieza subastada y la otra muchacha la mostraría a los asistentes. Todos en sus asientos y con platos de

comida sobre las mesas, fueron alabando aquellos enseres que se mostró. Cuadros, joyas, vasijas, libros, catalejos... ¡Hasta llevaron un cabriolé infantil!

—Si no subastan un poni, mucho me temo que el padre de la criatura que lo adquiriera tendrá que ejercer el papel de animal —dijo con sarcasmo el abuelo Campbell.

Comentario que recibió como respuesta una patada de su esposa.

Norman no atendió a los incisivos sátiros de su abuelo, ni a los comentarios que se producían cada vez que un bien se exponía para los asistentes, solo quería saber cuándo se subastaría el tapete de Hope. Estaba dispuesto a llevárselo esa noche y no le importaba el precio que debía ofrecer para lograrlo.

—Este bonito chal lo ha donado la señora O'Brian —explicó la muchacha al tiempo que su compañera lo exhibía—. Al parecer, lo compró cuando aún conservaba el apellido Campbell y lo lució en varias temporadas sociales.

Michael miró a su esposa con incredulidad. Esta le dirigió una sonrisa pícaro.

—Si lo quieres de regreso, tienes que comprarlo —comentó burlona.

—No es justo —masculló O'Brian tras inspirar hondo.

—Oh, sí que lo es —continuó April divertida.

—¡Cinco libras! —gritó la voz de un hombre.

—¡Diez libras! —habló otro.

—¿Esa era tu intención? —preguntó a su esposa tras inclinar la cabeza hacia ella y hablar en voz baja.

—No —contestó con voz inocente—. Beatrice me preguntó si tenía algo que pudiera donar y me acordé de ese chal. ¿Cuántos años hace que no lo uso?

—Me da igual el tiempo que lleva guardado en un cajón de la cómoda, pero... ¿recuerdas para qué lo utilizábamos? —preguntó con el ceño fruncido.

—Eso nadie lo sabrá —admitió ella.

—Pero yo no viviré en paz sabiendo que otra mujer lo luce de manera despreocupada —declaró Michael levantando la mano. Cuando una de las muchachas lo miró dijo—: doscientas libras.

—¡Santo cielo! —exclamó más de una esposa con asombro.

—¿Alguien da más? —espetó la joven mirando a los asistentes. Al no tener respuesta, golpeó con un martillo de madera sobre la pequeña mesa que tenía delante y añadió—. Vendido al señor O'Brian.

—Me lo pagarás —le susurró Michael a April.

—Esta noche me lo vuelvo a poner —expresó ella con picardía.

—Si los maridos compran lo que sus locas esposas han ofrecido, esta ceremonia es una pantomima —refunfuñó Campbell antes de llevarse un trozo de carne a la boca.

—Supongo que aquellas esposas solidarias dan por hecho que obtendrán la ayuda de la persona a quien aman —comentó Florence con un tono que llamó la atención de su nieto. Cuando este la miró, ella le guiñó.

—Absurdo... absurdo... —farfulló el abuelo tras coger una copa de agua para que el trozo de carne llegara con facilidad al estómago.

—El próximo objeto a subastar se trata de una peineta con rubíes. Lo ha donado la encantadora señora Campbell.

Norman escupió el agua que guardaba en la boca y que no había sido capaz de tragar. April y Michael, como ya se temían qué iba a suceder, tenían a mano la servilleta de tela blanca y taparon sus rostros. El joven O'Brian no dejaba de sonreír de satisfacción. Como siempre, su abuela triunfaba en cualquier disputa con su abuelo.

—¿Crees que estoy tan loco como para pujar por ese recoge pelo? —le amenazó Norman a Florence.

—No la he donado para que abras tu bolsillo. Estoy seguro de que mi yerno me hará ese gran honor —comentó la anciana mirando a Michael.

—Sin dudarlo —comentó este, que levantó la mano y dijo—: ¡cincuenta libras!

Campbell se reclinó en su asiento y se cruzó de brazos. Las ganas de comer habían desaparecido. De nuevo, su esposa le gastaba una broma pesada. Sin embargo, en esta ocasión él no tenía la necesidad de actuar porque estaba su yerno para salvar la situación.

—¡Ciento cincuenta libras! —gritó una voz masculina.

Cuando todas las miradas de asombro se centraron en dicho individuo, se escuchó un leve murmullo en la sala. Las personas de la edad de Florence y Norman sabían quienes estaban pujando y el motivo por el que lo hacían.

—No sabía que había llegado a Londres —comentó Florence a su esposo mientras le dirigía una mirada de ruego.

—Si quiere quedárselo, adelante. No tengo problema al respecto. Será lo único que consiga de ti —dijo muy seguro.

—¿Alguien da más? —preguntó la muchacha—. Ciento cincuenta libras a la una... Ciento cincuenta libras a las dos...

—¡Trescientas libras! —gritó al final Norman Campbell.

—¿No has dicho que no te importa? —preguntó estupefacta Florence a su marido.

—He cambiado de opinión —respondió Norman mirando a su antiguo adversario con cara de pocos amigos. Este le sonrió, inclinó la cabeza y no pujó más.

—Trescientas a la una... Trescientas a las dos... ¡adjudicado al señor Campbell!

—¡Qué maravilla! —exclamó la voz de una mujer.

—¡Qué envidia! —dijo otra.

—¡Cuánto amor! —Se oyó también.

—Florence, te prometo que te haré pagar cada una de esas libras que me has quitado del bolsillo —le advirtió.

—Recuerda, amor mío, que soy la persona que te lleva el vaso de leche caliente al dormitorio —respondió con una sonrisa de oreja a oreja.

Después de escuchar la advertencia de su esposa y debido a sus antecedentes, Campbell enmudeció. Era preferible perder las trescientas libras y la batalla que avisar a un

médico.

XVI

Hope estaba muy nerviosa. No solo porque se encontraría con O'Brian después de varios días separados, sino porque también cabía la posibilidad de que ambas familias interactuaran durante la cena. Para cualquier pareja de enamorados, la reunión entre ellos no les causaría ningún problema; sin embargo, ese no era su caso. Por desgracia, en el pasado, hubo varios encuentros desafortunados entre su familia y el señor Campbell. Dichos malentendidos no se habían zanjado por parte del abuelo de Norman. De hecho, conocía todas las venganzas comerciales que este había realizado contra su padre y tíos. Pero lo cierto era que, una vez que accedió al salón y vio a su prometido, le surgió una extraña paz. No le cabía ninguna duda de que Norman haría cualquier cosa para cuidarla, incluso controlar a su abuelo, quien la observaba con cierto recelo.

Tras los obligados saludos, puesto que muchos asistentes eran conocidos de su padre y tíos, se dirigió hacia la mesa en la que debían permanecer durante la velada. Un ligero cosquilleo en la nuca le advirtió que su prometido no dejaba de mirarla. Ella daba por hecho que O'Brian no solo la observaría al entrar, sino durante toda la noche. Y no se equivocó. A pesar de los obstáculos humanos, que se movían inquietos en sus sillas, siempre encontró los ojos de Norman clavados en ella. Para cualquier jovencita, aquel gesto descarado de su prometido enardecería su orgullo. Sin embargo, esa jovencita no se convertiría en la esposa del inspector de Scotland Yard. Por eso, allá donde otros hombres mostrarían en su mirada cierta lascivia, el suyo, porque ya denominaba a Norman O'Brian como su hombre, solo expresaba protección. No obstante, ella no corría peligro en aquel lugar. Estaba rodeada de sus padres y familia, y estos harían todo lo posible para evitar, o solucionar, cualquier situación incómoda que surgiera durante la velada.

—Parece que el señor Campbell valora increíblemente la peineta de su esposa —comentó Roger con tono burlón tras escuchar la puja que hizo el anciano.

—Yo creo que se trata más bien de orgullo. Según tengo entendido, lord Montgomery fue un obstinado pretendiente de la señora Campbell. Todo el mundo pensó que la raptaría antes de que ella llegase al altar. Sin embargo, no ocurrió dicha tragedia y ambos se convirtieron en un matrimonio afortunado —respondió Beatrice mirando al marqués.

—El destino está escrito y por mucho que desees evitarlo, llega —dijo Federith reflexivo.

—El nuestro, según el reciente proyecto amoroso, se unirá al viejo Campbell. ¿Cómo se habrá tomado la noticia del compromiso de su nieto con nuestra Hope? —intervino William mirando a su sobrina.

Hope se ruborizó al momento tras descubrir que no era la única que había pensado en ello. Por lo que podía advertir, incluso se hacían la misma pregunta; ¿qué opinaría el señor Campbell? Movié la cabeza y miró al abuelo de Norman con disimulo. Este no parecía muy feliz después de ganar la subasta. Retiró la mirada del anciano y la clavó en su prometido. Una vez que ambas miradas se encontraron, volvió a ofrecerle la paz que necesitaba. Él siempre buscaría la manera de eliminar todos los contratiempos que apareciesen.

—¡Silencio! —pidió Anais—. El próximo objeto a subastar es el tapete de Hope.

—La noche se pone cada vez más interesante... —soltó Roger acomodándose en el asiento y cruzándose de brazos.

—Exacto. Ahora vamos a comprobar qué valor ofrece O'Brian por ti —comentó William mirando a Hope.

El corazón de Hope latió desenfrenado. Después de ver cómo habían actuado el padre y abuelo de Norman, se hacía una idea de cómo procedería él. Aunque albergaba la esperanza de que la subasta fuera tranquila porque, según había observado, apenas se encontraban caballeros solteros con los que lidiar.

—¿Quién ofrece veinte libras? —preguntó la muchacha encargada de la subasta.

—¡Veinte libras!

—¡Cuarenta libras!

—¡Sesenta libras! —gritó Roger antes de mirar a su sobrina y dirigirle una sonrisa burlona.

Hope bufó. Era la primera vez que mostraba enfado en público. Pero por lo que podía observar, su tío tenía ganas de enfadar al abuelo Campbell usando a su nieto. Por el momento, ella no iba a hacer nada. Pero si continuaba interviniendo en la subasta, miraría a su tía Evelyn para que actuase con rapidez. Seguro que la advertencia de su esposa frenaría de manera inmediata su maléfico plan.

—¡Cien libras! —dijo la voz de un hombre.

Cuando todos miraron a quien había hecho la última oferta, lord Dankworth, con quien ella había hablado durante la fiesta de *lady* Lennox, saludó a los presentes con un leve movimiento de cabeza. Rápidamente, Hope miró a Norman y, tal como había pensado, su rostro mostraba la misma acritud que aquella noche. La preocupación que sintió la expresó a través del rubor que mostraron sus mejillas. Por suerte, su madre, que estaba atenta, le apretó con calidez una mano para tranquilizarla.

—¡Ciento veinte libras! —gritó otra voz masculina.

Hope no giró la cabeza para averiguar de quién se trataba en esa ocasión. Como no le interesaba lo que sucedía, planeó quedarse inmóvil hasta que oyese a Norman. Porque no le cabía duda de que él haría la última oferta. Durante unos minutos, siguió escuchando otras cantidades. Su estado de calma no cambió hasta que oyó que alguien ofrecía doscientas cincuenta libras. ¿Por qué el dichoso lord Dankworth seguía pujando? ¿Qué pretendía demostrar? Justo en el momento que decidió mirar a Norman, para indicarle que no debía ofrecer una cantidad más alta, su tío Roger tosió para captar la atención de la mesa.

—Su estrategia de combate merece mis respetos. Yo no habría soportado la vanidad de Dankworth ni un solo minuto. En la segunda oferta que hizo me habría levantado y le habría golpeado en la mandíbula —concluyó Riderland haciendo referencia a Norman, que solo había fruncido el ceño y mirado con recelo.

Federith no hizo un comentario al respecto, porque sabía que, en realidad, a Norman no le importaba lo que estaba sucediendo durante la subasta del tapete de Hope. El interés de ambos se centraba en encontrar a lord Davies. Pero no estaba allí. Tampoco cabía la posibilidad de que delegara a otra persona la función de invertir una fortuna en la pieza de su

hija. Puesto que no poseía ni siquiera la cantidad necesaria para pagar su propio funeral. Con lo cual, lord Dankworth, quien aumentaba considerablemente el valor de dicho objeto, no lo hacía para ayudar a Davies, sino por propia voluntad.

—¡Doscientas setenta a la una! ¡Doscientas setenta a las dos!

—Quinientas cincuenta y cinco —dijo al fin Norman.

A pesar de la algarabía que se creó, se pudo oír con claridad la blasfemia que gritó el abuelo Campbell. Aquello expuso que, como habían deducido, no estaba conforme con la relación entre ellos. Sin embargo, su familia en vez de mostrar preocupación, exhibieron unas amplias sonrisas.

—¿Será el cinco el número preferido del joven O'Brian? —preguntó William con falsa inocencia.

—Si es así, mucho me temo que nuestra Hope dará a luz a cinco hijos después del matrimonio —expuso Roger con su típico y acostumbrado tono guasón.

—¡Silencio! —exclamaron Evelyn y Beatrice a la vez. Luego se miraron y, a través de esa mirada, se prometieron que harían todo lo posible para que sus esposos dejaran de mofarse de la pobre Hope.

—Quinientas cincuenta y cinco a la una... quinientas cincuenta y cinco a las dos... —La muchacha hizo una pausa, para confirmar que nadie seguía pujando. Al no escuchar otra cantidad, dio un golpe con el martillo y añadió—: ¡Adjudicado al señor O'Brian!

Mientras los asistentes aplaudían, Hope miró a Norman. No halló en la expresión de su rostro malestar por haber pagado una cantidad tan desorbitada. Al contrario, parecía feliz y orgulloso de convertirse en el único propietario del tapete, que lucirían en su hogar una vez casados. Ese pensamiento futurista le hizo sonreír. Nunca imaginó, al bordarlo, que terminaría regresando a ella.

Entre tanto, la duquesa de Rutland aprovechó el alboroto de la sala para llamar a la muchacha que interactuaba con los asistentes. Esta se acercó y, tras hacerle una reverencia, escuchó con atención la solicitud de Beatrice. Acto seguido, la joven regresó al escenario y dio varios golpecitos con el martillo para captar la atención del público.

—Como restan más de treinta objetos por subastar, y para que la velada no se convierta en un suplicio, haremos un descanso de media hora. Esperamos que no aprovechen esta pausa para abandonarnos. Como bien explicó *lady* Rutland, esta cena benéfica tiene como único objetivo ayudar a unos pobres huérfanos. Con lo cual, esperamos que vuelvan a sus asientos con los bolsillos cargados de buenos propósitos. —Después hizo una reverencia y todos le aplaudieron.

—Has hecho una buena elección al escogerla. Tiene mucha soltura al hablar con los espectadores —comentó William a su esposa—. ¿Dónde la encontraste?

—En la asociación de teatro y me la recomendó la señora Parker —respondió.

—Con el carisma que muestra, será una fabulosa actriz —admitió Evelyn, que los había escuchado.

—Sí, lo será —declaró Beatrice mirando con ternura a la joven.

Norman, al descubrir que había un descanso, se levantó y se dirigió hacia su prometida. Su paciencia se había agotado y nada podía frenar el impulso de estar a su lado. Una

vez que saludara a todos, y si lord Sheiton se lo permitía, alejaría a Hope de la sala para mantener una charla privada. Indudablemente, estarían vigilados por los asistentes que hallasen en el vestidor del hotel y por los agentes que lo custodiaban, con lo cual, la reputación de Hope no se vería alterada.

—Excelencias, *miladies*, señorita Cooper —saludó al colocarse frente a ellos—. Espero que estén disfrutando de la velada.

—Buenas noches, señor O'Brian. Es un verdadero placer encontrarte en un evento social como este y sí, lo estamos pasando realmente bien hasta el momento —comentó Riderland antes de que las tres esposas dieran al joven una maternal bienvenida.

Dicho comentario, inevitablemente, obtuvo como consecuencia un pisotón de Evelyn. Cuando Roger miró a su esposa con fingida inocencia, esta frunció el ceño y apretó los labios.

—Tenía muchas ganas de volver a verlo —intervino Anais—. Después de nuestro último encuentro, mi esposo me ha informado de todos sus propósitos. A pesar de entender que el compromiso con mi hija es de mutuo acuerdo, le exijo que me visite para charlar sobre ello. Como comprenderá, tengo la obligación de hacerle todas las preguntas que me surjan —añadió con tono de regañina.

Hope se puso nerviosa.

—*Lady* Sheiton, le pido mil disculpas si mi inapropiada forma de llevar a cabo la propuesta de compromiso con su hija la ha ofendido. Le juro por mi honor que responderé a todas esas cuestiones en la mayor brevedad posible. Al igual que prometo compensarla el resto de mi vida.

—Vaya... —susurró Beatrice mirando a su amiga.

Anais se mantuvo firme, aunque le había agradado las palabras de Norman. Lo miró fijamente, como haría cualquier suegra para examinar al futuro marido de su amada hija, y aceptó la propuesta con un leve cabeceo.

—Milord —dijo O'Brian mirando a Federith—, si me lo permite, me gustaría dar un paseo con Hope y charlar sobre ese maravilloso tapete que he adquirido.

—¿Alguna novedad interesante? —espetó cuando los dos se miraron.

Roger y William también observaron con intriga al muchacho.

—Por el momento, todo marcha correctamente —le aseguró.

—En ese caso, tiene mi permiso. Aunque debería hacerle la pregunta a Hope. Ella es quien tiene la última palabra al respecto —declaró Sheiton con tranquilidad.

—¿Hope? —le preguntó tendiéndole la mano, para que no pudiera rechazar su invitación.

—Sí, te acompaño —respondió aceptando con rapidez la propuesta.

Si Norman estaba ansioso por permanecer un rato a solas con ella, Hope atesoraba las mismas ganas. Deseaba charlar con él no solo del mantel, sino también pretendía averiguar qué le había ocurrido desde que pasearon por Hyde Park para que no le pidiera encontrarse de nuevo.

Pero O'Brian no tenía la intención de contarle nada al respecto.

Una vez que su brazo se agarró al de Norman, ambos se dirigieron hacia la salida bajo la atenta mirada de los asistentes. Crearon nuevos murmullos, pero a ninguno de los dos le importó. Lo único que les preocupaba era permanecer juntos, aunque fuera media hora. Con paso firme y elegante, llegaron hasta el *hall*. Como habían vaticinado, más de la mitad de los asistentes caminaban por la zona. Unos aprovechaban el momento para hablar sobre acuerdos futuros o para actualizar el listado de rumores de Londres, otros para pedir a los camareros una copa de oporto, vino o champán y otros para visitar los amplios servicios que ofrecía el hotel en la primera planta. O'Brian miró a Hope y, a través de sus ojos, le propuso caminar hacia un lugar menos concurrido. Ella aceptó ofreciéndole un ligero cabeceo. Una vez que se mantuvieron alejados del barullo, pero siempre observados por los curiosos, se soltaron del brazo y se colocaron uno frente al otro.

—Has cometido una locura —dijo Hope.

—¿A qué te refieres? —respondió.

—A pagar esa cantidad por mi tapete —aclaró con tono recio.

—En realidad, había barajado la posibilidad de llegar hasta mil libras, pero como has comprobado, no he tenido un fiero rival —expresó añadiendo una amplia sonrisa y sin exhibir en su voz vanidad o engreimiento, sino decisión.

—¿Mil libras? —espetó ella abriendo los ojos desorbitadamente.

—Sí. Es lo que había pensado pagar por él. Según he descubierto, el regalo de compromiso que ofrece un pretendiente a su amada ha de ser muy generoso. De este modo, serán complacidos tanto ella como su familia —aclaró con sinceridad.

Hope se acordó del comentario de Roger, pero lo apartó con rapidez de la cabeza. Tenía otras cosas más importantes en las que pensar.

—¿Has pasado estos días calculando cuánto podías pujar por mi tapete? —continuó ella con reproche.

—No —contestó eliminando la sonrisa de su rostro—. Te prometo que he estado muy ocupado preparando la vigilancia de este hotel —añadió observando a su alrededor—. El asunto sobre el regalo de compromiso ha sido un consejo de Borshon Hill, mi director.

Hope miró hacia los lugares que contemplaba Norman. El rubor tiñó sus mejillas al entender que había cometido un error al reprocharle la falta de tiempo hacia ella. Si no volvía a equivocarse, era la primera vez desde que accedió a su nuevo puesto, que requerían de sus servicios para proteger un evento social tan importante. Y él había realizado un gran esfuerzo para cumplir las exigencias requeridas. De hecho, al llegar a la entrada del hotel y bajar del carruaje, había reparado en la cantidad de agentes que permanecían en los alrededores. La planificación habría sido ardua de conseguir, pero lo había logrado. El lugar estaba tan protegido que, en vez de una cena benéfica, parecía que debían solventar una sublevación ciudadana. Tras su reflexión, Hope inspiró hondo, calmó su furia y su sofoco.

—Puedo pensar... —dijo inclinando indebidamente su rostro hacia el de ella y reprimiendo el impulso de besar sus esponjosos labios—, que me has extrañado durante estos días.

—¡Para nada! —exclamó dando un paso hacia atrás. El bochorno surgió de nuevo en sus mejillas—. Tan solo me preguntaba si te habías enfrentado a otro caso difícil de resolver. Ya sabes que me encanta ayudarte y albergaba la esperanza de que me escribieras pidiéndome

consejo. Pero al recibir tus cartas preguntándome qué había hecho durante el día, me sentí bastante frustrada —aclaró con rapidez.

—Desde que nos vimos la última vez, me he centrado totalmente en la petición de *lady* Rutland y he delegado los sucesos que aparecían en Hill —explicó al tiempo que extendía con elegancia su brazo para que se lo tomara. Cuando lo aceptó, comenzaron a pasear por el pasillo que encontraron a la izquierda.

—Supongo que has padecido un calvario. —Cuando él la miró y enarcó una ceja a modo de pregunta, añadió—: Como me dijiste que muchos propietarios deseaban robar sus objetos antes de la subasta, habrás hecho todo lo posible para que no lo consigan.

«El calvario comenzó la misma tarde que te dejé marchar y supe las intenciones de Davies», pensó él.

—Sí. Estoy haciendo todo lo posible para que nadie cumpla sus malos objetivos —respondió sincero.

—Bueno, después de esta noche, recobrarás la calma —comentó dirigiéndole una tierna sonrisa.

—Todavía me quedan muchas cosas pendientes, porque la vigilancia no cesa hasta que cada propietario obtenga lo adquirido en la subasta —dijo tras colocarla frente a una puerta en la que dos guardias permanecían firmes a ambos lados de esta—. ¿Quieres ver todo lo que se debe proteger? Así te harás una idea de qué haré durante los próximos días.

—¿Podemos entrar? —preguntó expectante.

—Claro. Recuerda que estás acompañada del inspector más terrible, fiero y...

Norman no terminó la frase al sentir un ligero puñetazo sobre un hombro. Ese acto tan despreocupado de Hope le supo a gloria, pues le dio a entender que comenzaba a confiar en él hasta el punto de abandonar el comportamiento gélido que mostraba a los demás.

—¡Señor! —exclamaron los agentes llevándose una mano hacia la sien derecha.

—¿Todo tranquilo por aquí? —les preguntó mirándolos con intriga.

—Sí, señor inspector. Por el momento, la noche transcurre sin incidentes —informó uno.

—Bien —expresó alargando la mano hacia el pomo—. Mi prometida y yo vamos a confirmar que nuestro regalo de bodas sigue en el interior.

Ambos agentes asintieron y, cuando Hope y Norman entraron, estos se miraron. A continuación, se alejaron de la puerta para no escuchar nada del interior.

XVII



Norman, con suavidad, se soltó del brazo de Hope y la invitó a caminar por el interior de la sala. En cuanto ella lo hizo, él cerró la puerta, apoyó la espalda y la planta de su zapato derecho sobre esta y se cruzó de brazos. Controlando hasta el leve sonido que hacía su respiración para no interrumpirla, la miró embelesado. Hope observaba todo lo que hallaba con sorpresa, diversión o incluso grima. Mientras ella adoptaba el papel de una arqueóloga repasando los restos egipcios encontrados en una tumba, él concluyó que habían hecho bien al no comentarle las intenciones de Davies. Si hubiesen decidido lo contrario, la sonrisa que mostraba, cada vez más frecuente, habría desaparecido. En el instante en el que sus ojos iban a expresar rabia por el odio que sentía hacia Davies, descubrió que ella actuaba diferente. Sus sentidos se centraron en Hope, captando la sorpresa que exhibía su rostro, el leve movimiento de la punta de su botín derecho, el ligero temblor de sus labios y cómo miraba una pequeña caja de madera. Ella inclinó la cabeza hacia delante y leyó la información del dueño. A continuación, cogió la caja y revisó el estado en el que se hallaba.

—Si encuentras algo que te gusta, dímelo y pujaré por ello. Recuerda que todavía me quedan cuatrocientas cuarenta y cinco libras en el bolsillo —comentó embebiéndose de la imagen tan hermosa que Hope ofrecía en aquel momento.

—No digas tonterías —dijo depositando el costurero antiguo en el mismo sitio que lo había encontrado—. Ya has gastado suficiente —añadió colocando las manos a la espalda para evitar la tentación de tocar cualquier otro objeto.

Después de las palabras de Norman, mucho se temía que adquiriría todo aquello que a ella le agradara y no estaba dispuesta a que se gastara la cantidad que le quedaba. Sin embargo, su deseo y la intención de O'Brian eran diferentes. A pesar de escucharla, él retuvo en su memoria el objeto que había tocado. Indiscutiblemente, sería suyo en cuanto lo subastasen.

—Tía Beatrice nos comentó que algunas familias aprovecharon su petición para sacar de los hogares todo aquello que no querían o que les traía malos recuerdos —continuó hablando mientras se situaba frente a un violonchelo. Acercó el rostro y leyó el grabado que había en la tapa superior—. Supongo que los hijos de lord Desmond están incluidos en ambos casos.

—¿Por qué? —preguntó con sincero interés.

—¡Porque era un violonchelista tan horrible que sus audiciones se convertían en una tortura! —aclaró divertida.

—No todo el mundo tiene un don para la música...

—¿Sabes tocar algún instrumento? —preguntó expectante.

La realidad era que llevaban tan poco tiempo juntos, que no conocía los gustos de Norman. ¿Qué alimento era su preferido? ¿Qué odiaba? ¿Qué situaciones podían alterarlo y qué podía relajarlo? No sabía contestar a esas ni a otras preguntas que surgirían en el futuro, aunque estaba segura de que averiguaría las respuestas en su debido momento.

—Mi abuelo me obligó a dar clases de piano cuando cumplí los diez años. Supongo que albergaba la esperanza de que no siguiera los pasos de mi padre e intentó mostrarme un amplio repertorio de oportunidades laborales.

—¿Y?

—Y terminé con la paciencia de mi profesor. Al igual que el difunto lord Desmond, no tengo cualidades musicales. Solo se usar esto —dijo señalándose la cabeza—, y mis puños —añadió mostrándoselos.

—¡Bobadas! —exclamó Hope haciendo un gesto con la mano—. He escuchado conversaciones maravillosas sobre ti y te aseguro que la gente no solo habla de tu fortaleza física, sino también de tu capacidad para el puesto.

—No prestes mucha atención a esas charlas. Recuerda que ahora eres mi prometida y pueden mentirte para obtener algún propósito ilegal —le advirtió.

—No dudo de que lo harán, pero cuando mencionen tu increíble capacidad para el cargo que ostentas, estarán en lo cierto. Desde que nos conocemos me has demostrado que luchas con fiereza ante cualquier adversidad que se te presenta. Has sido tan tenaz, tan minucioso y tan enérgico que has logrado cerrar casos que fueron abandonados porque eran muy complicados. ¡Hasta conseguiste un acuerdo justo para un monito! —recordó divertida—. Con lo cual concluyo que tú, inspector O'Brian —dijo señalándolo con un dedo—, realizarás los logros más notorios de Londres. De hecho, no me cabe ninguna duda de que tu sustituto, cuando decidas retirarte, tendrá que sudar sangre para alcanzar el alto nivel que dejarás.

En ese instante, Norman recorrió la distancia que los separaba a grandes zancadas. Cuando se colocó frente a ella, acunó su rostro, que mostraba desconcierto, y presionó con fuerza su boca contra la suya.

—Te quiero —confesó al retirar sus labios.

Hope se quedó tan perpleja, que ni siquiera fue capaz de pestañear. No solo acababa de lograr un segundo beso de su prometido, sino también una confesión que no esperaba escuchar en aquel momento.

—Yo...

—No estoy exigiéndote una respuesta —dijo al levantarle el rostro con ambas manos para que pudiera mirarlo a los ojos—. No es mi intención. Solo quiero expresarte lo que siento y, aunque parezca que mis palabras son precipitadas, para mí no lo son. Te quiero, Hope Cooper —repitió, para que ella se acostumbrara a oírlas, antes de volver a besarla.

Si el primer beso la dejó aturdida, el siguiente la dejó sin aliento. Hope olvidó respirar cuando los labios de Norman se movieron sobre los suyos con ardor. La calidez que estos expresaron sobre su boca pudo sentirla en cada rincón de su cuerpo. De repente, sus sentidos perdieron el contacto del ambiente que los envolvían y el corazón le latió desbocado. La avidez ardiente de O'Brian se le contagió. Un escalofrío la asaltó cuando notó las caricias de los pulgares de Norman sobre su barbilla. Este aumentó al percibir las grandes manos bajar lentamente por el cuello hasta colocarse sobre sus hombros. Acto seguido, advirtió que las calientes palmas rozaban la piel que dejaba al descubierto el escote de su vestido. Intentó recomponerse del estado de frenesí al que la había dirigido mediante la pasión del beso y las suaves caricias, pero no lo consiguió. Tal vez porque deseaba todo aquello que él le ofrecía con notable retraimiento. Consciente de lo que quería, relajó la mandíbula y abrió la boca.

Y sintió que sus pies habían abandonado el suelo.

Se estremeció cuando percibió la calidez de su lengua en el interior. A pesar de que esta se movía con calma, sentía que era conquistada bruscamente. Si intentaba describir aquella nueva emoción con una sola palabra, no podía. Sus rodillas temblaron cuando Norman torció la cabeza y convirtió el beso en un acto ardiente y seductor. Hope seguía sin poder reaccionar. Tan solo se dejaba llevar. Ni siquiera reaccionó cuando las manos de él abandonaron su escote y las posó a ambos lados de su cintura para acercarla aún más a su cuerpo. Debió sentir miedo cuando percibió la dureza entre las piernas de Norman, pero actuó de manera contraria. Quizá porque, a pesar de lo que estaba viviendo, tenía una confianza ciega en O'Brian. Tal vez esa seguridad fuera la causante de que ella se envalentonara y se atreviera a más. Porque no solo sus labios correspondieron a la sensualidad que él le mostraba, sino que en un acto de valentía extendió sus brazos hacia el cuello y los colocó alrededor de este. No quería que el beso finalizara, ni que aminorara la intensidad que mostraba, ni que ambos cuerpos se alejaran. Hope se entregaba a él por completo. No significaba que se hallase a su merced. ¡Él jamás le permitiría tal cosa! Los dos, con los respectivos consentimientos, se entregaban al deseo, la necesidad y el amor que se procesaban. Aunque ella todavía no había sido capaz de responderle con esas palabras que él había utilizado. Lo haría, de eso estaba segura, pero con el tiempo.

Norman intentó controlarse. Su objetivo no era volverse loco de deseo en aquel lugar. No era adecuado para ninguno de los dos. Sin embargo, al notar la respuesta de Hope, la lujuria se disparó. Embriagado por completo de ella, de su sabor, de la fragancia liviana que emanaba, de la calidez que desprendía su cuerpo y la forma en la que este se amoldaba al suyo, decidió prolongar aquel beso unos segundos más. Eso le generaría un grave problema. Ya era consciente de ello. Pero prefería padecer mil infiernos antes de retirarse. ¿Cuándo podría tenerla a su lado sin pensar en que no la hallaría al extender una mano? ¿Le había pedido el barón que se casara después de Eric? No lo recordaba, de hecho, la conversación con Sheiton le resultaba tan lejana, que una niebla cubrió la imagen y el diálogo de esta.

Pero por desgracia la cordura regresó a él cuando oyó voces en el exterior de la sala. Finalmente, se apartó despacio de Hope y concluyó el beso, a pesar de que sufriría una agonía porque aquello significaba que tendría que dejarla marchar, que tardaría tiempo en volver a tocarla, de besarla y de que pasaría los días anhelando más.

—Hope... —le susurró para que ella abriera los ojos.

Al contemplar el sonrojo de su rostro, el brillo de su mirada y escuchar su respiración entrecortada, le dio un tierno beso en la nariz y le sonrió. Por lo que podía observar, ambos necesitarían unos minutos para recomponerse.

—Siento que mi cuerpo se ha convertido en un espigón y que chocan sobre mí un sinfín de olas furiosas —confesó mirándolo fijamente.

—Es una manera preciosa de describir lo que sentimos —dijo posando su frente sobre la de ella—. Te prometo que tendremos muchos momentos como estos, incluso mejores, cuando nos casemos —añadió abrazándola.

Pensando en esa promesa, ambos permanecieron de aquella manera hasta que pudieron recobrar la serenidad. Una vez lograda, se cogieron de la mano y caminaron hacia la salida. Mientras lo hacían, Norman era incapaz de apartar la mirada del rostro de Hope, a ella le ocurría lo mismo. Sin duda alguna, estaban enamorados.

—Antes de regresar al salón, necesito visitar el aseo. Sospecho que mis mejillas

parecen dos tomates maduros y, si me presento de esta forma frente a mi familia, no tardarán en deducir qué hemos hecho.

—Eso es uno de los inconvenientes que hallarás al pertenecer a una familia cuya fama de libertinos dio la definición perfecta a dicha palabra —respondió divertido O'Brian.

—¡No digas eso! —le recriminó dándole un ligero puñetazo en el pecho—. ¿Acaso tu padre no tuvo una historia desenfrenada?

—Supongo que sí, pero cuando he intentado hablar sobre eso, ha cambiado de tema. Sospecho que hace todo lo posible para que no descubra los pecados que realizó a mi edad —continuó al tiempo que ambos se paraban frente a la puerta—. Te acompañaré al aseo —agregó al posar una mano sobre el pomo.

—¡No! —exclamó horrorizada al imaginarse la situación—. Esa zona es exclusiva para mujeres y, ¿qué tipo de impúdicos pensamientos tendrán cuando te observen vigilando la puerta?

—No me importa lo que ellas piensen de mí —continuó con voz firme.

—Pero a mí sí —aseveró mirándolo a los ojos—. ¿Sabes qué consecuencias tendrás si comienzan a rumorear sobre tus extraños actos? ¡Perderías toda la credibilidad como inspector! —dijo casi chillando por el horror que sentía al reparar en ello.

—Insisto en que no voy a dejarte sola —perseveró en hacerla comprender.

—Norman, cariño —empezó a hablar con un tono más dulce, porque había comprendido que el que había usado con anterioridad no le servía—, en el tocador de señoras solo hay *señoras* —recalcó—. En el interior, nos refrescamos el rostro, arreglamos nuestros peinados y, con disimulo, nos retiramos para eliminar aquellos líquidos o sólidos que no necesita nuestro cuerpo. Siempre estamos atendidas por varias doncellas y estas solventarán cualquier problema que surja.

—¿Por ejemplo? —espetó curioso Norman, pues el problema en el que estaba pensando no coincidiría con el de Hope.

—Suelen facilitarnos gasas a quienes tienen la menstruación o les llega de imprevisto —respondió con tono burlón.

Esperaba que aquella atrevida aclaración lo dejara tan desconcertado, que cambiaría de parecer. Al menos, con Eric tenía el efecto que se proponía. Cada vez que su hermano la incluía en un plan para ver a Josephine, ella evocaba las dolencias que le provocaba el periodo y este salía huyendo.

—Haremos lo siguiente —expuso Norman sin dar su brazo a torcer—: regresaremos al salón y hablaremos con tu madre. Ella puede acompañarte y no creará el alboroto que anuncias.

—Norman... —dijo mirándolo con súplica.

—Hope, entiende mi posición. He tenido el beneplácito de tu padre para estar a solas contigo. Si regreso sin ti, puede generarme un problema mayor que el de esas mujeres notando mi presencia mientras piden las dichas gasas.

No, en él no obtendría lo que deseaba. Era más tenaz que Eric.

—Perfecto, haremos lo que dices —claudicó al fin.

Con una sonrisa que le cruzaba el rostro, O'Brian salió agarrado del brazo de Hope. Una vez que estuvieron fuera, los dos agentes lo saludaron y regresaron a sus puestos. A continuación, manteniendo un silencio que él denominó como fastidioso, pues no sabía qué decirle a Hope para que eliminara su enfado, caminaron hacia el *hall*. Una vez allí, observaron que los asistentes continuaban charlando o bebiendo. Parecía que el pequeño descanso no había terminado. Sin reparar en dichas personas y, tal como le había prometido, la dirigió hacia el salón. Sin embargo, antes de alcanzar su propósito, una joven caminó hacia ellos como si huyera de una jauría de perros hambrientos.

—¡*Lady Hope*! —exclamó la muchacha al lanzarse sobre ella y abrazarla.

Norman se quedó mirando a la intrusa, a quien le había separado de su mujer sin tan siquiera pedir permiso o reparar en su presencia. ¿Quién diablos era la joven? ¿Qué relación tenían para que actuara como una loca escapándose de un hospital psiquiátrico?

—*Lady Sarah* —dijo Hope en mitad del intenso abrazo y mirando con ternura a O'Brian, para que relajara la expresión ceñuda de su rostro.

—¡Cuánto tiempo sin saber de usted! ¿Cómo ha estado? Y su hermano, ¿sigue soltero?

Y Norman entendió la razón del efusivo encuentro. Una sonrisa burlona apareció en sus labios al pensar en la frustración de la joven cuando descubriese que su amor platónico tenía el nombre de otra mujer grabado en su corazón.

—*Lady Sarah*, le presento al señor O'Brian, mi prometido —anunció Hope.

—¿Prometido? —soltó la chiquilla con sorpresa.

—Sí, su prometido —respondió Norman tras colocar sus manos a la espalda y saludarla con un escueto movimiento de cabeza.

—¿Desde cuándo? —perseveró en averiguar después de repasar la figura de Norman y centrar la mirada de nuevo en su amiga.

—Desde hace unas semanas —respondió ella con bendita paciencia.

—¡Tiene que contarme toda la historia! —insistió Sarah—. ¿Tenía la intención de entrar en el salón? Yo necesito visitar el aseo. Si le parece bien, podría acompañarme y así me cuenta cómo conoció a...

—O'Brian —dijo él con tono tosco.

—Sí, eso, al señor O'Brian —afirmó cogiéndola del brazo.

—Estaré esperándote aquí mismo —le respondió al entender la pregunta que le dirigía su prometida a través de la mirada.

—No tardaré —prometió Hope antes de ser arrastrada por Sarah.

No apartó los ojos de la figura de ella hasta que desapareció de su vista. A pesar de que estaría acompañada por la insolente *lady Sarah*, tenía un mal presentimiento. Reprimió el deseo de seguirlas, pues no le agradaría lo que sucedería si se quedaba frente a la puerta del aseo y Hope lo descubría. Seguro que discutirían. Pensar en todo lo que conllevaría aquella disputa, le causó un terrible pesar. Pero ella no sabía el peligro que corría, ni la ansiedad que eso estaba generando no solo a él, sino a quienes conocían el propósito de Davies. Recordar aquel maldito nombre, le hizo cambiar la actitud de novio protector por el de fiero inspector. Debía aprovechar

la ausencia de Hope para hablar con los agentes y que estos le informaran de lo ocurrido desde la llegada a sus puestos.

—O'Brian —dijo Federith al encontrárselo con la mirada perdida y solo—. ¿Dónde está Hope? —añadió intranquilo.

—Está en el tocador de mujeres. Una tal *lady* Sarah se ha topado con nosotros y se la ha llevado para que le cuente sobre nuestro compromiso y sobre Eric —expresó sin relajar su preocupación.

—¿Esa mocosa ha regresado? ¡Que Dios nos proteja! —exclamó Sheiton poniendo los ojos en blanco, un gesto que dejó perplejo a Norman, pues nunca imaginó que el paciente juez podía perder la calma con alguien—. ¡Pobre hija mía! ¡Va a sufrir una tortura!

—Esa impresión me ha dado —admitió.

—No hay peligro con ella —aclaró para que O'Brian se relajara, pues no solo su mandíbula expresaba tensión, sino también el resto de su cuerpo—. La conocemos desde que sus padres adquirieron una residencia en nuestro barrio. Está enamorada de Eric y todo lo que hace o dice tiene como fin averiguar si puede enamorarlo.

—No puede —consolidó Norman.

—Por suerte para todos —manifestó Federith con una amplia sonrisa—. Pero volviendo a nuestros asuntos, ¿qué pretendías hacer?

—Tenía la intención de aprovechar este tiempo para visitar a mis hombres. Necesito averiguar si hay alguna noticia de Davies —explicó.

—Me parece buena idea. Si no te molesta, me gustaría acompañarte. La espera me está matando —desveló Cooper.

—Si ese sinvergüenza hace un solo movimiento para secuestrar a Hope, quien morirá será él —declaró Norman con severidad.

—Por el bien de todos, esperemos que eso no ocurra —declaró antes de caminar hacia el exterior acompañado de su futuro yerno.



Tardaron más de lo que tenían previsto en recopilar la información de los agentes que vigilaban el exterior del edificio. Nada les resultó extraño. Unos mencionaron que habían visto varios carruajes estacionados frente al hotel, pero que no se acercaron a estos porque los cocheros permanecieron en sus asientos y nadie entraba o salía del interior. Otros narraron las pillerías de unos niños que se aproximaron para pedir limosna y, por último, otros le informaron de que habían atrapado a cinco carteristas en pleno acto delictivo. Sin embargo, nadie mencionó a los Jeffers. Y estaban muy seguros de que no habían aparecido porque no había ni un solo agente que no conociera el rostro de los miembros de dicha familia. Eso los calmó y alarmó al mismo tiempo. Ni Norman ni Federith podían vivir tranquilos porque, en cualquier momento, podría suceder la tragedia.

—Tal vez ha descubierto que el joven Jeffers habló sobre el plan y ha decidido no llevarlo a cabo —expresó Sheiton mientras regresaban al interior.

La subasta se había reanudado y podían escuchar desde la entrada del hotel las voces de quienes pujaban por lo que se ofrecía.

—Esa opción no es viable para mí —aseveró O'Brian mirándolo—. Un bastardo como Davies, que tiene un incontable número de deudas y que carece de escrúpulos, no rechazará la única solución que posee para obtener la solvencia que necesita —añadió de manera contundente—. Lo habitual es que cambie de estrategia. En el caso que nos preocupa, deduzco que ha abandonado la ayuda de los Jeffers y la desesperación lo hará actuar de una forma impredecible y descuidada. Solo podremos atraparlo cuando decida dar el primer paso. Aunque mucho me temo que, si eso ocurre y, a pesar de nuestros esfuerzos, Hope descubrirá qué está pasando a su alrededor.

—Eso le hará vivir el peor momento de su vida —dijo Cooper preocupado.

—Si eso sucede, permaneceré a su lado y haré todo lo posible para que recobre la calma —declaró con firmeza.

—Cuento con ello —manifestó Federith tras colocar una mano sobre el hombro de su futuro yerno y apretárselo.

Un gesto que demostró la confianza que depositaba en él.

—Vamos. Tenemos que entrar antes de que nuestras ausencias alerten a ambas familias —expresó Sheiton.

—¿Su esposa no sabe nada? —preguntó intrigado.

—No. Quiero mantenerla al margen, salvo que no me quede más remedio que contárselo. En ese caso, Londres conocerá la furia de mi querida Anais. No tendrás que preocuparte por Davies, porque ya se encargará mi esposa de asesinarlo y de ocultar su cadáver.

—Observo que Hope ha heredado la determinación y la fuerza de su madre —comentó algo más relajado.

—Ha heredado muchas más cosas de ella, pero prefiero que las averigües después de casarte, para que no huyas antes de la boda.

Los dos soltaron una sonora y cómplice carcajada. Después de todo el estrés que ambos vivían, aquel momento juntos, compartiendo declaraciones de aquel tipo, fue una bocanada de aire fresco en sus pulmones. Tanto Norman como Federith aparecieron en el salón con una expresión relajada y divertida. Pero esta cambió al descubrir que el asiento de Hope seguía vacío. La angustia tomó ambos semblantes y los dos, al mismo tiempo, endurecieron sus altas y fuertes figuras.

—No nos pongamos en la peor situación. Seguro que...

Antes de que Sheiton terminara la frase, Norman se giró y corrió hacia el aseo femenino. Esa desesperación, ese miedo que desprendía su angustiada alma, aumentó al confirmar que no había nadie, ni siquiera las doncellas que mencionó Hope. Regresó con celeridad al salón para alertar a quienes conocían la situación. Bajo la atenta y preocupada mirada de Anais, Beatrice y Evelyn, sus esposos hablaron entre murmullos. Acto seguido, los tres salieron del salón. Norman corrió para informar a su padre. Necesitaba su ayuda y apoyo para poder averiguar qué había sucedido. A pesar de que él sería capaz de actuar con frialdad en

un caso semejante, el hecho de que Hope estuviera implicada, nublaba su sensatez.

—¡Te acompaño! —respondió con rapidez Michael tras ser informado de la terrible noticia.

—¿Qué diablos sucede? —soltó el abuelo Campbell cuando observó la inquietud y amargura que expresaban los rostros de su nieto y yerno.

—No es momento para tus comentarios mordaces —respondió Norman mirándolo con severidad.

Con rapidez, el abuelo miró hacia el asiento de Hope y se levantó de un salto, sin reparar en su avanzada edad, cuando dedujo qué podía suceder.

—Le pediré a Gillies que me lleve al puerto. Allí controlaré la entrada y salida de barcos.

—Gracias.

Fue lo único que pudo decir antes de correr junto a Michael hacia la puerta.

—¿Qué debemos hacer nosotras? —preguntó April a su padre.

—Quedaros aquí y, cuando termine esta maldita cena, reuniros con la familia de Hope. Necesitarán vuestro apoyo —explicó poniéndose la chaqueta.

—Norman, por favor, enconradla —le pidió Florence.

—Te prometo que haré todo lo que esté en mi mano para lograrlo —aseguró antes de marcharse.

XVIII



Una vez que el personal del hotel y los agentes habían sido informados de la desaparición de Hope, se crearon dos grupos de búsqueda: uno interior y otro exterior. Los asignados al primero revisaron habitaciones, armarios, baúles de mediano y gran tamaño, salones, lavandería, baños, cocinas y todas las salas que utilizaban como almacenaje. Los integrantes del segundo recorrieron las calles paso por paso, para no dejar ni un solo palmo sin comprobar. Ninguno de los dos grupos aportó información sobre ella. Parecía que, durante el tiempo que permaneció en el aseo, se había convertido en humo y que este se había mezclado con el aire.

El miedo, la desesperación, la irritabilidad, la angustia y la inquietud se palpaba en el ambiente del despacho del director del hotel. Este, al conocer la noticia, no solo lo cedió para que coordinaran desde allí la búsqueda, sino que hizo llamar al arquitecto que lo diseñó para que les entregara los planos del edificio y sus cercanías. A pesar de todos los medios con los que contaban, no obtuvieron los resultados que esperaban y, después de una angustiosa hora, seguían sin hallar ni rastro de Hope.

—Insisto en mi propuesta de traer a la muchacha y hablar con ella —comentó Norman apretando los puños.

Minutos después de conocer la terrible noticia, Norman quiso llamar a *lady Sarah* para que les narrara qué había sucedido en el aseo y el motivo por el que Hope no regresó al salón con ella. Sin embargo, Federith rechazó de manera categórica esa opción alegando que, si entraban en la sala y se llevaban a la joven, alertarían a los asistentes y pondrían en peligro la investigación. Ese desacuerdo causó un duro enfrentamiento entre ellos. Los nervios se apoderaron del joven O'Brian y se dirigió a Cooper con ferocidad. Riderland, Rutland y Michael intervinieron con rapidez, pues sabían que, si se mantenían al margen, la relación entre ellos terminaría mal. No obstante, tras el paso del tiempo y la falta de información sobre Hope, Federith reconsideró la decisión de Norman.

—Supongo que puedo bajar y averiguar si la cena benéfica ha terminado —propuso Riderland antes de que Sheiton les comunicara su cambio de opinión.

—No —dijo el barón con rapidez—. Soy el único que conoce a lord Churston y estoy seguro que, tras pedirle el favor, cooperará con nosotros sin alegar cualquier excusa sobre los inconvenientes que el interrogatorio le generará a su hija.

—Como quieras —contestó Roger antes de volver a mirar el exterior a través de la ventana.

Cooper caminó hacia el perchero, cogió su chaqueta y salió del despacho. Una vez que cerró la puerta, en el interior se oyó un gruñido de disgusto. Riderland, Rutland y Michael miraron fijamente al joven O'Brian, que era quien lo había emitido.

—Todos estamos impacientes por saber qué le ha ocurrido —habló William para calmar el angustioso ambiente—, y hacemos lo imposible para encontrarla. Pero debes saber que cuando la aristocracia está implicada, hay muchas formas de proceder.

—Que yo recuerde, el cumplimiento de la ley no distingue las clases sociales. Todos somos iguales —masculló Norman.

—En efecto, todos somos iguales cuando se lleva a cabo un juicio en el que se hallan los verdaderos culpables de un acto delictivo. Sin embargo, la forma de obrar durante la investigación es diferente.

—No la hay —declaró Norman conteniendo las ganas de soltarle un comentario mordaz.

—Te equivocas —accedió Michael mirando a su hijo—. Estamos refiriéndonos a una niña de apenas doce años y que pertenece a la nobleza. Una chiquilla cuyo único objetivo es instruirse para su primera temporada social. Si no se actúa con cautela, no solo su reputación se verá destruida, sino también la de su familia. Por ese motivo, comprendo que Sheiton deseara investigar todas las opciones posibles antes de convertir a la niña en el único testigo de una acción delictiva.

—¿Actuaron con cautela durante la investigación de la muerte de *lady* Cooper? ¿Sopesaron todas las opciones posibles antes de aparecer en el hogar de la familia Campbell y dañar su reputación? Porque les recuerdo que no solo mi abuelo se vio afectado, sino que mi madre y mi abuela fueron rechazadas socialmente durante un tiempo. Solo recobraron su posición gracias al apoyo que les brindó la difunta *lady* Swatton —les reprochó con fiereza.

—*Touché* —dijo Roger antes de volver a mirar al exterior para ocultar la gran sonrisa que mostraba su rostro al recordar aquellas noches.

—Supongo que el orgullo que sientes ahora mismo por tu hijo es infinito —comentó William mirando a Michael.

—Sí, porque, como acabas de comprobar, la inteligencia y perspicacia de los O'Brian evolucionan de manera notoria en las siguientes generaciones —respondió con vanidad.

—Como advierto que tu padre no está en condiciones de responder, debido al crecimiento de su ego, lo haré yo —expresó Rutland—. Estás en lo cierto, no consideramos qué le ocurriría a tu abuelo porque, en un primer momento, no barajamos la posibilidad de que se involucrara en el caso. Nuestro objetivo era Gremont y como sabrás, el trato entre los miembros de la aristocracia es a igual. Por ese motivo, Riderland y yo acompañamos a tu padre. Necesitaba nuestro apoyo para ejecutar sus objetivos. Sin embargo, el señor Campbell no estaba dispuesto a que cumpliéramos con dicho deber. No adoptó esa posición para salvar a Gremont, sino para proteger a su esposa e hija. Pero como te he dicho con anterioridad, la gran mayoría de la nobleza se cree superior a los demás y como lord Gremont murió, a pesar de ser un asesino, la sociedad centró los rumores en la familia Campbell. Por ese motivo, tu abuelo sigue enfadado con nosotros y hemos sufrido su cruel venganza durante años. Solo espero que, una vez que tú y Hope os caséis, la enemistad desaparezca.

—Deberías mencionar al muchacho que Campbell no estuvo solo durante esa lucha para recobrar su posición social —habló Roger al girarse hacia ellos y tras cruzarse de brazos—. Tu padre se casó con April cuando decidió buscar un nuevo marido, con lo cual, su aislamiento social no duró mucho, porque nadie se atrevía a menospreciar o criticar a la esposa del inspector. Y tanto Rutland, Sheiton y yo, mediamos para que se llevaran a término los acuerdos comerciales que había iniciado tu abuelo con algunos lores.

—Era lo mínimo que podían hacer después de causarle tantos problemas

—expresó Norman sin un ápice de solidaridad.

—Quiero dejar claro que no me casé con April para solventar su problema social —accedió Michael muy serio—. El amor por mi esposa surgió mucho antes de que se casara con el bastardo de Gremont.

—Esa parte de la historia no la sabíamos —dijo William mirando a Michael.

—En aquel momento, no podía mostrar mis afectos por ella para que no se convirtieran en un inconveniente en la investigación —aclaró Michael.

—Cuando la mujer que amas está involucrada en un caso criminal, la sensatez desaparece y lo único que le queda al hombre es desesperación, enfado, crueldad y un sentimiento horrible de decepción, porque no la ha protegido correctamente —afirmó Roger mirando a Norman, pues él se encontraba en esa situación—. Pero la experiencia dicta que la mejor actitud para salvarla es mantenerse cuerdo y dejar de discutir por tonterías.

Norman apretó la mandíbula y puños. A pesar de que Riderland estaba en lo cierto, él no era capaz de hallar juicio, sensatez o prudencia. Cada minuto que pasaba, su agonía aumentaba, al igual que el enfado y el sentimiento de culpabilidad. Sí, se sentía culpable de no haber caminado hacia el servicio y haberla esperado en la puerta. También se sentía culpable de rechazar la idea con el fin de evitar una discusión. Si no hubiera tenido tanto miedo a perderla, habría estado dos, tres, cuatro e incluso cinco días sin verla, pero Hope no habría desaparecido de su vida.

—Creo que el señor Campbell ha regresado —anunció Roger que, al escuchar bullicio en el exterior, miró para averiguar qué pasaba.

—Mi suegro ha decidido dirigirse al puerto para confirmar si ha zarpado algún barco —explicó Michael apartándose de la pared en la que se apoyaba. A continuación, se dirigió hacia el ventanal para confirmar la suposición de Riderland. En efecto, era Norman y, por la forma en la que accedía al hotel, mucho se temía que no traía buenas noticias.

Los cuatro se mantuvieron callados, esperando con ansias la llegada del anciano. A pesar de los desgastes físicos y el agotamiento mental debido al transcurso de los años, su habilidad para insultar a todo el que se encontraba delante y le impedía el paso, seguía joven, vivaz y terriblemente aguda. William sonrió al escuchar las injurias del anciano. Roger tensó los hombros. Michael suspiró y Norman albergó la esperanza de que la agresividad de su abuelo se debiese a una buena noticia.

—¡Malditos bastardos! —exclamó Campbell al abrir la puerta—. ¿Habéis contratado a una panda de forasteros? Porque no han entendido ni una sola palabra de lo que he dicho —añadió enfadado e indignado.

Michael miró a Gillies, que acompañaba a su suegro, este arqueó las cejas para advertirle de que el anciano estaba de muy mal humor. Una vez que O'Brian le respondió con un leve cabeceo, el empleado dio varios pasos hacia atrás y cerró la puerta.

—¿Habéis logrado algún avance? —preguntó el anciano cuando advirtió que podía hablar con tranquilidad.

—Nada. Si no la hubiéramos visto, habríamos concluido que ella no pisó el hotel durante esta noche —respondió Michael.

—Yo tampoco os traigo noticias interesantes —continuó hablando Campbell una

vez que tomó asiento y obtuvo la atención de los cuatro—. Desde ayer, no ha zarpado ni un pequeño bote pesquero. A todas las personas que Gillies y yo hemos preguntado, han respondido lo mismo: el puerto está demasiado tranquilo para las fechas que vivimos. Con lo cual, la muchacha ha de seguir en Londres o se la han llevado en un carruaje —concluyó.

—Mis agentes comentaron, antes de saber que Hope no había regresado al salón, que frente al edificio se hallaban varios carruajes estacionados —intervino Norman recordando mentalmente las conversaciones que había mantenido con ellos—. Pero aclararon que los cocheros permanecieron inmóviles en los asientos y que no hubo movimiento de entrada o salida de pasajeros. Tampoco mencionaron si había escudos grabados en ellos.

—¿Tenéis una idea de quién se la ha llevado? —preguntó Campbell dando por admitida la hipótesis de todos: que Hope había sido secuestrada.

Pero no obtuvo la respuesta que esperaba, porque la puerta se abrió de nuevo y tres figuras aparecieron frente a ellos.

—Caballeros, os presento a lord Churston y a su hija, *lady Sarah* —dijo Federith tras invitarlos a pasar. Una vez que los tres estuvieron dentro de la oficina, el agente que se encargaba de custodiar la puerta, cerró.

—Buenas noches, caballeros. Siento conocerles en estas terribles circunstancias —comentó Churston mirándolos—. Espero que, cuando se resuelva el caso, podamos celebrarlo y charlar de otros asuntos menos escabrosos.

—Así será —prometió Rutland.

Norman no retiró la mirada de la niña. A pesar de saber que no era la culpable de la desaparición de Hope, la odiaba por haberla apartado de su lado, por habérsela llevado al servicio y por no haber tenido la sensatez de informar a la familia de Hope sobre el problema que se había generado. Porque él estaba seguro de que había ocurrido algo y ese *algo* había hecho que Hope se quedara sola.

—Quiero dejar constancia de que tanto mi hija como yo hemos venido voluntariamente y que nuestro único objetivo es ayudarlos —expresó Churston mirando a Norman, pues había sido informado por Federith de que era el inspector de Scotland Yard y el prometido de Hope.

—Queda claro —confirmó Michael.

—*Lady Sarah*, ¿puede explicarnos qué ocurrió en los servicios? Es muy importante para nosotros que nos cuente todo, porque solo así podemos saber dónde está Hope —intervino Roger después de extender la mano derecha hacia dicho lado y detener al joven O'Brian, quien había dado un paso al frente para acercarse a los dos invitados.

Sarah, que seguía agarrada con fuerza al brazo de su padre, levantó el rostro para mirarlo. Una vez que él movió la cabeza, aceptando su participación, respiró hondo y comenzó la narración.

—Había muchas señoras y hablaban tan fuerte que apenas pude escuchar lo que me decía Hope. Le pedí que nos retiráramos a una zona más alejada para poder charlar. Pero antes de hacerlo se liberaron los aseos y salí corriendo para entrar en uno. Hope me siguió y ocupó el continuo al mío. Cuando terminé, salí y ya no había ninguna señora. Se habían marchado todas. Solo quedábamos Hope, una doncella feísima y yo. Cuando Hope intentó abrir la puerta, no pudo hacerlo porque estaba atascada. Esa sirvienta con cara de bruja y con una voz

tan ronca que parecía un perro gruñendo, nos dijo que iba a buscar ayuda.

—¿Se marchó para pedirla? —preguntó Michael con tono suave para no asustar a la muchacha.

—Sí —contestó mirándolo.

—¿Qué pasó después? —intervino Federith.

—Como pasaba el tiempo y no venía nadie, Hope me pidió que me marchara. Yo no quería —apostilló mirando a su padre—, pero ella insistió en que no pasaría nada y que debía comportarme correctamente.

—¿Qué significa *correctamente*? —soltó Norman entornando los ojos.

—Las niñas de su edad deben permanecer en sus asientos antes de que comience un acto social —respondió lord Churston—. Se emplea mucho tiempo, esfuerzo y recursos para educarlas adecuadamente. Como ya saben, una de las metas que tienen nuestras hijas es rodearse de buenos pretendientes. Si los candidatos más exigentes descubren que no han sido instruidas como se espera, no se acercarán a ellas. En nuestra situación, no hay mayor desgracia que la de no poder anunciar el matrimonio de nuestras hijas durante la primera temporada.

Roger murmuró un impropio al oír la retrógrada explicación. «¿Ya saben?». «¿Nuestra situación?». ¿Aquél energúmeno lo incluía en su retrógrado razonamiento porque era marqués? Odió los malditos dictámenes sociales, a los padres con los pensamientos de Churston y a los hombres que buscaban una esposa para lucirla como si fuera un trofeo. Por suerte, su querida Evah estaba exenta de toda aquella parafernalia que mostraba la aristocracia y se comportaba con total libertad.

—¿Qué recuerdas de esa empleada tan fea? —preguntó William centrándose en lo que todos habían denominado mentalmente como inusual.

—Oía muy mal, como si hubiera estado durmiendo en un establo. Su cara estaba cubierta de polvo blanco. Parecía que se había lavado con harina. Sus manos eran grandes y tenían mucho pelo. —A continuación, miró hacia el techo, como si eso la ayudara a recordar algo más—. Cuando me marché, ella regresaba al servicio.

Todos se miraron y se dijeron, a través de esas miradas, que no había ninguna duda de que la doncella era un hombre. Pero las preguntas que seguían a tal deducción eran: «¿de quién se trataba?». «¿Podían descartar a los Jeffers?». Los agentes que vigilaban las calles habían dicho que estos no habían aparecido. Pero claro, se buscaba a hombres vestidos como tales, no a uno disfrazado de doncella.

—Muchas gracias, *lady Sarah*, por su magnífica narración —comentó William al crearse en el ambiente un silencio demasiado largo.

—¿Encontrarán a Hope? —preguntó la chiquilla con la esperanza de haberlos ayudado lo suficiente para hallar a su amiga.

—Por supuesto —convino Roger.

—Muchas gracias, Churston —dijo Federith extendiéndole la mano.

—No las merezco, Sheiton —respondió al estrechársela—. Entiendo la desesperación que vive en este momento y, como padre, sé que cualquier ayuda es un halo de esperanza.

—Sí —contestó Cooper inspirando hondo.

—Albergo la confianza de que antes del desayuno me informen sobre la buena noticia —añadió Churston antes de girarse para dirigirse con su hija hacia la puerta.

—¡Me olvidaba de una cosa! —gritó Sarah volviéndose hacia ellos.

—¿Qué cosa? —preguntó Michael controlando un sobresalto.

—Esa doncella tenía una enorme peca negra en la garganta. Aunque quería esconderla con el cuello del vestido, pude verla cuando se acercó a mí para decirme que buscaría ayuda —confesó.

—¿Es importante para la investigación el detalle que ha aportado mi hija? —espetó curioso Churston.

—Es una buena pista a seguir —dijo con rapidez Norman, para que a nadie se le ocurriera desvelar la verdad.

Sin embargo, lord Churston supo que Sarah había descubierto, gracias a la peca, quién había secuestrado a Hope. Para que la búsqueda no se retrasara después del importante hallazgo, le ofreció el brazo a su hija y ambos se marcharon. Cuando la puerta se cerró, el interior del despacho se convirtió en un escandaloso gallinero. El único que permanecía callado era el señor Campbell. Entre tanto alboroto, intentó averiguar de qué hablaban. Al no conseguirlo, agarró el bastón con fuerza, lo alzó y golpeó la mesa.

—¿Qué está ocurriendo? —preguntó enfadado.

—Sabemos quién la secuestró —le respondió su nieto.

—¿Y qué diablos estáis haciendo aquí? ¿Por qué no salís a buscarla? —perseveró Campbell.

—Porque no estamos seguros de hacia dónde se habrán dirigido —contestó con tono sarcástico Roger.

—Hay un sinfín de lugares a los que marcharse, pero debemos concretar las opciones para no perder el tiempo —declaró Michael acercándose al mapa que había sobre la mesa con la intención de señalar las posibilidades que él pensaba—. Si escogió el Norte, nos encontramos con Starford, Camdem, Watford... Si decidió el Sur; Harley, Dorking, Earlswood. En el Este...

—¿Por qué has descartado Gretna Green? —lo interrumpió William.

—Porque es muy obvia —respondió.

Norman apoyó las manos en el respaldo del asiento que tenía delante y lo agarró con fuerza. Esa opción la había barajado en cuanto supo quién la había secuestrado, pero algo en su interior le indicaba que no era correcto ese pensamiento, que Davies no era tan tonto como para dirigirse hacia allí, pues sabía que lo encontrarían en algún punto del camino.

—Estáis hablando de mil lugares donde pueden dirigirse, pero no habéis mencionado el nombre del secuestrador —comentó Campbell mirando a todos—. ¿De quién se trata? —insistió en saber.

—De lord Davies —contestó Federith.

—¿Te refieres al hijo del difunto conde Davies? —preguntó con sorpresa.

—El mismo —afirmó William.

Campbell se levantó del asiento negando con la cabeza, se dirigió hacia el mapa, se puso las lentes, buscó el lugar que había pensado y lo señaló con un dedo.

—Se dirige a Kingham —indicó muy seguro. Cuando todos lo miraron con perplejidad, añadió—: allí vive el único pariente que puede perdonar todos sus pecados y casarlo con Hope sin hacerle ni una sola pregunta.

—¿Quién? —preguntó su nieto.

—Su primo; el reverendo Peter Salter —desveló.

—De aquí a Kingham hay unas noventa millas. Un carruaje tirado por dos caballos, soportando el peso del carro y tres personas, porque es obvio que Davies permanecerá en el interior de este para vigilar a Hope, tarda entre trece y quince horas en llegar. Han pasado casi dos desde que descubrimos que ella no estaba en el hotel. Son las nueve de la noche...

—¿Qué diablos estás calculando exactamente? —preguntó Campbell a Roger, que mantenía la mirada perdida mientras pensaba en voz alta.

—Estoy intentando averiguar qué lugar recorren en estos momentos y qué pueden encontrar por los alrededores. Si lo descubro, podemos centrarnos en las posadas que hallarán en el camino y dirigimos hacia ellas —declaró con orgullo.

—Para llegar a esa conclusión no ha de salirte humo de las orejas —dijo Norman con mofa.

—Abuelo, ¿sabe dónde pueden estar? —intervino Norman expresando en su tono de voz un halo de esperanza al sospechar que conocía la respuesta.

—Me hago una idea, sí —dijo al tiempo en el que se clavaban de nuevo en él todas las miradas—. Os recuerdo que ese miserable tiene tantas deudas, que no puede acudir a lugares en los que se conozca su fama de insolvente. Por eso, el único sitio en el que podrá pernoctar con tranquilidad, porque es una colmena de bandidos y nadie le va a preguntar de dónde ha sacado las joyas que ofrece como pago, está aquí —aclaró señalando con la yema de un dedo una zona entre Londres y Brentford.

—Usará las joyas que Hope llevaba esta noche —susurró Norman con los ojos desprendiendo ira.

La sangre bullía por las venas. Cada fibra de su cuerpo permanecía en tensión. Los dedos de las manos se extendieron buscando algo que apretar, que estrangular... El cuello de Davies. Ese era el objetivo de estas. Necesitaba encontrarlo y hacerle pagar todo el miedo que le había hecho pasar a Hope. Porque albergaba la esperanza de que no hubiese sufrido ningún otro mal. Si eso hubiera ocurrido, si alguna zona de su cuerpo hubiera sido tocada por aquellas repugnantes manos, se las cortaría lenta y dolorosamente.

—¿Cómo tenéis pensado llegar hasta allí? —preguntó Campbell dando por hecho que habían aceptado su propuesta.

—La manera más rápida y discreta es a caballo —terció William.

—Contad con los purasangre que tengo en el establo. Pueden correr durante una hora y media sin mostrar ni un ápice de cansancio —ofreció Riderland.

—Bajaré al vestidor y confirmaré la llegada de Hill. He de explicarle lo ocurrido y

lo que vamos a hacer —comentó Norman antes de salir del despacho a grandes zancadas.

—Hablando de explicar —terció Campbell mirando a los cuatro hombres—. Creo que tenéis un asunto pendiente con vuestras esposas. Las pobres mujeres han permanecido en esa dichosa sala repleta de gente aparentando que no ocurre nada. Sin lugar a dudas, se merecen alcanzar el cielo sin juicio divino —añadió mostrando una gran admiración por ellas.

—He de hablar con Anais —comentó Federith adelantándose a los demás.

—No me atrevo a preguntarle el motivo por el que usted conoce ese lugar —declaró William al acercarse al anciano—, pero si está en lo cierto, si encontramos allí a Hope, su secreto se mantendrá a salvo con nosotros.

—No me avergüenza haber visitado ese tipo de antros cuando era joven —comentó Norman caminando hacia la salida apoyado en el bastón—. No creo que sea el único de los aquí presentes que ha cometido uno o dos delitos antes de encaminarse por el buen camino —añadió mirando a Gillies, quien se acercó a él en cuanto lo vio—. Vamos al salón. Necesito estar con mi esposa.

Gillies caminó a su lado, por si necesitaba ayuda, pero no tuvo la ocasión de ofrecérsela. Norman intentaba no mostrar fragilidad cuando estaba en público. Solo en la intimidad de su dormitorio y acompañado de Florence se quejaba del dolor que padecía su anciano cuerpo.

A continuación, William, Roger y Michael bajaron al recibidor del hotel y cuando hallaron a sus esposas, conversaron sobre lo ocurrido. Después de explicarles todo y dejándolas al cargo del señor Campbell, los cinco hombres se dirigieron al establo de Riderland, prepararon los caballos y partieron hacia la posada.

XIX



Le dolía la cabeza, como si alguien le hubiera golpeado con una enorme roca. Quiso colocar sus manos sobre esta para apaciguar el dolor, pero no pudo moverlas. Por alguna extraña razón, su cuerpo no reaccionaba. Abrió los ojos y observó a su alrededor gracias a la luz de la luna llena que accedía a través de la ventana. El pánico se adueñó de Hope y quiso gritar para pedir ayuda cuando no reconoció el lugar donde se encontraba. No le salió la voz. Sin saber cómo, se había transformado en un enorme tronco inerte tendido sobre un duro jergón. Respiró hondo, para que ese estado de pavor se disipara y así recordar qué había sucedido. Pero el aturdimiento solo le ofreció un par de imágenes y no sabía si serían reales o ficticias. En la primera se vio frente al espejo después de salir del aseo. Se había remojado la cara, porque intentaba apaciguar el sonrojo de sus mejillas causado por el sofoco que había sufrido al quedarse encerrada. Su mirada dejó de centrarse en su rostro y la fijó, a través del espejo, en la empleada que la había ayudado, quien permanecía en silencio detrás de ella. Pretendía darle las gracias cuando se quedó sin palabras al descubrir de quién se trataba. En el instante que intentó pedir ayuda, notó un inmenso golpe en la nuca. A continuación, todo se volvió oscuro. La siguiente imagen que le ofreció su mente era muy confusa. Solo pudo confirmar que se hallaba en el interior de un carruaje en marcha y que Davies permanecía en el asiento de enfrente. En cuanto su captor supo que recobraba la consciencia, colocó sobre su rostro un pañuelo. Al principio creyó que el objetivo era asfixiarla, pero transcurrido unos minutos, en los cuales luchó ferozmente para apartarse de su agresor, la oscuridad regresó.

Su respiración se agitó al entender lo que sucedía: había sido secuestrada. Un sinfín de pensamientos azotaron su turbada mente. Pensó en Norman y en su dichosa perseverancia en acompañarla. Si se lo hubiera permitido, no se hallaría en peligro. También en sus padres y en el resto de la familia. ¿Se habrían dado cuenta de que no estaba en el hotel? ¿La estarían buscando? De repente, todas las preguntas se centraron en una: ¿qué debía hacer para salvarse? El objetivo de lord Davies estaba claro. Pero debía hallar la forma de no ser mancillada y verse en la obligación de casarse con aquel monstruo. Su corazón comenzó a latir alterado al entender que, si no buscaba una solución, la muerte sería la única alternativa que le quedaba para librarse del cruel destino.

—¡Al fin te despiertas! —exclamó Davies expresando en su voz una enorme satisfacción por la victoria que, de momento, le pertenecía.

Hope centró la mirada en la figura de su captor. Este se hallaba a los pies de la cama y apoyaba un hombro sobre un dintel mientras la observaba con los brazos cruzados.

—Supongo que eres consciente de la situación en la que te encuentras —prosiguió hablando—. No albergues la esperanza de que vendrán a salvarte, porque eso no ocurrirá. Con lo cual, si aprecias tu vida, te recomiendo que no te resistas y que sigas mis órdenes.

En aquel momento, Hope no podía convertirse en un fiero rival. Aquello que le había dado Davies la mantenía tan paralizada que incluso era incapaz de mover los labios para responderle. Resignada a su terrible destino, cerró los ojos.

—Siempre me ha gustado tu elocuencia —continuó Davies acercándose a ella. Una vez que se puso en el cabecero de la cama, extendió una mano y acarició la mejilla derecha de Hope—. Sin embargo, la olvidaste cuando te pedí matrimonio. Si no me hubieras rechazado, en estos momentos yo habría saldado todo lo que debo, mi reputación se habría reestablecido y, como buen esposo, te habría dejado vivir en el lugar que quisieras. —Retiró la mano e inclinó su rostro hacia el de ella—. Pero tomaste la decisión equivocada, querida. Tu destino no será convertirte en la esposa de ese bastardo de O'Brian, sino en la mía —le susurró al oído.

A continuación, se alejó de la cama y se dirigió hacia la mesa. Tomó asiento y, mientras el rostro de Hope se bañaba en lágrimas, él devoró la cena que había pedido al mesonero.

El frío la hizo abrir los ojos. No supo cuándo se había quedado dormida, pero resolvió que había pasado bastante tiempo porque el fuego de la chimenea se había reducido y la habitación se hallaba en penumbra. Instintivamente, alargó una mano para cubrir su cuerpo con la colcha. Al poder moverla, la felicidad y un halo de esperanza se adueñaron de Hope. Sin hacer ruido, se sentó en la cama y miró a su alrededor. No halló la figura de Davies. Ni siquiera escuchó una respiración diferente a la suya. ¿Se habría marchado? ¿Estaría bebiendo para celebrar su triunfo? No pretendía quedarse allí para averiguarlo, debía aprovechar aquel momento para escapar. Decidida a huir, se bajó de la cama tan lenta como pudo. Una vez que sus pies tocaron el suelo, su cuerpo se llenó de fuerza. Muy despacio, se dirigió hacia la puerta. Notaba los latidos de su corazón en la garganta, una terrible presión en las sienes y no había ni una pequeña parte de ella que no temblara. Todo lo que padecía era causado por el miedo, pero debía superarlo para alcanzar la salvación. A pesar de que su mano vibraba, la extendió hacia el pestillo. Dejó de respirar cuando las yemas de los dedos lo deslizaron muy lentamente y luego las dirigió hacia el pomo.

—¡Maldita zorra! —brotó la voz de Davies desde algún lugar oscuro de la habitación.

Hope contuvo un grito, giró con rapidez el pomo y, cuando la puerta comenzó a abrirse, sintió un fuerte golpe en la cabeza. Mientras escuchaba cómo el candelabro que le había lanzado impactaba en el suelo, la mano que se había aferrado a su única alternativa para salvarse, se extendió laxa hacia abajo. Se le doblaron las rodillas y la frente se inclinó hacia delante. Se transformaba de nuevo en una persona a merced de su secuestrador. Cuando estuvo a punto de desplomarse, Davies la agarró del pelo, tiró de ella y la llevó hasta la cama. Luego, la lanzó sobre esta.

—¿Cómo te atreves a escapar de mí? —gritó al mirarla—. ¿Cómo has tenido el valor de intentarlo? —añadió mientras se quitaba el chaleco y lo arrojaba al suelo—. ¿Por qué no eres capaz de asumir que eres mía?

—¡No! —finalmente pudo gritar—. ¡No me toques!

—¿Que no te toque? —soltó con una mezcla de rabia y diversión—. No lo he hecho antes porque quería que fueras consciente de quién era el hombre que estaba sobre tu cuerpo —agregó lanzando la camisa—. Pero ahora nada va a detenerme.

Hope luchó con todas sus fuerzas para que Davies no lograra su propósito. En esa cruel batalla por la liberación, fue golpeada sin descanso. Pero ella continuó peleando a pesar del dolor que le causaron aquellos puñetazos. Prefería morir antes de que su vida se convirtiera en un desastre irreparable.



Los cinco jinetes cabalaron sin tomar descanso y guiados por la luz de la luna. Estaban tan ansiosos por encontrar a Hope en la posada que había indicado el abuelo Campbell, que ninguno de ellos pronunció palabra durante el viaje. Una vez que llegaron, sin perder el tiempo, bajaron de los animales. Mientras Roger y William se encargaron de atar las riendas a un poste, Federith, Norman y Michael se dirigieron a grandes zancadas hacia la entrada. Cuando abrieron la puerta, esta golpeó la pared, mostrando a quienes los observaron con perplejidad la impaciencia que sentían. El joven O'Brian observó el lugar y, al descubrir la escalera que comunicaba la planta baja con la primera, corrió hacia ella. Confiaba en la hipótesis de su abuelo, o tal vez, se aferraba a la única posibilidad que tenía.

En el momento que accedió al pasillo, buscó con desesperación alguna pista que lo guiara hacia la habitación donde podía estar la mujer de su vida. Fue entonces cuando escuchó un débil grito a su izquierda. Sin pensárselo dos veces, se dirigió hacia esa dirección. Las puertas de las habitaciones que dejaba atrás estaban cerradas y en el interior solo había silencio. Sin embargo, al llegar a una, descubrió que no estaba cerrada, solo entornada. Oyó un segundo grito y este le confirmó que era Hope quien lo expresaba. Dominado por la ira y el deseo de venganza, golpeó la puerta con el pie y la abrió. Lo que encontró, superó todos sus pensamientos: ella se encontraba tendida sobre la cama y lord Davies permanecía encima golpeándola. Sin pensárselo dos veces, se lanzó sobre el secuestrador, retirándolo del cuerpo de su amada. Cuando Davies cayó al suelo, aturdido y gruñendo por la interrupción, él observó a Hope. La luz que entraba por la ventana le mostró la peor imagen que pudo soportar. En ese instante, la parte racional de O'Brian desapareció y creció en él una bestia sedienta de sangre.

En un acto de furia, se abalanzó sobre Davies, quien intentaba escapar arrastrándose por el suelo. Norman lo agarró y lo levantó como si pesara menos que una pluma. Cuando sus rostros permanecieron uno frente al otro, lo empujó hacia una pared. En el instante que el malhechor sintió el impacto de su espalda contra la dura superficie, O'Brian comenzó a golpearlo repetidamente, buscando desahogar su ira de la misma manera en que Hope había sido golpeada. Estaba tan concentrado en llevar a cabo su justicia, que no escuchó la voz de Federith al llegar, ni tampoco la de su padre. No prestó atención a las palabras del barón cuando observó qué le había sucedido a su hija. Tampoco se percató de la llegada de William y Roger. Nada de eso era importante en ese momento. Su único objetivo era hacerle pagar a Davies el sufrimiento y el miedo que le había causado a Hope desde que fue secuestrada. De repente, Norman sintió una presión en su hombro derecho y al girar el rostro para averiguar quién intentaba frenar su venganza, se encontró con la mirada de su padre.

—Basta —dijo Michael a su hijo.

—¡No! —clamó él—. Debo hacerle pagar todo lo que le ha hecho.

—Si continúas así, lo matarás y eso no es lo que querrá Hope —añadió para calmarlo.

Sin soltar a Davies, Norman miró hacia el lecho, donde se encontraba ella. Federith la abrazaba y le decía que el peligro había pasado, que se hallaba a salvo. Sin embargo, Hope no contestaba.

—Buscaré un médico —expresó William desde la entrada. Solo le respondió

Roger con un suave cabeceo.

Una vez que el duque se marchó, Riderland se dirigió hacia donde se encontraba Michael. A pesar de que entendía muy bien el deseo de venganza de Norman, debía apoyar la decisión de mantener a Davies con vida. De lo contrario, el joven arruinaría la suya.

—Muchacho, tu padre y yo nos ocuparemos de esta escoria —dijo Roger una vez que se colocó detrás de Norman—. En estos momentos, tu único deber es estar con ella.

O'Brian estaba tan lleno de furia, que deseaba golpear a Davies hasta matarlo. Sin embargo, logró contenerse y soltó al hombre. A continuación, retrocedió un paso y observó con odio a quien había dañado a Hope. Antes de cambiar de parecer, pues sus puños se dirigían instintivamente hacia el rostro del secuestrador, Riderland y Michael intervinieron y, sin esfuerzo alguno, se llevaron a Davies de la habitación. Una vez que los tres traspasaron el umbral de la puerta, Norman se dirigió hacia la cama y se colocó a los pies de esta. En silencio, con el ceño fruncido y apretando los puños, observó la imagen que mostraban Federith y Hope.

—Se ha desmayado —comentó Sheiton mirando al joven.

Este, abatido por la tristeza y el sentimiento de culpa, se arrodilló.

—Lo siento, amor mío. Siento mucho lo que te ha pasado —dijo. Mientras pronunciaba esas palabras, sus ojos se llenaron de lágrimas y su voz se quebró por la tristeza.

Durante los siguientes minutos, Federith y Norman permanecieron en silencio junto a Hope, esperando a que recobrara la consciencia en cualquier instante, pero no sucedió. Parecía que la muchacha no quería regresar a la realidad. De repente, se oyeron pasos en el pasillo y el cuchicheo de una conversación. Ambos miraron hacia la puerta, para averiguar quién llegaba. Cuando apareció William acompañado de un hombre y una mujer mayor, tanto Sheiton como O'Brian relajaron un poco la tensión que vivían.

—He traído al médico y a la comadrona del pueblo. Ellos se encargarán de las heridas de Hope —les informó Rutland para que dejaran a la muchacha en manos de sus cuidadores.

Pero ninguno de los dos se movió. Continuaban en sus sitios como si no hubieran escuchado nada.

—Tenéis que salir —insistió el duque.

Muy a su pesar, terminaron obedeciendo la orden de William. Norman se alzó y caminó hacia la puerta con la cabeza agachada. Antes de abandonar la habitación, volvió a mirar a Hope y su corazón se rompió en mil pedazos al verla tendida sobre el lecho. ¿Qué secuelas tendría después de lo sucedido? En los pocos casos que había llevado mientras era agente, las víctimas raras veces recobraban la vida que habían tenido antes del secuestro. Se volvían personas frías, esquivas, desconfiadas y reacias a cualquier contacto humano. ¿Le pasaría lo mismo a Hope? Él haría todo lo posible para que no sucediera. Sabía que no sería fácil para ella superar las secuelas de una experiencia traumática, pero estaba dispuesto a hacer todo lo que estuviera a su alcance para ayudarla a sanar. Cada cicatriz de su cuerpo, cada herida invisible en su alma, él las trataría con el mayor cuidado y ternura. No permitiría que aquel incidente definiera su futuro. Se aseguraría de que cada paso que diera estuviera respaldado por su apoyo y comprensión. Sí, quería que, en un breve período de tiempo, ella recobrara la seguridad en sí misma y regresara la sonrisa a sus labios. Una vez fuera de la alcoba, miró a William, que se apoyaba en una pared del pasillo y luego observó a Federith, que encajaba la puerta para que el

doctor y la comadrona atendieran a Hope en privacidad. En sus rostros se reflejaba la desesperación por la tragedia.

—No sé qué será de ella a partir de ahora —comentó Cooper—. Lo que he visto... lo que he podido observar en su rostro...

—Mantengamos la calma —expresó Rutland—. Una vez que el médico la examine y nos diga qué le ha ocurrido, sopesaremos qué hacer.

—Si piensan que me separaré de ella, están muy confundidos —dijo Norman con tono severo—. Les recuerdo que Hope es mi mujer.

—No dudamos de tu lealtad, O'Brian. Sin embargo, debes ser consciente de las posibles consecuencias que pueden aparecer. Hope ha permanecido a solas con Davis bastante tiempo.

Norman comprendió con rapidez qué pretendía decir el duque, pero no le importaba. Lo único que le preocupaba era que ella despertara y no rechazara su compañía. Porque esa opción podía suceder.

—No me separaré de ella. Me da igual qué haya ocurrido. Seguiré a su lado incondicionalmente —expresó el joven.

—Bien —alegó William mirando a su amigo, que seguía en silencio y pensando en todas las secuelas que tendría su hija después de aquella noche.

El silencio regresó. Este solo fue interrumpido por la conversación que mantuvieron el médico y la comadrona en el interior de la habitación. Los tres intentaron escuchar qué decían, pero no fueron capaces de captar tres palabras seguidas. Eso creó más angustia y ansiedad. Necesitaban saber el alcance de las heridas de Hope para poder determinar qué hacer a continuación. Sin embargo, el tiempo pasaba y no había noticias.

—Hemos dejado a Davies en el establo —comentó Michael cuando apareció junto a Roger—. Lo custodian dos muchachos que se han ofrecido a vigilarlo mientras nosotros decidimos qué hacer.

En ese instante, la ira de Norman regresó y dio un paso hacia delante, con la intención de dirigirse hacia el establo y continuar con su venganza, pero su padre lo frenó. Cuando ambas miradas se encontraron, Michael negó con la cabeza.

—La muerte sería una bendición para él —expresó el marqués para apaciguar la cólera del joven—. Es mejor que la justicia se encargue de su futuro —añadió mirando a Federith.

Por primera vez en su vida, Cooper deseó tomarse la justicia a su placer. Sin embargo, a pesar de sus ganas, estuvo conforme con la conclusión de Roger. Necesitaba ver a Davies en prisión, pagando su crimen. Aunque no tendría una vida tranquila. Ya se encargaría él de que cada segundo que pasara encerrado le resultara una eternidad en el infierno.

—Caballeros —dijo el médico tras abrir la puerta.

—¿Cómo está? —preguntó Norman.

—¿Qué le ha hecho? —espetó Sheiton.

—La joven tiene el rostro deformado por los golpes que ha recibido. He tenido que coser el labio inferior y la ceja izquierda debido a las lesiones. Las inflamaciones de las mejillas

pueden curarse con un ungüento que he dejado sobre la cómoda. Pero esa parte son daños leves que se pueden curar en unos días. Lo que me preocupa es que haya perdido la visión. No he podido comprobar si ve con claridad porque la joven no ha podido separar los párpados de lo hinchados que los tiene.

—¿Ha conseguido hablar con ella? —espetó inquieto Federith.

—Sí, recuperó la consciencia al poco de cerrar usted la puerta —señaló el doctor—. Sé que ahora mismo nada de lo que les diga les parecerá satisfactorio, pero les aseguro que poder hablar con el paciente y descubrir que charla con sensatez después de la atrocidad que le han hecho, es muy alentador. En lo referente a la parte íntima, a priori creo que no ha sido forzada. Pero la señora Watson será quien les dé una respuesta más concreta.

—¿Hay algo más que debemos tener en cuenta? —preguntó William en voz alta lo que todos pensaban.

—Junto al ungüento para las mejillas y labios, encontrarán un bote de analgésicos. Es muy importante que tome tres al día. Uno por la mañana, otro en el almuerzo y otro antes de dormir. Si los dolores son insufribles, puede tomar infusiones de pasiflora, valeriana, lavanda o melisa. En la aldea donde vivimos hay un pequeño establecimiento en el que podrán encontrarlas. Les aconsejo que la joven se mantenga tranquila durante las próximas dos semanas. Momento en el que su rostro comenzará a recuperarse. También les recomiendo que eliminen cualquier espejo de la habitación. Para una joven tan hermosa, no ha de ser fácil ni agradable ver la deformidad que le han causado los golpes.

—Las heridas físicas sanarán —intervino Roger—. Las que nos preocupan son aquellas secuelas que puedan quedar en su mente.

—Esas tendrán que tratarse con paciencia, milord. Aunque deduzco, por cómo se ha defendido de su agresor, que la joven es fuerte y podrá recuperarse con prontitud.

—Haremos todo lo posible para que eso suceda —contestó Riderland.

—¿Necesitan algo más de mí? Si no es así, bajaré y esperaré en el salón a la señora Watson —comentó el doctor mirándolos.

—Lo acompaño —dijo William al comprender que el propósito del médico era retirarse para pedir sus honorarios.

Mientras se alejaban por el pasillo, Norman sintió de nuevo una presión sobre su hombro derecho. Al mirar hacia ese lado, descubrió que era su padre quien intentaba transmitirle, a través de la mirada, sosiego y bienestar. Sin embargo, él no podía sentirse de aquella forma. La necesidad de acabar con el responsable del peor momento en la vida de Hope era tan intensa que cualquier sentimiento de paz y calma se desvanecía de inmediato.

—Creo que la señora Watson va a salir —comentó Roger al escuchar pasos en el interior de la habitación.

Los cuatro hombres estaban atentos y ansiosos frente a la puerta. Todos dirigieron la mirada hacia el pomo, que comenzaba a girar lentamente. En ese momento, contuvieron la respiración de manera involuntaria y ni se percataron de que sus corazones latían rápido. Necesitaban conocer de una vez por todas la verdad para actuar en consecuencia. A pesar de que el doctor les había mencionado que no había indicios de forzamiento, era la matrona quien les ofrecería la información más precisa y definitiva.

—¿Cómo está? —preguntó Federith en cuanto la mujer salió y entornó la puerta.

—El doctor les habrá comentado la situación en la que se encuentra la muchacha. Por mi parte, solo he de añadir que sigue intacta —informó mientras se frotaba las manos, como si se hubiera echado crema y quisiera extenderla por ellas.

—¡Gracias a Dios! —exclamó aliviado Federith.

—¿Quién de ustedes es Norman? —preguntó al mirar a los cuatro.

—Yo —dijo dando un paso hacia ella—. ¿Qué ocurre?

—Nada. Solo quería saber a quién de ustedes llama la joven —respondió.

En ese instante, O'Brian caminó hacia la puerta, la abrió y se adentró en la habitación. Con mucho sigilo y cuidado, se acercó a Hope. Para su alivio, la encontró tendida en la cama, bien colocada y cubierta con una suave y cálida manta. Al situarse a su lado, se arrodilló y tomó una mano de ella. Quería mostrarle a través de aquel escueto roce su apoyo y consuelo.

—Norman... —susurró al conocer quién estaba a su lado.

—Estoy aquí, mi amor —le respondió inclinando su cuerpo hacia ella. Cuando observó las secuelas que había mencionado el médico, el deseo de venganza regresó, pero lo contuvo, pues no era conveniente que Hope descubriera qué pensaba hacer con Davies.

—No lo mates —balbuceó Hope mientras las lágrimas volvían a cubrir sus ojos.

El corazón de O'Brian se hizo añicos al escucharla. Su mujer no se preocupaba por las heridas que el bastardo le había causado, sino por él. Amándola aún más, por esa protección que Hope le ofrecía, colocó su cabeza sobre su rostro y besó con mucha ternura las lágrimas de las mejillas, sus ojos hinchados y sus labios heridos.

—Te lo prometo —dijo al retirarse.

Mientras sentía cómo Hope le apretaba la mano, Roger, Federith, William y Michael entraron en la alcoba. Los cuatro se quedaron de pie alrededor de la cama, observándolos en silencio. Norman apoyó la frente sobre el colchón y no se movió hasta que se percató de que ella se había quedado dormida. En ese instante, soltó la mano de su amada, se levantó despacio, para no despertarla y se dirigió hacia Roger.

—¿Puede acompañarme? —le pidió susurrando—. Necesito que esté a mi lado para poder cumplir la promesa.

—Sí —contestó Riderland.

Acto seguido, los dos abandonaron la habitación. Caminaron en silencio por el pasillo, bajaron la escalera y salieron de la posada de la misma forma. Una vez que ambos estuvieron en el exterior, el marqués le señaló el lugar donde permanecía Davies. A grandes zancadas, Norman se dirigió hacia allí.

—Milord —dijo uno de los guardianes que habían contratado cuando los vieron llegar.

—Por el momento, no os necesitamos. Podéis regresar al salón y pedirle al posadero la mejor botella de *whisky* que guarde en su bodega. Correrá de mi parte —indicó Roger mientras observaba al joven O'Brian despojarse de la chaqueta y lanzarla al suelo.

Cuando los dos hombres se marcharon, murmurando la suerte que habían tenido, Riderland caminó detrás de Norman. No le pediría que calmara su sed de venganza, pero no

permitiría que esta lo condujera a su propia destrucción. En silencio, vio cómo el muchacho examinaba las paredes del establo. No supo qué estaba buscando hasta que observó una sonrisa perversa en sus labios. Roger se quedó inmóvil, contemplando al joven coger un martillo y colocárselo en la espalda.

—Nos vemos de nuevo —dijo Norman al acercarse a Davies, quien permanecía tumbado y dormido.

Este, al escuchar la voz de O'Brian, reaccionó rápidamente y se levantó para defenderse. Pero la superioridad de Norman era notoria. Desde la entrada, Riderland pudo presenciar cómo el muchacho golpeaba al lord sin descanso. Una vez que Davies cayó al suelo, el chico cogió el martillo y machacó las manos del secuestrador hasta que no quedó ni un solo hueso sin romper.



Cuando Norman sació su sed de venganza, Roger accedió al establo. Juntos se aseguraron de que lord Davies quedara bien atado y sin posibilidad de escapar. Luego, ambos regresaron a la posada. En el breve trayecto, O'Brian reflexionó sobre lo que podría suceder a continuación. Su principal preocupación era el bienestar de Hope y tenía la certeza de que Federith intentaría llevársela a Londres. Sin embargo, esa idea no era la más acertada. No solo porque se descubriría el secuestro, sino que ella, además del calvario que padecería recuperándose de las heridas mientras sus familiares la visitaban, tendría que enfrentarse a los rumores que surgirían a su alrededor. No, él no permitiría que Hope se viera envuelta en situación semejante. Lo mejor para ella era quedarse a su lado hasta que se recuperara y una vez sanada, pensarían en qué hacer a continuación.

Al entrar de nuevo en la posada, Norman, con la mirada sombría, recorrió con detenimiento el ambiente que había en el interior de esta. El hedor a decadencia y el desorden que se extendía le recordó el terrorífico episodio que había vivido Hope en manos de Davies. Su ira regresó, al igual que el deseo de volver al establo y retomar su venganza. Pero la razón se antepuso a la cólera y, con paso decidido, caminó hacia la escalera. Su principal objetivo era saber si Hope se había despertado y en qué condiciones se hallaba. Sin embargo, una vez que recorrió la mitad de la sala, la voz de Sheiton resonó desde lo que se suponía que era el comedor de la fonda. Un intercambio de miradas con Riderland bastó para que ambos supieran que debían dirigirse hacia esa dirección. Al llegar y abrir la puerta, descubrieron que Cooper se encontraba de pie frente a la chimenea, con el humo de un cigarrillo serpenteando en el aire. Michael estaba sentado cerca de la lumbre. Su mirada reflejaba la preocupación que sentía por las repercusiones que obtendría la actuación de su hijo. William permanecía de pie, con gesto serio y con su mano apoyada en el hombro izquierdo de su amigo. Los tres hombres se volvieron hacia ellos cuando escucharon el ruido de las bisagras.

—No lo ha matado, si es lo que os preocupa —contestó Riderland a la pregunta silenciosa que los tres se hicieron cuando vieron a Norman con la ropa manchada de sangre—. Aunque mucho me temo que jamás volverá a utilizar las manos —añadió caminando hacia la chimenea.

—¿Por qué están aquí? —espetó Norman con exigencia—. ¿Qué le ha ocurrido a Hope?

—Ella está bien —respondió William—. Pero hemos contratado a la esposa del mesonero para que la atienda. La presencia de una mujer mayor, con bastante experiencia en este tipo de casos, la mantendrá calmada mientras decidimos qué hacer a partir de ahora.

—No hay nada qué pensar, la decisión está tomada —aseveró el joven colocándose junto a su padre para que este apoyara lo que iba a exponer.

—¿Qué decisión es esa? —intervino Roger llenando una copa de licor.

—He sopesado las ventajas y desventajas de llevárnosla a Londres, y los inconvenientes son mayores a los beneficios —expresó solemne.

—Explícate —dijo William expectante.

—Como saben, Hope detesta los escándalos y, a pesar de nuestros esfuerzos, los rumores sobre su secuestro se habrán iniciado. En el estado que se encuentra, no será capaz de enfrentarse a la situación que se creará. Tampoco deseo que se la relacione con Davies.

—Entonces, ¿qué propones? —preguntó Michael, aunque ya se imaginaba qué pretendía decir su hijo.

—Creo que la mejor manera de protegerla es quedándose aquí conmigo.

—No estoy de acuerdo —expresó Federith tras lanzar el cigarrillo a la lumbre—. Mi hija ha pasado por un infierno y necesita estar en casa, rodeada de los suyos.

—¿De verdad cree que Hope necesita vivir ese suplicio? —perseveró Norman.

—La familia aliviará su pesar y la ayudará a sanar —expresó Federith con solemnidad.

—Hope no recibirá visitas y ni mucho menos si son miembros de su familia. Si se la lleva a Londres, permanecerá encerrada en su habitación y, ¿qué sucederá allí? No dejará de pensar en la agresión de Davis y las consecuencias que obtendrá no serán buenas para su recuperación. Al contrario, se sumirá en una depresión tan inmensa que le resultará difícil salir de ella.

Los cinco se quedaron en silencio. En el comedor solo se escuchaban las voces que provenían del salón de la posada y el crujir de la leña al quemarse. William miró fijamente a Norman y luego a su amigo Federith. Comprendía la desesperación de ambos y la decisión de resolver la situación, pero ¿cuál era el verdadero objetivo del joven?

—Si Hope se queda aquí contigo, ¿qué ocurrirá después de que su rostro vuelva a ser el que era? —preguntó el duque, rompiendo de una vez por todas el silencio que habían creado.

—Como habíamos anunciado el compromiso antes del secuestro, creo que lo mejor para todos es que se corra la voz de que Hope y yo nos hemos escapado. La razón o excusa o lo que deseen explicar debería incluir que ambos estamos tan profundamente enamorados que no podíamos esperar meses para casarnos. De esta manera, desviaremos la atención de los rumores sobre el secuestro y la reputación de Hope no se verá en peligro.

—¿Escapada de enamorados? ¿Estás seguro de que eso resolverá las cosas? —intervino Riderland, que no le cabía ninguna duda de que eso mismo estaba pensando su amigo Cooper.

—Sí —aseguró Norman—. Si la sociedad cree que nos hemos marchado voluntariamente por amor, desviarán su atención a los rumores que se han podido crear respecto a Davies. Además, nos permitirá regresar a Londres sin tener que enfrentarnos a preguntas incómodas sobre dicho asunto.

Federith examinó con seriedad al joven O'Brian. No relajó su preocupación a pesar de que los ojos del muchacho expresaban una confianza inquebrantable. De repente, sintió una mano tranquilizadora sobre su hombro. Se volvió lentamente hacia ella, encontrándose con la mirada serena de William. Este asintió con calma, infundiéndole la confianza para que tomara la decisión más difícil de su vida: dejar a su hija en manos de otro hombre. Él había esperado que Hope saliera de su hogar mucho más tarde que Eric, pero las circunstancias habían cambiado

drásticamente la vida de toda la familia. ¿Qué diría su esposa cuando le contara lo que había sucedido? ¿Cómo se tomaría la noticia de que Hope regresaría a Londres agarrada del brazo de un marido? ¿Qué actitud mostraría cuando le contara la situación en la que había quedado el rostro de su hija? Federith respiró hondo e intentó pensar con claridad. Lo mejor para Anais era no saber nada al respecto. Solo le diría que, cuando hallaron a Hope, decidieron que la mejor forma de resolver la situación era anunciar que se había escapado con Norman y que los dos regresarían a Londres convertidos en un matrimonio.

—Lo que propone el muchacho es la mejor solución —dijo William, sacándolo de sus pensamientos.

—¿Creéis que ella estará de acuerdo con la decisión que se ha tomado? —espetó Cooper mirando a todos.

—Supongo que sí —accedió Roger—. Si no recuerdo mal, había aceptado a Norman como su futuro esposo días antes.

Otro silencio volvió a crearse entre ellos...

—¿Estás realmente seguro de lo que pretendes hacer? —insistió en saber Federith, dirigiendo la pregunta al muchacho.

—Sí, lo estoy. Amo a Hope, y el hecho de casarme con ella en circunstancias diferentes a las que había pensado, no cambia nada —respondió con determinación y con la expresión de profundo compromiso en su mirada.

—En ese caso, acepto tu propuesta —dijo Cooper—. Cuéntame qué necesitas para cuidar de mi hija en las próximas semanas y lo tendrás mañana al amanecer.

—Además de una licencia especial, sería conveniente que nos hiciera llegar todo aquello que Hope puede necesitar como vestidos, zapatos, sombreros, abrigos, guantes...

—Lo tendrás —aseguró el barón extendiendo la mano hacia su futuro yerno—. Bienvenido a la familia, Norman. Espero que ames y protejas a Hope mientras estés a su lado.

—La amaré con todo mi corazón y la protegeré con mi vida —expresó el joven con determinación y emoción.



Media hora después del juramento, cuando los demás partieron hacia Londres con Davies, Norman subió la escalera que lo conducía a la segunda planta. El tener que hablar con Hope sobre la decisión que habían tomado lo inquietaba, y la firmeza que mostró ante Federith se desvaneció. ¿Cómo reaccionaría Hope cuando le contara la manera en que habían resuelto el problema? ¿Aceptaría la decisión? La incertidumbre era tal, que notaba los fuertes latidos de su corazón en la garganta. Parecía un niño que había hecho algo malo e intentaba ocultárselo a los padres. Una vez que se colocó frente a la puerta de la habitación, se preparó para enfrentarse al posible rechazo, porque cabía la posibilidad de que Hope se negara a seguir el plan. ¿Cómo debía comenzar la conversación? ¿Era conveniente que no le dijera nada aquella noche y esperara al

amanecer? ¿Qué debía responderle si le preguntaba dónde estaban su padre y tíos? Solo tenía dudas e inseguridades... Exacto, el hombre que le juró a Federith que amaría y protegería a su hija, el mismo que no sintió ni un ápice de compasión cuando Davies le rogaba que lo perdonara, temía saber qué pensaba su amada sobre el futuro que le deparaba.

Justo antes de girar la manivela, y enfrentarse de una vez por todas a la verdad, una voz desconocida resonó en el interior. Dedujo con rapidez que se trataba de la esposa del posadero. Esa que mencionó el duque al verlo aparecer tras su visita al establo. Norman sintió curiosidad por saber qué le podía decir a Hope una mujer ajena a ellos. Sin hacer apenas ruido, pegó la oreja a la puerta y contuvo la respiración para poder escuchar con claridad.

—Tranquila, querida. Sé que está pasando por momentos difíciles, pero todo se calmará con el paso de los días. Estos moretones e hinchazones desaparecerán pronto, se lo prometo. Mi esposo ha recibido golpes mucho peores en su tiempo y le aseguro que no tiene ni una sola cicatriz en el rostro. —La posadera se inclinó con ternura hacia Hope, quien yacía inconsciente en la cama y le acarició suavemente la mejilla magullada, como si quisiera transmitirle consuelo a través del tacto—. Es una muchacha fuerte, lo sé —prosiguió con sus palabras de aliento, adoptando un tono más decidido—. Sé que superará esto con gracia y valentía. Además, no lo hará sola, ¿verdad? Supongo que el joven que he visto subir en primer lugar es su amado. Él, si realmente la ama, la ayudará a eliminar de su mente este horrible episodio. No será fácil y cuando se despierte todo será incómodo y aterrador, pero se sobrepondrá con el paso del tiempo.

O'Brian decidió entrar al fin. La puerta se abrió con un suave gemido, revelando una pequeña habitación iluminada por las tenues luces de la luna que se filtraban por las dos ventanas. Bajo el dintel de la puerta, se quedó parado, observando con más detalle la estancia antes de avanzar. La modesta habitación, con cortinas de mala calidad y finas, apenas proporcionaba intimidad con el exterior. Afortunadamente, la posada estaba situada lo bastante lejos de otras viviendas como para no preocuparse por miradas indiscretas. El parpadeo de velas, gastadas por el paso del tiempo, ofrecía un ambiente bastante tétrico. La luz destellaba en la chimenea, donde una lumbre ardía, probablemente avivada por la esposa del mesonero para mantener caliente a Hope. Dos cuadros colgaban de las paredes, representando animales, pero los marcos parecían rotos, como si el paso de los años hubiera dejado su marca en ellos. Una pequeña mesa con dos sillas se encontraba en el lado izquierdo de la habitación, justo bajo una de las ventanas. Ya no había platos sucios, vasos o botellas. Ahora lucía limpia, como si lord Davies no hubiese cenado allí.

—Señor —dijo la esposa del mesonero al verlo aparecer.

Norman advirtió que se trataba de una mujer de unos cincuenta años, con lo cual confirmó las palabras de William. No era lo mismo que Hope se despertara y encontrara a una joven sin experiencia en la vida, a una mujer que, por el entorno en el que vivía, estaba cultivada en todo tipo de situaciones. Cabello recogido y sin un bucle sobre su rostro, evitando de esta manera que su pelo entorpeciera su labor. Llevaba un mandil blanco sobre la cintura de un vestido austero, muy adecuado para cualquier esposa que no solo quiere pasar desapercibida, sino que también desea evitar problemas a su esposo. Sus mangas estaban arremangadas hasta los codos, mostrando la practicidad y la experiencia de su quehacer diario.

—¿Cómo se encuentra? —preguntó Norman, señalando con la barbilla hacia Hope.

—Desde que llegué, ha estado dormida y no he querido despertarla. Ha balbuceado el nombre de Norman, ¿es usted?

—Sí, soy su prometido —respondió con una mezcla de tristeza y satisfacción al saber que lo mencionaba en su sueño.

—Ahora mismo, lo mejor para ella es descansar —expresó la mujer metiendo el paño, que le había puesto a Hope sobre la cara, en un barreño con agua.

—¿Qué es eso? —espetó O'Brian mirando el balde de metal.

—Cuando me acerqué a la cama y la miré, pude notar que su rostro estaba ardiendo. No quería que su piel se despegara de la carne, así que he estado refrescándola con agua tibia y un ungüento que utilizo desde que mi esposo arrendó esta posada —explicó tranquila. Al notar el recelo del joven, cogió el paño, lo estrujó y se lo ofreció para que lo viera y oliera—. Es un remedio casero a base de plantas que sirve para bajar la inflamación de la piel.

—Perdone mi desconfianza, pero después de lo que ha ocurrido, he de supervisar todo lo que pasa alrededor de ella —respondió Norman tras coger el trapo y percibir las fragancias de la flor de la manzanilla y la menta.

—No me gusta hacer daño, señor, y ni mucho menos a una joven que ha pasado un momento tan horrible. Soy madre y si alguna de mis hijas es raptada, lo único que desearía es que las personas que ella tenga a su alrededor sean piadosas —expresó la mujer tras coger el paño y ponerlo de nuevo dentro del barreño. Luego, depositó el balde sobre la mesita que había en el lado izquierdo del cabecero de la cama, se acercó a Hope, le tocó la mejilla y sonrió al confirmar que su temperatura era normal—. Supongo que con el sedante que le ha dado el médico, ella continuará descansando el resto de la noche.

—Considero que, después de todo, dormir hasta mañana será muy bueno para ella —reflexionó Norman sin dejar de mirar a Hope.

—Y para usted —comentó la mujer acercándose a O'Brian—. Ha de tomarse un tiempo para acicalarse y cambiarse de vestimenta. No sería adecuado que la joven se despertara y lo encontrara con las ropas manchadas de sangre —terminó de exponer al acercarse a Norman—. ¿Quiere que le prepare un baño en otra habitación? Puedo cuidar de ella hasta que usted termine.

—No voy a salir de aquí —aseguró él.

—En ese caso, si le parece bien, puedo hacerle llegar un par de cubos con agua caliente. Ahí —dijo la mujer señalando con el dedo un pequeño biombo que había a la derecha de la chimenea—, encontrará un pequeño palanganero donde asearse. Puedo traerle ropa limpia de mi esposo y usarla mientras lavo y seco la suya.

—Muchísimas gracias por su ayuda —expresó Norman con sincera gratitud.

—No me las dé. Mi deber es ayudar a todas las buenas personas que arrendan una habitación en mi posada —respondió. Le hizo un ligero gesto a Norman con la cabeza y caminó hacia la puerta para preparar todo lo que le había dicho.

Norman se quedó a solas con Hope. La penumbra de la habitación se intensificaba, a pesar de las velas y la luz de la luna llena que se colaba por las ventanas. Con paso lento y cuidadoso, se acercó a la cama donde ella descansaba. Su mirada recorrió cada marca, cada moratón en su delicado rostro. El dolor se apoderó de él al contemplar de nuevo las consecuencias del secuestro. El sentimiento de culpa lo inundó. La rabia brotó nuevamente en su

interior al pensar que no había cumplido su deber de protegerla. Si la hubiera esperado frente a la puerta del tocador de mujeres, todo aquello no habría pasado y el pronto futuro sería diferente. Él había planeado ofrecerle un buen cortejo, en el que Hope descubriera cómo era la personalidad del hombre que se quedaría junto a ella el resto de su vida. Luego, tendrían una boda de la que todo el mundo hablaría. No solo por la noticia de que el nuevo inspector se casaría con la hija del barón, sino por cómo lo celebrarían. Las madres de ambos y la abuela Campbell alquilarían el salón más famoso de la ciudad, contratarían a los mejores músicos del país y obsequiarían a los invitados con una exquisita comida. Ellos bailarían la primera pieza como recién casados. Hope luciría un precioso vestido de novia mientras él llevaría puesto el traje más refinado del sastre de su abuelo. Habría sido un magnífico día, un recuerdo inolvidable para todos. Sin embargo, todo había cambiado.

Justo cuando la tristeza provocó que sus ojos se llenaran de lágrimas, la voz suave de Hope lo interrumpió. Norman se arrodilló a su lado y notó un terrible dolor en el corazón al descubrir que ella lo llamaba. Tomando con cuidado una de sus manos, se la acercó a los labios y le dio un tierno beso.

—Estoy aquí, cariño. Nada malo puede sucederte, te lo prometo —susurró con una mezcla de ternura, devoción y el firme compromiso de protegerla hasta que le llegase la muerte.

Hope no le contestó, continuaba sumergida en un sueño profundo o, posiblemente, en una pesadilla. De ahí que lo llamara. Norman no dejó de mirarla, atento por si despertaba. Sin embargo, por suerte para ella, seguía dormida, ajena a todo lo que acontecía a su alrededor. En el instante que él pretendía acercarse para depositarle un beso en la frente, escuchó que llamaban a la puerta. Con cuidado, dejó la mano de Hope sobre la cama, se levantó y se dirigió hacia la salida.

—Espero que estas prendas le sirvan para pasar la noche. Mañana, antes del amanecer, dejaré las tuyas dobladas en el pasillo —dijo la esposa del posadero cuando Norman la recibió en la puerta—. También le he traído una manta, por si desea descansar en una de las sillas —añadió caminando hacia el interior de la alcoba.

Antes de que ella pudiera confirmar que Hope seguía en la cama, Norman transportaba las dos cubetas de agua caliente hacia la zona de la habitación donde se encontraba el biombo.

—Pasaré por la puerta dentro de un rato, para recoger sus prendas —añadió la mujer dejando todo lo que llevaba en las manos sobre la mesa—. ¿Necesita algo más?

—No, gracias —respondió al volverse hacia ella.

—Entonces, solo les puedo desear que tengan una buena noche. Aunque mucho me temo que no será así —expresó caminando de nuevo hacia la puerta.

—En efecto —respondió O'Brian con seriedad.

—Tenga paciencia, es lo único que puedo aconsejarle —comentó antes de salir.

Cuando volvió a quedarse solo, se dirigió hacia la jofaina. Detrás del biombo, se despojó de sus ropas manchadas, se lavó y se vistió con las prendas que le había traído la buena mujer. Aunque le quedaban enormes, eran lo suficientemente cómodas para pasar la noche. Siguiendo la indicación de la posadera, recogió las sucias ropas y las dejó en el suelo del pasillo. A continuación, echó el cerrojo y permaneció de pie, mirando la habitación. No tenía intención de pasar la noche sentado en una silla. Su propósito era estar junto a Hope por si ella lo

necesitaba durante la velada. Con pasos silenciosos, caminó hacia el lado izquierdo de la cama. Se tumbó con delicadeza y atrajo a Hope hacia él. A pesar de creer que su contacto la despertaría, ella se arrulló en su pecho, como si encontrara en este la paz que anhelaba, y continuó durmiendo. Finalmente, después de un tiempo, el sueño también venció a Norman.



Norman se movió con sumo cuidado en la cama, tratando de no perturbar el sueño de Hope. La suave claridad matutina que se filtraba por las cortinas de las ventanas le permitió ver con mayor nitidez los rastros de la tragedia en la cara de su amada. A pesar de las hinchazones y las heridas que marcaban su ceja y labio, la expresión en su rostro denotaba una sorprendente calma y serenidad. ¿Acaso ella había sentido su presencia durante la noche? ¿Eso le había proporcionado el estado de tranquilidad que mostraba? Estas preguntas daban vueltas en su mente mientras se levantaba con sigilo. Se dirigió hacia una de las ventanas y, tras apartar la cortina, observó el exterior. Pronto la luz del sol iluminaría aquel lugar y Hope se despertaría. La duda sobre cómo comenzar la resolución que habían tomado, le asaltó de nuevo. En el instante que quiso buscar una manera suave de explicarle qué iban a hacer, recordó la conversación con el barón. No tenía tiempo que perder pensando qué decirle a Hope, ya resolvería el problema cuando llegara el momento. Lo importante era prepararse para la inminente aparición de los empleados de Cooper y la descarga de todo aquello que les haría llegar.

Apartando la mirada del exterior, sus ojos recorrieron de nuevo la habitación. Aunque serían bien atendidos por la esposa del mesonero, el lugar no era adecuado para la recuperación de Hope. El recuerdo de lo que le hizo lord Davies, la dañaría. Tomando una decisión firme, concluyó que lo mejor sería buscar una casita en la apacible aldea cercana a la posada. Allí, en el tranquilo ambiente rural y con personas ajenas a lo que había sucedido, podrían comenzar el futuro que ambos necesitaban. Un suave murmullo proveniente del pasillo atrajo su atención. Con pasos sigilosos, se acercó a la puerta y la abrió con precaución. Descubrió con entusiasmo que la esposa del mesonero había dejado sobre el suelo sus ropas limpias, una bandeja de comida y los enseres necesarios para poder afeitarse. Tras confirmar que no había nadie cercano a la habitación, y agradecido por la buena atención de la mujer, cogió en primer lugar su ropa y la dejó sobre una silla. A continuación, prosiguió con la bandeja. Con mucho cuidado, para que la leche no se derramara de los vasos, la transportó hasta la mesa, donde la dejó. Por último, a grandes zancadas, volvió a la puerta y recogió la navaja, la brocha y el jabón de afeitar. Cerró la puerta con cuidado y se dirigió hacia el pequeño tocador. Una vez que llenó la palangana de agua, mojó la brocha y el jabón. Cuando se miró al espejo, para comenzar el afeitado, observó que su rostro mostraba el cansancio y la desesperación que había vivido la noche anterior. Este continuaría así hasta que lograra averiguar la opinión de Hope. En silencio y pensando otra vez en la posible reacción de su amada, se afeitó, se quitó las ropas prestadas y se puso las suyas. En el momento que salió de detrás del biombo, su corazón dejó de latir. Hope se había despertado y permanecía sentada sobre la cama, mirando la ventana. Norman se quedó parado, inmóvil, observándola sin atreverse a hablar. ¿Qué podía decirle en aquel momento?

—¿Qué ha pasado con lord Davies? —Hope, sin dejar de mirar hacia la ventana, fue quien hizo desaparecer el incómodo silencio.

—Está vivo, si es lo que te preocupa, pero le ha ocurrido un terrible problema en las manos. Mucho me temo que no podrá usarlas el resto de su vida. —A continuación, caminó

hacia la cama y se detuvo a los pies de esta.

Hope, tras retirar su mirada de la ventana y fijarla en O'Brian, se llevó una mano hacia sus labios para calmar el dolor y la tirantez que sentía al hablar.

—¿Dónde están los demás? —prosiguió con el interrogatorio.

—Regresaron a Londres —contestó observándola sin pestañear.

De repente, los ojos de Hope se cubrieron de lágrimas. O'Brian rodeó la cama y se sentó a su lado. Sin pensárselo dos veces, la abrazó con fuerza. Quería consolarla y aliviar su angustia.

—Hope, cariño, no llores. Todo va a estar bien —expresó con tono cálido y tranquilo, para que ella confiara en sus palabras—. Lo hemos solucionado para que no sufras.

—¿Qué habéis hecho? —dijo entre sollozos mientras se aferraba al brazo de O'Brian que rodeaba su pecho.

—Lo mejor para ti —comentó, pero las palabras se atascaron en su garganta. Mientras intentaba hallar las frases adecuadas le acarició el cabello, para seguir calmándola.

—¿Para mí? —espetó alzando el rostro para toparse con la mirada de Norman.

—Exacto. Tu padre, el mío y tus tíos se llevaron a lord Davies. Él permanecerá en el interior de una celda hasta que se celebre el juicio. Aunque no creo que se le pueda inculpar por tu secuestro, porque este no ha sucedido —declaró mirándola fijamente, esperando cualquier reacción de rechazo.

—No ha sucedido... —murmuró ella agachando la cabeza.

—No —aseveró—. Nadie sabrá sobre tu captura, pero sí que se extenderá el rumor de que los dos nos escapamos por amor.

—¿Cómo dices? —soltó apartándose de Norman con rapidez.

—Después de pensarlo con detenimiento, le ofrecí a tu padre esa alternativa —comenzó a explicar—. Al principio no estuvo conforme con mi decisión, pero cuando escuchó mis razones, aceptó.

—¿Razones? —repitió con una mezcla de enfado y horror—. ¿Qué razones alegaste para que mi padre permitiera que te quedaras conmigo?

—Te amo, Hope, y quiero pasar el resto de mi vida a tu lado.

—¡Es una locura! —exclamó haciéndose tanto daño en los labios que estos comenzaron a sangrar.

Rápidamente, Norman se levantó de la cama, buscó un paño limpio y se lo ofreció. Ella lo aceptó y tras limpiarse la sangre, lo depositó sobre sus piernas.

—No es una locura para mí —respondió él tras ponerse de rodillas y coger sus manos.

—Pero Norman, ¿has pensado en las consecuencias que esto te acarrearán? Eres el nuevo inspector de Scotland Yard y el hecho de que se extienda el rumor de que te has escapado conmigo, puede afectar a tu carrera —comentó ella sintiendo el confort que le aportaban aquellas grandes y cálidas manos sobre las suyas.

—¿Todas tus dudas se deben a mi trabajo? —preguntó con un halo de felicidad.

—¡Claro! —contestó Hope con firmeza.

—¿No te opones a estar conmigo? —perseveró en saber.

—No. Antes de que fuera secuestrada, ya había decidido convertirme en tu esposa, pero no creo que...

Hope no tuvo tiempo de continuar hablando porque Norman se levantó y volvió a abrazarla. Esta vez, el abrazo fue diferente; la intensidad de este revelaba la felicidad que sentía. Su cuerpo la envolvía con una calidez que irradiaba amor y alegría. Aquellos brazos, que la rodeaban con ternura, le aportaron tanta seguridad y protección, que Hope se emocionó. Despacio, ella respondió a ese abrazo, procurando expresar que su amor era correspondido. Sonrió al descubrir que él suspiraba de alivio. ¿Cuánta agonía había vivido hasta averiguar que ella lo aceptaba? Y lo hacía no por evitar los rumores sobre su secuestro, sino porque durante todo el tiempo en el que permaneció raptada sus únicos pensamientos eran sobre él. Hope cerró los ojos cuando los dedos de Norman le acariciaron la espalda. Aquellas ligeras caricias sanaban todo el dolor que sentía su alma después de la agresión. De repente, ella pensó en cómo le había quedado el rostro después de sufrir tantos golpes.

—¿Qué te ocurre? —preguntó Norman al percibir el cambio de emoción de Hope.

—Quiero ver mi rostro —contestó al separarse de él—. Necesito saber qué me ha hecho.

—¿Estás segura? —dijo dudoso.

—Sí —contestó con firmeza.

Esa valentía que mostraba Hope lo sorprendió. Cualquier mujer en su situación habría evitado descubrir las secuelas del peor momento de su vida. Sin embargo, Hope deseaba verlas. ¿Con qué propósito?

—Está bien —claudicó apartándose de la cama—. Pero quiero que sepas que tu rostro mejorará en unas semanas. El médico que te ha atendido nos ha dado instrucciones de cómo sanarlas para que estas desaparezcan sin dejar huellas —añadió mientras le ofrecía las manos para que ella pudiera levantarse y dirigirse al tocador.

—Supongo que me das esa información para que no me ponga a gritar cuando me vea —expresó Hope al poner los pies en el suelo—. Tranquilo, no voy a ponerme histérica. Solo quiero verme y confirmar mis sospechas.

Hope soltó las manos de Norman y, con una mezcla de temor y determinación, caminó hacia el biombo, al deducir que allí encontraría el espejo en el que poder observarse. La suave luz matutina se filtraba por las cortinas, pintando la habitación con tonos cálidos que contrastaban con la tensión palpable en el aire. El suelo de madera crujía ligeramente bajo sus pasos, añadiendo un sonido tenue, pero perceptible al momento. Cuando se colocó frente a este y contempló su reflejo, soltó un largo suspiro. A pesar de que sus ojos estaban hinchados y que no podía ver con demasiada claridad, descubrió las horribles secuelas que había dejado la ira de lord Davies. Al analizar con meticulosidad cada marca, comprendió las razones detrás de la decisión de su padre. No solo aceptó la oferta que le hizo Norman por el amor que este le profesaba, sino también quiso protegerla de todo lo que ocurriría si ella regresaba a su hogar en aquellas circunstancias. ¿Cómo reaccionaría su madre? ¿Y sus tías? Lo mejor era, tal como habían determinado, quedarse alejada de todos hasta que se recuperara. Cuando regresaran a Londres, la pesadilla habría terminado y aparecería agarrada del brazo de su esposo. Al pensar en ello, volvió

a suspirar. El amor que él le había dicho era real. No estaba con ella para alcanzar una fama social, como habían deseado sus anteriores pretendientes. Para Norman carecía de importancia su reputación, lo había demostrado al insistir en que se hablara de una escapada amorosa sin darle valor a los inconvenientes que eso le aportaría a su cargo. Él la amaba y deseaba estar a su lado en su peor momento. El corazón de Hope latió acelerado al pensar en ello. Nunca habría imaginado que el hombre que la lanzó al suelo, al creer que era una criminal, se convertiría en una persona tan importante en su vida.

En el instante que pensó retirarse, notó la presencia de O'Brian detrás de ella. Apartó la mirada de su propia imagen y observó el rostro preocupado de Norman a través del espejo.

—¿Estás bien? —le preguntó inquieto.

—Deduzco que esto no desaparecerá en un par de semanas —murmuró, tratando de ocultar su verdadera angustia tras un tono burlón.

—Nos tomaremos el tiempo que sea necesario —expresó al cogerla por la cintura.

Esa cercanía, la reconfortó de nuevo. Ahora comprendía cómo su padre era capaz de enfrentarse a todos los problemas que surgían en su trabajo. El apoyo de un ser que te ama, era vital para lograr superar cualquier adversidad. Para expresar con un gesto lo que a veces no era capaz de expresar con palabras, debido a su carácter esquivo, se giró hacia Norman y lo abrazó con fuerza. Quería mostrarle no solo su amor hacia él, sino también su gratitud por estar a su lado.

Norman le respondió inmediatamente, la rodeó con sus brazos para que sintiera su ternura y protección. Esa cercanía, esa forma de hallarse, generó una conexión entre ellos más allá de un acto romántico. La complicidad entre ellos se fortaleció, haciéndolos fuertes para luchar contra todo lo que sucedería con el paso de los días. Justo cuando, mirándola a los ojos, se disponía a darle un tierno beso en los labios, para sellar aquel acto de amor y conexión, el bullicio repentino en el exterior de la posada interrumpió el momento íntimo. Relinchos de caballos y voces resonaron, haciéndoles volver a la realidad: no estaban solos. Había vida fuera de la habitación. O'Brian gruñó a modo de disgusto al tener que frenar su deseo de besarla, pues era consciente de que los sonidos que escuchaban provenían de quienes había enviado Cooper para hacerles llegar todo lo que necesitarían. Con resignación, se separó suavemente de Hope y caminó hacia la ventana para confirmar su presentimiento.

—Han llegado —expresó al retirar la mirada de la ventana.

—¿Quiénes? —preguntó Hope inquieta.

—No he tenido tiempo de explicarte que ayer acordé con tu padre que hoy enviaría todo lo que puedas necesitar para estar cómoda durante el tiempo que nos quedemos aquí —explicó caminando hacia ella.

La expresión del rostro de Hope cambió. Reflejó horror ante la idea de permanecer en la posada, llena de recuerdos desagradables. O'Brian, comprendiendo lo que ella pensaba, se colocó en frente, le cogió ambas manos y se las besó.

—He pensado en arrendar una pequeña casa en la aldea que hay próxima. Te prometo que la conseguiré esta misma mañana. Mientras me ocupo de ello, la esposa del posadero, una mujer encantadora y bondadosa, estará aquí para ayudarte.

Ella asintió, mostrando un gran alivio ante la sabia idea de Norman. Él, con

ternura, le dio un beso suave en la frente, como corta despedida, y salió de la habitación con celeridad. Sola, sin sentir la protección que le ofrecía O'Brian, se abrazó a sí misma, caminó hacia la ventana y observó el barullo que los sirvientes enviados por su padre estaban formando al descargar el carruaje.



Norman corrió por el pasillo y bajó las escaleras con la misma prisa. Solo frenó su carrera cuando descubrió a la mujer del posadero limpiando las mesas que había en la planta. Se dirigió hacia ella, con varias ideas en la cabeza.

—Buenos días, señora...

—Wells —respondió la mujer.

—Buenos días, señora Wells. Gracias por hacerme llegar mis ropas limpias, la bandeja con el desayuno y los enseres para poder afeitarme.

—Es lo mínimo que podía hacer —contestó ella con cierta timidez, pues no estaba acostumbrada a que reconocieran su trabajo.

—Necesito pedirle un favor, ¿tiene tiempo o es un mal momento? —preguntó Norman con la esperanza de poder cumplir la promesa que le hizo a Hope.

—¿Qué desea? —respondió soltando el paño que tenía en la mano derecha sobre la primera mesa que había hallado.

—La señorita Cooper se ha despertado.

—¡Gracias a Dios! —exclamó la señora Wells llevándose las manos al pecho.

—Aún sigue aturdida y, a pesar de no querer expresarlo, asustada. Le he hablado de usted y le he dicho que puede atenderla mientras yo organizo todo aquello que nos han traído.

—Cuente conmigo —dijo con rapidez.

—En el instante que averigüe qué transportan, enviaré un sirviente con el baúl de ropas de la señorita para que pueda cambiarse. Si no es mucha molestia, me gustaría que el vestido que lleva puesto lo haga desaparecer. No quiero dejar más pruebas del horror que ella ha padecido.

—Considérelo hecho —admitió firme.

—Por último, me gustaría preguntarle si conoce a alguien en la aldea que pueda arrendarme una casita. Aunque su atención es tremendamente buena y afortunada para nosotros, considero que ella no debe permanecer más tiempo aquí.

—Lo entiendo —respondió con un largo suspiro—. Creo que el panadero podrá ayudarlo. Es el más rico de la zona y el dueño de varias casas. Vaya directamente hacia él y pregúntele. Seguro que estará encantado de arrendarle alguna —le informó.

—De nuevo, señora Wells, muchas gracias —expresó Norman con sincera gratitud.

—De nada —contestó la mujer.

Mientras Norman se dirigía hacia la salida, la señora Wells caminó hacia la cocina para preparar varios calderos de agua caliente. Debía ayudar a la muchacha y lo primero que iba a hacer era eliminar de su cuerpo cualquier huella que hubiese dejado su captor la noche anterior.

XXII



Norman salió de la posada y se encontró con un ambiente de frenética actividad en el exterior. Los empleados de Cooper descargaban cajas y baúles del carruaje, algunos de los cuales estaban atados al techo. Con las manos en la cintura, observó el lugar, satisfecho de ver que todo estaba llegando como se esperaba. Mientras caminaba hacia el carruaje para inspeccionar la mercancía, la voz autoritaria de su padre se oyó por encima del bullicio.

—¡Cuidado con ese baúl! —ordenó Michael O'Brian.

Norman lo buscó entre la multitud y, al encontrarlo, una mezcla de felicidad y ansiedad lo invadió. La alegría emanaba de la certeza de que él siempre estaría a su lado para apoyarlo en cada decisión que tomase. La ansiedad, en cambio, provenía por la necesidad de conocer la reacción de ambas familias ante la resolución que habían tomado. ¿Cómo habrían actuado tras la noticia? ¿Habrían silenciado los rumores sobre lord Davies y Hope? Con una mezcla de emociones, Norman caminó hacia su padre, dispuesto a averiguar la verdad y pedirle que lo ayudara a buscar una vivienda en la que poder residir las próximas semanas. Sin embargo, su propósito se vio interrumpido cuando un empleado se acercó a él.

—Señor O'Brian, buenos días —lo saludó.

—Buenos días —contestó retirando la mirada del tumulto de gente para centrarse en quien le hablaba.

—¿Dónde quiere que descarguemos todo lo que hemos traído?

—En un principio, no saquen nada salvo el baúl en el que se encuentre el vestuario de la señorita... de mi esposa —rectificó rápidamente—. Llénenlo a la posada y el dueño les indicará dónde han de dejarlo.

—¿Y lo demás? —preguntó intrigado el lacayo.

—Deben dejarlo donde está —aseveró—. ¿Le ha pedido el barón que vuelva de inmediato?

—No, señor. Su Excelencia nos ha dado la orden de que permanezcamos aquí el tiempo necesario —explicó.

—Bien, en ese caso, hagan lo que les he pedido. Mientras busco otro lugar donde descargar lo que nos ha proporcionado lord Sheiton, pueden permanecer en la posada para descansar —indicó mirando de nuevo hacia su padre, que había descubierto su llegada y se acercaba a paso rápido.

—Así se hará —expresó el empleado antes de marcharse y cumplir con su tarea.

Michael se dirigía hacia su hijo cuando el lacayo que había hablado con él regresaba al carruaje. Escuchó lo que este le indicaba al resto del personal y se extrañó del inesperado mandato. ¿Qué había ocurrido para que no se pusieran a descargar inmediatamente? Intrigado, recortó rápidamente la distancia que había entre ellos.

—Buenos días, padre. Gracias por venir —dijo cuando se colocó frente a él,

extendiéndole la mano para saludarlo.

Michael lo miró, intentando averiguar en la expresión del rostro qué le había ocurrido desde que él se había marchado. A pesar del cansancio que mostraba su semblante, sus ojos irradiaban felicidad.

—Buenos días, hijo mío —le respondió tras cogerle la mano y tirar de él para darle un fuerte abrazo—. ¿Cómo va todo?

—Bien —contestó Norman con un suspiro de alivio—. Hope ha dormido durante toda la noche y cuando se despertó, mostró bastante entereza al contarle qué íbamos a hacer.

—Me alegro —dijo Michael tranquilizando los nervios que lo habían acompañado desde que se marchó la noche pasada.

—¿Qué hicieron cuando llegaron a Londres? ¿Han tenido muchos problemas? ¿Cómo se han tomado la noticia nuestras familias? —inquirió Norman con curiosidad.

—Tienes muchas preguntas y quiero responderte a todas —expresó Michael con una amplia sonrisa—. Pero antes, me gustaría saber el motivo por el que el lacayo ha indicado que no han de bajar nada del carruaje.

—He pensado que lo mejor para Hope es buscar otro lugar donde residir el tiempo que permanezcamos aquí —explicó tranquilo.

—¿Hacia dónde quieres ir? —espetó curioso.

—A la aldea —contestó, señalando la dirección de dicho lugar con la barbilla—. La esposa del mesonero me ha dicho que he de buscar al panadero y eso me propongo hacer. No quiero que Hope pase más tiempo aquí.

—En ese caso, te acompaño y, durante el trayecto, te cuento qué ha ocurrido.

Una vez que tomaron el camino hacia la aldea, Michael le contó que lo primero que hicieron al llegar a Londres fue dirigirse a Scotland Yard para meter en una celda a lord Davies. Le explicó que Borshon los estaba esperando con dos agentes y que, al verlos aparecer, les dijo que no tenía ninguna duda de que lograrían atraparlo antes del amanecer. Norman sonrió, satisfecho por la confianza que el director mostró a su padre y a los demás. Aunque la sonrisa se eliminó de su rostro al escuchar la segunda parte. La madre de Hope montó en cólera cuando los vio llegar sin su hija. No aceptó que ella se quedara con Norman, ni lo que habían planeado. Sin embargo, gracias a la ayuda de la duquesa de Rutland y de la marquesa de Riderland, se calmó y recapacitó. Su madre y abuelos también estaban en la residencia de lord Sheiton en ese momento, pero ninguno de ellos quiso intervenir, pues comprendían la desesperación de la madre. Antes de que todos se retiraran a sus hogares, la baronesa habló con la madre de O'Brian y le pidió disculpas por su comportamiento. Le dijo que no estaba en contra de que Norman y Hope se casaran, pero que no estaba de acuerdo con las circunstancias en que debían hacerlo. Al tener solo una hija, ella planeó ofrecer una boda tan espectacular que no olvidarían jamás. April la comprendió perfectamente, pues ella había pensado lo mismo para su hijo. Finalmente, en un momento cargado de emoción y ante la mirada atenta de todos, Anais abrazó a April, y ambas madres compartieron un llanto que marcó la unión de las dos familias.

Norman, en todo momento, escuchó con atención. Para él, era muy importante que la madre de Hope aceptara su decisión y le reconfortó el saber que había terminado haciéndolo. Pero había otra duda que él deseaba averiguar...

—¿Han confirmado que ha desaparecido cualquier rumor sobre el secuestro? —preguntó para responder a esa parte de la historia que tanto le preocupaba.

Michael le dirigió una mirada seria y asintió antes de responder.

—Sí y, tal como habías supuesto, este comenzaba a extenderse. Sin embargo, una de las cosas que acordamos en la residencia del barón fue propagar vuestra huida romántica. De hecho, tu abuelo ha salido esta mañana bien temprano con el firme propósito de aparecer en todos los salones sociales en los que puede entrar y hablar sobre el casamiento de su nieto con la hija del barón de Sheiton. Supongo que, a lo largo del día, los demás harán lo mismo.

Norman se quedó pensativo, asimilando la táctica que había tomado su abuelo para proteger la reputación de Hope. La primera persona que se había opuesto a su compromiso, era la misma que comenzaba la misión de extender el rumor sobre la huida de ambos. De todo lo que había acontecido hasta el momento, era lo único que podía denominar como gracioso. Solo esperaba que, cuando permaneciera en esas reuniones sociales, mantuviera la calma si escuchaba algún comentario despectivo hacia su nieto. Aunque mucho se temía que no lo haría...

—Creo que hemos llegado —advirtió Michael cuando observó las viviendas frente a ellos.

La aldea se extendía con su encanto rural, marcada por la sencillez y la calma que solo esos lugares podían ofrecer. A medida que Norman y su padre se adentraban, las gallinas correteaban por el camino, ajeno al trajín humano, picoteando aquí y allá entre la tierra. El sonido distante de las ovejas y los cencerros de algunos rebaños creaba una sinfonía rural que contrastaba con el bullicio de la ciudad. Unos cincuenta hogares se alineaban a lo largo de las angostas calles, modestos, pero con un aire de dignidad y buena calidad. Las paredes de ladrillo crudo y tejados de tejas rojas resaltaban entre la vegetación de la zona. Plantas trepadoras cubrían las fachadas, dándoles un toque acogedor y rústico. Los campos verdes se extendían alrededor de la aldea, dejando ver huertos y pequeñas parcelas cultivadas por los lugareños. El ambiente era animado por personas con ropas humildes que iban de un lado a otro. Algunos llevaban vasijas llenas de agua, otros cargaban con cestas repletas de frutas y verduras frescas. Un campesino conducía un carro cargado de leños los que, posiblemente, vendería a lo largo del día. En medio de la escena pintoresca, Michael señaló una casa donde a ambos lados de la entrada se apilaban sacos repletos de pan recién hecho.

—Creo que es ahí donde tenemos que dirigirnos —le dijo a Norman, indicando la dirección con una ligera inclinación de la cabeza.

Norman, tras confirmar las palabras de su padre, asintió. Ambos se encaminaron hacia aquella vivienda. Al acercarse, el delicioso aroma a pan recién horneado se filtraba por la puerta entreabierta. El estómago del joven respondió a ese olor con un rugido, recordándole que no había comido nada desde la tarde anterior. Una vez que los dos se colocaron en la puerta, observaron al panadero ocupado en su tarea. Al percibir la llegada de alguien a su pequeño, pero buen establecimiento, alzó la vista y les dirigió una sonrisa amable.

—¡Buenos días, caballeros! ¿Qué desean? —habló con la amabilidad que la experiencia de su oficio le había proporcionado.

—Buenos días —respondieron padre e hijo a la vez.

El panadero, complacido al recibir a nuevos clientes, extendió aún más su sonrisa y comenzó a buscar papel para envolver aquello que le pedirían.

—No venimos a comprar —expresó Norman con rapidez al percibir la confusión del hombre.

—¿No? —espetó este cambiando rápidamente la expresión amable de su rostro—. ¿Qué buscan entonces? —añadió, con un tono más áspero.

—Una vivienda —intervino Michael para apaciguar el recio ambiente que se había creado en una milésima de segundo.

La mirada del hombre volvió a cambiar y la tensión se esfumó.

—La señora Wells me ha dicho que usted es el propietario de varias casas en esta aldea y me gustaría saber si hay alguna disponible para arrendarla ahora mismo.

—¿Para qué la quiere? —preguntó el panadero observando a ambos como si intentara averiguar la respuesta sin la necesidad de que hablaran.

—Acabo de casarme y tanto mi esposa como yo queremos retirarnos del bullicio de Londres y disfrutar de la tranquilidad de esta encantadora aldea —contestó Norman con calma y con una sonrisa en los labios.

—Ya se imagina qué desean unos recién casados —intervino Michael con un toque irónico en su tono para asegurarse de que la petición de su hijo no fuera rechazada.

—Entiendo... —dijo el panadero con un halo de misterio—. Pues va a tener suerte. Al amanecer, mi esposa se ha marchado hacia una de ellas. Da la casualidad que ha decidido limpiarla porque tenía la sospecha de que aparecería alguien para arrendarla —añadió mientras se limpiaba las manos de harina en el delantal.

Norman se volvió hacia su padre y este hizo lo mismo hacia su hijo. A través de ese intercambio de miradas, ambos se dijeron que el doctor o la comadrona que atendieron a Hope ya había puesto en conocimiento de los aldeanos lo sucedido. ¿Qué debían hacer?

—Este lugar es muy pequeño —dijo con seriedad al observar los rostros atónitos—, y es muy difícil que se mantenga en secreto un suceso tan atroz como el que le ha ocurrido a la muchacha. De antemano les digo que la presencia de quienes se hospedan en la posada no es bienvenida a nuestra aldea. Sin embargo, en su caso, nadie de aquí se opondrá a que le arriende una vivienda. Somos gente humilde y trabajadora, que lucha por mantener esta diminuta tierra inglesa en paz y armonía. No rechazamos al matrimonio Wells, porque sobrevivimos gracias a la compra que nos hacen diariamente. Pero como ya habrán descubierto, las personas que visitan la posada no son de buena reputación. De hecho, evitamos cualquier contacto con ellos. Sin embargo, tras conocer la noticia, la aldea esperaba la llegada de la joven secuestrada y el prometido que ha ido en su búsqueda para salvarla. Si al final, sabiendo que conocemos lo ocurrido, decide quedarse con su prometida aquí, le aseguro que recibirán toda la ayuda que necesiten hasta que decidan marcharse —añadió el panadero.

Pasaron unos breves momentos de silencio en los que tanto Norman como Michael se encontraban perdidos en sus pensamientos. Fue el joven quien, tras reflexionar con calma, decidió romper el silencio.

—Aprecio la sinceridad de sus palabras, y con la misma franqueza le responderé. Efectivamente, mi prometida fue secuestrada, y aunque llegamos con prontitud, su captor la agredió. Supongo que el médico o la comadrona que la atendieron también le habrán informado sobre eso.

El panadero asintió.

—Mi único propósito es que ella se recupere, no solo de las heridas de su rostro, sino también emocionalmente, ya que no es fácil olvidar una situación tan horrenda. Si me asegura que nadie en la aldea hablará sobre lo sucedido, estoy dispuesto a arrendar la vivienda que su esposa está preparando en estos momentos.

—Nadie lo hará —declaró con firmeza.

—En ese caso, si es tan amable, nos gustaría que nos la mostrara. Queremos transportar y colocar todo lo que ha llegado de Londres antes del almuerzo.

—Si la quiere, pueden acceder a la vivienda en cualquier momento. Estoy seguro de que mi esposa ya ha encendido la lumbre y ha llenado la alacena con todo aquello que, solidariamente, han ofrecido los aldeanos.

Norman, aturdido por la emoción, buscó la mirada de su padre. Este, reconociendo la conmoción que sentía su hijo, posó una mano sobre su hombro para tranquilizarlo. Después de todo el tormento que habían pasado, finalmente encontraban un rayo de esperanza para liberarse de esa pesadilla.



Desde que la señora Wells se marchó porque debía trabajar en la cocina para preparar el almuerzo de los huéspedes, ella permaneció junto a la ventana, contemplando el camino que conducía a la aldea que mencionó Norman. Observó que regresaba el carruaje. Una hora después de la partida de su amado, apareció un joven de la aldea, posiblemente enviado por él, para informar a los lacayos sobre el lugar donde debían dirigirse para descargar todo lo que habían traído. O'Brian, como le había prometido, había encontrado la casa en la que vivirían las próximas semanas. Mientras el suave polvo que se había formado a lo lejos indicaba la prisa que tenía el cochero por regresar, reflexionó en el tiempo que había pasado desde que él se había marchado. Tal como le dijo, la esposa del mesonero era una mujer encantadora. Con ternura y voz cálida apareció en la habitación dispuesta a ayudarla. Lo primero que había programado era que ella tomara un baño. La sensación del agua caliente y el olor al jabón que su madre había guardado en el baúl, la reconfortaron. Como no podía ver su rostro reflejado en ningún espejo, tenía la sensación de que, efectivamente, se había escapado junto a su amado e iba a iniciar una nueva vida conyugal.

Retiró la mirada del exterior y la fijó en la mesa de la habitación. En la bandeja solo quedaba el desayuno que no había tomado Norman. Ella, gracias a la considerada ayuda de la señora Wells, se bebió la leche y comió una tostada a pesar del dolor que tenía en los labios y la mandíbula. El bullicio que se creó en el exterior le anunció que el carruaje había llegado a la posada y que no tardaría mucho en salir de allí. Volvió a mirar hacia fuera y observó la imponente figura de Norman bajando del carruaje. Al segundo, halló también a su padre. Este habló con su hijo y sacó de un bolsillo de su chaqueta una pequeña bolsa de terciopelo negro. Se la dio y, después de una breve conversación, Michael O'Brian se metió en el carruaje y emprendió el camino de regreso a Londres junto a los lacayos.

Hope se apartó de la ventana y se dirigió hacia la cama. La señora Wells le había dejado sobre esta un sombrero gris, en el que cosió sobre la parte delantera un largo velo que le ayudaría a ocultar su rostro. Se acercó a él y lo cogió. Luego, caminó hacia el espejo para ponérselo. No quería hacer esperar a Norman. Además, necesitaba dejar aquel lugar lo antes posible. Sin embargo, al observar su reflejo difuminado por la gasa y esperar con ansia su llegada, no escuchó la puerta abrirse, ni pasos en el pasillo. ¿Qué estaría haciendo para no subir a buscarla? La inquietud la asaltó al no tener la respuesta. ¿Habría tenido algún percance al entrar? Se retiró del tocador y caminó despacio hacia la puerta. Cuando puso la mano sobre el pomo para girarlo, ese ruido que ella anhelaba surgió. El corazón de Hope latió deprisa y toda la ansiedad se esfumó. Norman estaba allí. Para no mostrar ansiedad y preocuparlo, se dirigió hacia los pies de la cama y se sentó. Cuando la puerta se abrió, ella se giró para verlo. El bienestar que sintió al tenerlo cerca, se mantuvo oculto en su corazón.

Norman accedió a la habitación con una mezcla de incertidumbre y urgencia. Quería verla y confirmar que se hallaba bien. Tan pronto como la vio, la observó detenidamente. El hecho de no poder contemplar su rostro, ni la expresión de sus ojos debido al velo que colgaba del sombrero, no le agradó, pero entendía que era la única forma que había hallado para protegerse de miradas indiscretas. En cuanto llegaran a la vivienda, se lo quitaría. ¿Le gustaría a Hope el humilde lugar? Esperaba que así fuera. Aunque no era demasiado grande, la casa de una sola planta emanaba calidez y confort. El calor de la lumbre ofrecería un ambiente acogedor que la ayudaría a sentirse cómoda y no extrañaría demasiado su hogar en Londres.

—¿Estás bien? —preguntó, colocándose frente a ella.

—Sí —respondió Hope, levantándose de la cama.

Antes de que pudiera hacerlo por completo, las manos de Norman capturaron las suyas, ofreciéndole su apoyo.

—Siento la tardanza —se disculpó mientras ella se colocaba frente a él—. Antes de subir, creí oportuno pagar los honorarios de la señora Wells y solicitarles un carruaje para llevarte a la aldea. Ahora, nada nos retiene en este lugar —añadió, como si hubiera intuido la impaciencia de Hope.

La conexión entre ellos era evidente, y esa complicidad llenaba de felicidad a la joven. Aunque guardaba en secreto las emociones que Norman le inspiraba, esperaba que, con el tiempo, pudiera expresarlas con la misma facilidad que él.

Sintió cómo le colocaba el brazo alrededor de su cintura, ofreciéndole su apoyo incondicional. A continuación, con suavidad y prudencia, la condujo hacia la puerta. Hope se sintió tan protegida, que el horror padecido la noche anterior casi podía olvidarlo. En silencio y juntos, caminaron por el pasillo, descendieron la escalera y al llegar a la planta inferior, se encontraron con la señora Wells, que, por la sonrisa que les ofreció, los estaba esperando para despedirles.

—Muchas gracias por toda su ayuda —expresó Hope, sin apartarse de Norman.

—Ha sido un verdadero placer —respondió la amable mujer—. Estoy segura de que estará bien atendida, pero recuerde que puedo acudir a la aldea si me necesita.

—Gracias —dijo Hope, sintiendo una inmensa gratitud por el ofrecimiento de la mujer.

—Espero que obtenga la felicidad que se merece —añadió la señora Wells a modo

de despedida.

Norman, aún con el brazo alrededor de Hope, se despidió de la buena mujer con una sonrisa y un pequeño gesto con la cabeza. Juntos salieron de la posada, dejando atrás el oscuro pasado y abrazando con esperanza el futuro que tenían por delante.

XXIII



Cuando salieron de la posada, Norman la dirigió hacia el carruaje que le había mencionado. No tardó en subir, para evitar que los transeúntes la vieran y se preguntaran el motivo por el que se cubría el rostro. Una vez dentro, el cochero emprendió el camino. Durante el breve trayecto, Hope miró por la ventana y se sorprendió al contemplar el paisaje que se desplegaba ante sus ojos. Amplios campos verdes se extendían hasta donde alcanzaba la vista, interrumpidos por pequeños arroyos y rodeados por colinas suaves. El cielo, inmaculado y azul, parecía extenderse hasta el infinito, como si Dios mismo le estuviera susurrando que aquel lugar era el refugio perfecto. Hope entendió en ese instante que las próximas semanas en aquel entorno serían radicalmente diferentes al bullicio de Londres, y la idea la llenó de una tranquilidad que no había experimentado en mucho tiempo.

No obstante, cuando el carruaje se detuvo, la actitud positiva de Hope dio un vuelco inesperado. A pesar de que la aldea ofrecía la garantía de ser tranquila, también hallaría inconvenientes. Un lugar tan pequeño, donde todos se conocían entre sí, la llegada de ambos generaría una increíble curiosidad. Como forasteros, no solo debían adaptarse a las costumbres del pueblo para pasar desapercibidos, sino también relacionarse con ellos. En el instante que su corazón latió con rapidez debido a los nervios, sintió la calidez de las manos de Norman sobre las de ella. Al mirarlo, Hope encontró en sus ojos la promesa de que a su lado siempre estaría protegida y a salvo.

Tras ofrecerle la calma que necesitaba, Hope se mantuvo en el interior del carruaje hasta que Norman salió de este y le ofreció la mano para ayudarla a bajar. En el momento que estuvo fuera, respiró un aire muy diferente al de Londres. Tal vez porque en él se mezclaban olores como el del pan recién hecho, verduras frescas, el humo de la chimenea, incluso el del polvo de las tres calles de la aldea. Justo cuando el carruaje se marchó, ella creyó que sus pensamientos se harían realidad y que aparecerían algunos aldeanos para preguntarles quiénes eran. Pero no fue así, parecía que entendían qué les había ocurrido y les ofrecían un tiempo de intimidad. Feliz, observó la fachada de la vivienda.

—Vamos —le dijo Norman, ofreciéndole el brazo para que ella se apoyara en él y caminaran juntos hacia la casa.

Una vez que Hope cruzó el umbral se encontró un ambiente cálido y acogedor, como si fuera la estancia de un par de ancianitos que, durante toda su vida, habían adornado aquella pequeña casa con mucho amor. Con gesto suave, levantó el velo que cubría su rostro para observar mejor el lugar. Una vez que sus ojos se adaptaron a la luz, descubrió que el salón, que se extendía desde la entrada, se dividía en dos zonas. A la derecha, destacaba una chimenea de piedra, cuyo fuego caldeaba todo el espacio. Frente a ella, un cómodo sofá marrón chocolate de dos plazas. Parecía tan cómodo, que sintió la necesidad de sentarse en él y sumergirse en su confort. También halló dos sillones individuales a ambos lados de la chimenea. ¿Sería el lugar preferido de la antigua dueña para bordar o leer? Ella haría ambas, cuando sus ojos recobraran la claridad en su visión. En la parte izquierda descubrió un pequeño comedor que constaba de una sólida mesa de madera rodeada por cuatro sillas. La sencillez y la solidez de los muebles

sugerían durabilidad y cuidado en su elección. Hope retiró la mirada de esa zona y observó con más detalle las paredes y las ventanas. Encontró unos cuadros artísticos. Aunque carecían de la maestría de un pintor consumado, los paisajes plasmados en ellos ofrecían una conexión con la naturaleza circundante, añadiendo un toque de serenidad al ambiente. A continuación, se fijó en las ventanas. Ya había descubierto en el exterior dos grandes ventanales que alcanzaban la mitad de la fachada. En el interior, confirmó las dimensiones de estas, sin embargo, estaban cubiertas por unas sencillas cortinas de color *beige*. La tela escogida le proporcionaría suficiente luminosidad a la sala y al mismo tiempo le ofrecería privacidad. Una combinación perfecta para sentirse cómoda y resguardada.

—En el pequeño pasillo encontrarás la cocina, un dormitorio y un aseo. A pesar de ser una vivienda antigua, los anteriores propietarios construyeron un baño bastante moderno.

Hope avanzó por el pasillo que resultó ser muy corto, como le había dicho Norman. A su derecha, descubrió una cocina encantadora que también tenía la función de alacena, por la gran cantidad de armarios y estanterías que contempló. Una vez que entró, se detuvo en medio de la estancia y echó un vistazo a su alrededor. En lo primero que se fijaron sus ojos fue en la pequeña y coqueta ventana que había sobre el fregadero. Se acercó curiosa y al asomarse, se sorprendió al ver que la casa tenía un pequeño jardín. Cuando se preguntó por dónde podía acceder, el crujir de la leña del horno al quemarse llamó su atención. Sobre este, dos enormes calderos calentaban algo que olía muy bien. ¿Sería sopa o carne en salsa? Curiosa, se dirigió hacia ellos, levantó las tapaderas y confirmó que en una había una deliciosa sopa de ave y en la otra un codillo con verduras. Retiró la mirada de las ollas y la fijó en Norman.

—La esposa del panadero ha decidido prepararnos el almuerzo y la cena. Aunque por lo que puedes ver, con todo lo que hay, podemos alimentarnos más de cinco días —le explicó al notar la expresión asombrada en su rostro.

Hope asintió, para mostrarle a Norman que confiaba en sus palabras. Luego continuó con la inspección. Sobre la encimera halló verduras y frutas recién cortadas, colocadas con esmero en el interior de unas cestas de mimbre. Al lado, se alineaban barras de pan recién hecho. A continuación, descubrió una tetera cuyo oloroso vapor indicaba que en su interior podría encontrar té caliente. Luego, halló una jarra de leche fresca y a su lado una elegante bandeja de plata con una buena porción de mantequilla. Tal como había dicho, no tendrían que salir del hogar para comprar alimentos en varios días. Avanzó por el pasillo hasta llegar a la siguiente puerta. Al abrirla, le embargaron un sinfín de emociones. Por un lado, se quedó helada al ver la cama de matrimonio. En ese momento fue consciente de que, a pesar de no haber una boda, ellos ya se comportaban como pareja. De hecho, no debía alterarle que él decidiera dormir a su lado. Lo había hecho la noche anterior, en la posada. Ella lo descubrió cuando se despertó en mitad de una pesadilla y, frente a todo lo que pudiera pensar, sentirlo cerca le aportó un increíble confort y calma. Por eso mismo, se acurrucó en su pecho y se quedó dormida de nuevo escuchando los suaves y acompasados latidos del corazón de Norman. El recuerdo de aquella noche en la posada provocó una respuesta inusual en Hope. Su corazón comenzó a latir acelerado, un escalofrío recorrió su espalda y un extraño sentimiento de anhelo surgió de repente. Mientras intentaba recomponerse, se dio cuenta de que había dejado de observar la habitación; su mente solo buscaba revivir la cercanía reconfortante que solo él podía proporcionarle. La frustración la invadió, y con paso decidido se dirigió hacia la puerta de cristal. Necesitaba confirmar si aquel lugar daba acceso al jardín que había divisado desde la cocina. Un poco de aire fresco le vendría bien para calmar las emociones que brotaban en ella con más intensidad y

frecuencia.

Norman permaneció en la entrada de la alcoba con los ojos fijos en Hope mientras exploraba el interior de la habitación. Quería descifrar cada gesto, cada expresión en el rostro de ella al enfrentarse a la vista de la cama de matrimonio. Era consciente de que, a pesar de no haber tenido una ceremonia formal, la cama representaba más que un simple mueble; era un símbolo de intimidad y compromiso. Avanzó con sigilo, apenas perturbando el silencio de la habitación, preguntándose cómo reaccionaría Hope ante la idea de compartir ese espacio. ¿Se sentiría cómoda o, por el contrario, aflorarían inseguridades en su mente? ¿Podría interpretar ese gesto como una presión no deseada?

A punto de intervenir para ofrecer alguna explicación reconfortante, Norman observó cómo Hope, aparentemente ajena a su presencia, se acercaba decidida a la cama. Contuvo la respiración, intentando anticipar sus reacciones. Estaba a punto de hablar cuando, de manera inesperada, ella cambió de rumbo y se dirigió rápidamente hacia la puerta que daba al jardín interior de la vivienda.

Y el tenso ambiente cambió...

O'Brian se quedó sin aliento ante la imagen que apareció cuando Hope abrió la puerta. Una suave brisa acarició la habitación haciendo que las cortinas, el vestido de Hope y sus cabellos danzaran al compás de esta. La luz del día penetró en la estancia, iluminando cada rincón con una calidez angelical. Para realzar y hacer inolvidable aquel instante mágico, el interior se llenó de un sinfín de aromas de las flores plantadas en el jardín. Norman fue incapaz de decir una palabra, tal vez porque no quería romper aquel momento tan encantador. La observó caminar con la gracia y elegancia que la caracterizaba. Sintió cómo su propio cuerpo se recuperaba poco a poco, como si hubiera estado enfermo de gripe durante una semana y se hubiera sanado en un segundo. La urgencia de protegerla hasta el final de su vida volvió a aparecer. La amaba. La amaba más allá de las palabras, un amor que trascendía el tiempo y desafiaba las adversidades. Era su faro en la tormenta, la razón por la que cada día cobraba sentido. La idea de una vida sin ella se volvía inimaginable, como si arrancaran de cuajo parte de su propia existencia. En su corazón, se forjaba una determinación: hacer todo lo posible para garantizar que su amor floreciera eternamente, resistiendo los embates del destino.

Cuando Hope desapareció de su vista, Norman sintió que era el momento de otorgarle la intimidad que merecía. Respetando su necesidad de reflexión, se retiró en silencio de la habitación, dándole espacio para procesar todo lo ocurrido. Mientras caminaba por el pasillo, surgió la idea de ocupar su tiempo preparando el almuerzo. ¿Qué le gustaría a ella? ¿Prefería lo salado o lo dulce? ¿Qué comida era su preferida? ¿Bebía vino o agua durante los almuerzos y las cenas? Con el propósito de aclarar todas sus dudas, Norman se adentró a la cocina. Estaba decidido a preparar una selección variada para conservar en su mente todo lo que pudiera agradarle y eliminar lo que le disgustara.



El breve momento de intimidad que Norman le había ofrecido le resultó un

bálsamo para su alma. Se sentía tan tranquila que su capacidad de tomar decisiones había regresado. Con la mente más clara y serena, Hope llegó a la conclusión de que, a pesar de todo lo que le había ocurrido, podía sentirse agradecida con Dios por el favorable desenlace. Si no hubieran llegado a tiempo, su vida se habría convertido en una horrible pesadilla. Parada en la entrada del salón, se quedó mirando a la gran figura de O'Brian. En aquel momento caminaba de un lado para otro de la mesa. Colocaba los cubiertos, las copas de agua y vino, centraba los platos de caldo y cambiaba de lugar la cesta de mimbre repleta de fruta. En cuanto sintió su presencia, se giró hacia ella y le sonrió. La cálida sonrisa expresaba dulzura, ternura y un profundo cariño. Parecía un niño ilusionado. Resultaba muy difícil de creer que fuera la misma persona que mencionó la señora Wells. La imagen de Norman convertido en un monstruo incontrolable era inverosímil. Pero la esposa del posadero había insistido en que había sido él quien, con un martillo, destrozó las manos de lord Davies. Que no se hablaba de otra cosa y que, por ese motivo, muchos de sus clientes habían decidido marcharse durante la noche.

—¿Qué te ha parecido el jardín? —preguntó, con una chispa de curiosidad en sus ojos.

—Me ha encantado —respondió con una sonrisa, acercándose a la mesa.

Norman retiró una silla para que tomara asiento. Cuando lo hizo, él comenzó a servirle.

—Si hay algo que no te agrada, dímelo. A partir de este momento debemos descubrir todo sobre nosotros —dijo al tiempo que se colocaba en la silla derecha contigua a ella.

Hope asintió y miró todo lo que había para almorzar. La verdad era que después de sentirse más tranquila, su estómago pedía llenarse. Bajo la atenta mirada de Norman, cogió la cuchara, la metió en el caldo de pollo y, tras soplar para enfriar el contenido, se la llevó a la boca para tomársela. El dolor punzante de la herida resurgió en el momento en que Hope probó el primer sorbo de caldo. Una mueca involuntaria se dibujó en su rostro, y sus ojos reflejaron una breve expresión de malestar. Norman, atento a cada gesto de ella, notó al instante el cambio en su gesto.

—Come despacio, no hay prisa —expresó O'Brian escondiendo sus manos bajo la mesa, que se habían transformado en dos duros puños al percibir el dolor de Hope.

A partir de ese momento, Norman moderó su propio paso para permitir que ella comiera a su ritmo, sin prisas ni presiones. Y no dejó de mirarla, no solo para averiguar qué le gustaba, sino también para que ella fuera consciente de que estaba allí dispuesto a ayudarla en lo que fuese necesario. Sin embargo, no requirió de sus servicios. Una hora después, los dos se reclinaban en sus asientos satisfechos por el alimento.

—He pensado en contratar a una aldeana para que te asista durante el tiempo que estemos aquí —explicó con serenidad.

—No es necesario, puedo cuidar de mí misma —expresó mirándolo con gratitud.

—¿Estás segura? Quiero confirmar que estés cómoda y que no te falte de nada —aseguró con sinceridad, reflejando en sus ojos un compromiso firme hacia su bienestar.

—Dispongo de un cómodo hogar, tenemos comida para varios días y puedo curar mis heridas yo misma con las medicinas que nos dio el doctor —dijo a modo de recuerdo, pues no quería que otra persona la viese en aquel estado.

Norman observó la expresión de Hope con comprensión. Entendía su situación y

la respetaba, aunque la duda sobre si de verdad podía estar cuidada como debiera lo asaltaba. Sin embargo, decidió aceptar.

—Bien, así haremos. Pero si en el transcurso de los días cambias de opinión, házmelo saber de inmediato —contestó levantándose de su asiento para recoger la mesa. Cuando Hope se incorporó para ayudarlo, añadió con tono burlón: —Como no quieres una doncella, haré los servicios de esta. Por favor, señorita Cooper, descanse en uno de esos enormes sillones que hay frente al fuego mientras limpio y lavo los platos.

Aceptó la propuesta con una sonrisa y, como le había indicado, tomó asiento en uno de los cómodos sillones. Pero después de un rato, apareció el aburrimiento. No podía leer ni bordar, aunque tenía libros cerca y un enorme costurero en el suelo. Sus ojos hinchados seguían sin permitirle hacer ni una cosa ni la otra. Aquel estado de letargo, pues así se sentía, empezó a incomodarla. No estaba acostumbrada a permanecer quieta, observando las llamas de la lumbre. Miró hacia la mesa y pudo apreciar que esta ya estaba recogida. El sonido de las ollas, al ser colocadas en alguna parte de los armarios, captó su atención. Decidió levantarse y dirigirse a la cocina. A pesar de que O'Brian no le permitiría su ayuda, necesitaba distraerse de alguna forma. Cuando lo vio con las mangas remangadas y con un paño secando los platos se quedó en la puerta, disfrutando de la imagen doméstica que él le ofrecía. ¿Por qué era tan hábil en aquellas tareas? ¿April le habría enseñado?

Norman estaba concentrado en su tarea cuando escuchó pasos detrás de él. Se giró rápidamente, expresando preocupación en su rostro. Al verla allí parada, dejó el paño en la encimera y se apresuró hacia ella.

—¿Estás bien? ¿Te duele algo? —preguntó inquieto.

—No, no me duele nada. Me aburría y decidí averiguar si eras capaz de desenvolverte en este tipo de tareas —explicó, encogiéndose de hombros.

—A pesar de la negativa de mi padre, mi abuela me enseñó lo básico para poder convertirme en un buen esposo —desveló con una mirada llena de recuerdos—. En mi familia, no hay distinciones.

—En la mía tampoco —admitió Hope feliz al comprender que ambas familias tenían muchas cosas en común a pesar de las diferencias sociales.

—Creo que hay mucho que aprender y compartir —expresó Norman inquieto por verla de pie—. ¿Qué te parece si regresamos al salón y continuamos con nuestra charla? Estoy seguro de que quieres hacerme un montón de preguntas y yo estaré muy dispuesto a responderte —añadió extendiéndole el brazo para que pudiera agarrarse a él.

—Sí —contestó ella admitiendo con aquel monosílabo que él tenía razón. Necesitaba averiguar muchas cosas del pasado de su futuro esposo, de esta manera, podría comprenderlo mejor en el futuro.

Apoyada en el fuerte brazo, caminó a su lado como si ambos se dirigieran hacia un salón repleto de invitados para mostrarles que eran la pareja perfecta. Con delicadeza, la acompañó hasta el sofá. La ayudó a sentarse y luego, con una ternura que dejó a Hope sin palabras, cogió una manta y la colocó sobre sus piernas. Cuando sus miradas se encontraron, él le sonrió y eso hizo que el corazón de ella latiera acelerado. ¿Cómo era posible que un gesto tan sencillo como taponarle las piernas le hiciera sentir tan especial? ¿Tan vulnerable se hallaba que le afectaba cualquier cosa? Intentando buscar las respuestas, observó cómo Norman regresaba a la

chimenea. Se agachó, echó varios leños a la lumbre, para que esta ardiera y aportara calor a la habitación. Una sensación extraña la invadió. Asombrada, descubrió que en ese instante no miraba a Norman con gratitud, sino con una rara atracción. Sus ojos se clavaron en la ancha espalda, reparando en la musculatura tensa y definida. Luego, de manera inconsciente, reparó en los brazos, aún desnudos, porque seguía con las mangas remangadas. La fortaleza que descubrió la dejó tan sobresaltada que se movió incómoda en el sofá. Un cosquilleo recorrió su piel al percatarse de la fuerza que residía en ellos. Esa percepción activó una respuesta emocional inesperada. ¿Cómo era posible que después de lo que había vivido ella reparara en aquel tipo de cosas? ¿Dónde había quedado la mujer fría que fue? Con las mejillas ruborizadas por el despertar de su atracción por él, intentó fijar su mirada en el suelo. No quería que él descubriera qué le estaba ocurriendo.

Norman, ajeno a la tormenta emocional que había surgido en el corazón de Hope, se levantó y se retiró de la lumbre. Al mirarla, se quedó confundido. ¿Había avivado demasiado la lumbre y por eso expresaba cierto sofoco? Sin decir nada, se dirigió hacia la mesa y llenó un vaso de agua fresca, luego regresó y se la ofreció. Ella se la aceptó con rapidez. Bebió sin levantar el rostro y eso lo preocupó más.

—¿Te sientes incómoda? —preguntó sin retirarse de su lado.

—¡No! —exclamó Hope como si intentaran lanzarla por un acantilado. A continuación, respiró hondo, e intentando mostrar una templanza que no tenía, le señaló con la mano el sillón para que él se sentara—. Me encuentro bien —perseveró.

Pero Norman pudo ver en sus ojos una mezcla de emociones que no lograba entender del todo. No quiso insistir para no incomodarla e hizo lo que ella le pidió, tomó asiento, extendió sus largas piernas, se cruzó de brazos y esperó a que ella se recompusiera para continuar la conversación que habían prometido. Sin embargo, esta no fluía. El salón se quedó envuelto en un breve silencio. Solo se oía el crujir de los leños al quemarse. O'Brian no sabía qué temas eran importantes para Hope y aquello no le agradó. Necesitaba conocer todo sobre ella.

—¿Por qué te hiciste inspector? Tengo entendido que tu abuelo es el dueño de varias fábricas en Londres y, ¿no estás dispuesto a dirigir las siendo el único nieto? —dijo cuando recobró la serenidad y sensatez que tanto la caracterizaban.

Las palabras de Hope flotaron en el aire, creando al fin un vínculo de comunicación entre ellos. Norman, al escucharla, sintió una mezcla de alivio y felicidad. Con los brazos cruzados, sentado cómodamente, la miró y respondió.

—Es cierto que mi abuelo posee muchos negocios exitosos y que desde que tengo memoria, ha insistido en que me quedara al cargo de ellos, pero decidí ingresar en el cuerpo de policía para adquirir cierta experiencia comercial.

Intrigada, depositó el vaso vacío sobre el suelo, entrelazó los dedos y apoyó la barbilla en las manos mientras continuaba con sus preguntas.

—¿Experiencia? ¿Qué se puede aprender en una comisaría sobre negocios?

—No puedo hablarte sobre qué pericia he obtenido como inspector, porque apenas he ejercido un par de meses. Sin embargo, puedo confirmar que en los años que he sido agente he adquirido la destreza suficiente para convertirme en un buen empresario —declaró con una amplia sonrisa. Al ver la cara de perplejidad en su rostro, aclaró—: He desarrollado un agudo

sentido de observación y análisis. Puedo percibir detalles y patrones que podrían pasar desapercibidos para muchos. En los negocios, esa habilidad se refleja para la identificación de oportunidades y riesgos, anticipándome a posibles complicaciones.

—Pensé que querías seguir los pasos de tu padre —expresó sorprendida por la respuesta.

—Admito que desde mi niñez lo he admirado tanto que quería convertirme en un reflejo suyo, pero con el tiempo entendí que somos muy diferentes —reconoció.

—¿Vas a dejar el cargo de inspector después del esfuerzo que has hecho para conseguirlo? —preguntó con una mezcla de asombro y extrañeza.

—Sí —respondió sereno.

—¿Por qué? —insistió Hope en saber.

—Supongo que me he cansado de observar la parte siniestra del ser humano y quiero vivir tranquilo —dijo con calma, pues estaba muy seguro de su decisión.

Y la había tomado tras conversar con su padre. Ambos fueron conscientes de que su cargo como inspector corría peligro si en el futuro se descubría lo que le había hecho a Davies. La sociedad no toleraría que un representante de la ley actuara como juez y verdugo de forma personal, poniendo en entredicho la reputación e integridad de la policía. Por ese motivo y para continuar protegiendo a Hope, había decidido renunciar en cuanto regresara a Londres y comunicarle a su abuelo que comenzaría a trabajar en las empresas familiares. Si lograba ascender en el mundo empresarial, la opinión pública podría comprender su acción como un acto desesperado para preservar el honor de su esposa, lo que facilitaría el perdón de la sociedad.

—¿Qué tienes pensado hacer a continuación? —continuó curiosa.

Hope se recostó en el sofá, mirando a Norman con expresión pensativa. La decisión de dejar el cargo de inspector la había sorprendido. Recordó las cartas que le escribió y cómo reflejaba en sus palabras la dedicación e importancia de su trabajo. Sin embargo, había cambiado de parecer tras el secuestro. ¿Ella era la culpable de ese cambio?

—Eliminaré la carga que tiene mi padre. Son demasiadas empresas para que las dirija una sola persona —explicó con tranquilidad.

Un suave silencio se apoderó de la habitación. Norman, con expresión serena, se levantó del sofá, se arrodilló frente a Hope y le cogió las manos.

—Cariño, más allá de todo esto, quiero construir algo nuevo contigo. Deseo protegerte y hacerte feliz. El cambio que voy a hacer será favorable para la familia que crearemos en un futuro. Si continúo como inspector, nuestra vida será muy complicada. Lo he visto en mis padres y no pretendo que padezcas el sufrimiento que tuvo mi madre durante aquel tiempo. No estoy dispuesto a verte sufrir por mi culpa.

Esperando a que sus palabras calmaran la inquietud que mostraba, O'Brian permaneció arrodillado, sosteniendo sus manos. Los ojos de ella buscaron los suyos, para confirmar la veracidad de su expresión. Con una leve sonrisa, asintió. En ese instante, Norman se levantó, se inclinó hacia ella y con delicadeza, colocó una mano bajo la barbilla de Hope. Se la levantó con mucho cuidado y la besó en los labios. Pero cuando oyó un leve sonido, una sombra de preocupación cruzó su rostro. Temiendo haberle causado dolor, se apartó rápidamente y la miró con inquietud.

—¿Te he hecho daño? —preguntó, revisando constantemente su boca por si volvía a sangrar.

Hope, con una expresión entre divertida y conmovida, intentó explicarle que había sido un suspiro de felicidad. Sin embargo, no le dio tiempo ni a soltar una palabra. Antes de que pudiera respirar, Norman la cogió en brazos y la dirigió hacia alguna parte de la casa.

—Es hora de curar esas heridas, de que te tomes las medicinas y que descanses —expresó mientras se dirigía hacia la alcoba.

—Yo... ha sido... —intentó decir, pero en aquel momento él no la escuchaba. Estaba tan cegado por cuidarla que, una vez que la depositó con ternura sobre la cama, corrió hacia la mesita donde estaba el ungüento y los medicamentos que le había dado el médico.

—Cierra los labios —le ordenó con cariño una vez que se tragó la pastilla y la cucharada de jarabe.

Hope obedeció. Mientras Norman curaba sus heridas con toques delicados, la atracción por él creció de una manera inesperada. Su corazón latía acelerado, indicándole que estaba vivo, que la frialdad que mostró en el pasado había desaparecido y ahora solo sentía un profundo amor por O'Brian.

—Descansa un rato —dijo cuando terminó de curarla—. Te llamaré para la cena —añadió al tiempo que la ayudaba a recostarse sobre la cama. A continuación, le echó una manta y le dio un beso en la frente.

Hope observó cómo se marchaba y ella seguía sin poder hablar. Quizá no quiso romper aquel momento tan mágico entre ellos o, posiblemente, no halló ni una sola palabra para agradecerle todo lo que estaba haciendo. Abrumada por esa sensación tan única que Norman le aportaba, cerró los ojos y se dejó llevar por el sueño.



Se despertó con la luz del sol filtrándose a través de las cortinas. Aturdida y desconcertada, se incorporó lentamente en la cama. Al mirar a su alrededor, descubrió que aún llevaba puesto el vestido del día anterior. La confusión se reflejó en su rostro cuando comprendió que O'Brian no la había despertado para cenar y había descansado desde la tarde. Se levantó con cuidado y se dirigió hacia el tocador. Para su sorpresa, las heridas no le dolían tanto y la hinchazón había disminuido un poco. En ese instante, su mente le ofreció unas imágenes borrosas de Norman. Se encontraba a su lado, sentado en el filo de la cama. Con cuidado, le fue quitando las horquillas del cabello, dejándolo extendido sobre la almohada. Luego, con la misma atención, esparció sobre sus mejillas el bálsamo que el doctor le había dado. Mientras la cuidaba, le decía en voz baja que la amaría y la protegería hasta la muerte. Cuando terminó, le dio un beso en la frente y la dejó dormir.

Se retiró del espejo con la emoción a flor de piel. Aquellas muestras de cariño que él le ofrecía le agradaban y la confundían. ¿Cómo podía amarla con tanta intensidad si se conocían desde hacía relativamente poco tiempo? Cuando caminaba hacia la puerta de cristal, para poder disfrutar de la excelente mañana, pensó en todo lo que había vivido con Norman desde que se conocieron. Una sonrisa apareció en su rostro al evocar el día que la había confundido con una secuestradora. El caos que habían vivido en décimas de segundo, la gente mirándolos, Tricia riéndose sin parar, la doncella de compañía al borde del colapso y mientras todo aquello ocurría, Norman estaba sobre ella, rozando su cuerpo de manera inadecuada. Sin borrar la sonrisa de los labios, abrió la puerta y fue recibida por la frescura de la mañana. De repente, escuchó a los pájaros cantar e incluso el movimiento de las copas de los árboles que había alrededor de la casa. Ese apacible ambiente, ese olor a flores, a silvestre, le causó una agradable sensación. En su residencia, cuando abría la ventana tras despertarse, solo encontraba edificios y escuchaba el traqueteo de las ruedas de los carruajes. Allí era todo un remanso de paz. Justo el que necesitaba.

Un delicioso aroma a pan, dulces y café captaron su atención. Miró hacia la ventana pequeña de la cocina y observó una sombra moverse en el interior. Caminó con cautela por el jardín hasta ella. Quería averiguar qué estaba haciendo Norman. Con el corazón latiéndole con rapidez por la emoción, apoyó la espalda en el muro y miró por la ventana. En ese momento, él vertía el café en un jarrón. Estaba tan ocupado en la tarea, que no advirtió su presencia. Aquella espalda ancha, sus largas piernas, sus fuertes brazos... la cautivaban. Se llevó las manos al pecho para intentar calmar el desenfreno de su corazón. ¿La atracción sería un indicio de que estaba enamorada de Norman? Porque debía ser sincera consigo misma al afirmar que sentía mucha atracción por él. Desde el primer momento en el que sus miradas se cruzaron, notó cómo se le aceleraba el pulso.

Asumiendo que O'Brian era su tentación, volvió a la habitación. Dado que el desayuno estaba casi listo, él no tardaría en aparecer para llamarla. No quería hacerlo esperar, ni que pudiera leer en su rostro la confusión que vivía. Necesitaba mostrarle que se encontraba muy bien gracias al descanso. Un suave rugido surgió de su estómago, recordándole que no lo había

llenado desde la tarde anterior. Con rapidez, se dirigió hacia el tocador; al menos, debía recogerse el cabello. Una vez que lo hizo, miró la palangana llena de agua. La opción de lavarse la cara estaba descartada, porque no sabía si era bueno eliminar el bálsamo que él le había puesto durante la noche.

Al abandonar la alcoba, siguió los aromas hasta llegar a la cocina, donde encontró a O'Brian colocando sobre unas bandejas todo lo que tenía a su alrededor. En una había pan, melaza y una jarra de leche. En la otra, dulces y el café. Al notar su presencia, él se giró y le dedicó una sonrisa afectuosa. Hope se le quedó mirando, sin apenas parpadear o respirar. Los botones de la camisa de Norman no estaban abrochados hasta arriba y podía ver una gran parte de su pecho. Las mangas, como en la tarde anterior, estaban remangadas hasta los codos. Un cosquilleo se apoderó de su corazón al tiempo que notaba cómo aumentaba su temperatura corporal.

—Buenos días, ¿cómo te encuentras? —preguntó caminando hacia ella.

Hope respiró.

—Mucho mejor, gracias. ¿Qué hora es? —dijo, con la esperanza de averiguar por qué la había dejado dormir tanto tiempo.

—Son más de las diez —contestó mirándola con una mezcla de curiosidad y diversión.

Y ella quiso morir en ese momento... ¿Norman había captado sus inoportunas emociones? ¿Qué podía responderle si le preguntaba qué le ocurría?

—No te preocupes por tu aspecto, para mí, estás preciosa —le dijo antes de darle un tierno beso en los labios.

Y el deseo que tenía de morir desapareció en Hope al entender que la observaba debido a su aspecto. En otro tiempo, lucir un vestido arrugado, aparecer frente alguien sin cepillarse el cabello correctamente o salir sin lavarse la cara, habría sido una pesadilla para ella. Sin embargo, en aquel momento fue su tabla de salvación.

—¿Estás lista para saborear el delicioso desayuno que te he preparado? —dijo cuando se apartó y regresó al mostrador, donde estaban las bandejas.

—Sí —respondió disfrutando de la tranquilidad que le aportó no ser descubierta—. ¿Por qué no me llamaste? —añadió para que su mente se centrara en lo que estaban haciendo y olvidara lo atractivo que él se veía.

—Cuando me acerqué para hacerlo, dormías profundamente —explicó al momento que cogía una bandeja. Con rapidez, ella tomó la otra y caminaron hacia el comedor—. Al principio tuve la intención de despertarte, pero luego recordé las palabras del médico y decidí no hacerlo —añadió depositando la bandeja sobre la mesa.

—¿Qué dijo el médico?

—Que tu recuperación sería más rápida si descansabas —respondió al volverse hacia ella.

—La verdad es que esas horas de sueño han sido muy beneficiosas —admitió colocando la bandeja al lado de la de Norman—. Gracias a eso, me siento muchísimo mejor. Las heridas apenas me molestan y la hinchazón ha disminuido. Supongo que, en unos días, mi rostro recobrará su antigua apariencia —añadió, alzando la barbilla para que él pudiera apreciar la

mejoría que mencionaba y que fuera consciente de que podía besarla con más intensidad.

—Me alegra ver a mi esposa de tan buen humor y con una actitud tan positiva —admitió dándole otro beso en los labios. Cuando se retiró, le sonrió y se dirigió hacia su asiento.

Hope, mientras se sentaba, buscaba la manera de no pensar en nada salvo en el desayuno. Pero, por alguna extraña razón, comenzaba a añorar cosas que no sabía nombrar.

—¿Te gusta la melaza? —le preguntó tras cortar un trozo de pan y señalar con un cuchillo el líquido dulce.

—Sí —contestó, sintiendo cómo su corazón latía con un ritmo más acelerado. Respiró profundamente, intentando controlar esos sentimientos que Norman despertaba en ella y que eran inoportunos por el momento.

—El señor Baker me ha dicho, cuando he ido a por el pan, que esta melaza la hace una mujer de la aldea. Según he comprendido, los aldeanos se abastecen con lo que obtienen del campo y de los animales —explicó posando la tostada sobre el plato de Hope—. Esta leche proviene de las cinco vacas que tiene uno de los ganaderos que vive a las afueras —continuó diciendo al tiempo que llenaba los vasos de ella—. Cuando regresaba, he visto unos campos de hortalizas que ni siquiera sé cómo nombrar. Es fascinante cómo, a pesar de todos los avances, la vida sigue conectada a la tierra y a la naturaleza. La innovación es crucial, pero no podemos olvidar que la base de muchas industrias sigue siendo la agricultura y la ganadería...

Hope dejó de pensar en los deseos insatisfechos y saboreó cada bocado mientras prestaba atención a sus palabras. Una mezcla embriagadora de orgullo, felicidad y satisfacción llenaba su ser al escucharlo hablar con notable soltura sobre la economía de la aldea. En ese momento, no pudo evitar pensar en el abuelo Campbell y en la profunda instrucción que le había proporcionado a su nieto. Sin duda alguna, cuando decidiera hacerse cargo de las empresas, lo haría con soltura, conocimiento y precisión.

—Supongo que todo lo que te he contado podrás descubrirlo cuando decidas salir —terminó de contar.

Hope tragó con gran esfuerzo el delicioso bocado del pastel de manzana que momentos antes había cogido y una sombra de preocupación cruzó su rostro. Aunque intentó controlar su temor, las palabras de O'Brian le provocaron una gran inseguridad. La idea de enfrentarse al mundo exterior le causaba vergüenza y miedo. Su mente imaginó mil situaciones angustiosas en las que ella era el centro de murmullos y preguntas sobre qué le ocurría en el rostro. ¿Cuándo recobraría la seguridad?

—Siempre estaré a tu lado —afirmó Norman con determinación al observar el cambio de expresión en su cara. Extendió una mano hacia la de ella y se la sostuvo con firmeza—. Juntos resolveremos cualquier adversidad que se presente.

Lo miró a los ojos, encontrando en ellos el apoyo y la tranquilidad que necesitaba. De repente, ese miedo fue desapareciendo, dejando a su paso un halo de esperanza y confianza. Sí, se enfrentaría a todo con él a su lado.

—Cuando finalicemos el desayuno, debemos realizar una tarea muy importante —comentó algo más relajado al apreciar que el rostro de ella revelaba serenidad.

—¿De qué se trata? —preguntó con interés al tiempo que volvía a cortar el pastel de manzana para seguir comiéndoselo.

—Cuando fui al panadero, descubrí que esta tarde un matrimonio tiene previsto viajar a Londres. Tras hablar con ellos, accedieron amablemente a llevarle correspondencia a nuestras familias. Creo que sería bueno, para mantenerlos tranquilos, explicarles cómo nos encontramos —comentó Norman antes de beberse el café de un trago.

Hope se sumió en sus pensamientos mientras terminaban el desayuno. Estaba emocionada al poderse comunicar con su familia; sin embargo, no sabía muy bien qué decirles. No quería mencionar nada sobre cómo fue secuestrada, ni el miedo que padeció al descubrir quién la había raptado y ni mucho menos mencionaría los golpes que había recibido. No pretendía narrarles cosas malas, sino todo lo bueno que le estaba sucediendo gracias a Norman. Retiró la mirada de su plato y la fijó en él. En ese momento, estaba untando mantequilla en un trozo de pan. Los ojos de Hope se centraron en la ropa que llevaba puesta. ¿Era la misma de la tarde anterior? De repente, recordó que el otro lado de la cama estaba intacto. Con un suave movimiento, giró el rostro hacia la parte derecha del salón y una sensación de angustia la embargó al descubrir una manta sobre el sofá grande. ¿Por qué no había dormido con ella? Su mirada regresó a Norman, quien se había levantado y colocaba los platos sobre las bandejas.

—¿Por qué...? —Hope dudó si continuar con su pregunta. Al final, cuando Norman le prestó atención, decidió terminarla—: ¿Por qué has dormido en el sofá?

Los ojos de O'Brian brillaron al escucharla. Su boca dibujó una enorme sonrisa. Colocó ambas manos sobre la mesa y se inclinó hacia Hope.

—Como te he dicho antes, no quería perturbar tu descanso. Aunque si hubiera sabido que mi esposa me necesitaba a su lado, no habría pasado la noche anhelándote.

Era la segunda vez que la llamaba *esposa*, sin embargo, en esta ocasión al decirlo su tono de voz expresó un matiz tan sensual y pícaro, que a Hope se le erizó el vello. Avergonzada, agachó la cabeza, para que él no pudiera ver el efecto que había causado en ella. Pero notó las yemas bajo su barbilla y la suave presión que estas hicieron para alzarle el rostro.

—No volverá a suceder —prometió antes de darle otro beso.

Aunque tampoco mostró pasión, su boca se mantuvo sobre los labios de Hope más tiempo. Un cálido hormigueo recorrió el cuerpo de ella, como si las palabras de O'Brian la hubieran acariciado lentamente. Se quedó mirándolo, buscando cómo responderle, pero su mente se había quedado en blanco. Ese aturdimiento él lo captó con rapidez. Se retiró muy despacio y contempló la expresión de desconcierto que transmitían sus ojos y rostro. Si ella supiera la de veces que pensó en dormir a su lado y la fuerza que necesitó para no hacerlo, su semblante no solo manifestaría perplejidad, sino también nerviosismo. Porque todavía no estaba preparada para una convivencia plena. Necesitaba algo de tiempo para recuperarse.

—Si te parece bien, mientras recojo la mesa, puedes cambiarte de vestido. Luego, nos ocuparemos de esas cartas —dijo para romper el silencio y la tensión que se había creado.

Hope asintió, agradecida por la propuesta de Norman. La verdad era que le apetecía darse un baño y relajarse durante un rato. En el momento que él regresaba a la cocina, ella se dirigió hacia el aseo. Sin embargo, al entrar, descubrió que se había marchado con tanta prisa que no había preparado la ropa que se pondría después. Con paso ligero, se dirigió hacia el dormitorio. ¿Dónde estaría su ropa? Lo primero que revisó fue el armario y al abrir las puertas, se sorprendió al hallar no solo sus vestidos, sino también la ropa de Norman. Eso le produjo un repentino impacto. Era consciente de que la nueva etapa de su vida comenzaría a su lado, pero ver sus trajes, le extrañó. Con una sonrisa en los labios, porque le resultó gracioso compartir el

ropero con otra persona, escogió un vestido sencillo, para podérselo poner sin necesidad de ayuda. Cuando lo colocó sobre su brazo, se dirigió hacia la cómoda para buscar el resto de prendas. Al terminar, salió de la habitación con la intención de regresar al baño, sin embargo, la curiosidad de saber qué estaba haciendo O'Brian le hizo cambiar de rumbo. Cuando lo observó frente al fregadero, lavando los platos, su corazón respondió a esa imagen con agitación. Era tan atento con ella, tan bueno, que no sabía si algún día ella podría corresponderle. Dejándolo con su tarea, se propuso terminar su propio objetivo. Una vez que entró en el baño, posó la ropa sobre una silla y abrió el grifo para llenar la bañera de porcelana blanca que los antiguos dueños construyeron con mimo. Se fue desnudando poco a poco, con la precaución de no hacerse daño en los brazos, donde también tenía secuelas de la agresión de Davies. Una vez desnuda, se metió en la bañera.

La calidez y la esencia de jabones mezclada con el vapor, le crearon un estado de relajación inverosímil. Cerró los ojos y dejó que el agua abrazara cada centímetro de su piel, eliminando las tensiones acumuladas. Cuando la señora Wells le atendió en la posada, ni siquiera se atrevió a relajarse. Su cuerpo estaba en tensión, como si se hubiera quedado rígido para siempre. Sin embargo, ahora era diferente. Tal vez la protección de Norman y todo lo que hacía por ella le había proporcionado la calma que necesitaba. Dejó que sus dedos se deslizaran por su rostro, por los hombros, por los brazos e incluso por el resto de su cuerpo. Una sensación rara para ella surgió al sentir el tacto. No le resultó desagradable, pero sí novedosa. Al pensar que algún día Norman le acariciaría, su tranquilidad se esfumó. ¿Por qué diablos tenía aquellos pensamientos? Enfadada, metió la cabeza en el agua y aguantó la respiración. Pero al salir, su mente seguía imaginándose cómo sería la primera vez entre ellos.

—¿Estás bien? —preguntó él detrás de la puerta.

—Sí —pudo responder, después de eliminar aquellos pensamientos tan inapropiados.

—Mientras terminas, buscaré lo que necesitamos para escribir las cartas —expresó y, a continuación, se dirigió hacia el salón.

Hope pudo escuchar los pasos de O'Brian al alejarse. Un sentimiento de alivio la invadió. Apresurada, para no tardar demasiado, se lavó el cabello y eliminó la espuma de su cuerpo. Una vez fuera de la bañera, se secó y se vistió tan rápido como pudo. Su larga melena humedeció los hombros del vestido al cepillarlo. En una situación normal, ella se habría secado el cabello antes de peinárselo, pero en aquel momento quería reunirse de nuevo con Norman y comenzar la tarea que él había preparado.

Al entrar al salón, Norman levantó la mirada y sus ojos se encontraron con los de ella. Se puso en pie de inmediato. Su rostro expresaba preocupación, como si hubiera ocurrido algo muy grave mientras ella se encontraba ausente.

—¿Qué sucede? —se atrevió a preguntar sin moverse del umbral de la puerta.

—Tienes el pelo mojado. No deberías haber salido así, podrías resfriarte —dijo caminando hacia ella. Cuando se detuvo, miró las gotas de agua que caían al suelo desde los largos mechones rubios—. Ven —añadió cogiéndole la mano para llevarla hacia la chimenea.

Tras ponerla frente a esta, dispuso una silla para que el espaldar quedara orientada hacia el fuego. A continuación, le tomó delicadamente las manos y la ayudó a sentarse.

—Ahora vuelvo —dijo al soltarla y dirigiéndole una mirada afectuosa.

Norman se retiró del salón, dejándola sola frente al fuego. En esos instantes de soledad, los sentimientos de Hope eran una amalgama de gratitud y cariño. Sintiendo un reconfortante y plácido calor en su espalda, dejó libres sus pensamientos. La imagen de Norman, atento y preocupado, aparecía en su mente como un suave susurro. La conexión que sentía con él iba más allá de la imaginación. ¿Gratitud? Sí, la sentía. ¿Calma? Desde luego, pero había algo más. Algo que la hacía anhelar su regreso, algo que palpitaba en su pecho cuando pensaba en él. Después de todo lo que estaban viviendo, confirmaba que esos sentimientos se habían hecho tan profundos que no podía concebir una vida sin su presencia. La figura de mármol frío daba paso a la carne, sangre y vida...

Cuando O'Brian regresó al salón con una toalla en las manos, listo para secarle el cabello, Hope sintió una oleada de felicidad que casi la hizo llorar. Inhaló profundamente para contener las lágrimas, sabiendo que él podría interpretar de manera errónea sus emociones. Incapaz de apartar la mirada de él, permaneció en silencio mientras se acercaba y tomaba asiento a su lado.

—Apoya la cabeza en la parte superior del asiento —le ordenó.

En el momento que Hope se inclinó hacia atrás, sintió la mano de Norman recoger su cabello y extenderlo en el espaldar de la silla. Cerró los ojos y se preparó para el asalto de emociones que obtendría durante los próximos minutos. No erró en su premisa. Justo cuando O'Brian cogió el primer mechón para pasarle lentamente la toalla, ella sintió cómo se le erizaba el vello. Su corazón latió deprisa y la respiración se aceleró. Cada movimiento que él hacía era tan cuidadoso y preciso que no solo secaba el pelo, sino que también parecía acariciar su alma, librándola de todo mal y creándole un mundo nuevo lleno de esperanza. Escuchó, como si estuviera a una milla de distancia, el crujir de los troncos al quemarse. Parecía haberse sumido en un trance, donde el tiempo se había detenido y todo a su alrededor parecía lejano. Todo menos él...

Haciendo acopio de sus fuerzas, intentó restaurar la serenidad de la que siempre se jactaba tener. Le resultó imposible, pues no solo la mente se negaba a acatar el mandato, sino que su cuerpo reaccionaba a su libre albedrío. Apretó los puños al notar cierto malestar en el vientre, que radiaba hasta la zona más íntima. Notó que los pezones se endurecieron, en el mismo instante que un repentino calor la invadió. Le ardían las mejillas, el cuello, los brazos, las piernas... Deseó protegerse de sí misma, pues se estaba poniendo en un peligro del que no podría salvarse. ¿Cómo era posible que se comportara de esa manera tan impúdica con un acto tan nimio?

De pronto, oyó que Norman se levantaba del asiento. Expectante por saber qué se proponía, contuvo la respiración y rezó para que él no descubriese el estado de aturdimiento que sufría. Abrió los ojos al percibir que se había colocado frente a ella. Su respiración agitada también lo delataba. Su mirada se topó con la de O'Brian. Antes de poder hablar, para romper el silencio inquieto que los rodeaba, la boca de Norman alcanzó la suya. La besó con suavidad, moviendo con delicadeza sus labios sobre los de ella.

Se estremecieron al mismo tiempo, corroborando la química que ambos expresaban cuando estaban juntos.

Hope no sintió miedo cuando el beso se convirtió en una llamada al deseo. Al contrario, aceptó la propuesta. Una que había esperado, anhelado, buscado. Estaba hambrienta, aunque no sabía muy bien si los labios de Norman calmarían esa hambruna pasional que se había

despertado en ella. Cuando él la instó a separar los labios, su cuerpo se tensó. La falta de experiencia, de no saber qué buscaba, le causaba rigidez. Aun así, aceptó su demanda.

Y el peligro aumentó al averiguar la razón de esa petición...

Aquella lengua caliente y húmeda invadía el interior de su boca como si la estuviera conquistando. Ella se atrevió a responderle de la misma forma porque quería aprender, necesitaba hacerlo. Escuchó un gruñido, proveniente de la garganta de O'Brian. Confusa, porque no sabía si había obrado bien, abrió los ojos. Él los mantenía cerrados. Su rostro se había sonrojado tanto, que la sombra de la barba creciente, apenas se percibía. Su mandíbula parecía contraída, como si estuviera haciendo un gran esfuerzo. En el momento que quiso retirarse, para cesar aquella agonía que parecía sufrir, notó los brazos de Norman alrededor de su cintura. Pensó que quería abrazarla, pero erró. Su propósito era levantarla de la silla.

El beso aumentaba de intensidad y la atmósfera que los rodeaba se caldeaba por el calor que ambos cuerpos desprendían...

Hope cerró los ojos y disfrutó de todas las emociones y sensaciones nuevas que estaba viviendo. Despacio, porque apenas tenía fuerzas para mantenerse en pie, levantó las manos y las colocó sobre los hombros de O'Brian, fuertes y seguros. Él torció el rostro hacia la izquierda, ella hacia la derecha. Él la atrajo apretándole la cintura. Ella hizo lo mismo con sus hombros.

Nunca imaginó que un acto tan simple pudiese conducirlo a semejante locura. Pero allí estaba, besando a Hope con tanta pasión, que notaba cómo sus ropas se impregnaban de sudor. No podía concretar el momento exacto en el que despertó su deseo. Al principio pensó que sus reacciones eran producto del dolor. Sin embargo, gracias al silencio y a su observación, supo, con sorpresa, que aquellas respiraciones entrecortadas y la rigidez de su espalda eran consecuencias del frenesí. Uno que no debió aparecer porque era demasiado pronto para ambos y que debía frenar antes de que ambos cometieran un error. Porque lo sería. Hope no estaba preparada para continuar. Necesitaba tiempo.

Muy despacio, bajó la intensidad del beso para que sus cuerpos se fueran relajando. Cuando aquel arrebato apasionado se volvió tierno, sin apenas deseo, retiró lentamente sus labios y abrió los ojos. El rostro de Hope era tan hermoso, debido a la pasión, que se culpó por interrumpirlo. Pero era lo mejor. Debía ser paciente y lograr que ella lo deseara siempre, no un momento. Ese sería el propósito de los siguientes días: que ella tomara la iniciativa de besarlo, de tocarlo, de buscarlo y añorarlo, como había hecho al despertar y no tenerlo a su lado.

Apartó las manos de la cintura y las colocó sobre su rostro. Quería aliviar el calor que este desprendía tras el beso. En ese instante, ella abrió los ojos. El brillo que estos desprendieron lo dejó tan sorprendido como confuso. Su mujer de hielo se había convertido en puro fuego, puro deseo, pura pasión. Le satisfizo tanto comprender que sentía tal atracción hacia él, que su ego engrandeció por el orgullo.

—Te quiero —le dijo, siendo consciente de que sus palabras eran contradictorias con lo que haría a continuación, pues dos enamorados se dejarían llevar por la pasión despertada.

Hope continuó mirándolo, mientras recobraba el ritmo de su respiración. Sus manos seguían apoyadas sobre los hombros de Norman, sujetándose para no caerse. Un sentimiento de vergüenza la embargó e intentó agachar la cabeza, pero él no se lo permitió. Le dio otro tierno beso en los labios, apoyó su frente sobre la de ella y esperó con paciencia a que desapareciera el ambiente que habían creado. Cuando sucedió, la abrazó para consolar su anhelo.

Habría más ocasiones, más momentos como el que habían vivido y en alguno de ellos, dos almas se unirían para siempre.



Hope se incorporó del sillón al escuchar bullicio en la calle. Abandonó la prenda que estaba bordando sobre la cesta de mimbre que reposaba en el suelo y se dirigió a la ventana para confirmar que era la señora Wells quien llegaba. La primera visita de Marta había sido un alivio para ella, pues durante su estancia, había mitigado la tensión que se había instalado con Norman. Una que había surgido desde que le había secado el cabello... Aún no comprendía por qué había detenido aquel beso cuando ella correspondía con el mismo fervor. ¿Qué había pensado en aquel momento? Según pudo concluir, su amor no había cesado porque después había mantenido su ternura, cariño y atención hacia ella. ¡Incluso habían compartido la cama! Sin embargo, no parecían una pareja joven, sino más bien una octogenaria. Ambos se habían acostado vestidos; ella en camisón largo, él en camisa y con unas largas calzas. Durmieron abrazados, sin provocar deseo. Ni siquiera en los besos que le regalaba dándole las buenas noches mostró pasión. Nada. Todo se quedaba en un acto simple y pasivo. Por esa razón, ansiaba hablar con su nueva amiga. Necesitaba mencionarle lo sucedido y pedirle consejo. Solo esperaba que Marta la ayudara a entender la situación. Con ese propósito en mente, se retiró de la ventana y se acercó a la puerta. Al abrir, vio a la señora Wells descender del carruaje y avanzar hacia ella con una gran sonrisa.

—¡Buenos días, querida! —la saludó con su característica efusividad—. ¿Cómo se encuentra? —preguntó tras fundirla en un fuerte abrazo.

—Buenos días, Marta. Mucho mejor —contestó.

—Déjame mirarte —dijo cuando el abrazo cesó—. ¿Dónde están los hilos de tus heridas? ¿Te los ha quitado el doctor? ¿Cuándo ha venido? ¿Qué te ha dicho?

La preocupación de la señora Wells agradó a Hope. A pesar del poco tiempo de amistad, la trataba como si fueran amigas desde la infancia. Ese vínculo la ayudaría para hablar sobre el tema que la inquietaba.

—¿Qué le parece si charlamos en el jardín sobre todo lo que ha ocurrido desde que se marchó? —propuso Hope, indicando con un gesto que accediera al interior de la vivienda.

—Me parece una idea estupenda —admitió al cerrar la puerta.

Ambas recorrieron la sala y el pasillo, pues la única entrada al jardín se situaba en el dormitorio. Marta, con su mirada perspicaz, observó todo lo que encontraba. No halló nada raro, todo estaba en perfecto orden y limpio. Sin embargo, en medio de la serenidad del entorno, la ausencia del señor O'Brian se hacía notable. ¿Por qué no se encontraba allí como en ocasiones anteriores? La duda se quedó guardada, aunque no olvidada. En cuanto tuviera la oportunidad, indagaría sobre eso pues, tal como observaba a la joven, debía ser uno de los problemas que la alteraban.

Cuando Hope abrió el gran ventanal, Marta observó con curiosidad el jardín. Había escuchado rumores sobre aquella parte de la casa; decían que el anterior propietario lo construyó como un regalo para su amada esposa. Al salir, quedó impresionada por la belleza del lugar, un pequeño paraíso donde uno podría pasar horas sin darse cuenta del tiempo y libre de

preocupaciones. Sus ojos se posaron en un asiento, lo suficientemente grande para dos personas. Hope caminó hacia él, y ella la siguió, intrigada por lo que la joven quería compartir.

Ambas se acomodaron en el banco de madera y se sumergieron en el tranquilo murmullo de la naturaleza. El susurro del viento entre las hojas de los árboles, el canto de los pájaros y el suave rumor del agua de la fuente creaban una sintonía de paz y serenidad. Marta no quiso interrumpir aquel momento. Entendió que la muchacha lo necesitaba para preguntarle aquello que le perturbaba. Solo esperaba que ella pudiera solucionar el problema.

—Parece que hoy hará bastante calor —dijo Hope tras colocarse las manos sobre las faldas del vestido y agarrárselas.

Marta abrió los ojos como platos, la miró y, a continuación, frunció el ceño. ¿A pesar de la edad de la joven no era capaz de charlar de manera directa? La respuesta apareció con rapidez. Bueno, en realidad, fue una especie de excusa para entender aquel comportamiento tímido: era hija de un aristócrata y, como tal, habría sido instruida para no mostrar sus temores a los demás.

—Si necesita una sombrilla, puedo entrar y pedirle al señor O'Brian que le traiga una —sugirió con voz calmada, esperando disipar la inquietud de la muchacha poco a poco y hablar con sinceridad, sin miedos—. Debí pensarlo antes. El sol no es aconsejable para su rostro —añadió poniéndose en pie.

Hope reaccionó rápidamente, sujetando la muñeca de su amiga y negando con la cabeza cuando esta la miró.

—Él no está —confesó con voz apagada.

Marta se sentó de nuevo, sin retirar la mirada de la joven. Había intuido que algo extraño podía estar pasando con el señor O'Brian, al no hallarse merodeando por el hogar, pero jamás pensó que la pareja sufría una ruptura. Tomó las manos de Hope entre las suyas, transmitiendo una sensación de calidez y la apoyó. Con una expresión serena y comprensiva le habló:

—Imagine la vida como un largo camino que todos debemos recorrer. A lo largo de ese paseo, porque si corremos llegamos antes al final, encontramos un sinfín de obstáculos. Algunos podemos esquivarlos, como si fueran grandes huecos en esa calzada, sin embargo, otros hay que enfrentarlos. De hecho, para mí, estos últimos son los más importantes, pues me aportan la experiencia de la lucha. Si durante ese largo camino vuelvo a encontrarme un problema similar, sabré cómo enfrentarme a él...

Hope la escuchaba sin ni siquiera parpadear. ¿Qué quería decirle su amiga? ¿Por qué se había vuelto tan reflexiva después de escuchar que Norman no estaba? Solo había salido a por unos huevos frescos para el almuerzo...

—Por eso, querida, si tiene algún problema con su amado, no lo oculte, expréselo. Entiendo que su familia le ha inculcado que la mujer ha de ser servicial al hombre, pero debe olvidarse de esa tontería. Aunque físicamente somos diferentes, ambos somos humanos y tenemos que ser iguales —concluyó Marta su largo y filosófico monólogo.

Hope seguía atónita, porque no comprendía el motivo por el que le hablaba sobre derechos, obligaciones y libertades. ¿En qué momento, desde que la recibió, mencionó algo que la hiciera pensar en ello? ¿Se habría enfadado con su esposo antes de venir y estaba desahogándose?

—Por el momento, no tengo ese tipo de problemas con el señor O'Brian —declaró, para que Marta se calmara—. Nuestra convivencia es bastante buena.

La señora Wells la miró desconcertada. ¿La había interpretado mal? Sentía que algo le preocupaba, pero dado que no se trataba de ese tipo de inconveniente, ¿cuál sería?

—Me alegra saberlo —respondió buscando la manera de indagar sobre el verdadero problema—. Pensé que me había traído hasta aquí para hablar acerca de su relación.

Hope se movió incómoda en el asiento y sus mejillas se sonrojaron. Marta tenía razón. La había llevado hasta allí para conversar sobre Norman, pero el tema a tratar era muy distinto.

—Sea lo que sea, si puedo ayudarla, lo haré —afirmó la señora Wells apretando con cariño las manos de la muchacha.

Hope vaciló por unos instantes, sintiendo un nudo en la garganta mientras intentaba encontrar las palabras adecuadas para expresar su preocupación. Finalmente, puesto que quería solucionar la tensión que vivía, reunió el coraje suficiente para hablar.

—No entiendo qué le ocurre conmigo —determinó.

—¿A mí? —preguntó Marta abriendo los ojos de par en par.

—No, al señor O'Brian —confesó agachando la cabeza.

La miró en silencio, procesando la revelación de Hope. Luego, se volvió hacia ella y la contempló con ternura.

—¿Qué ha sucedido, querida? ¿Ha habido algún desacuerdo entre ustedes dos? Si es así, te aseguro que es lo normal en una pareja. Durante mi primer año de casada, pensé mil veces en marcharme lejos —expresó con tono divertido, para que la muchacha se relajara.

—¿También la evitaba? —preguntó Hope con un halo de esperanza.

—¿Evitarme? —soltó con sorpresa—. ¿En qué sentido? —perseveró en saber.

—Él... Él...

Marta quería zarandearla por los hombros para que hablara de una vez. ¡Estaba a punto de sufrir un síncope si ella no confesaba en qué sentido la evitaba! Respiró hondo, se calmó y dejó que su mente le ofreciera todas las posibilidades que podían barajarse. De repente, una sonrisa cruzó su rostro.

—¿La evita pasionalmente? —terminó de preguntar. Al ver cómo Hope asentía, se sintió la mujer más lista del mundo—. Eso no es un problema, querida —expresó dándole unas palmaditas en las manos—. Yo diría que su comportamiento es muy normal, después de lo que vivió. De hecho, cualquier hombre que ame a su mujer, debe actuar así.

—¿Por qué?

—Porque usted ha sufrido una experiencia terrorífica y, por cómo actúa, él ha deducido que no está preparada para completar la relación —indicó serena.

—Creo que eso no es cierto —aseveró Hope, levantándose del asiento—. Me he recuperado de las heridas de mi rostro y lo que pasó durante el rapto ha quedado en el pasado.

—¿Está segura? —insistió Marta.

—¡Por supuesto! —declaró con convicción, decidida a transmitir esa confianza

que ya sentía.

—En ese caso, puedo aconsejarle qué ha de hacer. Pero tenga en cuenta que, una vez que comience, no puede retractarse porque eso le provocaría al señor O'Brian más desconfianza sobre su bienestar.

—La escucho —aseveró la muchacha con seguridad.

Durante algo más de una hora, Marta habló sin cesar, ofreciendo más de cien consejos a Hope y solo esperaba que alguno pudiera ayudar a la joven.



Algo sucedía...

Norman se sentó a la mesa, observando a Hope mientras ella servía el almuerzo. Desde la visita de la señora Wells, notaba que el ambiente de su hogar no era el mismo. Todo a su alrededor parecía extraño, incluyendo a su amada. Intentó retirar la mirada de ella para que no se sintiera cohibida y pudiera comer con tranquilidad, pero las repentinas sonrisas que dibujaban sus labios lo tenían tan preocupado que no podía dejar de mirarla.

No sabía qué estaba sucediendo y eso lo ponía bastante nervioso...

O'Brian, mientras masticaba un trozo de pavo asado, recordó la actitud de Hope en la cocina. Cada vez que se acercaba a él para agarrar algún ingrediente o utensilio, sus manos se rozaban suavemente y sentía una corriente eléctrica recorrer su cuerpo. Ella buscaba cualquier excusa para tocarlo, ya fuera un breve roce con las manos o un ligero beso en los labios. Esa actitud tan cariñosa y cercana destrozaba el autocontrol al que se sometía diariamente. ¿Qué había ocurrido durante la visita de la señora Wells para provocar ese cambio en Hope? Tal vez la amistad entre ellas le había dado un impulso de confianza y felicidad. Sea cual fuera la razón, se sentía feliz de verla así de radiante. Parecía que la antigua Hope emergía de nuevo.

—¿Qué tienes pensado hacer durante la tarde? —le preguntó mirándolo fijamente.

O'Brian dejó de comer al escuchar la demanda de Hope. Una sensación de inquietud se apoderó de él, como si el aire en el salón se hubiera vuelto más denso de repente. La observó con atención, tratando de leer sus pensamientos a través de la expresión de sus ojos. Pero no halló nada relevante. Aunque, según advertía, había más sorpresas y, a pesar de sus dudas, estaba dispuesto a averiguarlas todas.

—No había planeado nada en concreto —admitió al fin—. Con lo cual, puedo hacer lo que desees —añadió con una amplia sonrisa.

La emoción iluminó el rostro de Hope al oír su respuesta.

—Había pensado... si te parece bien... —Tomó aire, para envalentonarse. Necesitaba seguir los consejos de Marta si pretendía lograr todos sus objetivos—. Dar un corto paseo por la aldea —concluyó.

La propuesta lo pilló desprevenido. El impacto de sus palabras fue tan repentino

que su mente luchaba por procesar la información. Si no hubiera estado sentado, se habría caído al suelo. Se quedó mirando fijamente a Hope, tratando de encontrar alguna señal de que estuviera bromeando o que había algún malentendido. Sin embargo, en su mirada encontró seriedad y determinación, lo que solo aumentó su confusión. Después de unos segundos en silencio, su mente era un hervidero de ideas, tratando de hallar una explicación lógica para el repentino cambio de actitud de Hope.

—Si estás preparada para salir, yo lo estaré para acompañarte —expresó, tratando de ocultar su desconcierto detrás de una sonrisa.

—Lo estoy —aseguró sin dudarlo.

—En ese caso, si te parece bien, mientras recojo la mesa y friego los platos, puedes arreglarte para salir —dijo algo más sereno al apreciar la confianza resurgida en ella.

—¡No tardaré! —exclamó Hope levantándose con rapidez de su asiento. A continuación, corrió hacia el dormitorio.

Norman permaneció inmóvil hasta que escuchó el sonido de la puerta cerrándose tras ella entrar en la alcoba. ¿Qué había ocurrido? La pregunta volvió a su mente, causándole más desconcierto, si eso fuera posible. Al igual que hizo Hope, se levantó de su asiento y caminó hacia el aparador. Quería confirmar que, durante su ausencia, ambas no habían bebido licor, porque solo un estado de embriaguez podía alterar su comportamiento retraído y asustadizo. No lo habían tocado. El *brandy* seguía intacto. Se giró hacia la entrada del pasillo y lo contempló con el ceño fruncido. ¿Cómo se había recuperado con tanta rapidez?



La esperaba fuera. Después de completar las tareas, decidió salir de la vivienda y recibirla en el exterior. Mientras aguardaba su llegada, su mente divagaba sobre la decisión de Hope y su valentía. No pudo evitar sentir un profundo respeto por su determinación y voluntad. Indudablemente, él permanecería a su lado, por si en algún momento del paseo ella necesitaba su apoyo. Mientras reflexionaba sobre todo lo que podían hacer juntos en la aldea, descubrió su esbelta silueta acercándose lentamente. Quedó impresionado por su elegancia al caminar. El vestido de seda verde que llevaba puesto, hecho a medida, resaltaba su belleza natural. La tela se deslizaba suavemente sobre su figura, abrazando cada curva con delicadeza. Los pliegues del vestido caían con gracia, creando una elegante armonía de líneas y formas. El tono verde claro resaltaba el brillo de sus ojos y el rubor de sus mejillas, añadiendo un toque de frescura y vitalidad a su apariencia. Los detalles de este también merecían atención. Pequeños bordados de flores adornaban el escote y los puños, agregando un toque de sofisticación y feminidad. Cada puntada parecía contar una historia de gracia y elegancia, como si el vestido mismo fuera un homenaje a la belleza etérea de Hope. Observó cómo cada paso que daba era suave y delicado, como si caminara sobre nubes. Se sintió tan maravillado al verla, que dejó de respirar. Allí estaba su mujer, su amada. La poderosa hija de lord Cooper, cuya belleza y gracia eclipsaban todo a su alrededor.

Norman se sintió emocionado por la sensación de dicha al contemplarla. Llevaba puesto un pequeño sombrero que ocultaba parcialmente su cabello dorado. Sus ojos, llenos de determinación y ternura, lo miraron con afecto mientras se acercaba. En ese momento, Norman no pudo evitar sentirse agradecido por tenerla a su lado una vez más, y se prometió a sí mismo protegerla y amarla con todas sus fuerzas, por el resto de sus días.

Permaneció parado y en silencio, esperando a que ella se colocara el velo para ocultar su rostro. Sin embargo, para su asombro, Hope continuó caminando hacia él sin ponérselo. Esta inesperada acción lo dejó desconcertado, ya que no había imaginado que ella decidiera mostrar su rostro, aunque ya estaba bastante recuperada. ¿Había desaparecido su miedo por completo?

En ese instante, Norman se dio cuenta de que Hope había cambiado realmente. Había una determinación en su mirada, una fortaleza que no había visto desde que se marchó al tocador de señoras durante la fiesta en el hotel. Era como si hubiera dejado atrás sus miedos y estuviera lista para afrontar lo que fuera que les deparara el futuro. Y en ese momento, supo que no importaba lo que les deparase el destino, mientras estuvieran juntos, podrían superarlo todo.

Hope sonrió al observar la perplejidad en Norman. Tal como predijo Marta, él se quedaría sorprendido al verla salir del hogar con una actitud relajada. Con una sonrisa en los labios, se acercó a él y le tendió una mano. Rápidamente, O'Brian se la cogió y la posó sobre su regazo.

—¿Estás segura de esto? —le preguntó antes de que se alejaran de la puerta.

—Absolutamente. Sé que voy a hacer lo correcto —respondió serena y dispuesta.

—¿Hay algún lugar en particular que te gustaría ver primero? —insistió en saber al tiempo que comenzaban el paseo.

—No importa hacia dónde nos dirijamos en primer lugar. Lo único que deseo es conocer este lugar y a sus buenos habitantes.

Mientras caminaban por el polvoriento camino de la aldea rural de Inglaterra, Hope se maravillaba con cada detalle que veía a su alrededor. Norman, con voz apasionada, le relataba todo lo que conocía sobre el lugar, destacando su belleza y tranquilidad. Las casas antiguas, construidas con piedra y madera, parecían surgir directamente del pasado, con sus fachadas gastadas, pero aún majestuosas. Las ventanas, enmarcadas por enrejados de hierro forjado y adornadas con cortinas de encaje descoloridas, dejaban expuestas la vida de los habitantes del lugar.

Como había imaginado, por las conversaciones de O'Brian, la aldea se situaba en un valle y todo lo que halló alrededor fueron campos de cultivo. A medida que avanzaban por la segunda calle que tomaron, la inseguridad que Hope ocultó, para que Norman no se preocupara, fue desapareciendo. Eso provocó que caminara tranquila, relajada y disfrutando de todo lo que tenía frente a sus ojos.

—¿Te apetece conocer a nuestro arrendador? Supongo que, a pesar de la hora, la panadería seguirá abierta —le sugirió mirándola.

—Sí, me encantaría —respondió con una sonrisa.

Apoyada en el brazo de Norman, se dirigieron hacia el nuevo destino. El tintineo de unos cencerros llamó la atención de Hope, y se detuvo un momento para observar el rebaño de cabras que se acercaba. Un niño de unos doce años caminaba junto a ellas, cuidándolas con gran destreza. Sus pasos eran ligeros sobre el camino polvoriento, y el sol de la tarde hacía brillar su cabello oscuro como una corona de ébano. Al pasar cerca de ellos, el chiquillo miró a Norman y lo saludó llevándose una mano a la visera de su gorra de lana gastada por el uso. A continuación, clavó sus ojos en Hope. Por un instante, toda la entereza que ella mostraba se tambaleó, pero al descubrir que este le dirigía una sonrisa sincera, en vez de expresar extrañeza al contemplar su rostro, esa seguridad regresó con rapidez.

—Es el hijo del herrero —explicó O'Brian al notar que la presión de la mano de Hope disminuía—. Como te he comentado en varias ocasiones, los aldeanos se abastecen de lo que poseen y este rebaño se encarga de mantener al pueblecito provisto de buen queso.

Hope asintió al tiempo que reanudaron la marcha. A medida que el tiempo transcurría, se sentía más relajada, dejando atrás los temores que la habían acosado durante su obligado enclaustramiento. Observó de reojo a Norman, quien radiaba seguridad y calma. En ese momento no solo admitió que era reconfortante tenerlo a su lado, sino que también entendió que había tenido mucha suerte al enamorarse de un hombre tan bueno y comprensivo.

El olor a pan recién hecho le indicó que estaban llegando. Hope sintió un leve cosquilleo en el estómago por los nervios de no saber cómo actuaría el panadero al verla. ¿Conocía el señor Baker su historia? ¿Cómo la miraría? ¿Podría mantener la compostura frente a él? Se obligó a respirar profundamente, tratando de calmar los latidos acelerados de su corazón. Recordó las palabras de Marta. Sí, tenía razón. El apoyo incondicional y el amor sincero de Norman eran un pilar lo suficientemente fuerte y seguro para apoyarse, en caso de necesitarlo.

—Es aquí —anunció O'Brian señalando la puerta de una casa.

Lo miró y la calma que le transmitieron sus ojos la ayudó a mantenerse firme. Volvió a tomar aire, se alzó la falda con la mano derecha y subió junto con Norman los peldaños de madera que dirigían hacia la entrada de la vivienda. Una vez que ambos permanecieron bajo el umbral de la puerta, Hope observó el pequeño establecimiento. La panadería, antigua y acogedora, rezumaba el encanto del pasado. Estanterías de madera recubiertas de polvo de harina albergaban cestas de mimbre, algunas vacías y otras con pocas barras de pan, testigos del ajetreo de la mañana. El aire estaba impregnado del reconfortante aroma a pan recién horneado, que parecía envolver todo el lugar en una cálida bienvenida. Los mostradores altos de madera, desgastados por el tiempo y el uso, exhibían con orgullo los productos de la panadería, mientras que el suelo de baldosas blancas y gastadas llevaba las huellas de los clientes que habían pasado por allí a lo largo de los años.

Y en medio de este escenario, se encontraba el señor Baker. Un hombre de unos sesenta años, con barba canosa y cuidada que enmarcaba su rostro. La calvicie se asomaba en la parte superior de su cabeza, pero su figura seguía siendo ancha y fuerte, reflejando años de trabajo duro en la panadería. Llevaba puesto sobre sus ropas un delantal blanco, ahora manchado de masa y harina, testigo silencioso de las muchas creaciones que había traído a la vida en su horno. Al observar la llegada de ambos, dejó la barra de pan sobre el mostrador y fijó sus ojos en Hope.

—Buenas tardes, señor Baker —dijo Norman dando un paso hacia el mostrador para intentar desviar la atención del panadero hacia Hope.

—Buenas tardes, señor O'Brian —contestó con voz profunda—. ¿Qué necesitan?

—Nada. He venido con mi prometida porque quería conocer a la persona que nos arrendó la vivienda en la que permanecemos. Hope, —indicó mirándola—, él es el señor Baker.

—Buenas tardes, señor.

Hope, aunque algo nerviosa, extendió la mano con delicadeza hacia el panadero para saludarlo correctamente.

—Encantado de conocerla —respondió tras limpiarse una mano en el mandil y aceptar el gesto de la joven—. Su prometido me ha hablado mucho de usted, pero creo que, cuando mencionó su belleza y elegancia, no fue sincero —añadió, dirigiéndole a O'Brian una mirada cargada de complicidad—. Es usted más hermosa de lo que él mencionó —finalizó con una sonrisa cálida.

Después del halagador comentario, un rubor suave tiñó las mejillas de Hope, revelando su sorpresa. Sus ojos se encontraron con los de Norman. Los suyos brillaban de orgullo. No hubo malicia ni reproche por el elogio de Baker, sino todo lo contrario. Sin decir una palabra, él extendió una mano hacia la de Hope y se la tomó con suavidad. Eran una pareja y se enfrentaban a lo bueno y a lo malo juntos. Estaban tan centrados en ellos dos, que no se dieron cuenta que el señor Baker los miraba y sonreía de felicidad. Después del cautiverio que se había sometido la joven y los temores del prometido, porque no sabía si sería capaz de ayudarla, allí estaban, enfrentándose a todo.

—¿Han recorrido la aldea? —preguntó Baker para romper aquel eterno y amoroso silencio.

—Hemos recorrido gran parte de ella, sí —indicó Hope más relajada y habladora.

—¿Qué le ha parecido? Porque una joven que está acostumbrada a la actividad de

una gran ciudad, este lugar le ha de resultar un tanto peculiar.

—En la ciudad, el ruido de los carruajes y la gente no deja escuchar a los pájaros. Pero aquí, su canto es lo primero que escucho cuando despierto. Me gusta sentir el aire fresco y puro. También he disfrutado del silencio que he hallado en el jardín. He encontrado una nueva amistad y he sido testigo de cómo los aldeanos se preocupaban de nuestro bienestar. En definitiva, he de confesarle que venir aquí fue la mejor decisión que tomó mi prometido. Si hubiera regresado a Londres, después de lo ocurrido, no habría tenido la fuerza para recuperarme. Sin embargo, aquí, he sido respetada y cuidada.

Norman le apretó con suavidad la mano, apoyando su decisión de mencionar el incidente y reconfortándola, para que esa emoción que se transformaba en un nudo en su garganta, desapareciera.

—Como le dije a su prometido, el primer día que apareció para pedirme que le arrendara una vivienda, aquí todos somos una gran familia y, como tal, nos ayudamos en la medida de nuestras posibilidades —determinó Baker.

—Por ese motivo, hoy he decidido salir a pasear. Quiero que aquellas personas que se han preocupado por mi salud descubran que me encuentro bien y que estoy agradecida por ese apoyo que he sentido, aunque soy una forastera —admitió Hope muy emocionada.

Norman, al escucharla, subió la mano que le agarraba hasta su boca y le dio un beso. Sus ojos, al igual que los de Baker, expresaban una gran impresión. Su mujer al fin se había recuperado. Todo se quedaría, de una vez por todas, en el olvido y podrían disfrutar de un maravilloso futuro.

—Hay una manera muy apropiada de que todos los aldeanos sean informados de su agradecimiento —comentó el panadero cruzándose de brazos, como si de verdad Hope tuviera que dar las gracias a cada habitante.

—Dígame qué he de hacer y le prometo que no tardaré en llevarlo a cabo —aseveró Hope sin dudar.

La sonrisa que mostro Baker expresaba un gran triunfo.

—Creo que lo más apropiado sería que celebraran su boda y la fiesta en nuestra capilla. Los aldeanos podrán disfrutar de un día de descanso, en el que beberán y comerán libremente.

—¿Una boda? —soltó perpleja ella.

De todo lo que había pensado, jamás se le habría ocurrido aquella opción. Era cierto que deseaba casarse con Norman, pero le había prometido a Eric que sería después de la suya con Josephine. ¿Cómo iba a romper el juramento? ¿Qué pensarían sus padres? ¿Cómo podrían reunir a tanta gente en aquel lugar?

Ante el repentino silencio de Hope, Norman sintió la tensión crecer en su interior. No comprendía por qué se mantenía en silencio si habían hablado de ello. En aquel momento, se enfadó por haberse convertido en el hombre más casto del planeta. Si se hubiera dejado llevar, en ese instante estarían casados y la única duda entre ellos sería averiguar la fecha en el que nacería el próximo O'Brian.

—Se lo prometemos —dijo con voz serena pero determinada.

Tras esas palabras, Norman actuó con rapidez. Con un movimiento decidido, sacó

a Hope de la panadería y la llevó hacia la calle. Desde dentro, el señor Baker los observó con curiosidad y diversión.

—¡Jóvenes! —exclamó, sacudiendo la cabeza con una sonrisa mientras los veía alejarse.

XXVII



Corrieron agarrados de la mano sin reparar en las sonrisas de las personas que los miraban. Como dos niños jugando, no pararon hasta que llegaron a la capilla. Al recobrar el aliento, se quedaron frente al edificio.

Situada en las afueras, rodeada de campos verdes y árboles centenarios, la modesta, pero majestuosa capilla de los aldeanos se alzaba ante ellos. Cuando se colocaron frente a la entrada principal, Hope observó su estructura de piedra gris, envejecida por el paso del tiempo. Constaba de una sola nave y una pequeña torre campanario. Sus ventanas de cristal emplomado permitían que la luz del sol se filtrara en el interior. El césped que la rodeaba estaba cuidadosamente recortado, y algunas flores silvestres ofrecían un maravilloso color a la zona.

—¿Qué nombre tiene? —preguntó Hope mientras se dirigían hacia el interior.

—Santa María —contestó Norman, sintiendo una enorme emoción al acceder a ella, pues allí, rodeados de sus seres queridos, se prepararían para unir sus vidas en un vínculo eterno.

Al entrar, fueron recibidos por un ambiente sereno y solemne. En el centro del espacio, un altar de madera tallada se mostraba majestuoso, cubierto por un mantel blanco bordado con delicados motivos florales. Sobre él, una cruz de plata finamente labrada capturaba los destellos de la luz que danzaban en el aire, reflejando la dignidad del lugar. A ambos lados del altar, bancos de madera oscura se alineaban en filas ordenadas, ofreciendo asiento a los fieles que acudían en busca de consuelo y esperanza. Almohadones bordados en tonos suaves brindaban comodidad a quienes participaban en los oficios religiosos.

Las paredes estaban adornadas con pinturas y símbolos sagrados. Imágenes de santos y vírgenes, cuidadosamente enmarcadas, observaban en silencio desde su lugar en lo alto, otorgando protección y bendiciones a quienes se congregaban allí. Los arcos góticos del techo abovedado ofrecían secuencias de luz y sombra, expresando el arduo trabajo de quienes la construyeron con gracia y elegancia. El suelo de piedra pulida estaba cubierto por una alfombra roja que conducía hacia el altar, marcando el camino que debían seguir el día de su matrimonio.

—¿Te gusta? —preguntó Norman al verla tan callada.

—Sí —contestó, volviéndose hacia él para mirarlo.

Lo que O'Brian descubrió en aquellos hermosos ojos lo emocionó. Las dudas sobre la decisión de casarse con él quedaron olvidadas al entender que Hope se estaba imaginando el día en el que se unirían para siempre: vestida de blanco, caminando sobre pétalos de rosas, el murmullo de los invitados alabando la belleza de la novia y la suerte que había tenido él en encontrarla. Entonces, ¿por qué se había mostrado tan confusa delante del señor Baker?

—Es perfecta para nuestro gran día —expresó Hope al soltarse ligeramente de la mano y pasear por el interior de la capilla.

—¿Cuándo? —espetó él sin moverse, dejando que ella obtuviera la libertad necesaria para explicarle el motivo por el que no podían casarse antes de regresar a Londres.

—Después de Eric —respondió, mirándolo por encima del hombro para ver su reacción.

—¿Por qué debe hacerlo primero? —replicó, dirigiéndose hacia ella—. Tras lo ocurrido, creo que es más conveniente celebrar nuestra boda a esperar —insistió.

—¿Te causa temor lo que pueda suceder cuando volvamos? —preguntó, volviéndose hacia él.

—No —contestó firme—. El único motivo por el que tengo prisa es que me pone nervioso pensar que, cuando regresemos, no estarás a mi lado.

Los labios de Hope dibujaron una enorme sonrisa al escucharlo.

—No puedo traicionar a Eric —indicó soportando el pesar de la promesa—. Pero no tardará en hacerlo —añadió extendiéndole una mano para que se la tomara y pudieran marcharse de allí.

Una vez en la calle, cuando el silencio entre ellos se hizo demasiado extenso, Hope le apretó suavemente la mano para que la mirase.

—Mi hermano llegó a un acuerdo con mi padre: nuestra familia y los Moore marcharíamos una semana a Sheiton Hall para que él pudiera lograr la aceptación de Josephine —explicó mirando hacia el frente—. Lleva cortejándola desde que se conocieron y ha sufrido todo tipo de altercados para estar a su lado. Lo que ha pasado, no ha de alterar sus planes. Tampoco creo que deba interrumpir la vida de quienes me rodean. En primer lugar, porque estoy bien. En segundo, porque estoy contigo y eso es lo más importante para mí.

Un latigazo de felicidad recorrió el cuerpo de Norman tras oír lo que, al parecer, era una confesión de amor. Intentó mantener la calma, porque lo único que deseaba era abrazarla en mitad de la calle y besarla. Pero no debía seguir su instinto. Hope era una mujer discreta y reservada, que no asumía con facilidad las demostraciones públicas de afecto. Además, pese a que había decidido salir al exterior para enfrentarse al mundo, seguía siendo vulnerable a las miradas y juicios ajenos.

—¿Cuándo será el día de partida? —dijo tras recobrar la estabilidad emocional y seguir mostrando cierto malestar en su rostro porque, aunque ella lo estaba engatusando con la confesión de amor, no debía olvidar que se alejaría durante un tiempo.

—El veintidós de este mes. No es tanto, Norman. Si no he perdido la noción del tiempo en este lugar, hoy es día dieciséis —dijo más relajada al notar que el tono de voz que él había usado expresaba aceptación.

—¿Y si Eric regresa sin obtener su propósito? —preguntó, parándose y mirándola con angustia.

—Lo conseguirá —claudicó Hope muy segura—. Josephine está enamorada de mi hermano, pero no tiene la confianza suficiente para abandonar sus prejuicios y ofrecerse al amor —añadió, obligando a Norman a reanudar la marcha para cumplir el siguiente objetivo que había tramado con Marta.

Debido a su recuperación, no tardarían en regresar a Londres y la distancia sería insoportable, no solo para él, sino también para ella. Le había costado bastante asimilar que sus sentimientos por Norman no eran tan débiles como pensaba. Cuando Marta le preguntó qué reacción tendría si encontrara al señor O'Brian paseando con otra mujer su respuesta fue

categoría.

—Moriría en mis manos y cuando estuviera sin respiración en el suelo, le arrancaría el corazón por engañarme —contestó con las mejillas coloradas y los ojos llenos de furia.

—¿Ve? Entonces, no se trata de un amor que puede olvidarse en cuanto regrese a Londres. Cuando aparecen ese tipo de sentimientos, hay más intensidad en su corazón de lo que piensa. Tal vez su confusión se debe a lo sucedido o a la forma de actuar que él ha adoptado. Sea lo que sea, si usted lo ama, ha de hacer todo lo posible por expresar lo que siente.

—¿Expresar lo que siento? —dijo abriendo los ojos como platos.

—Deje de ser tan remilgada con el tema de la pasión. Lo que la tiene alterada es que ha probado la miel del deseo y él la dejó sin averiguar qué ocurriría después. Sea valiente. Si él no comienza, empiece usted. Al principio una tiene cierto pudor en saltar a los brazos de su hombre y besarlo. Le aseguro que, con el tiempo, esa vergüenza desaparece. Además, ¿qué cree usted que desea un hombre en el lecho: otra almohada donde dormir o una mujer que sea capaz de llevarlo hasta la muerte por el cansancio?

El rubor subía y bajaba por ella al recordar todo lo que Marta le había dicho que hiciera. ¿Cómo iba a lanzarse sobre Norman y tocarle por todas partes? Si ya se había sorprendido al pedirle que pasearan juntos, ¿qué pensaría de ella si le rodeaba el cuello con los brazos y le estampara un beso con lengua? No tenía la menor duda de que lo primero que haría sería llamar al doctor para que curara su nueva enfermedad. ¡Ella era la mujer de hielo, no una descocada de Baco!

—Bueno, siendo así. No habrá más remedio que aceptar tu partida. Mientras estás fuera de Londres, hablaré con mi familia y buscaré un hogar donde poder residir después de casarnos. Aunque te prometo que intentaré hacer todo lo posible para que mi abuelo no intervenga —dijo Norman, que había hablado sobre los planes futuros sin darse cuenta del estado de agitación de Hope.

Al escucharlo comprendió que, tal como le había dicho Marta, él seguía con miedo de tocarla por lo que había pasado. ¡Ella quería que la tocara! ¿Había mujeres en el mundo que odiaran ser tan mimadas y cuidadas por sus hombres? ¿Dónde estaba la pasión que le había explicado Marta?

—Tal vez deberíamos escribir a nuestras familias para informarles de que regresaremos pasado mañana —comentó Norman tras pararse ambos frente a la puerta de la vivienda.

—Sí —respondió llevándose las manos al sombrero para quitárselo mientras él abría la puerta.

Con caballerosidad, le cedió el paso. Hope entró y lanzó el bonete sobre el sofá grande del salón. Oyó cómo Norman encajaba la puerta. Se volvió hacia él, y antes de que pudiera parpadear dos veces, se lanzó y lo besó.

XXVIII



O'Brian estaba tan sorprendido por la reacción de Hope que apenas se movió. Dejó, sin cerrar los ojos, que ella lo besara y que le instara a abrir su boca para que ambas lenguas se tocaran. Quiso reaccionar y responder debidamente, pero su cuerpo no actuaba. Todo su ser estaba paralizado. De repente, cuando advirtió que ella se apartaba para mover la cabeza hacia el lado izquierdo, colocó las manos sobre sus hombros y la retiró despacio.

—¿Hope? —atinó a decir, observando el brillo en sus ojos y el azoramiento en su rostro.

—¿Lo estoy haciendo mal? —preguntó, mostrando vergüenza a través del rubor de sus mejillas.

—No, no se trata de eso. Solo estoy... ¿sorprendido? —respondió Norman.

Hope respiró aliviada, luego le sonrió e hizo lo que le había indicado Marta: acercar su cuerpo al de Norman para que pudieran sentir contacto. Sin embargo, la reacción de O'Brian la desconcertó. Según había entendido, él la abrazaría para que no se separaran y volverían a besarse, pero él seguía mirándola con extrañeza. Si no lo había entendido a la primera, debía hacerlo a la segunda. Sin pensar en nada más que en lograr su propósito, su boca volvió a capturar los labios de él, presionándolos con más devoción que experiencia. Pero antes de que pudiera respirar hondo para continuar alargando el beso, él la retiró nuevamente.

—Hope —murmuró sin dejar de mirarla.

—Norman —le respondió, como si llamarse se convirtiera en la pausa que debían hacer antes de continuar besándose.

—¿Estás bien?

—Sí, muy bien —contestó, apoyando ambas manos sobre el amplio y agitado pecho—. ¿No te gusta? ¿Quieres que lo dejemos?

O'Brian tragó con dificultad. Estaba librando la peor batalla de su vida. ¿Dejarla? ¡Nunca! ¡Había soñado mil veces con verla de aquella manera! Pero las dudas lo asaltaban...

—Si me deseas... ¿por qué me alejas? —preguntó ella seductoramente.

Hope sentía el latir del corazón de Norman bajo su mano derecha. Era pesado, fuerte y rápido. Pero estaba segura de que, si tocaba el suyo, palpitaba de la misma manera.

—No quiero alejarte. Solo deseo saber si estás segura de lo que provocas. Si cambias de opinión, podemos parar ahora mismo.

—Estoy segura y no quiero parar —respondió decidida.

La respiración de Norman se volvió pesada, las aletas de su nariz se dilataron y presionó con fuerza los dientes.

—No sabes lo que estás diciendo.

—Por supuesto que lo sé. Pero si tú tienes dudas, respeto tu decisión —comentó

Hope, dando un paso hacia atrás.

Sin más preámbulos, Norman cerró la brecha entre ellos, envolviendo a Hope en un abrazo firme.

—No tengo dudas. Desde que te conocí en Hyde Park, supe que serías mi mujer. Sin embargo, después de todo lo que ha ocurrido, quiero ir despacio —expresó con voz ronca, mientras el deseo ya afloraba por cada poro de su piel.

—Me siento preparada para ti —dijo Hope sin titubear.

El pulgar masculino trazó el contorno del labio inferior y fue él quien tomó las riendas de la situación. Su boca buscó la de ella y el beso no comenzó tan tierno como siempre. Este fue una invitación a la locura, a la pasión, a la entrega sin censura de ambos.

Hope gimió cuando sus lenguas se enredaron, cuando él la apretó contra aquella parte de su anatomía que reaccionaba al arrebató de pasión. Norman ahondó el beso, y Hope creyó desfallecer. Las rodillas le fallaron, pero sabía que él nunca la dejaría caer. Se vio alzada entre sus poderosos brazos, y en largas zancadas, O'Brian atravesó el salón para conducirla hasta la cama donde, noches atrás, habían dormido castamente.

Cuando entraron, el ambiente de la alcoba los envolvió. Aquella luz del atardecer accediendo por el ventanal, la manta de colores que ofrecían las flores del jardín... Era el mismo lugar, pero a ambos les resultó muy diferente. Sin dejar de besarla, la deslizó muy despacio por su cuerpo hasta que ella pudo apoyarse en el suelo. El brazo derecho que rodeaba con firmeza su cintura se alejó de esta. Hope inspiró hondo al notar la mano sobre un hombro. Al principio, se mantuvo allí, como si pretendiera que ella se acostumbrara a su tacto. Luego, se colocó en su espalda y fue desabrochando con pericia los botones del vestido.

O'Brian rompió el beso, dejando a Hope jadeando, temblando. Sabía lo que necesitaba, porque él demandaba lo mismo. Pero debía ser cuidadoso, pues era la primera vez para ella. Sin dejar de mirarla, esperando una señal que le hiciera parar, terminó con los botones y, lentamente, fue bajando el vestido hasta la cintura. Se detuvo para contemplarla, para admirar el milagro de la piel tersa y nívea que asomaba por la combinación. Se empapó de la belleza de sus hombros desnudos, de sus brazos suavemente redondeados y de la delicada estructura de su cuello. Conocía su silueta. La había visto cada vez que se acostaban. Sin embargo, en esta ocasión, no tendría que retirar sus ojos para censurar el deseo demoníaco que ella le despertaba. Inspiró hondo como un ahogado que trata desesperadamente de tomar aire. Levantó las manos hacia el rostro de Hope y atrajo sus labios hacia él.

—Norman... —susurró, lanzando un suspiro.

Pronunció la palabra entre jadeos, atenta a qué harían las manos de él tras abandonar su rostro. Sintió la presión de estas sobre sus pechos y, a pesar de su inexperiencia, no reaccionó de manera negativa. Al contrario, su cuerpo anhelaba todo aquello que se había imaginado, aunque tenía la sospecha de que su mente no le había proporcionado la información exacta. Por suerte, seguían besándose y ese beso la aferraba al mundo en el que existía. Sin embargo, nunca había sentido aquel tipo de sensaciones, de excitación. Él la deseaba con ardor. Uno que había ocultado durante los días anteriores. Uno que ella pensó que no despertaba. Erró. Norman solo había contenido su deseo por temor y ahora, liberados de esa barrera, ambos disfrutarían del amor y la pasión que se profesaban.

Mientras el frenesí del beso llegaba al punto de un clímax extraño para Hope, los

dedos de Norman deshacían los lazos de su combinación. Ella lanzó un suspiro. Al oírla, el cuerpo de O'Brian tembló ligeramente. El aroma de su amada, que lo embriagaba para atormentarlo, añadía un ansia insoportable. Pero sintió que iba a morir de gusto cuando finalizó el beso y contempló el cuerpo desnudo de Hope. Era suyo, solo suyo...

—Norman...

Repitió su nombre. Sin embargo, esta vez no expresaba placer, sino rubor. Sentía vergüenza al hallarse desnuda frente a él. La abrazó. La atrajo con fuerza y le mostró, en ese abrazo, que no había nada que temer. Era perfecta. Increíblemente perfecta y nada de lo que encontrara le haría perder esa perfección. Pues no hacía falta que Hope le dijera con palabras que tal vez no hallaría unos senos demasiado voluminosos. Carecía de importancia. Los quería, los amaba, los deseaba, al igual que el resto de ella. Sin dejar de abrazarla, la alzó y la llevó hasta el lecho. Muy despacio, la recostó sobre la colcha suave y luego siguió mirándola, deleitándose con la visión que ella le mostraba.

Con movimientos expertos y ansiosos, O'Brian se quitó el chaleco y la camisa. A continuación, sin retirar sus ojos de los de ella, se deshizo del pantalón. Las calzas las dejó para más adelante. No quería ver una expresión de horror en el rostro de Hope. Ya habría tiempo para que descubriese hasta qué punto lo excitaba, hasta qué punto podía levantar su deseo. Se acercó al lecho, esperando con una bendita paciencia a que ella se posara en el lugar donde había dormido. Después, se colocó encima, apoyado de brazos y rodillas, para que no soportara el peso de su gran cuerpo.

—Yo... —musitó Hope, con la intención de terminar la frase que había pensado, pero no la finalizó. Prefirió esperar la reacción de él. Norman era el experto, el maestro y ella la aprendiz.

—Te quiero —le dijo y volvió a besarla.

Si el escaso tiempo que él había tardado en desnudarse había provocado en ella alguna indecisión, se eliminó en cuanto sus labios volvieron a juntarse. Lo hizo con urgencia, sin delicadeza, sin autocontrol. Una vez que sus labios abandonaron los de ella, descendieron por la curva de su cuello hasta alcanzar el punto en el que su pulso latía desbocado. Lamió aquella hondonada y luego fue bajando hasta que su boca alcanzó el primer pezón. Duro, firme, terso. Una delicia, una fruta que quería devorar. Besó, lamió y succionó primero uno y después el otro, alentando sus jadeos. Un gruñido salió de su garganta al apreciar que Hope arqueaba la cadera. Su inocencia no sabía qué respuesta obtendría al hacerlo. Él se la enseñaría.

Recorrió su vientre con la lengua, jugando, disfrutando de la tortura que le estaba provocando. Hope había comenzado la seducción sin tener en cuenta qué obtendría. Placer, desesperación, temor y, sobre todo, a él. Le pertenecía desde el primer día que se conocieron, esa posesión se hizo mayor con el paso del tiempo, al conocerla, al vivir todas las cosas buenas y malas que habían ocurrido desde entonces. Hope no tenía ni idea de hasta qué punto él era suyo. Podía pedirle que se lanzara por un acantilado y él lo haría sin cuestionar. Sin embargo, para su gozo, esta vez solo le había pedido que la amara, que juntos disfrutarían de una intimidad que deseaba; y la estaba complaciendo, como haría el resto de su vida.

—No te muevas —le indicó, tras colocar sus manos sobre los gustosos glúteos de ella y alzarle las caderas, hasta que su boca quedó frente a la mata de rizos.

—¿Qué...?

Fue lo único que pudo decir, porque él le contestó sin tener que escuchar la pregunta por completo. En ese momento, Hope dejó de ver con claridad. La única imagen que le ofrecieron sus ojos fue el techo de la cama lleno de puntos de colores. Sus manos, en un acto de desesperación, pues pensaba que terminaría en el suelo debido a los temblores de placer que O'Brian le causaba, se extendieron a ambos lados y apretó la colcha. Ahora comprendía la pregunta de Marta. No, ella no quería ser una almohada, sino quien matara a su hombre por el cansancio, por el placer. Aunque, en aquel instante, la única que parecía disfrutar era ella.

—Quiero tocarte —atinó a decir después de gritar por los raros espasmos que le había causado aquella boca.

Como si le hubiera indicado una orden que debía cumplir de inmediato, Norman se retiró de ella, se quedó a los pies de la cama, se quitó las calzas y regresó. Se colocó de rodillas presionando con los glúteos sus caderas. Se mantuvo en silencio, observándola, esperando su reacción. Hope extendió las manos para tocar aquel pecho masculino que la había sorprendido. No solo por la mata de vello negro, sino por su robustez y firmeza. El abdomen parecía el mar revuelto. La cresta de una ola, de otra, de la siguiente. Todo músculo, toda corpulencia. Años de esfuerzo físico y dedicación a su trabajo iban a ser el disfrute de ella.

—Hope... —murmuró, echando la cabeza hacia atrás, como si las caricias le causaran daño.

En cierto modo, así era. El dolor que sentía no era infringido por golpes sino por roces suaves e inexpertos, incluso tímidos. Sin embargo, causaron el efecto más placentero de su vida.

—Eres tan... distinto a mí —musitó Hope, fijando la mirada en los ojos de O'Brian, intentando averiguar qué efecto le provocaba el acariciarlo tan retraídamente.

Durante un instante eterno, Norman se limitó a existir. Tenía todos sus sentidos en lo que ella hacía y en lo que provocaba en él. Su despertar a la pasión se estaba convirtiendo en su propio despertar. Cuando las manos de Hope descendieron lentamente hacia las caderas, contuvo un grito de placer. No solo por todo lo que le hacía sentir, sino porque le agradaba aquel atrevimiento, aquella confianza que habían creado desde que llegaron a la aldea. Al principio había maldecido su destino, pero ahora, advirtiendo que había sido lo mejor para los dos, daba gracias a Dios por haberlos llevado allí.

—Norman...

Lo llamó y eso le hizo salir del trance deleitoso en el que se había sumergido. Le respondió con una sonrisa, aunque parecía cálida, expresaba toda la perversidad que tenía la intención de hacer. Se inclinó hacia ella y la besó. Necesitaba tenerla concentrada en responderle con la boca mientras él proseguía. Como había supuesto, Hope aceptó el beso y le respondió, sin percatarse de que él aprovechó la distracción para tumbarse a su lado y llevar una mano hacia sus rizos. A continuación, muy despacio, dejó que sus dedos recorrieran sus pliegues. Hope contuvo el aliento y un agudo estremecimiento le recorrió el cuerpo. Tenía los ojos cerrados, pero O'Brian no apartaba la mirada de su rostro, observaba sus expresiones de inquietud, de excitación, de intenso placer. Hope ya estaba ardiendo, ya estaba henchida y llena. Norman siguió moviendo los dedos y enseguida notó la humedad. Los acarició en círculo con un dedo y la respiración de ella se aceleró.

Él continuó besándola, obligándola a centrarse en responder a su lengua, a la presión de los labios. Pero no lo consiguió. Retiró su boca y jadeó. Estaba retorciéndose, lista

para experimentar la próxima sensación. Si no se apresuraba y se la daba pronto, estaba convencido de que se le paralizaría el corazón.

Lentamente, retiró el dedo de sus recovecos e introdujo otro más, abriéndola, preparándola. Ella se retorció y se acopló a la perfección. Profundizó un poco más... y el gemido de Hope se transformó en una canción celestial para Norman. Enterró la mano en los muslos sin dejar de marcar el mismo ritmo lento y repetitivo, mientras volvía a colocarse sobre ella. Escuchando su respiración entrecortada, tras el último clímax, impulsó su cadera hacia la de él, preparándola para el encaje.

Hope lo miró con los ojos abiertos. No de miedo, sino de ansiedad por conocer aquello que había esperado e imaginado en el pasado... Y no los cerró mientras la penetraba, mientras se adentraba en su interior muy despacio, poniendo a prueba toda su paciencia y pericia. La cavidad interior era muy estrecha, pero ella no se tensó, se mantuvo relajada en todo momento, como si le diera a él toda la voluntad para hacer lo que deseara. Norman accedió despacio, con calma, llenándola de manera inexorable hasta que la totalidad de su miembro quedó sumergida en su dulce ardor. Hope inspiró hondo, soportando el único dolor que sentiría al hacerlo. Luego, él solo le prometería placer.

Aunque le temblaban los músculos por el esfuerzo, O'Brian mantuvo el ritmo muy lento para que ella pudiera acostumbrarse a él. Podía escuchar, en mitad de la vorágine de placer, su propia respiración entrecortada y estaba tan tenso que le dolían los pulmones. Estaba muy húmeda y ardiente. Sus muslos se cernían sobre él mientras la amaba. Luego se retorció, apretándose contra él. Aferrándose a los hombros, abrazándole las caderas con las rodillas, Hope arqueó la espalda para que pudiera adentrarse aún más.

Y esa sensación fue tan acogedora, tan comfortable, que estaba decidido a prolongar la agradable agonía hasta el final...

Los embates se volvieron cada vez más intensos, hasta que Hope fue incapaz de aguantar más y se rompió, las contracciones de placer femenino arrollaron a Norman quien se dejó llevar por el orgasmo más increíble que había sentido nunca, llenándola con su esencia, marcándola con su simiente para siempre. Algún día aquel vientre liso y plano albergaría a sus hijos, y el pensamiento lo llenó de una calidez inusitada.

Ambos habían creado un nuevo mundo. Uno en el que permanecerían para siempre...

Norman se levantó con rapidez y se alejó de la habitación. Hope, aún sintiendo un incesante palpitir entre sus muslos, lo miró asombrada. Al momento, él regresó con un paño. Se acercó y comenzó a limpiar la parte más dolorida de su cuerpo. Aquel frescor la alivió tanto que soltó un largo y profundo suspiro.

—Ven, te ayudaré a recostarte —le dijo extendiéndole una mano para levantarla con cuidado.

Aunque apenas tuvo que moverse, O'Brian retiró la colcha manchada de la inocencia de su mujer, apartó la sábana, la ayudó a tumbarse y se alejó de nuevo. Cuando volvió, colocó sobre los pies de la cama una enorme manta. No habían tenido el cuidado de prender la lumbre antes de dar el paseo. Tampoco él había pensado que la tarde terminaría de aquella forma. Pero no importaba aquel ambiente fresco. Él mantendría caliente a Hope con su cuerpo y la manta.

Una vez que se puso a su lado, la arrastró para acurrucarla, para que la cabeza dorada descansara sobre el latido de su corazón, que era el lugar que le pertenecía. La cubrió y besó su pelo.

—Mañana escribiré una carta a nuestras familias anunciándoles que regresaremos a Londres dentro de cuatro días —indicó apretándola aún más a él.

—¿Cuatro días? —preguntó Hope manteniendo la cabeza apoyada sobre aquel torso que ahora respiraba calmado—. Pensé que tenías la intención de partir pasado mañana.

—Cierto, pero ahora no creo que sea conveniente regresar tan pronto.

—¿Por qué? —espetó alzando el rostro para mirarlo.

—Porque tenemos que recobrar el tiempo perdido —dijo antes de inclinar la cabeza hacia ella y darle un tierno beso en la frente.

Epílogo

Wiltshire Downs (aldea), 2 de junio de 1885

Mientras se miraba en el espejo, Hope podía escuchar claramente el alboroto que se había desatado en el exterior. Las calles estaban decoradas con guirnaldas de flores y banderines festivos, y el aroma a flores frescas y comida recién preparada llenaban el aire. El bullicio era evidencia del entusiasmo de los habitantes de la aldea por la próxima boda, y la anticipación se sentía en cada rincón. Aunque su familia y la de Norman habían llegado la tarde anterior, en distintos horarios por petición de ambas madres, la aldea apenas detectó la presencia de ellos, salvo el señor Baker, quien tuvo que lidiar con todas las peticiones del abuelo Campbell. Los vecinos se habían unido para ayudar con los preparativos, ofreciendo comida casera, arreglando el jardín de la capilla y ayudando con los últimos detalles para asegurarse de que todo estuviera perfecto para el gran día.

—Hope —la interrumpió su madre al entrar en la alcoba—, un muchacho me acaba de entregar esta carta para ti —añadió mostrándosela.

—Gracias —respondió, levantándose del taburete.

—¡Estás preciosa! —dijo Anais al ver a su hija vestida de blanco, con una diadema que la señora Wells había hecho a mano con las flores del jardín de aquella vivienda.

—No se le ocurra llorar, madre —le advirtió, aguantando su propia emoción.

—Ya no me quedan lágrimas —respondió, tras inspirar profundamente—. Después de la boda de Eric y de la noche de ayer, mis ojos se han secado.

—¿No quería usted que encontrara un marido? —le recordó con tono burlón.

—Lo quería, pero ahora me arrepiento de mis palabras, porque en menos de un mes, mis hijos me han dejado sola —comentó con emoción contenida.

—No estará sola. Por si no lo recuerda, mi hogar está al lado del suyo.

—Una bendición de tu marido, aunque no sé si habrá sido muy acertado que el señor Campbell adquiera las dos que preceden a la tuya. Según me ha explicado tu padre, el abuelo ha comenzado una mudanza a la vivienda que linda con el muro de tu jardín. Tu futuro esposo, tras conocer la noticia, ha contratado una cuadrilla para que ese muro triplique la altura. April también me ha contado que ha decidido abandonar su actual vivienda porque no le gusta estar separada de su madre. Creo que comenzarán el cambio de muebles la próxima semana —expresó con una mezcla de ansiedad y temor.

—Como le he dicho, no estará sola. Desde ahora la familia se ha triplicado, como el muro que construirá mi marido —expresó antes de soltar una carcajada.

Nada de lo que había pretendido hacer Norman, para separarse de su abuelo, había tenido el propósito que deseaba...

—Bueno, me marchó para que disfrutes de las palabras que te ha escrito tu futuro marido —expresó entregándole la carta—. Cuando estés preparada, sal. Tu padre te espera fuera para acompañarte hasta la capilla —alegó antes de darle un beso en la mejilla.

—No tardaré —dijo.

Anais asintió y, después de mirar a su hija, tomó aire y se marchó.

Cuando se quedó sola, regresó al butacón de terciopelo rojo, se sentó con un suspiro de cansancio y abrió la carta bajo la tenue luz de la lámpara de gas que parpadeaba en la esquina de la habitación. Norman y ella habían estado separados por el estricto deseo de las madres. Para su entender, no podían verse hasta el momento de la boda. Norman no obedeció la imposición. Hasta el día anterior, cuando la noche cubría con su manto oscuro las calles de Londres, él se presentaba en su hogar, lanzaba unas piedrecitas a su ventana y hablaban de lo que le había ocurrido aquel día en Scotland Yard, porque al final no había renunciado a su plaza. El señor Borshon le informó que lord Davies se había suicidado en la cárcel. Con lo cual, si no había víctima, no había crimen y no había repercusión. Después de meditarlo durante un par de días, Norman decidió continuar.

Entretanto, ella tuvo que marcharse, tal como había acordado, a Sheiton Hall. Apenas fueron seis días, pero le habían resultado una eternidad no poder verlo, besarlo, estar a su lado caminando o... durmiendo. El tiempo que habían transcurrido en la aldea antes de partir fue la premisa de cómo serían sus vidas una vez que se casaran. Bueno, en breve no estarían solos. No solo permanecerían rodeados de los Campbell y los O'Brian, sino porque en apenas siete meses y medio llegaría al mundo un pequeño, o pequeña, O'Brian-Cooper. Por el momento, nadie conocía la noticia, salvo el doctor Moore. Ahora que se había convertido en el suegro de Eric, tuvo la confianza de visitarlo a escondidas y preguntarle qué podía ocurrirle. Cuando le dio el diagnóstico, se quedó muy sorprendida: «Si usted sigue manteniendo la inocencia, el sorprendido debería ser yo», le dijo Randall antes de desearle mucha felicidad e insistirle que él estaría pendiente de la evolución del embarazo e incluso del nacimiento.

—Vamos a ver qué quiere contarnos tu padre —comentó al desplegar la carta, preguntándose si las noticias serían buenas o si habría algún contratiempo de última hora que pudiera afectar al día de la boda.

Mi querida esposa,

Odio toda esta parafernalia que han decidido nuestras madres. Anhelo verte, besarte y tenerte pegada a mi cuerpo. Añoro tu perfume y... bueno, tú ya sabes qué quiero hacer esta noche. Como te dije en nuestra primera vez, tenemos que recuperar el tiempo perdido.

Por favor, no tardes mucho en llegar a la capilla o moriré de impaciencia.

Tenemos que hablar mañana o pasado sobre la reconstrucción que haremos en nuestro hogar. Al parecer, se van a mudar unos vecinos que no nos interesa ver. Comentan que son personas non gratas. Por lo tanto, desde un principio, si ves al hombre (lo reconocerás porque es mayor, lleva gafas y siempre va maldiciendo), mantente alejada de él. Es peligroso, te lo dice el inspector de Scotland Yard, y ya sabes, amor mío, que debes hacer caso a mis intuiciones. También habrá otra mudanza. Aunque vivirán en la casa siguiente a la de ese vecino malhumorado, tampoco los saludes. Si lo haces, la esposa de ese hombre estará en nuestro hogar todo el día y lo único que deseo es estar a solas contigo sin interrupciones.

¿Te he dicho que te quiero? Si no lo he hecho, porque la información que te he dado es

vital para nuestra tranquila vida de casados, te lo digo ahora. Te quiero, Hope Cooper, futura señora O'Brian. No hay un día en el que no me sienta feliz por haberme lanzado a tu cuerpo en Hyde Park. Raro es el día que no agradezco a esas niñas que se escaparon porque, gracias a su decisión de huir, yo te encontré. También adoro a Tricia. A pesar de que es una chiquilla inquieta y pone la paciencia al límite de las personas, la adoro porque aquel día se comportó de la manera adecuada para ocasionar un alboroto, para encontrarte, para conocerte, para enamorarme, para saber que lo único que quiero en mi vida eres tú. Hoy, frente a todos, vamos a unirnos en santo matrimonio, pero he de confesarte que un día creí morir. Sí, sé que no te lo he dicho, porque no deseo hacerte sufrir, porque no ansío que el recuerdo de aquellas horas regrese a tu mente. Pero te juro por Dios que había decidido morir si te hubiera ocurrido una tragedia. Desde que te conocí, eres el motivo por el que vivo. Si no te tengo, no quiero respirar. Tú a mi lado me haces fuerte, poderoso y capaz de lograr todo aquello que me propongo. Eres la luz de mi vida...

Por eso, amor mío, no tardes. No me hagas morir de desesperación. Te quiero, te quiero, te quiero...

Nos vemos en unos minutos, solo unos minutos y nadie nos separará...

P.D.: He olvidado decirte que le he dicho a tu padre que le prohíba la entrada a mi abuelo. Desde que llegamos ayer a la aldea, intenta salir de esta casa a escondidas, pero mi abuela Florence lo ha hecho regresar. Hoy, con el ajetreo de los invitados, no tiene vigilancia y puede presentarse frente a ti...

Hope apartó la mirada de la carta cuando escuchó que alguien llamaba a la puerta. Sus labios dibujaron una gran sonrisa al imaginar de quién se trataba. Tal como había sospechado Norman, su abuelo había logrado su propósito.

—Pase —dijo doblando la carta y metiéndola en el sobre.

No le hacía falta terminar de leerla; el asunto que preocupaba a su futuro esposo estaba allí y, en realidad, era el momento ideal para hablar a solas.

—Señorita Cooper, soy Norman Campbell, ¿puedo pasar? —preguntó al abrir una rendija de la puerta y hablar en el pequeño espacio.

—Por favor, adelante —respondió levantándose del taburete y caminando hacia la entrada para recibirlo.

En cuanto el abuelo accedió a la alcoba, lo primero que hizo fue revisar la habitación, como si tuviera la sospecha de que ella le había permitido entrar porque alguien lo esperaba para retenerlo. Sin embargo, al ver que estaban solos, el anciano se relajó, colocó ambas manos sobre el puño del bastón y fijó los ojos en ella.

—Sin duda alguna, mi nieto tiene buen gusto. Está usted preciosa —dijo a modo de saludo.

—Encantada de conocerlo, señor Campbell. He oído muchas cosas sobre usted —indicó, manteniéndose relajada.

—Nada bueno, supongo —masculló tras poner los ojos en blanco—. No haga caso a esos rumores. Son personas *non gratas*.

Y Hope supo de dónde había aprendido Norman aquellas palabras.

—No escucho conversaciones en las que se habla mal de las personas y ellas no pueden

defenderse —aclaró mientras le señalaba uno de los butacones que había junto a la chimenea encendida—. Por favor, tome asiento. Deduzco que nuestra charla será extensa.

—Además de su belleza, percibo su inteligencia —dijo elogiándola, mientras caminaba apoyado en su bastón hacia el asiento que se le indicó.

Bajo la atenta mirada de Hope y preocupada por su seguridad, Norman se sentó, colocó el bastón sobre sus piernas y esperó a que ella se colocara a su lado. Una vez que lo hizo, decidió cederle el turno de palabra, pues tuvo la sensación de que ella quería mencionar algo importante.

—Antes de que me diga el motivo de su visita, me gustaría agradecerle su intervención en mi liberación —dijo Hope, con un nudo en la garganta causado por la emoción, mientras sus ojos se llenaban de lágrimas—. Norman me contó que gracias a usted pudieron averiguar dónde me encontraba.

—Tengo muchos años y he vivido incontables cosas, tanto buenas como malas. Hallar el lugar donde un desalmado podía esconder a una joven, con los propósitos que ambicionaba, no fue difícil de resolver. Lo importante es que se encuentra bien y que no sucedió nada grave.

—No, gracias a Dios, todo quedó en un susto.

—Me alegro. Sin embargo, aunque ayudé a encontrarla, debo confesarle que he hecho todo lo posible para evitar que mi nieto se case con usted. Perdóneme, no la conozco lo suficiente como para que me desagrade. De hecho, el motivo por el que no deseaba que se convirtiera en la esposa de mi nieto es su padre. No sé si le habrá contado que hace unos años, sus amigos aristócratas irrumpieron en mi hogar, alterando la paz en la que convivíamos.

—Sí, conozco la historia de la madre de mi hermano y el primer esposo de April —admitió sin alterarse—. No obstante, usted, que es un hombre notablemente instruido, entenderá que no era justo que mi padre permaneciera encarcelado por un crimen que no cometió. Mis tíos, a quienes menciona, hicieron lo correcto para impartir justicia. El culpable de esa muerte fue el conde y, por desgracia, no pudo cumplir su condena —defendió con calma a su familia.

—Exacto —contestó Randall apoyando la espalda en el respaldo del butacón y sin retirar la mirada de la joven—. Soy un hombre notablemente instruido.

Hope soltó una carcajada. De todo lo que había dicho, solo mencionó aquello que le interesaba. De nuevo, Norman estaba en lo cierto; su abuelo tenía una mente muy selectiva.

—En fin, señorita Cooper. Quería expresarle que, a pesar de que no me agrada su familia, finalmente he admitido que usted es una buena influencia para mi nieto y consiento este matrimonio. Desde que la ha conocido, se comporta de manera diferente y, a pesar de que no ha dejado el empleo de inspector, me ha prometido que participará en la administración de las empresas, porque quiere ofrecerle una vida tranquila y cómoda —comentó, con ciertas pinceladas de emoción.

—Me alegro de que lo consienta —respondió, imitando la memoria selectiva del abuelo.

—De hecho... —dijo levantándose del asiento. Cuando Hope intentó ayudarlo, él negó con la cabeza. Mientras ella se retiraba, Norman se incorporó, metió la mano en el bolsillo interior de su chaqueta y sacó una caja—. De hecho, quiero que desde hoy se sienta mi nieta. Será una O'Brian, desgraciadamente, porque el apellido Campbell morirá conmigo —añadió abriendo la caja para mostrarle la gargantilla de oro con una pequeña esmeralda—. Date la vuelta —le pidió tuteándola, aceptándola ya en la familia. Cuando Hope lo hizo, él cogió el fino collar,

dejó la caja en el butacón y se lo puso con mucho cuidado—. Le regalé una igual a mi esposa el día de nuestra boda y a mi hija el día que se casó con Michael, por suerte, no lo hice cuando contrajo matrimonio con aquel asesino —explicó al tiempo que se la abrochaba—. Como bien dices, soy un hombre muy listo y supe que no duraría mucho aquel casamiento.

Hope no podía hablar, estaba tan emocionada, que no le salían las palabras. Se llevó las manos a la gargantilla y la acarició con mimo. Luego, se giró hacia el abuelo y lo abrazó.

Un abrazo que sorprendió a Campbell hasta tal punto que dudó en poner sus manos sobre la joven. Al final, le respondió como debía.

—Ni se te ocurra llorar —le advirtió al escucharla sollozar—. Si descubren que estoy aquí y ven que tus ojos están rojos, tu futuro esposo me mete en un carruaje de una patada en el culo y me lleva de regreso a Londres —dijo para que el ambiente de emoción que ambos estaban viviendo se disipara y pudieran recomponerse.

—No lo hará —respondió, limpiándose las lágrimas con las palmas de las manos.

—¡Uy! ¡No sabes las atrocidades y locuras que puede hacer Norman por ti! —le advirtió.

—No se atreverá porque nadie puede tocar al bisabuelo de mi hijo —comentó cogiéndole una mano para llevársela a su vientre.

—¿Cómo dices? —preguntó Norman con sorpresa, aturdimiento e incredulidad.

—Usted me ha dado un regalo y yo le doy otro —dijo mirándolo.

Cuando observó que el cuerpo del anciano comenzaba a temblar y desfallecer, lo ayudó a sentarse.

—¡Santo Dios! ¡Santo Dios! —exclamó, alargando la mano de nuevo hacia el abdomen de Hope para sentir aquella vida que comenzaba a formarse—. ¿Lo sabe mi nieto? —Ella lo negó—. ¿Tus padres? —Volvió a negar—. ¿Quién diablos lo sabe?

—El señor Moore, una amiga, usted y yo —dijo con una amplia sonrisa.

—¿Por qué me lo has dicho?! —preguntó regañándola—. ¿Sabes lo difícil que será para mí mantener este secreto? ¿Cuándo piensas dar la noticia? —insistió en conocer.

—Supongo que esta noche se la diré a Norman y después de nuestro viaje, ofreceremos una cena en nuestro hogar. En un principio, todos creerán que será una fiesta de inauguración, sin embargo, el motivo será este —señaló con la barbilla su vientre.

—A ver... Hoy es dos, os marcharéis mañana y, según me ha dicho mi esposa, solo vais a estar fuera de Londres siete días. Quiere decir, que para el diez regresaréis y, mientras convocas a tu extensa familia, tres días más. En resumen, ¿hasta el trece de junio no vais a decir nada?

—Exacto. Ha de mantener el secreto hasta ese día, ¿podrá hacerlo?

—¡Claro! Yo, Norman Campbell, prometo que no diré nada hasta que vosotros lo anunciéis. Los padres son los únicos que deben dar una noticia semejante —expresó con solemnidad.

—Gracias —dijo Hope.

—Chiquilla, no tienes que agradecerme nada. Me has hecho tan feliz, que me siento un joven de veinte años. Hablando de sentirme jovial, mañana mismo visitaré al señor Walter. Una cosa es sentir que mi mente ha rejuvenecido y otra bien distinta es que mi cuerpo actúe de la misma forma. He de estar preparado para coger en brazos a mi bisnieto.

—¿El señor Walter es un médico? —preguntó con curiosidad Hope, pues no había oído hablar nunca de él en su círculo social.

—No, es un santero argentino que mediante rezos y la quema de inciensos y laurel, hará que no solo mi cuerpo se sienta más vigorizante, sino también mi figura —explicó con convicción.

Hope volvió a soltar otra carcajada.



Media hora después de la partida del abuelo Campbell, quien saludaba alegremente a todo el mundo, Hope salió de la alcoba. No quería retrasarse ni un minuto de la hora acordada para que Norman no sufriera angustia. Caminó por el pasillo que tantas veces había recorrido durante el tiempo que permanecieron juntos en la casa. Los recuerdos inundaron su mente. Vio a Norman en la cocina, preparándole el desayuno durante los días en los que ella se recuperaba. Después de su primera noche juntos, la cocina se convirtió en un lugar muy caliente y no fue gracias al horno... Sus labios dibujaron una sonrisa picarona que desapareció cuando su mirada se topó con la de su padre. Él estaba esperándola en la entrada, luciendo un traje marino impecable y con las manos a la espalda. El orgullo que sintió Hope en aquel momento fue infinito. Aquel hombre que la esperaba pacientemente era el esposo, el juez, el amigo, el tío y el padre más perfecto del mundo. Muchos progenitores insistían en inculcar a sus hijos una buena educación o un adecuado comportamiento a base de la lectura de cientos de libros o charlas con tutores contratados. Sin embargo, ella lo había aprendido todo eso con el ejemplo que él le había dado desde su niñez. Cariñoso, comprensivo, paciente, juguetón, recto cuando debía serlo, pero muy permisivo si era el momento. Era muy normal que la gente lo odiara o temiera, pues se topaban con la perfección personificada.

—Mi hija es la joven más hermosa del mundo —dijo Federith cuando ella se acercó—. Te quiero, mi vida —le susurró tras darle un beso en la mejilla.

—Yo lo quiero más —respondió Hope conteniendo las lágrimas.

—¿Estás preparada para dar un importante paso en tu vida? —le preguntó, extendiéndole el brazo.

—Lo estoy —respondió al agarrarse a él.

Federith llevó su mano izquierda hacia la barbilla de su hija y se la movió con ternura, tal como hacía cuando era pequeña. A continuación, tras respirar hondo y calmar todos los sentimientos de conmoción, salió a la calle para llevar a Hope hasta Norman. Al menos, se sentía feliz por haber elegido a un buen hombre. Él le había jurado que la cuidaría, la protegería y le ofrecería la vida que se merecía. Confiaba en sus palabras, puesto que todo lo que había hecho por ella hasta el momento reflejaba dicha devoción.

—El lugar ha sido arreglado de manera impresionante por los aldeanos —comentó Federith para romper el silencio—. William me informó que el señor Baker, junto con su esposa y la señora Wells, han adornado las fachadas de las casas. Los niños pasaron el día de ayer

dispusieron los pétalos que hay sobre el suelo. Al caminar sobre ellos, se siente como si estuvieras pisando una alfombra que emana un sinfín de fragancias. También han preparado la comida. Tu madre insistió en traérsela desde Londres, pero las esposas de la aldea se negaron en rotundo. Le explicaron que aquí las verduras y la carne son de mayor calidad.

—¿Entiende ahora el motivo por el que me recuperé tan rápido? —dijo Hope apartando la mirada de todas las personas que la esperaban en la calle y que, al pasar con su padre, se colocaban detrás de ellos para acompañarlos hasta la capilla.

—Supongo que tu futuro marido también influyó en esa recuperación —susurró, dibujando una sonrisa pícara.

—Sí, lo hizo —contestó, ruborizándose al momento. Luego, ese color sonrojado cambió a blanco cuando recordó a su bebé—. Padre, hay algo que me preocupa y que necesito decirle.

—No hace falta que me cuentes nada, te conozco tan bien que puedo intuir todo lo que te pasa —expresó con voz calmada.

—¿No piensa que he deshonrado a la familia o que lo he traicionado? —preguntó, mirándolo directamente.

—Ninguno de mis hijos me decepcionaría y no hay traición entre nosotros. Todos hemos pasado por experiencias similares. Tampoco te preocupes por los rumores que generará el aumento del tamaño de tu vientre, aunque estoy seguro de que nadie se atreverá a hablar sobre ti. Recuerda que a partir de ahora no solo serás mi hija, sino que también te convertirás en la esposa del inspector de Londres, la nuera del director de siete empresas importantes y, para más *inri*, en la nieta de Norman Campbell. Si todo eso no te mantiene protegida, nada en este mundo lo hará. Aunque voy a pedirte un favor antes de que otros se me adelanten.

—¿Qué necesita?

—Si es un varón, me haría muy feliz que tuviese mi nombre y si es una niña, me encantaría que llevara el nombre de tu abuela. Si ella estuviera viva, le habría hecho mucha ilusión tener una pequeña Charlotte en sus brazos.

Pero ella no sabía cómo se tomaría el bisabuelo, que estaba vivo, la noticia de que su bisnieto o bisnieta se llamara Federith o Charlotte. Si se enfadaba, buscaría la manera de añadir un segundo nombre a su gusto.

—Se lo prometo —declaró Hope manteniendo el paso firme y la figura recta para no mostrar a quienes les observaban que estaba a punto de llorar.

Para no hacerlo, se centró en esos adornos que mencionó su padre. En efecto, la aldea estaba preciosa. Las fachadas estaban adornadas con guirnaldas de flores frescas que se extendían a lo largo de las ventanas y las puertas, creando un maravilloso contraste con el color blanco de las paredes. Las flores, cuidadosamente seleccionadas, ofrecían una explosión de colores vivos: rosas, lirios, margaritas y claveles se entrelazaban armoniosamente, otorgando un aire festivo y acogedor a cada rincón del pueblo. Los residentes habían dedicado horas de trabajo para embellecer sus hogares, y el resultado era simplemente espectacular.

Hope levantó la mirada al cielo y se encontró con un espectáculo digno de contemplar en un día tan especial. El firmamento se extendía ante ella, despejado y radiante, sin una sola nube que empañara su esplendor. El sol brillaba con intensidad, iluminando cada rincón de la aldea con su cálido resplandor, y una suave brisa acariciaba su rostro, llevando consigo el dulce aroma de las flores que adornaban las calles.

Apartando la mirada del cielo, Hope dirigió su atención hacia la plaza que se extendía a la derecha. Allí, las filas de mesas y sillas habían sido dispuestas con esmero, listas para recibir a los invitados al banquete. Aunque no era una celebración ostentosa, como organizaban las hijas de familias aristocráticas, estaba impregnada de un encanto especial.

Hope percibió el delicioso aroma del cordero asado, que flotaba en el aire y llegaba hasta ella con una intensidad que nunca antes había experimentado. Sorprendida por su capacidad para detectar con precisión aquellos olores, se dio cuenta de que, desde que el pequeño ser crecía en su interior, su sentido del olfato se había agudizado de manera increíble, acompañado de un aumento considerable en su apetito...

Un rugido proveniente de su estómago la tomó por sorpresa, recordándole lo hambrienta que se encontraba. Instintivamente, quiso llevar una mano hacia su vientre, como si pudiera calmar al bebé. Sin embargo, la presencia de todas las miradas clavadas en ella la hizo contenerse y mantenerse firme, luchando contra el impulso de satisfacer sus primeros instintos maternos.

—¿Hope? —le dijo Federith cuando llegaron a la puerta de la capilla y ella parecía distraída.

—¿Sí? —contestó, regresando al momento presente, dejando momentáneamente de lado los pensamientos sobre el hambriento bebé y cuántas porciones de cordero podría zampar cuando terminaran la ceremonia.

—Norman te espera —insistió, intentando traerla de vuelta a la realidad, pues sospechaba que la mente de su hija se había quedado atrás, justo en las mesas donde comerían.

En el instante en que la mirada de Hope encontró la de Norman, se olvidó del cordero... Llevaba puesto un imponente traje gris marengo, que exaltaba su porte y presencia magnética. Bajo la chaqueta lucía un chaleco a juego, perfectamente ajustado que marcaba su figura atlética y elegante. La camisa blanca completaba su indumentaria. El cuerpo de Hope tembló como si hubiera reconocido a quien había añorado durante tanto tiempo. Intentó mantener la calma y seguir el paso lento de su padre, pero sus piernas querían correr hacia él, dar un salto y abrazar su cintura con ellas. ¿Dónde estaba la recatada y tímida señorita Cooper?

Mientras avanzaba, descubrió que los ojos de Norman brillaban. Al principio creyó que lo hacían por la emoción de verla llegar tan pronto, sin embargo, según iba acortando la distancia entre ellos, supo que el brillo lo causaban sus lágrimas. Con disimulo, se limpió las mejillas y sonrió. Esa actitud hacia ella, esa devoción, ese amor tan profundo y fuerte, hizo que sus rodillas flaquearan. Gracias al apoyo de su padre, que notó con rapidez su debilidad, pudo mantenerse erguida y llegar con paso elegante hasta el amor de su vida.

—Norman O'Brian, aquí te dejo a mi hija —dijo Federith dirigiéndole una mirada cargada de complicidad y respeto mutuo.

—Gracias por la confianza que ha depositado en mí, milord —atinó a decir, pero no eran esas las palabras que había repetido en su mente antes de que Hope apareciera.

Pero su presencia había alterado todo su ser. Verla vestida de blanco, tan elegante y hermosa, lo había puesto tan nervioso y emocionado que no pudo contener las lágrimas ni pensar con claridad. La amaba tanto, que su corazón comenzó a latir de nuevo al verla. Y ya no se alejarían más. Una vez que se comprometieran al matrimonio, nada ni nadie los separaría.

—No tengo palabras para expresar cómo me siento al verte —le confesó entre susurros

cuando Federith se alejaba y mientras esperaban la presencia del sacerdote para que iniciara la ceremonia.

De repente, todo el mundo se puso en pie y Hope no pudo responderle que a ella le sucedía lo mismo. Sin embargo, mientras el oficio religioso avanzaba con normalidad, hubo muchos cruces de miradas y sonrisas entre ellos, expresando su complicidad y devoción.

—Puedes ponerle el anillo —indicó el sacerdote a Norman.

Con los dedos temblorosos, logró coger correctamente la sortija en oro en cuya caña estaban grabados sus nombres. Haciendo un gran esfuerzo para no tartamudear por la emoción, Norman repitió aquello que le decía el sacerdote. Cuando terminó, sonrió feliz y satisfecho, esperando el turno de ella. Aunque mostraba más tranquilidad y frialdad que O'Brian, Hope estaba muy nerviosa. Respiraba entrecortada, y no era porque el corpiño del vestido le apretase, ya le había advertido a Marta que debía dejarlo suelto para no hacerle daño al bebé. Tras la noticia, su nueva amiga, que permanecía sentada en uno de los bancos, luciendo su mejor vestido, y al lado de su esposo, se autoproclamó *la mentora de la fertilidad*.

—¿¿Hope está embarazada?! —gritó Florence, la abuela de Norman, cuando su esposo le susurró el secreto, ese que debía ocultar hasta el día trece de junio.

—¿Qué? —soltó April levantándose del banco y mirando a su esposo.

—¡Josephine, vamos a ser tíos! —gritó Eric tomando las manos de su mujer.

—¿Hope? —le preguntó Norman desconcertado.

Sin responder, ella colocó rápidamente el anillo en el dedo de O'Brian y recitó veloz las palabras que había memorizado del sacerdote. Cuando terminó, miró a este de manera suplicante mientras los invitados hablaban alzando cada vez más la voz.

—Les declaro, marido y mujer —finalizó.

Hope atrapó con sus manos el rostro palidecido de Norman, lo besó con ternura y luego le dijo:

—Esposo mío, vamos a tener un bebé.

Próxima novela histórica:
El verdadero Amor de Lord Westlin

(La tienes en Preventa)

Amazon.ES: <https://www.amazon.es/dp/B0CHVMY5KG>

Amazon.Com: <https://www.amazon.com/dp/B0CHVMY5KG>

Agradecimientos

Como he hecho hasta el momento, quiero daros las gracias por seguir a mi lado, sobre todo después del retraso de esta novela. Hay tiempos fáciles y difíciles para todo el mundo, pues el mío (difícil) ha sido el 2023. He sufrido una depresión y ha sido muy duro salir de ahí. Pero aquí sigo, a vuestro lado, luchando por no volver a caer en el mundo de las sombras.

Además de; a mis lectoras, familia y amigas, quiero dar las gracias a Walter, mi chamán, brujo, sanador... por hacerme regresar al camino de la luz.

Muchas gracias por estar a mi lado en los buenos y en los malos momentos.

Dama Beltrán

Otros títulos

Novelas históricas

- ***Serie los caballeros:***

La soledad del Duque (volumen I)
La sorpresa del Marqués (volumen II)
La tristeza del Barón (volumen III)
El corazón del inspector O'Brian (volumen IV)
Mi amada pícara (volumen V)

- ***Saga las hermanas Moore:***

La maldición de Anne (volumen I)
El deseo de Mary (volumen II)
La batalla de Elizabeth (volumen III)
La valentía de Josephine (volumen IV)
El despertar de Madeleine (volumen V)

- ***Serie Las hijas:***

La hija del Marqués (Las hijas 1)
La hija del Barón (Las hijas 2)
La hija del Duque (Las hijas 3)

- **Títulos de novelas históricas independientes**

El secreto de lord Bestia
El verdadero amor de lord Westlin (2024)

Novelas contemporáneas

- ***Serie Old-Quarter:***

Mi ángel (volumen I)
Mi infierno (volumen II)

Mi sangre india (volumen III)
Mi libertad (volumen IV)
Mi lado salvaje (volumen V) (2024)

- **Títulos independientes**

#TanaLove (comedia romántica)
Engañada (thriller)
Crónica de un deseo (thriller romántico)
Enamorado de ella (novela erótica)

Sígueme en:

—**Facebook:** Ediciones Beltrán L.C/Dama Beltrán

—**Twitter :** @edi_dbeltranLC / @EscritDamaBeltr

—**Instagram:** @edicionesbeltranlc /@dama.beltrán.novelistas

¡Gracias!

^[1] Desde 2007 se conoce como Corinthia Hotel London.